Domingo Plácido

COLECCIÓN crisis nacimiento

LA CRISIS DE LA CIUDAD CLÁSICA Y EL NACIMIENTO DEL MUNDO HELENÍSTICO

MIÑO y DÁVILA EDITORES

ACCESO ABIERTO

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales

COLECCIÓN crisis § nacimiento

Dirigida por Julián Gallego

Ilustración de portada: Fragmento de cabeza colosal de un joven griego, período helenístico, siglo II a.C. Pergamonmuseum, Staatliche Museen zu Berlin.

Edición: Primera. Junio 2017

ISBN: 978-84-17133-00-9

IBIC: HBLA1

© 2017, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores s

Cuidado de la edición: Julián Gallego

Armado y composición: Eduardo Rosende
Diseño: Gerardo Miño

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de los editores.

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Página web: www.minoydavila.com

Mail producción: produccion@minoydavila.com
Mail administración: info@minoydavila.com

Dirección: Miño y Dávila s.r.l.
Tacuarí 540. Tel. (+54 11) 4331-1565
(C1071AAL), Buenos Aires.

LA CRISIS DE LA CIUDAD CLÁSICA Y EL NACIMIENTO DEL MUNDO HELENÍSTICO

Domingo Plácido

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

A Valentina, César y Claudio, el futuro

Índice

Prefacio 11

Introducción 13

Capítulo 1 Características generales de la ciudad estado en época clásica 15

Atenas 18
Los inicios del cambio 21
La restauración democrática 28
Las transformaciones culturales 40
La transición 42
La economía 51
El individualismo 55
La Guerra Social 57
El desarrollo del poder personal 59
De la crisis de la democracia a la crisis de la ciudad estado 65
La esclavitud 72
La situación de las mujeres y los menores 77
Esparta 78
El imperialismo del siglo IV 87

Capítulo 2 La monarquía macedónica y su herencia 103

Filipo II y los griegos 116
Alejandro Magno: la formación del Imperio territorial 145
Las ciudades y la organización territorial 157
La herencia oriental 171

La conciencia del cambio..... 177
La presencia de Alejandro en el Mundo Helenístico. 181

Capítulo 3 La herencia de Alejandro 197

La formación de la nueva realeza 201
Las Ligas..... 241
La nueva realidad..... 245
La presencia de Roma..... 259

Conclusión 269

Bibliografía 271

Prefacio

Este libro es en buena medida la continuación del que traté sobre *La sociedad ateniense durante la Guerra del Peloponeso*, aunque es menor el protagonismo de la ciudad ática. Entre tanto, mis preocupaciones se han dirigido a tiempos sucesivos, como se puede ver en algunos títulos de la bibliografía. En ella también se puede percibir la colaboración de César Fornis, a quien agradezco la posibilidad de haber podido utilizar muchas de sus aportaciones. Agradezco asimismo a Julián Gallego la posibilidad de esta publicación y la atención prestada para que recibiera todo el cuidado necesario y evitar los múltiples descuidos que a mí se me hayan podido deslizar. Por todo ello me complace dedicarla a las líneas sucesorias de ambos y a la mía propia.

Madrid-Buenos Aires, 2014-2015

Introducción

La dinámica de la crisis y nacimiento se entiende como la enunciada por José Luis Romero (2009)[1]. No se trata de decadencia ni de ningún otro criterio valorativo, sino del análisis de cómo cambian las características básicas de una sociedad, por razones predominantemente internas, sin dejar de tener en cuenta los cambios motivados por los contactos con el exterior. Sin duda, la falta de linealidad de cualquier proceso histórico impone la necesidad de considerar factores que cambian a diferentes ritmos y que se interfieren en líneas, en ocasiones, contradictorias. La trayectoria seguida, en líneas generales, se inicia en la ciudad clásica y en sus transformaciones generales, pero en gran medida se impone el protagonismo de Atenas, por considerar que en ella, a pesar de que cada ciudad tenga su propia personalidad, se sintetizan los rasgos más característicos de esa etapa de las sociedades antiguas, desde los orígenes de las civilizaciones nacidas tras la desaparición de los imperios despóticos de la Edad del Bronce, hasta la formación de los nuevos estados territoriales que se consolidan con el Imperio romano. El protagonismo de Atenas entrará en decadencia desde la Guerra del Peloponeso, pero su presencia se impone todavía durante gran parte del período helenístico, aunque su rol como ciudad estado pase a subordinarse al papel de los reinos.

1 Ver el Prólogo de J. Gallego, p. 10.

Capítulo 1

Características generales de la ciudad estado en época clásica

Las ciudades griegas son el resultado de los agrupamientos por sinecismo de las entidades aristocráticas identificadas como *oîkoi*, donde predominaban las relaciones clientelares. El *oîkos* se define así como unidad familiar, entendida como grupo formado, en torno a un jefe o *basileús*, por las personas vinculadas por lazos familiares de sangre o por formas de dependencia clientelar. En la posteridad, la familia ampliada tendrá una larga repercusión en la imagen de las familias regias, donde se incluyen no sólo los parientes de sangre, sino los *hetaîroi*, la adaptación al sistema monárquico de los vínculos gentilicios ya transformados en representantes de las relaciones clientelares. El sinecismo, sin embargo, organiza un sistema aristocrático isonómico. En algunas ciudades una sola familia monopoliza el poder; en otras, se crean elementos de solidaridad entre diferentes familias con sus clientelas. Se forma así el sistema aristocrático clientelar. Existen paralelamente *oîkoi* de menores dimensiones, como el de Laertes (*Odisea*, XXIV 205-212) donde también hay esclavos. Aparece así caracterizado en algunas interpretaciones como el prototipo del granjero (Hanson, 1995: 47-89).

El desarrollo de los instrumentos de participación del pueblo se produce sobre las bases materiales derivadas de las formas de explotación de la tierra y de las relaciones externas. La existencia de un campesinado libre se constituye en el elemento específico de una sociedad aristocrática con potencialidades de organizarse como una comunidad isonómica. La misma unidad favorece el aumento de las posibilidades de actuación en la *pólis* al tiempo que ésta sirve de escenario al desarrollo de rivalidades entre los miembros de la aristocracia, en el momento en que crecen las posibilidades de acceso a la riqueza y se crean tensiones por el control

de las poblaciones, en un escenario en el que aumenta la capacidad de protagonismo de pueblo, siempre en tensión con la aristocracia. Éste se convierte en punto de referencia de las aspiraciones de los aristócratas al control social.

Por otro lado, el sistema oligárquico de los propietarios de tierra capaces de armarse y acceder a la ciudadanía activa cuenta con el contrapunto de la población excluida de la tierra, en condiciones que favorecen su sumisión a la dependencia. De este modo se identifica el momento de tensión que en Atenas dio lugar a las reformas de Solón. El desarrollo de las *hetairíai* define los grupos rivales, pero la presencia del pueblo, con sus tensiones y resistencias ante la explotación, permite que la ruptura de la solidaridad aristocrática por algunos personajes que tienden a destacarse por diversos motivos y procedimientos los impulse a buscar un apoyo alternativo en él, lo que significa una aproximación a sus intereses y reivindicaciones. Sobre estos presupuestos, la tiranía representó en ciertos casos una etapa importante en la formación de la *pólis*. Se llevó a cabo así una consolidación de la ciudadanía como derecho que permitía la conservación de la libertad en momentos en que se producía una transformación de las formas de explotación y las oligarquías tendían a crear dependencias.

La oligarquía hoplítica, que controla la tierra y puede defenderla por su creciente capacidad militar al margen de las dependencias aristocráticas, se consolida, pero se apoya en las masas excluidas que adquieren así acceso a formas de libertad y participación, cuando paralelamente se organiza un sistema esclavista basado en el acceso a los mercados y en la conquista de poblaciones marginales. El desarrollo de los mercados hace posible que la ciudadanía funcione como instrumento de defensa frente a la sumisión a la dependencia, dado que, por una parte, el mercado permite el acceso a las fuentes de la mano de obra esclava y, por otra, el desarrollo mercantil facilita la práctica de actividades relacionadas con el mismo por parte de la población privada de la posesión de la tierra. Desde una perspectiva institucional, los momentos determinantes de la historia de la ciudad clásica son aquéllos en que la ciudadanía, la *politeía*, representa la referencia de la colectividad como población protegida frente a las formas de dependencia.

En tales circunstancias se generan características específicas de las relaciones del pueblo con las clases dominantes. En las vicisitudes dinámicas

de la *pólis* arcaica, el *dêmos* aparece como protagonista, pero también como heredero de las relaciones clientelares, al perdurar la capacidad de control de las aristocracias, siempre en cierta tensión dinámica, de explotación y colaboración. De este modo, el protagonismo del *dêmos*, cada vez más capaz de controlar las instituciones y los instrumentos ideológicos del lenguaje político en el uso de la Retórica y en el terreno del conocimiento (Ober, 1996: 154), se halla siempre condicionado por las relaciones con los dominantes, lo que permite un equilibrio bastante estable en las épocas en las que es posible la satisfacción de unos y otros. Éstas serían las condiciones de desarrollo de la democracia, sistema estable pero siempre dinámico. Desde una perspectiva social, la época de apogeo de la *pólis* es aquélla en que la *politeía* se extiende a la población libre, sea o no propietaria de la tierra cívica, lo que sirve para definir la democracia, no sólo como organización política de libertades y participación, sino como instrumento de conservación del estatuto de ciudadano para una población amplia, creada a partir del crecimiento de las actividades que permiten una dedicación a ocupaciones económicas al margen de la explotación de la tierra.

Pólis y *politeía* nacen como especificación de un sistema en que los campesinos propietarios de tierra tienen la *arkhé*, según el vocabulario aristotélico. Se corresponde en el plano militar con el sistema hoplítico, como sistema preponderante en el conjunto de las ciudades griegas, que puede identificarse como oligarquía. Es el sistema que Marx (1971: 443-446) denominaba "modo de producción antiguo", en que la ciudadanía disfruta colectivamente de la tierra y de los esclavos, pero surgen condiciones para la ruptura de la cohesión.

La nueva complejidad de la estructura social influye en el desarrollo de un campesinado libre, paralelo a la creación de dependencias tributarias en el proceso de liberación de las poblaciones dependientes; se presentan tales relaciones en paralelo con la aparición y desarrollo de actividades económicas alternativas, en la explotación de las minas y en las nacientes relaciones de intercambio a gran escala, que serán potenciadas por la presencia de los reinos helenísticos. De este modo, la afirmación de la oligarquía hoplítica da lugar en ocasiones a la creación de dependencias colectivas de tipo hilótico, pero en otras permite, en la dinámica interna de los procesos, la liberación de los *thêtes*, como ocurrió en la Atenas de Solón. Las transformaciones más favorables para las clases dependientes

tienen lugar cuando hay sectores de las clases dominantes dedicados, al menos subsidiariamente, a dichas actividades alternativas. Desde Solón, tales actividades se hacen cada vez más posibles, en circunstancias coincidentes con el crecimiento de la esclavitud mercancía, fenómeno dependiente de las actividades mercantiles en general. Ello abre la puerta a posibilidades de confluencias de intereses y de consensos políticos entre los dominantes que optan por tales actividades y el pueblo liberado de las dependencias colectivas. Las medidas que afectan al desarrollo de las clases resultan más importantes para la historia sucesiva que las medidas que afectan a los poderes institucionales (Ober, 1996: 114).

En la mayoría de las ciudades, durante el Arcaísmo se afirma el sistema en el que predomina la oligarquía hoplítica, como desarrollo del campesinado libre, sobre la base de relaciones de dependencia clientelar, en una estructura jerarquizada encabezada por la aristocracia. En líneas generales, en el proceso desempeña un papel determinante la presencia de las tiranías.

Atenas

Las transformaciones atenienses son las más conocidas y seguramente las más significativas, cuando se contemplan de modo retrospectivo, en la perspectiva de la crisis que dio lugar al final de la sociedad que se vincula a la *pólis* como sistema de organización política. Allí se produjo por esos motivos la más clara diversificación del *dêmos* y la creación de la disyuntiva representada por la identificación del *dêmos* subhoplítico. Por ese motivo, es preciso distinguir diferentes casos entre las *póleis*, para comprender las transformaciones concretas de cada ciudad y las que resultan determinantes para la crisis general del clasicismo. Sin embargo, la Guerra del Peloponeso y sus consecuencias se enmarcan en un panorama más amplio, en el que las ciudades sostenían rivalidades entre sí y enfrentamientos que se explican por motivaciones locales insertas sólo de modo lateral en el conflicto principal. Ello repercutirá en el panorama general del siglo IV griego. De hecho, muchos historiadores antiguos pensaban que la guerra no había terminado en 404 (Hanson, 2005: 31).

En Atenas, el autor conocido como Pseudo-Jenofonte distingue entre el *dêmos* marino y quienes cultivan la tierra. Será una definición persistente, pero las acciones se presentan coordinadas con variables, sobre todo por las alianzas del sector hoplítico con los propietarios más ricos,

que se oponen en ocasiones conjuntamente a los sectores subhoplíticos, según sean más o menos tensas las relaciones económicas y las formas de explotación entre libres. Desde los tiempos de Solón y Clístenes hasta la guerra del Peloponeso las tensiones quedan oscurecidas por las posibilidades de la concordia, si bien es posible detectar momentos duros que no representan simplemente un episodio anecdótico, sino síntomas de que subsisten contradicciones, pero su reducción a un plano secundario revela también que las realidades económicas permiten soluciones coyunturales satisfactorias para los miembros de las clases en litigio. En cualquier caso, el triunfo de la democracia, tras la revuelta del *dêmos* contra los espartanos y la oligarquía en 508/7, fue el primer paso por el que se consolida el protagonismo popular sin ninguna jefatura aristocrática (Ober, 1996: 33), dado que Clístenes había tenido más bien que apoyarse en él para situarse en posiciones ventajosas frente a las heterías oligárquicas (Heródoto, V 66). Aquí, entre 510 y 506, se sitúa el inicio de una nueva época caracterizada por el dominio de la democracia y el final del Arcaísmo como época de control absoluto de la aristocracia. De hecho, en los tiempos sucesivos, ni siquiera Aristóteles consideraba el valor de las aristocracias como clase que por herencia poseyera determinadas virtudes (*Retórica*, 1390b19-31).

La estructura de la *pólis* con una amplia población libre, de poseedores de la tierra cívica o de excluidos de ella, se consolida en Atenas en el proceso de creación de la sociedad esclavista, a través de las reformas de Solón, que establece los límites de los espacios ciudadanos (Mactoux, 1988; Valdés, 2002). La estructura de la ciudad refleja la delimitación entre la libertad y la esclavitud. Pero la consolidación no alcanza el mismo grado en todas las ciudades, ni siquiera en Atenas adquiere una naturaleza totalmente estable. Por ello, habida cuenta de los equilibrios necesarios para la conservación del sistema, puede considerarse que la crisis social representaba un estado permanente. De ese modo, en la época arcaica las ciudades más estructuradas pasaron por la etapa de la tiranía, que organizó en gran medida el cuerpo cívico, en coincidencia con el final o con el debilitamiento de las relaciones clientelares encabezadas por la aristocracia. Al mismo tiempo, se crearon los mecanismos ideológicos que conformaban la ciudadanía como grupo coherente y solidario. Gran parte de las manifestaciones religiosas que se vinculaban a la vida rural pasan a simbolizar la concordia representada por la ciudad.

La consolidación de las actividades alternativas en la ciudad se produce, pues, con la tiranía, al tiempo que se diversifica la clase dominante, con la consolidación de un campesinado proyectado en las actividades políticas y culturales de la ciudad; tal situación sirve de base a la formación de una ciudadanía no diferenciada del campesinado. Tucídides insiste en la relación de los tiranos con el desarrollo de la navegación, lo que opera como factor de diversificación de las actividades de las clases dominantes, como elemento de diversificación de las actividades del *dêmos* y como definición de los rasgos de al menos algunas de las ciudades situadas en la vanguardia del desarrollo económico y social.

El proceso ateniense culmina con la estructuración territorial de la época de Clístenes como espacio democrático. Entonces se llevó a cabo la conformación del sistema ciudadano sobre la base de las aldeas autónomas. En cualquier caso, son ciudadanos que viven mayoritariamente en el campo, como señala Tucídides (II 14-16) al referirse al sinecismo. La ciudad en su apogeo se apoya en el campesinado. Ahí se encuentra la base de la hegemonía ateniense como consecuencia de la implantación de un sistema democrático. Por eso la ciudad clásica se ha interpretado como una ciudad de campesinos (Hanson, 1995; Gallego, 2005).

En este sentido, Atenas comparte los rasgos de la mayoría de las ciudades en las que el campesinado permanecía como un colectivo de libres, con derechos de ciudadanía más o menos extensos según los casos, apoyados en su papel como defensores del territorio. Agricultura y guerra hoplítica forman los elementos estructurales de la *pólis* arcaica y, en muchos casos, clásica.

Sin embargo, no existe una separación radical entre campo y ciudad, Por ejemplo, Eufileto, protagonista del discurso I de Lisias, *Defensa sobre el asesinato de Eratóstenes*, vivía en la ciudad igual que sus vecinos (Osborne, 1985: 17), pero los acontecimientos tuvieron lugar cuando volvía del campo (11; 13), circunstancia a la que se alude también en ocasión del encuentro con su amigo Sóstrato (39). Muchos de los propietarios protagonistas de los discursos, habitantes de la ciudad, tienen propiedades en diversos demos (Osborne, 1985: 47-50). Los problemas de los vecinos aparecen en el discurso *Contra Calicles* (LV), donde se ponen a prueba las teorías de Aristóteles (*Ética Nicomáquea*, 1166a1), que trataba sus relaciones como propias de la *philía* (Millett, 1991: 139-140).

Aunque se trata de un proceso interno en el desarrollo dinámico de las ciudades, el factor externo actúa desde luego como polarizador de las transformaciones económicas y sociales. Dentro de este proceso se opera la definición del bárbaro, en relación con el protagonismo de los ejércitos navales y con la presencia de los intercambios ultramarinos. La realidad se explica así en su complejidad, donde la conciencia étnica se vincula a la dominación y al crecimiento de la vida económica en íntima relación con el imperialismo. Así se consolida la afirmación de los atenienses como cabeza de la etnia de los jonios, a través de la Liga de Delos y sobre la base del Panjonio. La formación del Imperio ateniense y la consolidación de la democracia como sistema propio de la *pólis émmisthos* se presentan como las dos caras de la misma situación de fondo. La ciudadanía preserva la libertad del ciudadano a través del *misthós*, garantizada gracias a los ingresos del Imperio. Luego, ya en el siglo IV, se extendió al menos a Iasos, en 330, aunque con restricciones (Rhodes & Osborne, 2003: nº 99, p. 510-513).

De un lado se marca la definición del bárbaro, de otro se erige el protagonismo de los ejércitos navales, con el fondo de la presencia de los intercambios ultramarinos. Así se consolida la afirmación de los atenienses como cabeza de una alianza con vocación de alcanzar la hegemonía panhelénica. Desde aquí tiene lugar la formación del Imperio ateniense y la consolidación de la democracia como sistema coherente con el hecho de poder ser una *pólis émmisthos*. El sistema deja de ser a lo largo del proceso un sistema básicamente agrario, en el sentido de que sus miembros vivan gracias a su directa producción agraria. Buena parte de la ciudad, la representada por los *thêtes* o *dêmos* subhoplítico, vive directa o indirectamente de las actividades económicas relacionadas con el mar y el *misthós* se ha convertido en un instrumento de redistribución que permite la práctica activa de la ciudadanía a los no propietarios de tierra y favorece así la concordia entre las clases libres, dado que los ricos no están obligados a aportar de modo directo los fondos necesarios para dicha redistribución.

Los inicios del cambio

Tras los años caracterizados por el predominio del sistema democrático imperialista, vino la ruptura representada por la Guerra del

Peloponeso. Las repercusiones fueron tanto más graves para todos los griegos cuanto se trata en gran parte de una guerra civil que, como consecuencia, conmocionó todas las estructuras internas de las ciudades. Se hizo imposible para los atenienses conservar la democracia si no se conservaba al mismo tiempo el Imperio, pero éste provocaba la guerra como consecuencia del "temor" de los demás griegos a verse obligados a someterse a los atenienses (Plácido, 1997). La guerra funcionó como factor decisivo por ser una derivación necesaria del sistema democrático imperialista.

Tras las Guerras Médicas, se produce el gran desarrollo de la Liga y del Imperio. Con ello se consigue la consolidación del sistema democrático, con participación de los trabajadores, con la paga cívica como elemento material básico. Así podían participar en la vida pública de la ciudad los que se dedicaban a trabajos manuales, a los llamados oficios banáusicos.

La acción imperialista se hacía necesaria porque, para que el *dêmos* subhoplítico conservara su libertad sin perjudicar los intereses de la aristocracia o de los ricos, de modo que pudiera mantenerse la concordia, era necesario que se conservara el *phóros* que pagaban los aliados y que servía de fundamento al pago del *misthós*. Se define así la *pólis émmisthos* (Plutarco, *Pericles*, 12). Desde el punto de vista de la oposición aristocrática al sistema, representada principalmente por la *República de los atenienses* del Pseudo-Jenofonte, de ese modo se produce la ruptura entre *dêmos* y *pólis*, pues el predomino de los intereses de aquél perjudica lo que el autor considera los intereses de la *pólis*, es decir, de los que se definen como los protagonistas legítimos de la historia de la ciudad (Foucault, 2004: 113), entendida a la manera tradicional, la ciudad de los poseedores de la tierra. En cambio, desde el punto de vista democrático, la época corresponde al momento de apogeo del funcionamiento de la concordia, permitida por la coincidencia de intereses entre el *dêmos* y los miembros individuales de la aristocracia, dispuestos a hacer carrera en ella con las características propias, cuando el individuo se satisface con el apoyo del *dêmos* a base de favorecerlo a través de las instituciones públicas, alternativas a la beneficencia privada. Para Alcibíades en cambio la relación será menos satisfactoria y se muestra deseoso de hacer una política más concorde con sus intereses directos. La actitud de Alcibíades refleja el inicio de los desacuerdos entre los jóvenes políticos de la aristocracia y el *dêmos*. La ruptura aparece definida en Tucídides (VI 92, 2-4; Sancho,

1997: 111). En los momentos finales de la guerra, Alcibíades se dedica a fomentar la relaciones clientelares con reyes de las poblaciones marginales en la región del Helesponto, como muestra de la agudización del poder personal en la crisis de la democracia.

De todos modos, se va estableciendo la definición de los límites sociales, con la alianza entre caballeros y campesinos libres, frente a las gentes del mar. De ahí crece el desarrollo de las contradicciones internas del sistema imperialista y democrático. El sistema democrático necesita conservar el Imperio, pero éste tiende a entrar en crisis, tanto por lo que Tucídides considera el "temor" de los demás griegos, como por las mismas contradicciones internas que tienden a repercutir en los ricos los efectos de los privilegios del pueblo, sobre todo en los momentos en que la conservación de éstos depende de acciones militares que exigen aportaciones de los ricos. Desde la primera década de la guerra se manifiestan tales contradicciones, encarnadas en la figura de Cleón. Las manifestaciones más patentes en esa época se notan en las repercusiones de la política militar de Pericles, que tendía a proteger la ciudad en detrimento de los campos. Así nace el descontento entre los campesinos, circunstancia que parece haberse aprovechado por los caballeros. La ciudad como centro urbano y puerto tiende a definirse en el sentido criticado por Platón, al configurarse de acuerdo con los resultados de la política de Temístocles. Platón (*Leyes*, IV 706c) creía, en efecto, que éste, al promover el desarrollo de la flota, había corrompido la virtud del ciudadano, que se expresaba en la defensa del territorio (cf. Plutarco, *Temístocles*, 4, 4). La época de Pericles representa un momento de gran estabilidad respaldado por los votos ciudadanos, pero al mismo tiempo la definición de un modelo de poder personal que permitía que éste se integrara sin aparentes contradicciones dentro de la democracia. Las consideraciones de Tucídides (II 65) reflejan de modo elocuente las contradicciones internas del sistema.

La ruptura de los equilibrios se hizo patente con la Guerra del Peloponeso. Las exigencias espartanas para evitar el ataque, resumidas por Tucídides (I 139, 1-4), significaban la vuelta a la época anterior, lo que impediría la existencia del Impero y el *misthós*, es decir, de las posibilidades de libertad de los *thêtes*. Se inicia así la crisis del sistema basado en la concordia favorecida por el Imperio y apoyada en las ventajas de que disfruta el *dêmos*, compatibles con las prebendas de importantes sectores

de las clases dominantes, capaces de obtener beneficios igualmente del dominio de los mares y del acceso a los mercados, proveedores de mercancías y de mano de obra esclava. La marcha de la guerra desde la Paz de Nicias y, sobre todo, la derrota, hicieron imposible la continuidad del sistema. La guerra misma dio pie a que los esclavos buscaran su salvación en el cambio de bando (Hanson, 2005: 116). Resulta significativa la nueva postura de Aristófanes acerca de la paz en *Lisístrata* (1129-1123) del año 411, en la que se pronuncia a favor de la paz entre los griegos, pero no frente a los persas (Hunt, 2010: 248). Las vicisitudes de la guerra ayudaron a agudizar las contradicciones desde la primera década, cuando los espartanos invadían cada año el Ática y la estrategia de Pericles se dirigía a proteger a la población urbana y garantizar los suministros a través del puerto de El Pireo. Las circunstancias se agravaron con la extensión de una epidemia que acabó con una parte importante de la población, favorecida por el hacinamiento de la población en la urbe, promovida por el abandono de los campos que se desprendía de la mencionada estrategia de prescindir de la producción agraria en el abastecimiento. En su descripción de la epidemia, Tucídides destaca hasta qué punto influyó en el cambio de mentalidad y en la transformación de los valores.

Los últimos años de la guerra afectaron a la explotación de las minas de Laurio, aunque todavía Calias en 405 fue capaz de potenciar la explotación de oro (Plinio, XXXIII 113). Jenofonte (*Ingresos*, IV 28), más tarde, en 355, señala que hacía poco que se había vuelto a poner en marcha la explotación de las minas, aparte de que existen estelas de piedra que marcan las concesiones entre 367 y 300 (Descat, 2004: 391). Efectivamente, la última parte del siglo IV se caracteriza por el gran crecimiento de las ganancias procedentes de las minas (Rhodes & Osborne, 2003: 182-183). En la *Constitución de los atenienses* (47, 2), de la escuela aristotélica, se establecen las normas de arrendamiento de las minas y el papel de la *boulé* y de los *poletaí*. También se encuentran las referencias (47, 4) al arrendamiento de las tierras públicas. En la documentación epigráfica, la diferencia fundamental es la presencia de personas que sirven de aval en este último caso (Shipton, 2000: 24). Jenofonte (*Económico*, IV 33) piensa que hay que utilizar, a cargo de la ciudad, un número de esclavos tres veces superior al de los ciudadanos. Se trataría de conseguir que los ciudadanos vivieran gracias al trabajo servil de esclavos del estado. El mismo Jenofonte expone un modelo de

explotación agraria esclavista, donde da múltiples indicaciones de lo que considera el modo mejor de tratarlos. El autor hace notar (IV 9) que el valor de la plata no se acaba y el deseo de poseer más no desaparece nunca, aunque su disfrute se haga superfluo. El problema de la explotación minera fue pues uno de los factores de la crisis que se extendió a lo largo del siglo IV, como escenario del cambio hacia el Helenismo.

Se sabe por el ejemplo de un individuo de Sifnos, que, al menos desde 350/349, la explotación de las minas a través de las concesiones era posible para los extranjeros, aunque la nómina de los arrendatarios incluye sólo a los atenienses más ricos. El número de los inversores registrado es más bajo que el de los que arriendan las tierras públicas (Shipton, 2000: 31-32), pero en muchos casos no coinciden con los incluidos en las prestaciones litúrgicas. En cambio, los que arriendan las tierras públicas son mayoritariamente anónimos. Los casos en que las aportaciones se repiten corresponden a personajes muy prominentes dentro de la clase litúrgica. En cualquier caso, la cantidad total aportada por la clase litúrgica es considerablemente más alta que la del resto. De los documentos de las concesiones se deduce que la época de más intensa explotación corresponde a los años 342-339. En cambio, ya en la década de los treinta, tanto Demóstenes (*Contra Fenipo*, XLII 3; 31) como Hiperides (*En favor de Euxenipo*, III 36) se hacen eco de las dificultades de abrir nuevas galerías, que también se reflejan en el ritmo de las estelas. En cualquier caso, siempre son los más ricos los que realizan la explotación, como la familia de Nicias o la de Epícrates de Palene, citados por Hiperides. También poseían concesiones mineras Midias y su hermano Trasíloco. La mayoría de las personas conocidas por su presencia en la vida pública está presente también en las listas de arrendatarios de las minas o en las de las tierras públicas o en ambas. Pero hay también casos de extranjeros, como se ve en los *Ingresos* de Jenofonte (IV 22). De todos modos, en lo concreto sólo se conoce el nombre de un individuo de Sifnos, llamado Calescro, que obtuvo la *isotéleia* y fue trierarco en 377 (Shipton, 2000: 45), lo mismo que algunos de sus familiares. Todos los arriendos tenían que aprobarse por la *boulé* (Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 47, 2).

La imagen de la Atenas democrática e imperialista, desde una perspectiva tanto positiva como negativa, prescinde del territorio. La insularidad era para Pericles, desde luego, un dato positivo, enfocado en relación con

la situación histórica de la ciudad y justificadora de su estrategia militar (Spence, 1990). Desde la perspectiva platónica, en cambio, la crisis se halla en la misma naturaleza de la ciudad marítima e imperialista, para lo que busca una salida en el retorno idealizado a la ciudad hoplítica, donde los productores permanecen ajenos a los derechos de ciudadanía. Por ello, Platón (*Sofista*, 223c-d) critica todas las actividades económicas que, desde su punto de vista, conducen a la ciudad nueva, como las formas de intercambio que considera puramente mercantiles (*agorastikón*), alejadas de las prácticas del don (*doretikón*) (Millett, 1990: 185).

Sin embargo, la realidad era más compleja de lo que creía el mismo Pericles. Los problemas espaciales se plantearon durante la Guerra del Peloponeso. Para Tucídides, en efecto, todavía entonces se notaban los rasgos que caracterizaban el territorio desde la época de la unificación mítica. Se mantiene el modo de vida en el campo y los cultos aldeanos de los demos. La ciudad marítima conservaba en gran parte los fundamentos de la ciudad hoplítica. La contrapartida a esta estrategia estaría representada por el pensamiento de Platón, que en el *Critias* (114d-e), a través del narrador, caracterizaba la Atlántida como una isla que, por su poder o imperio, *dià tèn arkhén*, podía abastecerse de todo (Gabba, 1991: 108, n. 3). En términos similares describe Jenofonte (*Ingresos públicos*, I 6-7) la situación de Atenas: "A su vez, cuantos quieren ir de un extremo a otro de Grecia, todos pasan cerca de Atenas por mar o por tierra, como si fuera el centro de un círculo. Y aunque, ciertamente, no está rodeada de agua por todas partes, sin embargo, por todos los vientos importa lo que necesita y exporta lo que quiere como una isla, porque tiene mar por ambos lados" (trad. O. Guntiñas [BCG, Madrid, 1984]). Por ello, en cierto modo, Atenas es la Atlántida de Critias.

A través de la crisis vinculada al desarrollo de la Guerra del Peloponeso, los oligarcas recuperaron la necesidad de "esclavizar" de nuevo a la población que se había liberado en el proceso de fortalecimiento de la democracia, para lo que la primera medida consistía en eliminar los privilegios de la ciudadanía. Ya no era posible apoyar la defensa de la esclavitud en la naturaleza humana cuando la ciudadanía había dejado de ser útil para protegerse contra la sumisión a la esclavitud, puesto que, según los argumentos aristotélicos, quien realizaba trabajos serviles no debería considerarse ciudadano y quien trabajaba en mercados y talleres debería quedar privado de la ciudadanía. La diferencia queda desde

ahora asentada en las actividades realmente desempeñadas. Tal puede ser igualmente el pensamiento de un hombre como el orador Antifonte, que participó en los movimientos que trataban de destruir la democracia (Plácido, 1989). De hecho, la destrucción de la democracia debería ser el medio para facilitar la reducción a la dependencia de la población de los pobres libres de la ciudad. El mismo Antifonte el Sofista (fr. 44) compara la desigualdad de clases en Atenas con la que existe entre griegos y bárbaros (Georges, 1994: 221). En realidad, la defensa de la naturaleza contra la ley, atribuida al sofista, es de hecho un ataque a la ley democrática. Ahora bien, como ésta no permite la esclavización del ciudadano, se inician las tensiones para recuperar formas de dependencia más sutiles, de tipo clientelar, que, si bien son originariamente más arcaicas, ahora se reconstituyen sobre bases ideológicas más elaboradas. En este sentido, se ofrecen varios modos, con distinto grado de sutileza, en el pensamiento de Tucídides, Isócrates y, de modo más descarnado, en la obra del Pseudo-Jenofonte (Ober, 1996: 158).

Crecen en consecuencia las dificultades para conservar la libertad del pueblo. Ésta se basaba en su capacidad para no caer en la necesidad de realizar trabajos banáusicos, que, como dirá Aristóteles, impiden la ciudadanía y por tanto la libertad. En *Retórica* (1367a31-32), declara que el trabajo banáusico no es propio del libre, "pues no vive para otro". Por eso, resulta discutible el planteamiento puramente institucional que se refiere a la democracia como soberanía de la ley, dado que en estos casos se trata más bien de que las leyes ponen freno a la soberanía del *dêmos*, como veía el propio Ostwald (1986; Rhodes, 1998: 144). Aristóteles (*Retórica*, 1381a19-24) contrapone el que trabaja para otro al *autourgós*, aunque vive del trabajo de sus manos, pero no depende de nadie.

Las oligarquías, la reducción de la ciudadanía y la tiranía de los Treinta se presentan así como los acontecimientos políticos que sirven de vehículo al cambio. No sólo Critias, sino también Terámenes piensa que la ciudadanía no debe pertenecer a quienes necesitan recibir la dracma (Jenofonte, *Helénicas*, II 3, 48). La restauración democrática necesita comprenderse en sus circunstancias precisas y en sus límites. Es posible que con estos caracteres de la democracia se encuentre relacionado el hecho de que, después de los Treinta, la Pnix, donde se celebraban prácticamente todas las reuniones de la Asamblea, redujera su tamaño y cerrara su espacio, así como que se orientara de modo que daba la

espalda al ágora, juntamente con el hecho de que a continuación, desde 400, se conozcan datos que indican que hay medidas para restringir la admisión en la *ekklesía* (Hansen, 1987: 19). Se lleva a cabo entonces la vuelta de la orientación de la Pnix hacia el interior, para no mirar al mar (Plutarco, *Temístocles*, 19, 6). Desde 379 se encuentra documentada la existencia de *próedroi* como presidentes de las sesiones de la Asamblea, lo que, como los *próbouloi* y los *nomophýlakes* más tarde, se consideran síntoma de la nueva orientación de las democracia, por lo que se ha pensado que debieron de existir desde 403/2, herencia en definitiva de las transformaciones debidas a los Treinta (Hansen, 1987: 39), que ya los habían puesto a presidir la *boulé*. Los *próedroi* eran nombrados por sorteo en esta última. Ya en 399 se instituyó de forma definitiva la *graphè paranómon*, con precedentes desde 427 ó 415, por la que se establecían normas legales que fijaban limitaciones a las aprobaciones de la Asamblea. Entonces se instauraron las diferencias entre *pséphisma* y *nómos*, que introducían una jerarquización entre las Asambleas y los organismos legisladores especializados, aunque la diferencia no debía de ser absolutamente clara para los mismos atenienses, según se desprende de algunos textos. El *dêmos* continuó votando los *psephísmata*, pero los *nómoi* pasaron a ser, por la iniciativa de Tisámeno, competencia de los nomótetas desde 403/2, que controlaban por ello las limitaciones de los *psephísmata* (Hansen, 1978: 316, 323). Demóstenes (*Contra Timócrates*, XXIV 20-23) cita el texto de la legislación que señala la revisión de las leyes, el papel de los nomótetas y la contraposición con los *psephísmata.* Aristóteles (*Política*, 1292a4-7, 31-37) pone de manifiesto que el predominio del *pséphisma*, corresponde a la forma de democracia en el que predomina el *plêthos*, la "masa", diferente de la *politeía*, que para él representa el predominio de los *mésoi* y del *nómos*.

La restauración democrática

El texto de Dionisio de Halicarnaso (*Lisias*, 32-33) y el discurso XXXIV de Lisias (*Sobre no derrocar la constitución tradicional en Atenas*), conservado por aquel, representan un testimonio muy significativo de las controversias que sobre la ciudadanía se generaron en la postguerra ateniense. Se señala la propuesta de que la ciudadanía quede reducida a la comunidad de los propietarios. La iniciativa parte de algunos de los

personajes que han luchado contra los Treinta y revela además cuáles eran los efectos secundarios que se encontraban en sus expectativas. Eran sobre todo oligarcas que habían huido de los Treinta, pero buscaban efectos parecidos a través de métodos legales: destacan Ánito, Arquino, Clitofonte y Formisio, que Aristóteles (*Constitución de los atenienses*, 34, 3) considera partidarios de la *pátrios politeía*. De hecho, según Lisias, no había peligro de que la democracia fuera a provocar una revolución social, como parecían temer los ricos (XXXIV 5), los que trataban de corregir los efectos sociales de la misma (Ober, 1989: 197-198).

Según la *Constitución de los atenienses* (40, 2), destacó la oposición de Arquino a la propuesta de Trasibulo, el mismo que también promovió la condena a muerte sin juicio previo de alguien que quería tomar represalias, según Isócrates (*Contra Calímaco*, XVIII 2-3), además de Aristóteles. Éste considera que así Arquino contribuyó a salvar la democracia y alaba (40, 3) el hecho de que en Atenas no hubiera pasado lo mismo que en otras ciudades en que el pueblo vencedor se negó a pagar a los lacedemonios y propuso un reparto de tierras. Formisio es el autor del decreto criticado por Lisias (XXXIV). Trasibulo en cambio pretendió ampliar la ciudadanía entre los que habían participado en el retorno desde El Pireo tras la batalla de Muniquia contra los Treinta, en el proceso que acabó con la disolución del régimen tiránico. El resultado fue una concesión limitada en 401/0 entre un determinado número de extranjeros y la atribución de la *isotéleia* a los esclavos y metecos que habían colaborado contra los Treinta (Rhodes & Osborne, 2003: nº 4, p. 20-27), como antes habían hecho ciudadanos a los metecos y extranjeros dispuestos a combatir en la batalla de las Arginusas, según Diodoro (XIII 97-100), que da interesantes detalles reveladores de las circunstancias internas de Atenas en estos dramáticos momentos, sobre todo en relación con la condena de los generales que no habían recogido los cadáveres de los atenienses caídos. Los detalles del juicio, sin embargo, aparecen relatados en Jenofonte (*Helénicas* I 7, 2-34). El control de la ciudadanía se agudizó desde entonces, con la restauración de la ley del *metréxenos* de Pericles, que restringía los derechos a quienes eran hijos de padre y madre atenienses, y el control de las fratrías, como se ve en el caso de Decelia, en el decreto publicado por Rhodes y Osborne (2003: nº 5). El resultado de la caída de los Treinta fue el triunfo de la llamada oligarquía moderada.

Sólo dos años más tarde un decreto concedió la ciudadanía a un centenar de metecos. Así, después de la Guerra del Peloponeso, surgió un debate acerca de los límites de la ciudadanía cuando, tras la fallida proposición de Trasibulo para extender la condición de ciudadanos a todos los metecos que habían contribuido a la expulsión de los Treinta, Formisio propuso en cambio reducir el número de ciudadanos. El político que se opuso en el discurso XXXIV de Lisias, en el parágrafo 2, concluye: "No merecía la pena volver del exilio, si era para perpetrar con vuestros votos vuestra propia servidumbre" (*katadoulósesthe*). La expulsión de los Treinta Tiranos, con el objeto de liberar al pueblo de Atenas, no habría tenido ninguna eficacia. De este modo, la *stásis* en el siglo IV se opera entre ciudadanos, para alcanzar la plena liberación de los trabajos manuales o para someter a los demás a ese tipo de trabajos. Sin duda, ahora los ricos recuperan plenamente su capacidad para explotar a los trabajadores libres o esclavos, carentes de derechos de ciudadanía, y satisfacer sus deseos sobre el excedente de su trabajo (Ober, 1996: 88), sin necesidad de acudir a formas de coerción extraeconómica.

La propuesta de Formisio fue derrotada en la Asamblea, pero se impuso de todos modos la reducción de los poderes de ésta. En el siglo IV, los poderes legislativos se transfirieron en buena parte a los *nomóthetai* y los judiciales se concentraron en los *dikastéria*. Unos y otros estaban formados por ciudadanos designados por sorteo entre los seis mil, a su vez designados por sorteo, pero no constituían, como la Asamblea, el *dêmos* en acción. El pueblo conservaba las decisiones de política exterior (Hansen, 1981: 352; 1987: 95) y la elección de los magistrados que no se designaban por sorteo, que siempre fueron los más importantes, por ejemplo los militares. Del mismo modo, las nuevas magistraturas financieras del siglo IV se elegían también por votación. Las restricciones se pueden resumir en la promulgación de decretos y la elección de magistrados. A mediados del siglo IV, tal vez en relación con la Guerra Social, la Asamblea se vio privada además de los juicios políticos de *eisangelía*. Los decretos se restringieron a cuestiones de política exterior o acciones individuales con un período de validez limitado y casi todos se promulgaron en el período inmediato a la restauración de la democracia antes de la codificación de leyes o en el período crítico que siguió a la batalla de Queronea de 338 (Hansen, 1987: 113). Poco después de Coronea, en 337/6, se erigió el monumento a Demos coronado por

Demokratía (Rhodes & Osborne, 2003: nº 79), que se oponía directamente a la tiranía e intentaba controlar las actividades del Areópago. En estos momentos se halla bien definida la contraposición entre Tiranía y Democracia, al margen de la contraposición entre Oligarquía y Democracia. En el largo proceso evolutivo desde la tiranía de los Pisistrátidas, se ha configurado una disyuntiva que prescindía de la clase dominante para centrar la hostilidad en el poder personal cuando éste aparecía con una cierta base populista. Se trataba de evitar que la recuperación del Areópago promovida por los vencedores de Queronea apareciera como la verdadera recuperación de la oligarquía (Ober, 1989: 101).

Ahora bien, Agirrio, el creador del *misthòs ekklesiastikós* (Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 41, 3) y restaurador del teórico (Harpocración, s.v. *theoriká*), fue uno de los acusadores de Andócides. Éste, en *Sobre los misterios* (I 133-134), por su parte, los acusa de aprovecharse de cargos fiscales, a los que el orador dice haberse opuesto para evitar mayores trampas tratando de sacar provecho económico con el reparto de seis talentos. El orador dice oponerse para preservar los fondos públicos. A Andócides lo apoyan Céfalo y Ánito (I 150). (El apoyo de Céfalo, cuyo testimonio cita, aparece en I 116.) Por lo demás, Céfalo no aparece próximo a Andócides ni a Ánito. En 390 se caracterizó por su apoyo a la guerra contra Esparta (*Helénicas de Oxirrinco*, 7, 2, ed. Bartoletti; Pausanias, III 9, 8) y en 386 propuso la concesión de la condición de próxeno y evérgeta a Fanócrito de Pario sólo con el voto del *dêmos*, sin participación de los buleutas (Tod, 1948: 116; Rhodes & Osborne, 2003: 80-83). Céfalo se encuentra asimismo entre los enviados a sellar la alianza con Quíos en 384/3 (Tod, 1948: 118), la primera posterior a la Paz de Antálcidas (Rhodes & Osborne, 2003: 86), que se considera germen de la recuperación del Imperio ateniense. De hecho, impusieron condiciones sobre los aliados similares a las de Esparta con Tebas, pues determinaron que las ciudades de la isla de Ceos funcionaran de manera independiente y no como un conjunto isleño y marcaron estipulaciones específicas sobre el comercio del ocre (*míltos*) (Rhodes & Osborne, 2003: nº 39 y nº 40, p. 196-209).

En parte, la situación interna se mueve en el ambiente de la acusación contra Sócrates, aunque se vean alteradas algunas posiciones. Cabe asimismo la hipótesis de que el acusador de Lisias, en *Contra Andócides* (VI), sea Meleto (Lewis, 1994: 39), uno de los acusadores de Sócrates,

aunque se trata de un asunto muy controvertido. A pesar de la crítica de Aristófanes en *Asambleístas* contra Agirrio (102-104), según la cual floreció en Atenas tras el regreso de Conón mientras crecía la desesperación del pueblo por la política que se hace tras la guerra (109), Demóstenes (*Contra Timócrates*, XXIV 134) lo recuerda como un honesto defensor de los intereses del pueblo; el orador alaba el hecho de que su sobrino Calístrato no intentó salvarlo con una ley en los momentos de apuro (135). Existe la hipótesis (Perlman, 1968: 259) de que fueran próximos a Agirrio los promotores del decreto (Tod, 1948: 97) que honraba en 403/2 a los samios exiliados por los lacedemonios, como uno de los primeros pasos para restaurar la influencia exterior ateniense tras la derrota y los Treinta. Su postura política ha sido comparada con la de Ifícrates (Sealey, 1956: 184), que organizó un ejército de tropas ligeras, de *peltastaí*, que actuaban como mercenarios, pero formado por personas extranjeras y de la "clase subhoplítica", por lo que en ocasiones se ha hablado de "revolución subhoplítica" (Fornis, 2008: 245), aunque muchas veces estas tropas se utilizarían como fuerza represiva frente a los movimientos internos surgidos de los problemas sociales. En cualquier caso, las propuestas más abiertas en relación a la ciudadanía tienden a quedar frustradas por obra de los llamados moderados.

Es preciso destacar el carácter moderado de la restauración, elogiado por Aristóteles y otros comentaristas relacionados con los aspectos menos radicales de la democracia. Posiblemente ese carácter se relacione con el hecho de que, según Andócides (*Misterios*, I 87), la restauración se estableció a través de un *nómos*, aunque luego tomó la forma de un *pséphisma*. Allí se dice claramente, en la lectura del texto ante los jueces, que ningún *pséphisma* de *boulé* ni del *dêmos* es superior al *nómos*, texto citado en varios discursos posteriores (Hansen, 1978: 319, 324). A partir de 403, los primeros *psephísmata* son anteriores a la creación de los nomótetas y más tarde, cuando se trata de decisiones de carácter general, corresponden al período de crisis de 339/8. Por otro lado, se conocen varios casos en que un *nómos* ratifica un *pséphisma*, lo que refuerza la idea de la superioridad del primero en el siglo IV. Así se confirma la restricción del poder de la Asamblea a partir del período de la restauración (Hansen, 1979: 38-39, 42, 52).

Con la amnistía decretada por los protagonistas de la restauración se permite el regreso de todos los que habían participado en la oligarquía,

salvo los que habían desempeñado un papel muy destacado, como los Treinta mismos; el acuerdo con los de Eleusis tuvo lugar hacia el 401: primero hicieron una expedición contra ellos y mataron a los estrategos cuando se entregaron, pero convencieron a los demás para llegar a acuerdos (*Constitución de los atenienses*, 40, 4; Jenofonte, *Helénicas*, II 4, 43). Deciden en consecuencia la devolución a los espartanos del dinero entregado a los Treinta. La solución representa el triunfo de los sectores de la oligarquía contrarios a los Treinta, que se traduce en el triunfo de un sistema democrático conciliador. La estabilidad de la situación pronto se reveló precaria: se produjeron, por ejemplo, ataques a los que habían formado parte de la caballería (Lisias, *Contra Mantíteo*, XXVI 10) y, según cuenta Jenofonte (*Helénicas*, III 1, 4), cuando los atenienses enviaron un contingente de caballeros que habían colaborado con los persas en apoyo de las acciones espartanas contra los persas, consideraban un beneficio para el pueblo que se fueran e incluso que perecieran. Parecería que el propio Jenofonte reconoce las limitaciones de la reconciliación posterior a la guerra (Tuplin, 1993: 47). Por ello, la inscripción en que se enumera a los caballeros muertos en 394 en Corinto, se interpreta como un intento de restituir el prestigio de dicha clase como defensores de la ciudad (Rhodes & Osborne, 2003: 43). Otra señal de las tensiones fue la condena de Sócrates. Sus ideas resultaban peligrosas, no tanto para los radicales como para los conservadores del tipo de Meleto y Ánito, que se encuadran entre los demócratas triunfantes en la restauración tras la caída de los Treinta. Por ellos era visto como promotor de la tiranía, por causa del magisterio de Alcibíades y Critias. Los círculos socráticos atacaban la composición de la Asamblea, "llena de ignorantes", por ejemplo por parte de Cármides, según Jenofonte (*Memorables*, III 7, 6), personaje que además había participado en los Treinta. Es la misma actitud que caracteriza al oligarca de los *Caracteres* de Teofrasto (XXVI 5), que se avergonzaba de quienes se sentaban a su lado en la Asamblea, aunque todos los personajes retratados en esta obra parecen pertenecer a la clase dominante. Característica de este personaje era también su queja por la falta de agradecimiento de parte de quienes recibían sus beneficios (XXVI 4). En realidad, lo que el personaje propone (XXVI 2) es el gobierno de uno solo, según el modelo de Odiseo en la *Ilíada* (II 204): *heîs koíranos ésto* (Bayliss, 2011: 61).

La restauración de 403/2 (Musti, 1995: 195) promueve un momento de intenso debate sobre la democracia, donde se reinterpretan los conceptos y se matizan las posturas. En los momentos de tensión, desde 411, surgen intentos de relacionar la democracia con la salvación de la ciudad, a costa de reducir los derechos y la ciudadanía. Así, en 411 se creó el cargo de los nomótetas encargados de establecer un cuerpo de leyes estabilizado para cuya modificación se necesitaba de nuevo la actuación del mismo cuerpo. Ello dio lugar a la diferenciación entre *nómos* y *pséphisma*, que hasta entonces se confundían. Su actuación se interrumpió con los Treinta, para volverse a establecer en 403, lo que da lugar a la creación del régimen que perduraba en época de Aristóteles (*Constitución de los atenienses*, 41, 2). Andócides, que había estado implicado en los asuntos de 415, relacionados con la expedición a Sicilia y los escándalos provocados en torno a ella, muestra en sus actividades su presencia como potentado. Su posición es criticada por Lisias (*Contra Andócides*, VI 33), que pone de relieve, en un juicio en el año 399, que con su historial no debe pretender participar en la vida pública. Los conflictos versan normalmente sobre su pasado (Munn, 2000: 262), como se ve sobre todo en su discurso I, *Sobre los misterios*. En esos momentos, triunfó la postura que interpretaba la *pátrios politeía* como una vuelta a la época de Solón y Dracón, como hace Andócides (*Misterios*, I 83-84), que lo relaciona con la creación de los nomótetas. Así también se manifestaba Trasímaco de Calcedonia (DK 85 A1), en texto citado por Dionisio de Halicarnaso (*Demóstenes*, 3), al parecer ya desde el 411 (Hansen, 1991: 6). Los argumentos se basaban en evitar la acción de los demagogos que, según ellos, eran los responsables de la derrota en la Guerra del Peloponeso. Como la democracia se había convertido en un concepto de obligada aceptación, Solón, como modelo para la vuelta al pasado, terminó representando la *pátrios demokratía*. Esta "democracia de los antepasados" se identificaba de hecho con la llamada oligarquía moderada. Como el *mos maiorum* entre los romanos (Conde, 2008: 154), la *pátrios politeía* estaba sometida a cualquier interpretación según los intereses de cada uno en los diferentes momentos históricos.

Las reformas legales, al parecer con ánimo de satisfacer a los enemigos de la democracia radical, buscan sus apoyos en la tradición. Lisias (*Contra Eratóstenes*) revela la presencia de la sombra de los Treinta en todos los asuntos judiciales tratados en los años sucesivos (Munn, 2000: 263, 276),

a pesar de que ya se había decretado la amnistía. Lisias se refiere sobre todo al comportamiento represivo con los metecos. En las asambleas de este período las votaciones no eran normales (*Contra Eratóstenes*, 75). Lo mismo pasaba en el Consejo, según el mismo orador (*Contra Agorato*, XIII 36-37). Era obligatorio mantener una actitud pasiva ante los Treinta. En general, el ambiente se revela en su complejidad en los discursos de Lisias, Isócrates y, sobre todo, Andócides (*Sobre los misterios*, I 81), que elogia la amnistía como modo de buscar comprensión. Lisias (XII y XIII), en cambio, busca que se castigue a los Treinta y a sus colaboradores. Es notable sobre todo la sensibilidad de los atenienses ante las exigencias espartanas, que piden apoyo en su guerra contra los eleos, que precisamente eran aliados de Atenas, en 403 (Munn, 2000: 280). El ataque a Élide iba en apoyo de los enemigos de Trasideo, "dirigente del pueblo" según Jenofonte (*Helénicas*, III 2, 27-29), que había avalado el movimiento de Trasibulo contra los Treinta.

Se revelan asimismo en este episodio los problemas para Atenas derivados del reforzamiento de Ciro, apoyado por Esparta y Jenofonte (Munn, 2000: 283). Ciro como filoheleno permite referirse al viejo Ciro como modelo de realeza justa en la *Ciropedia* de Jenofonte, que así puede desarrollar una teoría de la realeza aplicable a las ciudades griegas. El modelo de Ciro el Grande se convierte en referencia actual en tanto que modelo institucional, como se ve en el frecuente uso de la expresión *éti kaì nûn*, "todavía incluso ahora", para marcar la validez de las tradiciones relacionadas con la *pátrios politeía* (VIII 1-6; Georges, 1994: 228). El personaje aparece incluso como dotado de cualidades divinas (*tò theîon*: IV 2, 15) y como heredero de un linaje divino (VII 2, 24), lo que lo aproxima aún más a la realeza helenística que se prefigura en sus planteamientos teóricos, característica que atribuye igualmente al protagonista del *Económico* (XXI 11). El planteamiento es similar al de la *Constitución de los lacedemonios*. Las instituciones, incluso las formas monárquicas, sirven de modelo al sistema visto como ejemplar por el autor. En realidad, desde el punto de vista del propósito práctico, se trata de una obra de actualidad griega, planteada como teoría universal y eterna. Jenofonte sigue el esquema persa en su casa de Escilunte, donde pretendió montar un *parádeisos* con una reproducción del santuario de Éfeso (*Anábasis*, V 3, 7-13). Después de la restauración, Jenofonte seguía en posiciones hostiles a la democracia, y no se integró como muchos de

los que vieron una salida en la "democracia moderada". La posición de Jenofonte se compara con la de aquellos socráticos que defendían el alejamiento de la vida pública (Georges, 1994: 207-208, 216), posición que Aristóteles (*Política*, 1254a25-29) atribuía sólo a las bestias o a los dioses.

Jenofonte pretende en la *Anábasis* crear una especie de *pólis* independiente (V 6, 32-33). También en dicha obra (VI 1, 17-18), en referencia a la expedición de los Diez Mil en apoyo de Ciro el Joven, hace la apología del gobierno de uno solo en relación con los secretos de la guerra. En estas expectativas se explica en gran medida la propuesta de la *Ciropedia*. Por ello lo define como *basilikótatós te kaì árkhein axiótatos*, apoyado en su asimilación al helenismo. Tras las frustraciones debidas a la muerte de Ciro y la derrota espartana en Leuctra, las esperanzas se situaban en la alianza entre Atenas y Esparta y el apoyo del sátrapa Ariobarzanes, persa helenizado que había llegado a tener la ciudadanía ateniense (Georges, 1994: 232, 238). En las mismas fechas se produce la aproximación de Atenas a Dionisio de Siracusa, al que concede la corona de oro y la ciudadanía en 369/8 y con quien sella una alianza en 368/7 (Rhodes & Osborne, 2003: nº 33 y nº34, p. 160-169)

Se basaba en la autonomía de los ejércitos mercenarios, que podían llegar a constituir una entidad política autónoma, capaz, como en este caso, de fundar una colonia, procedimiento que luego utilizarían los reyes macedonios y helenísticos. Tales ejércitos eran el resultado de los problemas de la tierra derivados de la Guerra del Peloponeso y de sus consecuencias. Los soldados mercenarios se conocen como *xénoi*, extranjeros, no ciudadanos, aunque normalmente griegos, para los que el autor del *Poliorcético. Sobre la defensa de la ciudad sitiada*, conocido como Eneas Táctico, promovía una financiación mixta, entre los ciudadanos privados y la ciudad. El término resulta confuso, pues también designa a los no ciudadanos acogidos en hospitalidad. Igualmente resulta confuso el otro término utilizado, *misthotoí*, o su equivalente *misthophóroi*, ambos derivado de *misthós*, término que indicaba la cantidad cobrada por los ciudadanos por sus servicios públicos.

En la expedición de los Diez Mil participaron combatientes procedentes igualmente de las ciudades vencedoras, lo que significa que no eran resultado de la derrota, sino de las transformaciones derivadas de la contienda. La propuesta provoca una discusión (V 6, 27) que revela desacuerdos entre los dirigentes de la expedición.

La situación general hace crecer el temor de los demócratas. La restauración se impone como control de la soberanía del pueblo por el "imperio de la ley". Este planteamiento aparece enunciado en Demóstenes (*Contra Aristogitón I*, XXVI 20). La democracia funciona gracias a las leyes. En la democracia todo es "más dulce" (*praóter'*), según Demóstenes (*Contra Timócrates*, XXIV 163). El fondo del discurso *Contra Midias* es la búsqueda de instrumentos que permitan al *dêmos* resistir al poder de los individuos poderosos, al mismo tiempo que el orador se identifica con la *pólis* (XXI 233) como defensor de sus intereses (Ober, 1996: 105, 120). Para Demóstenes, debe exigirse tomar actitudes favorables a los débiles y luchar contra la opresión, mientras que Timócrates se dedica a adular a los poderosos (XXIV 170-171). Demóstenes trata de apoyarse para salvaguardar la leyes en la capacidad de presión de *hoì polloí* (*Contra Midias*, XXI 37; Ober, 1996: 119), aunque se sabe que terminó por ceder a cambio de una compensación económica (Plutarco, *Demóstenes*, 12, 5-6), ante la imposibilidad de vencer a un hombre tan poderoso. También expresa la necesidad de controlar a los que hacen propuestas que responden a sus intereses particulares (XXIV 142). Define asimismo las responsabilidades de los dirigentes en *Contra Aristogitón* (*II*, XXV 1-3). También expresa Demóstenes sus temores por la capacidad de encantamiento por medio de la palabra (*Filípica IV*, X 1) y por la credulidad ante el poder teatral de la palabra (*Filípica III*, IX 54). El rico es la personificación de la *hýbris*, como en la *Retórica* de Aristóteles (1390b32-1391a19; Ober, 1989: 208). Plutarco (*Demóstenes*, 8, 6) destaca que atribuía su falta de improvisación al respeto que sentía por la opinión de la multitud.

Lisias compuso el discurso XXXIV, contra las propuestas de Formisio, por encargo de un político desconocido, pero que debió de desempeñar un papel en su momento. Formisio, que ha propuesto las restricciones a la ciudadanía, era de los que habían estado con el pueblo. Lo más significativo es precisamente esta actitud de parte de los que han combatido contra los Treinta: han vuelto del exilio para esclavizar la ciudad (2). La restauración no había significado en general la recuperación de las garantías de libertad para el pueblo. Como los derechos del ciudadano dependían en gran parte de los testimonios que cada uno pudiera aportar en su defensa frente a quienes trataban de negar su condición (Scafuro, 1994: 158), los debates judiciales se convierten en dominantes en el

siglo IV, cuando la conservación de los privilegios ciudadanos trataba de restringirse entre quienes carecieran de medios, lo que agudizaba el papel de la pobreza como escala para valorar los derechos y perder la protección que ellos significaban frente al peligro de caer en la esclavitud.

La cuestión se planteó sobre todo en relación con la ciudadanía, concebida como un arma contra la esclavitud, tal como se había establecido en la época de Solón. En el resto de las ciudades la tierra debió de quedar esclavizada en la formación de un campesinado dependiente de la oligarquía hoplítica. En ese sentido, cuando Aristóteles define los límites de la ciudadanía en la mejor *politeía*, piensa que en ella quien realiza trabajos manuales no puede ser ciudadano y en consecuencia puede considerarse potencialmente esclavo, dado que la esclavitud viene a definirse a partir de la actividad laboral, y no por el estatuto cívico. En consecuencia, quienes no tienen posibilidades de quedar libres de los trabajos serviles no pueden ser ciudadanos libres en dicha *politeía*. En la mejor *politeía* un artesano no puede ser ciudadano. Aristóteles (*Política*, 1278a21-25) distingue de los *thêtes* a los *tekhnîtai*, ya que éstos pueden ser ricos y por tanto ser ciudadanos de una oligarquía, pero un *thés* no puede serlo, pues incluye a los que cobran el *misthós* por el que proporcionan su fuerza de trabajo (1258b20-31). Para él, la *pólis* necesita residentes no ciudadanos que no tengan que apartarse de la producción por culpa de la actividad política, lo que se justifica con la teoría de las diferentes clases de *areté* entre ciudadanos y no ciudadanos. Aristóteles sabe que hay un tipo de democracia en que los pobres participan porque lo necesitan para ser libres (1278a6-11) y otro en que sólo participan los poseedores de *hópla*, que es el que los antiguos llamaban democracia (1297b1-2). La exclusión de la ciudadanía favorece la explotación de la población sin estatuto servil, sólo porque no tienen *skholé* (1292b31-33). Esta forma de democracia necesita funcionar sin *misthós*, que es la causa, en la perspectiva de Aristóteles, de la caída de la buena democracia, o *politeía* (1304b27-28). Así, las fuentes de esclavos son la guerra contra hombres nacidos para obedecer (1256b23-26) y la necesidad de otros hombres de prestarse a realizar trabajos asalariados (1258b25-27). Las condiciones económicas reales se convierten en causa de esclavitud. Realmente el *misthòs ekklesiastikós* era precisamente el instrumento del *dêmos* para evitar el control de la oligarquía (Ober, 1996: 113).

En diversas fuentes, Aristófanes, la *República* de Platón, el *Económico* de Jenofonte (V 4), así como en varios discursos de Lisias y Demóstenes, se señala la miseria de los campesinos en los años inmediatos al final de la guerra. Sócrates lo indica en la citada obra de Jenofonte (III 5; XX 1; 3), donde dice que unos viven bien y otros se ven obligados a cargarse de deudas (Oliver, 2006: 286; Millett, 1991: 36-37). En algunos de estos discursos se conoce la situación de quienes se habían visto obligados a realizar trabajos serviles. De todos modos, tanto Jenofonte como Eurípides (*Orestes*, 918-920; *Electra*, 35-38) alaban la figura del *autourgós* como actor comprometido con la ciudad (Burford, 1993: 170), al estilo del Diceópolis de Aristófanes. Sin embargo, la situación debió de agudizarse tras la derrota de la Guerra Lamíaca, cuando doce mil *átimoi*, "privados de los derechos cívicos", tuvieron que aceptar convertirse en colonos en Tracia y en el momento en que el régimen censatario de Antípatro privó de la *politeía* a un buen número de ciudadanos empobrecidos, en una constitución que se definía como vuelta a Solón, según Diodoro (XVIII 18, 5). Para Plutarco (*Foción*, 29, 1-3), tanto con respecto a los reyes anteriores, como Filipo y Alejandro, como en relación con aspirantes al poder, como Antígono Monoftalmo, Antípatro merecía los calificativos de *despótes kaì týrannos*. La colonización se planteaba como un modo de purgar la ciudad de los revoltosos y maleantes (Diodoro, XVIII 18, 4), según el consejo platónico de las *Leyes* (735; Baynham, 2003: 25). Entre otras cosas, eliminaba el sorteo y el pago por asistencia a los tribunales y a la Asamblea, así como muy probablemente el "teórico". Sólo quedaban nueve mil ciudadanos activos. Hiperides fue sometido a tortura y ejecutado, mientras que Demóstenes, que había vuelto en el inicio de la guerra, se suicidó. Sin embargo, los organismos tradicionalmente democráticos seguían funcionando, como se señala en la existencia de múltiples documentos epigráficos de la *boulé* y la *ekklesía* (Oliver, 2003: 50), pero Polibio (IX 29, 1-6) deja claro cuáles fueron la consecuencias para Atenas, en una situación que para él no tiene otro nombre que el de esclavitud (*toû tês douleías onómatos*), después de haber ejercido una dura represión por parte de Antípatro.

Ello está relacionado con las formas de explotación del trabajo agrario. La renta de la propiedad (*tókon*) en Demóstenes (*Contra Áfobo III*, XXIX 60: *misthoûsin toùs oíkous tókon*) se enunciaría como una forma de pagar la renta por trabajo, con el uso del verbo derivado de *misthós*. Isócrates,

en un discurso que le produjo una importante pérdida de popularidad (*Areopagítico*, VII 32), alaba la cesión de tierras por un *misthós* moderado; los ricos hacían así trabajar y sacaban provecho (34; Wood, 2003: 290). La práctica del arrendamiento privado de las tierras también está presente en Lisias (*Sobre el olivo sagrado*, VII), que puede referirse a un meteco como arrendatario (VII 10). Se expresa en el discurso de Isócrates la nostalgia de los campesinos por la época anterior a la Guerra del Peloponeso, con predominio del Areópago y de la vida del campo, sin necesidad de dominio imperialista, la vuelta a la *pátrios politeía*. En el siglo IV, en efecto, renace como modelo el arcaísmo. Se trata de lograr la vuelta al sistema patrio (15-16), a la comunidad de los que comparten la patria (31), con la abolición del sorteo y del *misthós* (21-27), para que sean los que tienen *skholé* los que se ocupen de los asuntos públicos; de sustituir el *misthós* político como pago por funciones públicas por el *misthós* como renta de trabajo, como el practicado en las explotaciones agrarias del arcaísmo, según Isócrates. El mismo discurso enuncia la alabanza del patronato (32-35), sobre la base de que los pobres sabían que su propia capacidad, *euporía*, dependía de la prosperidad, *eudaimonía*, de los ricos. Así se fomentaría la circulación de riqueza y se evitaría la "tesaurización", fenómeno asimismo criticado por el Anónimo de Jámblico, que lo considera propio de la tiranía y que, sin embargo, parece frecuente en la Atenas del siglo IV (Millett, 1991: 170). La distribución voluntaria a través de las evergesias evitaría que para huir de las liturgias obligatorias los ricos ocultaran sus bienes, practicaran la *ousía aphanés*. La riqueza mueble, al margen de las propiedades agrarias, facilitaba la economía sumergida para evitar las imposiciones fiscales, como la que era objeto de las acusaciones a Teopompo (Iseo, *La sucesión de Hagnias*, XI).

Las transformaciones culturales

La institución del Areópago resultó determinante para el apoyo ideológico de la política consistente en recuperar el poder de las oligarquías sobre la base de una vuelta a las tradiciones patrias con un fuerte componente religioso (Valdés, Fornis & Plácido, 2007). En este sentido resulta coherente el ataque de Isócrates (*Areopagítico*, VII) a los "excesos" de la democracia: la *akolasía* y la *parrhesía* (20) exhibidas por parte del *dêmos* beneficiario del *misthós* cívico. En definitiva, era la continuidad lógica

del discurso *Sobre la paz* (VIII). El mismo Isócrates (*A Demónico*, I 24-26) defiende la práctica de atender a las necesidades de los amigos sin necesidad de que lo pidan, como un modo de protección basado en la *philía*. Así se enuncian reglas sobre las relaciones de amistad parecidas a las de Sócrates en *Memorables*, donde la protección produce agradecimiento, *kháris*. Isócrates y Jenofonte representan la actitud conservadora de quienes pretenden fortalecer las tradiciones vinculadas a la religión cívica y a su funcionalidad como elemento de cohesión dentro de la vida de la ciudad.

Tales actitudes coinciden con la difusión de los aspectos mistéricos de divinidades como Dioniso, la expansión del Orfismo y el auge de los santuarios sanatorios como el de Asclepio en Epidauro o de la devoción a divinidades abstractas en que se apoyan las explicaciones irracionales, como *Týkhe*, la Fortuna, la misma que Polibio considerará el motor de la historia y sobre la que escribió un tratado Demetrio de Falero. Ésta es la fuerza irracional que actúa en el avance incontrolado de la decadencia de los griegos en favor del imperialismo romano, en un proceso en el que se inserta la superioridad política de un sistema mixto, de democracia, oligarquía y poder personal. Plutarco (*Pirro,* 19, 6) pondrá en boca de Cineas la expresión de su admiración por un sistema en que el senado parecía estar compuesto por múltiples reyes.

Por otro lado, como abstracción filosófica, *Týkhe* permite la adecuación a cualquier tipo de creencia o de tradición local, elemento clave en el proceso de universalización de la época, al mismo tiempo que se presenta como *Týkhe tês póleos*, Fortuna de la ciudad, a la que dedicará sus escritos Demetrio de Falero. A ello se opondrá la doctrina de Epicuro, que contraponía a *Týkhe* la voluntad de los seres humanos, libre y con capacidad de decisión, del mismo modo que se opuso a la monarquía (Plutarco, *Sobre que no es posible vivir dulcemente de acuerdo con Epicuro*, 13, y *Contra Colotes*, 33 = *Morales*, 1095C y 1127A, respectivamente), en contra de la opinión dominante en los intelectuales de la época. Muchos de éstos escribieron *Sobre la realeza*, como Perseo de Citio, discípulo de Zenón. Epicuro por su lado heredaba en parte las doctrinas hedonistas de la escuela cirenaica, fundada por Aristipo y continuada por Hegesias, que fue expulsado de Alejandría por Ptolomeo Filadelfo por referirse a la muerte como escapatoria del dolor (Sharples, 2006: 226).

Al mismo tiempo se acentúa la tendencia a introducir divinidades extranjeras, como Cibeles, Sabazio, Atis, Adonis, Isis, en cuyos cultos

participaban también los ciudadanos. En 333, los mercaderes de Citio, a propuesta de Licurgo, obtuvieron permiso y terreno, con el derecho de *énktesis*, en El Pireo, para erigir un templo a Afrodita chipriota (Schwenk, 1985: nº 27, 141-146; Rhodes & Osborne, 2003: nº 91). El refuerzo de las tradiciones locales no resulta incompatible con el apoyo a los cultos introducidos por las colonias de comerciantes que caracterizaban la ruptura de los límites cívicos propios de la tradición en los preámbulos del Helenismo. El nuevo mundo en formación amplía las fronteras de actuación en lo económico tanto como en lo político y cultural, pero no aparece un centro único de las nuevas relaciones de intercambio a gran escala; cada reino será un nuevo centro sólo unificado por el carácter helénico de sus minorías helenizadas.

Por su lado Platón elabora un sistema político y religioso que pretende incorporar el misticismo órfico como elemento de la ideología cívica, tomada en gran parte de la tradición pitagórica. El misticismo se incorpora a la vida política a través del papel de los guardianes, como consejeros religiosos y vigilantes del orden. Sobre tales bases religiosas se fundamentan la unidad y el orden de la ciudad. Sin embargo, en la práctica Platón acudía en Sicilia al apoyo del poder personal de los reyes tiranos. En realidad, la teoría política platónica constituye al menos una de las bases teóricas de la realeza helenística, dado que sitúa al hombre regio por encima de las leyes de la ciudad, pero se mantenía en el marco de la *pólis*. Con ello coincide la estructura social de la *República*, en la que el trabajo queda en manos de una población dependiente que puede equipararse al hilotismo espartano o a la posición de los *laoí* en los reinos helenísticos. Como ocurría con los espartiatas, los guardianes estaban apartados del trabajo productivo, en contraposición al soldado campesino que dominaba en las ciudades griegas en general desde el Arcaísmo. La utópica vuelta al pasado queda matizada por el planteamiento de una nueva sociedad basada en una gran masa dependiente dedicada a ocupaciones variadas, desde el comercio a la agricultura.

La transición

Las transformaciones afectan a diferentes campos. En relación con el campo militar, la cuestión de la guerra legítima se basa también en la diferencia entre griegos y bárbaros (Hunt, 2010: 75), en lo que heredan

la tradición impuesta al menos desde las Guerras Médicas. En cambio, son evidentes las transformaciones relacionadas con el papel de la ciudad. En Egipto, en caso de conflicto entre leyes de la ciudad y leyes regias, la prioridad corresponde a estas últimas, mientras que, al menos según Plutarco (*Dichos de reyes y emperadores. Antíoco III*, 2 = *Morales*, 183F), Antíoco III reconocía la superioridad de las leyes de la ciudad (Préaux, 1978: 425). Sin embargo, a pesar de ciertos aspectos en los que se potencia la ciudad, su principal característica para este período que se inicia estriba en que al mismo tiempo aparecen las nuevas condiciones de existencia, típicas de una ciudad más ampliamente urbanizada, burocratizada y cosmopolita, mientras se van difuminando los rasgos propios de la ciudad clásica, en un proceso ya iniciado desde el siglo IV al menos.

Frente al concepto de "crisis" como decadencia del clasicismo, se esgrime como argumento la riqueza del siglo IV, tanto en el plano intelectual como en el económico; las actividades económicas de los banqueros son más intensas que nunca precisamente en esos momentos (Mossé, 1972; cf. Plácido, 1980; Engen, 2005), basadas en los intercambios marítimos y en la producción esclavista, como en el caso de la herencia de Pasión (Demóstenes, *En favor de Formión*, XXXVI 11), que permite percibir los riesgos del capital bancario frente a la inversión en la fábrica de escudos. Muchos de los ricos de la época basaban su fortuna en la explotación del trabajo esclavo en diversos campos de la producción, como Timarco, que los empleaba en la producción de tejidos y calzados, o el padre de Demóstenes, que lo hacía en sus talleres de fabricación de muebles y de armas (Plutarco, *Demóstenes*, 4, 1; Demóstenes, *Contra Áfobo I*, XXVII 9), además desde luego de las minas y otros *ergastéria*, como el de Céfalo, que empleaba en su fábrica de escudos ciento veinte (Lisias, *Contra Eratóstenes*, XII 19). Los dueños podían ser, en efecto, tanto ciudadanos como metecos, en este caso empleados en una propiedad en arriendo. Los metecos ricos estaban bien arropados por sus círculos de *phíloi*, como parece ser el caso de Céfalo (Platón, *República*, 328b; Lisias, *Contra Eratóstenes*, XII 4), mientras los pobres acudían a sus *prostátai* (Millett, 1991: 207). Pasión es el primer caso conocido de esclavo *khorìs oikôn*, que trabaja fuera del *oîkos* de su dueño, lo que le confiere una independencia económica notable, e incluso el acceso a la condición de meteco (Ferrucci, 2012: 104).

El discurso *Contra Lácrito* de Demóstenes (XXXV) pone de relieve la importancia de los préstamos por parte de los atenienses en las transacciones comerciales realizadas por extranjeros con ánimo de proveer a Atenas de cereales o en los tráficos que servían para mantener viva la producción esclavista. Del discurso de Demóstenes *Contra Panteneto* (XXXVII) se deduce que los préstamos procedentes de actividades mercantiles podían servir como fuente de inversión para la explotación de las minas (54). Asimismo, el acusado del discurso *Contra Dionisodoro* (LVI 17) se apropiaba los préstamos para hacer préstamos a su vez. Demóstenes (*Sobre la corona trierárquica*, LI) deja muy claro el papel de los préstamos en las importaciones que repercuten en el aprovisionamiento de la ciudad y, al mismo tiempo, contribuyen al enriquecimiento de los prestamistas (Millett, 1983: 42), que prestaban con interés, como uno de los personajes de Teofrasto (*Caracteres*, VI 3; 9), o el que alardea (*alazón*) de las ganancias que así obtiene (XXIII 2). La fuerte actividad de los extranjeros importadores en Atenas se ha deducido sobre todo de los casi trescientos cincuenta monumentos funerarios del siglo IV, que citan más de ciento treinta étnicos de las más diversas procedencias (Brock, 2006: 96). De Demóstenes (*Contra Lácrito*, XXXV 51) se deduce que los préstamos para transportes de larga distancia estaban condicionados a que al regreso aportaran grano a la ciudad (Oliver, 2006: 294), lo que podía variar de un viaje a otro (10; Millett, 1991: 106). De algún modo, en Atenas las inversiones se hallaban protegidas (Demóstenes, *Contra Apaturio*, XXXIII 1-2), lo que favorecía la fluidez de los préstamos. También el Diódoto que aparece en Lisias (*Contra Diogitón*, XXXII 6) se enriqueció al parecer de manera espectacular (Millett, 1983: 50). Se ve que algunos ricos atenienses, dedicados o no al comercio, emplean su dinero en estas inversiones, que contribuyen a un aumento de la actividad monetaria y crematística.

Platón (*Leyes*, 742a-743e) y Aristóteles (*Retórica*, 1361a12-27) destacan la importancia de la moneda circulante en su época. El asunto debía de estar sometido a una cierta controversia moral, según se desprende de Demóstenes (*Contra Panteneto*, XXXVII 52-54), que parece criticar que el préstamo se use como procedimiento (*tékhnen*) para hacer negocio, de modo que da la impresión de que el préstamo constituía en sí un modo de hacer dinero (Millett, 19991: 169). En el discurso *Contra Calipo* (LII) del corpus de Demóstenes, Apolodoro, hijo de Pasión y de Arquipe,

viuda de Formión, acusa a Calipo de pretender recuperar el dinero que había depositado en la banca de Pasión y argumenta que el asunto estaba claro porque se atenía a las normas consuetudinarias de los banqueros (4), con un documento en que se indicaba a quién había que remitirlo y que se interpreta como síntoma de la frecuencia y normalidad de tales actividades financieras (Cohen, 1992: 16), en que son los bancos los que reciben los depósitos y financian los negocios, aunque a los protagonistas no se los denomine siempre banqueros. Calipo como *próxenos* ateniense de un mercader de Heraclea, Lico, parece querer aprovecharse de su situación jurídica de superioridad. El banquero, en cambio, parece haberse puesto de parte del primero. Que los banqueros podían utilizar libremente los depósitos y obtener así rentas del dinero ajeno está claro en el discurso *En defensa de Formión* de Demóstenes (XXXVI 11; Cohen, 1992: 111), aparte de los altos intereses que percibían de parte de los acreedores. Incluso se sabe por Isócrates (*Trapezitikós*, XVII 2; 6) que se establecían los acuerdos sin testigos, en relaciones apoyadas en la *philía*, pero también que la banca servía como pantalla para practicar la economía sumergida que se libraba de las liturgias. En el discurso se ven las relaciones de un rico del Bósforo con un banquero recientemente libre. El discurso muestra la existencia de relaciones entre banqueros y forasteros.

Los negocios se sustentaban en gran medida en los préstamos recibidos de banqueros como Pasión, como se ve en el discurso *Contra Timoteo* del corpus de Demóstenes (XLIX 35-36), en el que Apolodoro, hijo de Pasión, reclama a Timoteo el pago de los préstamos. Éste habría financiado así sus campañas de 373, con lo que se acentuaba el carácter privado de las guerras en el siglo IV, pero Apolodoro lo acusaba (1-2) de falta de *kháris* a pesar del préstamo recibido del fallecido Pasión. La *kháris* era sin duda una obligación de quienes recibían algún beneficio (Millett, 1991: 125). En el discurso *En defensa de Formión* (XXXVI, 11) del mismo corpus, frente a las pretensiones de Apolodoro de recuperar la herencia de su padre, se señalan las intensas relaciones entre la actividad productiva y la banca, aunque no existe una regulación propiamente dicha, como se ve en el contrato reproducido en el discurso *Contra Lácrito* (XXXV 10-13). Los depositarios actuaban en calidad de "privados", *idíois*, sin *nómos* ni *psséphisma* (39). Uno de ellos era claramente un comerciante (6-9). Por ello resultaba diferente la situación de quienes manejaban el dinero público, como los *tamíai* de los templos. Parece que fueron los

encargados de los tesoros depositados en el Opistódomo quienes, según el escolio 272b al discurso de Demóstenes *Contra Timócrates* (XXIV 136), quemaron el edificio en 377/6 para evitar la acusación de haber prestado (*daneîsai*) dinero público a los banqueros. Sin embargo, según se deduce de una inscripción datada entre 377 y 373 (Rhodes & Osborne, 2003: nº 28), los anfictiones de Delos controlaban importantes actividades económicas, consistentes en préstamos a particulares y colectividades y en arrendamientos de tierras.

Más que de depósitos, los dineros con que funcionaban los banqueros procedían al parecer de préstamos de acreedores (Millett, 1991: 205). En definitiva, la circulación monetaria dependía de los ricos. Se calcula que buena parte de la moneda circulante en esa época procede de las acciones relacionadas con las liturgias o evergesias de los ciudadanos privados, o incluso de extranjeros benefactores, como Crisipo en Demóstenes (*Contra Formión*, XXXIV; Shipton, 2000: 11). Quien no contaba con ellos, como el mismo Formión, tenía que acudir a fuentes de crédito impersonales (XXXIV 23; Millett, 1991: 207). Da la impresión de que, en el siglo IV, las actividades económicas permiten hablar de la interrelación entre los distintos sectores, desde los que tienen sus bienes basados en la tierra hasta los que los apoyan en la moneda circulante, lo que los obliga a la dependencia mutua (Shipton, 2000: 15).

Los bancos se identifican con la persona, de modo que se conocen como la banca de Formión o de Pasión. Incluso, daría la impresión de que muchas operaciones de préstamos se llevaban a cabo al margen de los mismos bancos y que había medios de obtenerlos a más bajo interés (Lisias, fr. 38; Ateneo, XIII 611e; 612e-f; Leiwo, 1997: 106). Por ello, en los oradores áticos se reflejan muchos casos en que las riquezas consisten fundamentalmente en dinero líquido (Lisias, *Contra Diogitón*, XXXII 4-15). Demóstenes (*Contra Áfobo I*, XXVII 9-11) expone el ejemplo de las operaciones de su propio padre como prestamista, que depositaba el dinero en casa de un tal Juto, dedicado al parecer a la custodia del dinero (cf. Esquines, *Contra Timarco*, I 15; Millett, 1991: 192; Shipton, 2000: 13). Muchos fueron los que participaron en este tipo de operaciones que requería el uso del dinero contante. Platón (*República*, 555a-556b) pone de relieve que las prácticas del préstamo pueden servir para aumentar la dependencia y debilitar el sistema oligárquico (Millett, 1991: 43). Así, Menandro, en el *Citarista* (fr. 1, Arnott = 1, Körte = 281, Kock), en boca

del personaje de Fanias, dice que pensaba que los ricos no necesitaban pedir préstamos, del mismo modo que la pobreza es el más ligero de todos los males si hay un amigo (*phílos*) que ayuda como médico.

En ello desempeñó un importante papel el nuevo contenido del término *éranos*, que había dejado de ser un modo de intercambio solidario para transformarse en un instrumento de las operaciones financieras sumergidas (Leiwo, 1997: 108), a lo que alude Teofrasto en *Caracteres* (I 5) cuando trata de la *eironeía* del que disimula cuando le piden un préstamo. El *éranos* promueve la red de amistades y dependencias (Demóstenes, *Contra Aristócrates*, XXIII 6; Millet, 2007: 96). El discurso *Contra Nicóstrato* del corpus demosténico (LIII) sirve de testimonio de las transformaciones de las prácticas de préstamos entre amigos en una fuente de conflictos plasmados en las reclamaciones de Apolodoro, causadas por la falta de agradecimiento, de *kháris* (Millett, 1991: 58). El préstamo se ha convertido en un don creador de una actitud agradecida que obligaba al "amigo". Las contradicciones entre el préstamo y el trato al amigo aparecen en los *Problemas* de Aristóteles (950a28-b4), donde quiere distinguir la práctica del préstamo de las relaciones amistosas (Millett, 1991: 99-100). Lo mismo ocurre en la producción agraria, concebida ahora como "creadora de riqueza", no sólo como base de una economía autosuficiente, entre campesinos poseedores de esclavos, como Nicóstrato (Demóstenes, *Contra Nicóstrato*, LIII 20-21). Ello justificaría la hipótesis del apogeo agrario del Ática, y de toda Grecia, en el siglo IV (Descat, 2004: 382-388). Sin embargo, algunas de las transformaciones que se manifiestan como crecimiento cuantitativo de las actividades financieras ofrecen una cara menos positiva, como se revela en el aumento de las actividades especulativas, reflejado en el discurso *Contra los comerciantes de trigo* de Lisias (XXII), del año 387 (Seager, 1966).

El mismo Lisias (*Sobre los bienes de Aristófanes*, XIX 45) trata de uno de los efectos económicos del desarrollo de la época, de la economía invisible, de la que el cliente se presenta como víctima. Que la economía funcionaba a través de los créditos se hace patente en algunos discursos, como en el *Contra Leócrates* de Licurgo (23) donde se señala cómo Timócares compró los esclavos de Amintas por treinta y cinco minas, pero, como no tenía dinero, hizo un contrato en casa de Lisicles por el que pagaba una mina de interés (*tókon*) (Cohen, 1992: 14). Los discursos *Contra Panténeto* (XXXVII) y *Contra Beoto II, sobre la dote*

materna (XL) de Demóstenes atestiguan igualmente la importancia del crédito para el funcionamiento de la economía del momento. Del discurso *Contra Esquines el socrático* de Lisias (XXXVIII) se deduce que el recurso al crédito bancario se consideraba el último en caso de necesidad (Millett, 1991: 3). En cualquier caso, las actividades estaban delimitadas por relaciones entre grupos, demos o *géne*, así como por el papel de determinados santuarios, como el de Ramnunte, que ponen de relieve el protagonismo que todavía ostentan en la sociedad clásica, a pesar del crecimiento de la circulación monetaria, que se mantiene en las coordenadas de las sociedades antiguas. La difusión del *éranos* puede considerarse un testimonio de tales rasgos, de las tensiones entre las nuevas actividades y sus limitaciones.

En el fragmento de Lisias (XXXVIII), citado por Ateneo (XIII 611d-612f), se explica que Esquines de Esfeto, socrático, pide prestado porque se ha empobrecido (Millet, 1991: 24). El demandante era el deudor, el mismo Esquines, que habría emprendido el juicio para conseguir mejores condiciones para sus deudas. El orador lo ataca por su intención de no responder a los créditos, lo que ya le ha creado problemas con los banqueros Sosínomo y Aristogitón (Plácido, 2010). Igualmente se refiere al préstamo con interés Teofrasto a propósito de la *apónoia*, "el cínico" (*Caracteres*, VI 9), y a propósito de la *mikrología*, "el mezquino" (X 10), así como cuando "el inoportuno", *ákairos*, acude a reclamar el interés en el momento del banquete posterior a un sacrificio (XII 11). El protagonista del primer caso (X 1-6) se caracteriza como dechado de todos los males sociales. Parecería, con todo, que esta actividad tenía como clientes sobre todo a los comerciantes del ágora (Millett, 1991: 179). Paralelamente, el *alazón* alardea de la cantidad que le deben por los préstamos, además de los gastos en las liturgias y trierarquías (XXIII 6), cuando pretende mostrar su actitud evergética por las sumas empleadas. Por su parte, Estrepsíades (Aristófanes, *Nubes*, 746-756) buscaba el modo de evitar el pago de los intereses. La informalidad de tales préstamos se revela en la peculiaridad del *anaísthetos*, "el estúpido" (Teofrasto, *Caracteres*, XIV 8), cuando se cita como tal el hecho de que acuda al cobro acompañado de testigos, lo mismo que le ocurre al *ápistos*, "el desconfiado" (XVIII 5), con respecto a los intereses, *tókous*.

En los *Caracteres* hay muchos ejemplos que testimonian la frecuencia de los préstamos incluso en el mundo urbano, no sólo entre campesinos

(Millett, 1991: 38). En cualquier caso, existe documentación sobre hipotecas, señaladas en los *hóroi* en las tierras que indican su situación (Shipton, 2000: 27). Los prestamistas son con frecuencia conocidos como trierarcos o por su participación en la explotación de las minas. Aristóteles (*Ética Nicomáquea*, 1162b21-63a1) marca las diferencias entre el préstamo con interés y el que se realiza por amistad, *philía*, que funciona normalmente dentro de los propios *géne* u otros grupos, como los demos. Jenofonte (*Hierón*, III 7) vuelve a destacar el papel de la *philía* en las relaciones humanas, ajenas a las del tirano, con especial insistencia en las relaciones familiares (Millett, 1991: 127). Aristóteles también señala (*Ética Nicomáquea*, 1121b24) el carácter inapropiado del préstamo con interés, porque reciben más de lo debido (1120b1) en la actividad de los calificados como "usureros" (*tokistaí*), que practican operaciones a pequeña escala. Un ejemplo de tales usureros sería Menipo, citado como *hemeridaneistés*, "prestamista de un día", en Diógenes Laercio (VI 99), que sería el caso al que estaba sometido el Estrepsíades de las *Nubes* de Aristófanes. Como parece que era habitual en los préstamos marítimos, sometía a sus clientes al depósito de una garantía, *exenokhyriázein*. Estrepsíades (1155-1156) habla del interés compuesto, como lo criticaba Platón (*Leyes*, 842d), y lo practicaba el *mikrológos* de Teofrasto (*Caracteres*, X 10). No parece que los pequeños prestamistas en la Atenas del siglo IV fueran personas capaces de enriquecerse (cf. Millett, 1991: 43, 182-185).

Las relaciones de *philía* se definen de modo más detallado en la *Ética Nicomáquea* de Aristóteles (1165a14-35), donde los vínculos personales aparecen como inversamente proporcionales a las obligaciones contractuales. La *kháris* se debe más a los *phíloi* que a los extraños. El mismo Aristóteles (*Retórica*, 1411a16-18) menciona los variados porcentajes con que se podían obtener los préstamos, aunque en el texto se trata de definir la calidad moral de los prestamistas (cf. Millett, 1991: 110, 91). De este modo, la base crediticia de la economía explica en gran medida las razones de la crisis, dentro de la alta actividad financiera. En general, los acreedores conocidos por el nombre son desconocidos en cualquier otro campo de la vida ateniense (Shipton, 2000: 65). Se trata por tanto de personas ajenas a la vida pública. El momento más activo de este modo de funcionamiento económico se sitúa en la década de los setenta. El desarrollo autónomo de la actividad mercantil puede haber producido

elementos contradictorios con respecto a los que se consideraban los rasgos propios de la economía de la *pólis*, la que Aristóteles contraponía a las actividades crematísticas, capaces de poner en peligro la *homónoia* entre los ciudadanos. El Estagirita (*Ética Nicomáquea*, 1159b25-1160a20) relaciona la *philía* con la *koinonía*, creación de una comunidad en que predomina la reciprocidad. De hecho, Aristóteles (*Política*, 1258b4-5) pensaba que la moneda no ha nacido para el cambio y que es el *tókos* el que multiplica el dinero. Su discípulo Teofrasto, según Diógenes Laercio (V 52-53), practicaba en su testamento la *koinonía* entre vecinos, lo que da protagonismo a la *philía* (cf. Millett, 1991: 115, 148).

En *Política* (1256a-1257b), Aristóteles expresa su creencia de que las formas de economía que afectan a los valores tradicionales son de formación reciente, en referencia sin duda a Atenas, mientras en otras ciudades predominan aún los modos previos de intercambio. Jenofonte, en sus obras *Económico* e *Ingresos*, expone su concepción de las dos formas de economía, la relacionada con el *oîkos* y la dependiente del comercio (Cohen, 1992: 7). Tanto los banqueros como los comerciantes de altura, los *émporoi*, ganan en las ciudades, desde luego en Atenas, un estatuto que los acerca a la ciudadanía o, al menos, a la condición de metecos. Precisamente los cambios coinciden con la introducción de los esclavos en el mundo financiero (Demóstenes, *En defensa de Formión*, XXXVI 57), donde sin duda aumentan su fortuna a base de créditos sobre la propiedad (50). De este modo, se produce una transformación radical en la composición de la clase dominante ateniense, donde se integran los banqueros aun de procedencia servil. También el Sócrates de Jenofonte (*Memorables*, III 7, 6) enumera entre los componentes de la Asamblea a los traficantes que sólo piensan en vender caro lo que han comprado por poco dinero. Sin embargo, ello no impide que en la opinión dominante siga imponiéndose la concepción negativa del esclavo y el uso de esta determinación como modo de desprestigiar a un contrincante (Ober, 1989: 270-272), como se revela en los discursos de Esquines y Demóstenes. La época de Demóstenes y Esquines resulta el escenario de la lucha por las hegemonías y la crisis de la democracia.

La posición de Isócrates ante los cambios se define en *Sobre la paz* (VIII 48), en 355, donde distingue a los que tienen *hópla* de los marineros. El autor ha sido definido como neocimoniano, en su conjunción de práctica del patronato con el dominio del Areópago (Millett, 1989),

lo que queda aún más claro en el *Areopagítico* (VII), seguramente del año 357. Por ello busca que Atenas se constituya en garantía de la paz y prescinda de la hegemonía. Pero realiza un ataque a los excesos de la democracia, a la que atribuye *akolasía* y *parrhesía* (20). En *Sobre el carro de caballos* (XVI 33-34), Isócrates justifica la actitud aristocrática de Alcibíades cuando trataba de diferenciarse de los advenedizos en los Juegos por el hecho de participar sólo en las pruebas más caras (Fisher, 1998: 87).

Dicha posición, propia de un maestro de retórica dedicado a formar jóvenes para participar en las instituciones democráticas, desemboca en la búsqueda de un rey como solución a los problemas de la ciudad. Así, Isócrates publica el *Filipo* (V) después de 346, donde propone (120) crear nuevas ciudades en territorios conquistados para asentar a los que no tienen tierras y andan errantes. Para Isócrates, los problemas de la ciudad se resolverían con la unidad de los griegos, el panhelenismo, que permitiría la conquista de Asia para repartir tierras y aliviar los problemas que afectaban a los ricos por las reclamaciones de los pobres que pretendían la redistribución de tierras, y además se podía orientar así la acción de los mercenarios que se habían extendido y llegaban a ser cada vez más exigentes. Por ello, el uso de tropas mercenarias se vincula frecuentemente con las luchas por la hegemonía entre las ciudades, que empleaban en ellas tales tropas. Sin embargo, cada vez era más claro que ninguna ciudad era capaz de asumir dicha función, por lo que acudieron a los reyes extranjeros. Se apoyaron por ello también en los mercenarios, que se convirtieron en la fuerza fundamental en ambos bandos en las campañas a partir de la Paz del Rey (Gómez, 2011: 51).

La economía

La ley ática de 375/4 (Stroud, 1974; Bertrand, 1992a: nº 43; Rhodes & Osborne, 2003: nº 25), referida al control de las actividades monetarias en el ágora y en El Pireo, que declaraba la superioridad de los *nómoi* sobre los *psephísmata*, revela la necesidad de imponer disciplina en el desbordamiento inflacionario provocado por el desordenado crecimiento de los movimientos monetarios, al tiempo que parece reflejarse una recuperación en la producción de la plata. Resulta evidente que la circulación monetaria se ha convertido en un fenómeno normal

presente en muchos aspectos de la vida económica y social, que lleva a la necesidad de una reglamentación jurídica regulada por las *syngraphaí* y a través de las *díkai emporikaí*, acciones legales estrictamente dedicadas a casos relacionados con los mercados, índice de la alta liquidez existente, sobre todo en Atenas y El Pireo, donde se concentraba la actividad de los comerciantes y de los banqueros. Como consecuencia, se hace igualmente frecuente la acuñación, que se extiende por muchas ciudades del siglo IV y se prolonga en la actividad del reino de Macedonia. Aristóteles (*Retórica*, 1361a11-15) reconoce la importancia de la moneda en la evaluación de la riqueza, junto a los muebles, los esclavos y el ganado, como se ve igualmente en Jenofonte (*Económico*, III 4) y en Lisias (*En defensa de Calias*, V 3-5). Paralelamente, junto al uso de oro, siempre en condiciones específicas relacionadas con el Imperio persa, y de la plata, el metal más frecuente, sometido sin embargo a diversas vicisitudes relacionadas con la producción y la circulación, se difunde la acuñación de la moneda de bronce, incluso en ciudades en las que no había habido acuñación anterior, siempre para uso interno y para los intercambios a pequeña escala. El papel de los mercados parece haberse acentuado con las prácticas del siglo IV, tanto en los puertos como en las ágoras, donde abundan productos como los cereales, la cerámica, los metales, los textiles, la sal y los esclavos. Se ha llegado a afirmar que en el siglo IV el *oîkos* se transforma en función del desarrollo de la "economía de mercado" (Cohen, 1992: 87). El prestigio de Cabrias en el 375/4 se debió precisamente a que sus acciones habían servido para garantizar el acceso a los aprovisionamientos de grano. La ley ática mencionada pone de relieve la existencia de magistraturas económicas para la regulación de los mercados, como se ve asimismo en la *Política* de Aristóteles (1299a19-24), que menciona agoránomos, astínomos, sitofílacos, para el control fiscal de las actividades mercantiles en el Pireo y en el ágora. Al año siguiente, 374/3, pertenece la ley promovida por Agirrio (Rhodes & Osborne, 2003: nº 26, y p. 127) para regular las tasas de Imbros, Lemnos y Esciro y sustituir el pago en dinero por pago en grano. La ley señala la necesidad de controlar a los abastecedores de grano de Atenas que buscaban precios mejores en otros mercados, como también se ve en el *Económico* de Jenofonte (XX 27-28). La ley buscaría favorecer a los consumidores atenienses, mayoritariamente de la clase popular.

Los procesos inflacionarios se hallan asimismo vinculados al desarrollo del mercenariado, donde las similitudes con el trabajo asalariado permiten introducir factores que igualmente chocan con los rasgos de las sociedades antiguas, como las "estratagemas" a que aluden tanto el *Económico* pseudoaristotélico como las *Estratagemas* de Polieno. Del mismo modo, el mercenario respondía a las nuevas necesidades, en que las prácticas de la *pólis* se sustituían paulatinamente por las propias de organizaciones estatales de base territorial, que se asentarían definitivamente en el mundo helenístico. Los mercenarios de Éumenes, en un momento en que éste no podía pagarles el *misthós*, se sintieron muy satisfechos cuando el jefe decidió repartir el botín y las tierras, con sus esclavos incluidos, entre los soldados que se apoderaran de ellos, lo que le hizo ganar una fuerte adhesión en el ejército (Plutarco, *Éumenes*, 8, 9-11), que lo protegía frente a amenazas de traición, a cambio de regalos propios de la realeza, *doreà basilikotáte* (8, 12). Tales rasgos se acentuaron considerablemente en época helenística, con la generalización del uso de mercenarios, generalmente de procedencia griega, por todos los reyes. Los atenienses estaban presentes como mercenarios de los reyes en la mayoría de las batallas, por ejemplo en Ipso, en 301, donde cayeron prisioneros de Antígono y Demetrio. Sin embargo, las nuevas condiciones económicas, en que la guerra desempeña un papel importante en el terreno de la circulación, se encuentra con una fuerte deficiencia en el de las fuerzas productivas y la creación de riqueza. Ésta sigue en manos del campesinado y de las clases productivas de las ciudades, que tenían que encargarse del mantenimiento de las tropas de guarnición o de paso aunque la ciudad hubiera sido declarada libre. Por su parte, los mercenarios constituían uno de los resultados de la crisis del siglo IV que afectaba a la explotación agraria y a la distribución de la tierra. Por ello, desde el siglo IV se generalizan las estratagemas, como en el caso citado de Éumenes de Cardia, que sustituyó la paga por la promesa de tierras que todavía estaban por conquistar (Plutarco, *Éumenes*, 8). La práctica se extendería entre los reyes, sobre todo los Ptolomeos, que repartían con frecuencia tierras a modo de cleruquías entre los veteranos, a cambio de la continuidad de su colaboración personal y económica, generalmente a través del trabajo de personal dependiente. Muchos clerucos incluso vivirán en Alejandría, aunque su actividad alternara entre el cultivo de la tierra y el servicio militar.

En la comedia de Menandro se reflejan los problemas derivados de la acumulación de la tierra, la aparición de grandes propietarios, enriquecidos por su participación en las actividades mercantiles y financieras, y el empobrecimiento de masas de campesinos, en un mundo dominado por *Týkhe*, no por la inteligencia humana. Cnemón, el protagonista del *Dýskolos*, está obsesionado con quienes piensa que van a violar sus lindes. El protagonista trabaja solo, como un *autourgós* sin recursos (326, 369-370), debido a su propia misantropía (Burford, 1993: 171). Resulta igualmente un problema recurrente el de la necesidad de los préstamos en relaciones de reciprocidad, ante las que reacciona el protagonista de la comedia (Millett, 1991: 38). Sin embargo, su monólogo (708-747) resulta un alegato en favor de la paz y de las formas de explotación propias de la *pólis*. Los críticos modernos suelen pensar que Menandro utiliza como argumentos problemas inventados, pero hay que recordar que Aristófanes de Bizancio se preguntaba quién era el imitador, Menandro o la vida (Green, 1993: 67). De hecho, los temas dominantes en sus comedias se reflejan en los restos de la cultura material, referidos a los matrimonios por interés o al contrapunto amoroso, el apogeo de las artes domésticas, decorativas u ornamentales, el desarrollo del consumismo y de la acumulación de riquezas, lo que se traduce en un fuerte individualismo y gusto por las escenas espectaculares, como la que se representa en el mosaico de Alejandro del Museo de Nápoles. El arte se convierte en un objeto de consumo de las clases ociosas urbanas, alejadas de la producción y de la guerra. Plinio (XXXIV 51-52) se refiere ya al siglo III cuando afirma que entonces el arte "había cesado", *cessauit ars*, situación que duraría hasta mediados del siglo II, momento de la reacción clasicista. Con Duris de Samos, ya en la época de Alejandro, y luego con Jenócrates tuvo lugar el primer desarrollo de la historia del arte (Plinio, XXXIV-XXXVI; Stewart, 2006: 181).

Los movimientos sociales más activos de la época se manifiestan en la petición de la abolición de las cargas (*khreôn apokopé*) y la redistribución de la tierra (*gês anadasmós*), que afectaban a un campesinado sometido a relaciones de dependencia de tipo tributario. El mercado de mercenarios por excelencia en el siglo IV se situaba en Ténaro, donde por ejemplo reclutó ocho mil Aristodemo en apoyo de las campañas asiáticas de Antígono (Billows, 1990: 113). De este modo, se rompía la unidad clásica del ciudadano y soldado basada en la posesión de la tierra cívica. En el

año 364, Timoteo, personaje vinculado a las actividades bancarias y a los problemas financieros, consiguió que los comerciantes utilizaran la moneda devaluada con que pagaba a sus soldados. Como otros estrategos de la época, su padre Conón, el Aristófanes del discurso de Lisias o Ifícrates, Timoteo es uno de los ejemplos de individuos enriquecidos a partir del botín obtenido en la guerra, que será una de las bases de la formación del poder personal en época helenística, tanto por lo que se apropia como por lo que reparte; al mismo tiempo, factor condicionante de la circulación de riqueza, sobre todo cuando se trate de los tesoros inmovilizados de los templos. El fenómeno es paralelo al desarrollo artístico del retrato, que igualmente alcanzará su apogeo en el período helenístico, sobre todo en las acuñaciones monetarias, en que es tan frecuente la representación divinizada; o de los monumentos personales, como la Linterna de Lisícrates, en Atenas, monumento corégico del año 319, ejemplo pionero del estilo corintio. Timoteo, igual que su padre Conón, fue objeto de retratos honoríficos erigidos en la Acrópolis en 393. Su prestigio aumentó con la reconstrucción de los muros de El Pireo entre 394 y 391. Asimismo servirá para el enriquecimiento de los templos, según costumbre que se remonta a época heroica y que se prolongará en época helenística, cuando reciban parte de los ingresos de la tributación campesina a través de la distribución regia. Los templos fueron un factor de tesaurización y de inmovilización de las riquezas, que contribuía al estancamiento de las actividades económicas, por una parte, y al empobrecimiento de los productores, por otra. Plutarco (*Pirro*, 12) hace unas consideraciones generales sobre la vinculación del rey a la guerra que pueden aplicarse en general a la realeza helenística, a la que aspiran de modo innato, lo que impide que se busque ninguna otra justificación, circunstancia que Platón (*Leyes*, 626a) vinculaba más bien a la naturaleza de la *pólis* (Préaux, 1978: 295).

El individualismo

De los mencionados sectores atenienses en que se fomenta el individualismo surgen los políticos "profesionales" del siglo IV, entre estrategos y rétores, que tienden a formar grupos, como Calístrato e Ifícrates, Cares y Demóstenes, Foción y Esquines, con una propensión al predominio de los oradores a través de su influjo en las decisiones de la Asamblea.

En efecto, en el siglo IV las funciones de ambos tienden a disgregarse, contrariamente a lo que ocurría en el V, aunque, según Plutarco (*Foción*, 7, 5), Foción pretendía, en ese ambiente, recuperar la tradición de Pericles, Arístides y Solón, que compaginaban ambas actividades. Políticos como Eubulo y Licurgo permanecen ajenos a las prácticas militares y se vinculan más bien a las actividades financieras, aunque, entre las reformas del segundo, estaba la recuperación de la *ephebeía* como renovación del cuerpo de hoplitas, tendente a convertirse en un cuerpo selecto controlado por la oligarquía. En cambio, Foción desempeñó fundamentalmente una carrera militar iniciada con Cabrias y fue elegido estratego en múltiples ocasiones. Sus éxitos militares le proporcionaron capacidad para influir en la vida política. Eubulo se encargó del "teórico" después de la derrota de la Guerra Social y Licurgo de supervisar las finanzas públicas tras la paz con Filipo del año 338, seguramente entre 336 y 324. Licurgo tuvo que aportar dinero privado para prevenir crisis (Plutarco, *Vidas de los diez oradores. Decretos III = Morales*, 852b: *prodanéisas kaì eis toùs tês póleos kairoús*). El que ambos fueran elegidos por votación de la Asamblea revela la importancia que se les daba por parte de la ciudadanía, comparable a la de los cargos militares. De hecho, se considera que sus medidas hicieron posible que Atenas se enfrentara al poder macedónico después de la muerte de Alejandro con ciertas posibilidades de éxito (Habicht, 1997: 8).

En el año 336 se aprobó una ley, propuesta por Éucrates (Schwenk, 1985: nº 6, 30-41), para proteger la democracia de tiranos y oligarcas, que garantizaba la impunidad a quienes asesinaran a los que organizaran un golpe contra el gobierno y se refería específicamente a los miembros del Areópago, a los que reconocía su función. La defensa de la democracia se representaba como enemigos a los tiranos, aunque al tiempo reconociera las limitaciones representadas por el fuerte renacer del Areópago y las funciones de los nomótetas. Igualmente se interpreta como defensa de la pureza de la democracia frente a abusos individuales el hecho de que, en el decreto que honra al secretario Queréstrato por sus servicios (*EM* 12893), se especifique que la corona correspondiente se le concederá después de que haya pasado la rendición de cuentas, lo mismo que ocurre con los honores a los *hieropoioí*, del año 335/4, donde se especifica la necesidad de la *euthýna* (cf. Schwenk, 1985: nº 9, 49-51; nº 18, 95-105). La omisión de tal requisito era lo que había

servido de base a la acusación de Esquines contra Ctesifonte a propósito de la corona concedida a Demóstenes en 330. Éucrates moriría en 322 entre los enemigos de Macedonia. En cambio, en 330, Licurgo (*Contra Leócrates*, 12 y 52) haría un elogio público de la institución.

En 332, el Consejo decidió erigir la estatua de bronce que representaba a la Democracia. El texto se conserva acompañado de un famoso relieve que representa a Demos coronado por Democracia, instalado al noroeste del ágora, cerca de la estoa regia. Del mismo año se conserva un decreto (*EM* 7209; Schwenk, 1985: nº 33, 177-181) en que la Asamblea concede la condición de próxeno y evérgeta del pueblo de los atenienses a un personaje desconocido en pago por su benevolencia (*eúnoian*) hacia los atenienses, en lo que se señala el tipo de dependencia con respecto a los poderosos extranjeros a que está ahora sometida la democracia. Del mismo modo concedió honores a un plateense (*EM* 7168, 7167; Schwenk, nº 36, 187-190), a propuesta de Licurgo, y el mismo día a otro individuo, a propuesta de Démades (*EM* 7164; Schwenk, nº 37, 190-192). Otro decreto votado en la misma fecha (*EM* 7155; Schwenk, nº 38, 192-195) resulta más explícito, pues concede una corona de hiedra por su virtud y justicia, y el título de próxeno y evérgeta para él y sus hijos, a Anfis de Andros, *epieikés*, "indulgente", para el pueblo de los atenienses, que se ha identificado con un ciudadano ateniense citado como poeta de la comedia nueva por la Suda, coherente con la concesión de la corona propia de los autores dramáticos; la proxenia se habría transformado en ciudadanía. Finalmente, otro decreto (Schwenk, nº 39, 196-198) concede la proxenia y una corona de oro a un abderita.

La Guerra Social

El final de la Guerra Social, sin embargo, no proporcionó a los rebeldes una libertad duradera, sino que inmediatamente tendieron a caer en manos de los poderes dinásticos crecientes en Asia Menor, como el de Mausolo en Caria, del año 353, que precisamente se había expandido a costa del decadente segundo imperio ateniense. La marca del poder personal se muestra en la tumba del dinasta, el famoso Mausoleo, y en las estatuas colosales de Mausolo y su esposa Artemisia, ejemplo de las formas de culto personal que tendían a sustituir a los templos de las divinidades políadas. El movimiento expansivo de Mausolo parece

responder a aspiraciones propias, ajenas al Imperio persa (Hornblower, 1982: 146), igual que el apoyo a los rebeldes en la Guerra Social frente a Atenas.

Desde el año 357, tras las batallas de Leuctra y Mantinea, se inician las defecciones de la Liga Ateniense a partir de los golpes antidemocráticos en Quíos y Rodas, con el apoyo de Mausolo, sátrapa persa de Caria desde 377 a 353, como heredero de la satrapía fundada en 395 por la familia de los Hecatómnidas, posiblemente protagonistas de una tradición monárquica. Demóstenes (*En favor de la libertad de los rodios*, XV 3) considera a Mausolo el instigador de la revuelta que se definiría como Guerra Social. De hecho, Rodas quedaría bajo su dominio a través del gobierno de una oligarquía aliada de Mausolo. Evidentemente desde el principio había influido sobre Cos para apartarla de la Confederación y en la práctica poco después dejaba de ser una democracia. Su ascenso resulta prácticamente coincidente con la creación de la Confederación Ateniense de 377/6. La Paz del Rey de 387/6 había puesto fin a las actividades de Ergocles contra Halicarnaso. La nueva intervención de Atenas pudo servir de estímulo a la acción de los oligarcas de las ciudades griegas de unirse en torno a esta ciudad. En 366, Mausolo abandonaría la lealtad al rey a propósito de la revuelta de los sátrapas, encabezada por Ariobarzanes, el sátrapa de Frigia. Tanto Timoteo de Atenas como Agesilao de Esparta colaboraron en apoyo de la revuelta, lo que se tradujo en la fundación de cleruquías por Atenas en la isla de Samos. Los atenienses recibirían a cambio de su apoyo el control de Sesto. Sin embargo, al parecer, Mausolo vuelve a la alianza con los persas hacia 361. El discurso rodio de Demóstenes (XV) atiende más a la amenaza persa que a la macedónica (cf. Hornblower, 1982: 187-188, 174, 209).

Mausolo revelaba pretensiones despóticas; sus aspiraciones culturales helenizantes se habían mostrado en el sinecismo de Halicarnaso, que formalmente imitaba los mismos procesos griegos, con el modelo preeminente de la Atenas de Teseo. Sin embargo, de hecho apoyaba a los oligarcas de las ciudades integradas. En un decreto de Eritras de la época de la Guerra Social (Tod, 1948: 155 = Rhodes & Osborne, 2003: nº 56) aparece Mausolo como protector de los mares frente a las acciones de Timoteo. La mención del consejo como autor de la proposición indica que se mantiene el sistema oligárquico establecido desde la Paz del Rey (Rhodes & Osborne, 2003: 266). El sinecismo incluía las poblaciones

léleges, según Estrabón (321= Calístenes *FGH* 124 F25), pero las ciudades léleges subsisten (Hornblower, 1982: 13), aunque al parecer en situación de dependencia. La helenización no parece haber afectado a las poblaciones del interior. Entre los carios se habían reclutado desde hacía tiempo tropas mercenarias y el territorio se había utilizado como vehículo del tráfico de esclavos con el interior persa, pero también se encontraban con frecuencia en muchas ciudades griegas. En general, la población vivía en aldeas y su lengua pervivió durante el período helenístico. La sucesora en la satrapía fue Artemisia, entre 353 y 351.

Caria se caracterizó por la organización de sus aldeas en una serie de *koiná* formados por agrupaciones, unificadas a través de un culto comunitario dentro del conjunto de los carios, de los que al parecer Mausolo llegó a considerarse rey (*basileús*). El caso de Halicarnaso tenía paralelos entre las poblaciones del Imperio persa próximas a las colonias griegas, como los lidios de Sardes o los frigios y los cilicios, con larga tradición en los contactos griegos. La ciudad de Sardes se convirtió en un modelo para los lazos interculturales que caracterizaron el mundo helenístico, y todavía Polibio (VII 16, 6; 17, 2) le atribuye aspecto griego, con su teatro y su hipódromo. Desde el siglo III es un ejemplo del desarrollo de las instituciones de tipo griego, con la presencia de la *boulé* y la Asamblea, además de un templo de Ártemis y un gimnasio, todo ello por acción de los Seléucidas, como culminación de la larga influencia griega que procede desde el Arcaísmo (Sherwin-White & Kuhrt, 1993: 180-183). En el siglo IV se han ido desarrollando lazos entre persas, jonios y pueblos de la región con intercambios comerciales con centro en las ciudades y santuarios de la zona, como el de Ártemis Efesia (Jenofonte, *Anábasis*, V 3, 6). En cualquier caso, estas ciudades gobernadas por reyes clientes, como Gaza y Tiro, fueron las que opusieron mayor resistencia a la expansión de Alejandro.

El desarrollo del poder personal

También crece el papel personal de los jefes militares que favorecerá su protagonismo político. Su comportamiento como autócratas alarma a Isócrates (*Paz*, VIII 134), que propone a la Asamblea tratar a los aliados como amigos, para evitar que los estrategos los traten despóticamente. Argumenta asimismo en contra de tratar de recuperar el Imperio entre

los griegos, con el ejemplo del final desastroso del Imperio del siglo V, con argumentos que recoge asimismo Esquines (*Sobre la embajada*, II 74-77). Eneas Táctico (XIV 1-2) refleja las preocupaciones de los propietarios en situaciones de conflicto en los momentos en los que la ciudad se encuentra amenazada (Ste.-Croix, 1981: 298). Por ello propone que sean los más ricos los que colaboren a los gastos derivados del uso de tales ejércitos, aunque en ocasiones hubo que imponer la *eisphorá* obligatoria, lo que provocó algunas reacciones antibelicistas entre los ricos. Por ello se sistematizó a través de la organización de *symmoríai*, distritos tributarios dirigidos a este fin. La alternativa a las aportaciones privadas se halla en los posibles ingresos derivados de la guerra, pero ésta exige también el aumento de gastos impositivos en la *eisphorá*. Sin embargo, la misma dinámica de los hechos y la defensa de la firmeza frente a Filipo llevó a Demóstenes al uso de argumentos favorables a la recuperación del pasado imperialista (Mossé, 1975: 50) y su identificación con la democracia, lo que pone de relieve cómo se polarizan las posiciones con respecto a estos aspectos de la política ateniense. Demóstenes (*Sobre las sinmorías*, XIV 11) utiliza en defensa de la guerra el argumento de la asistencia a los aliados para garantizar las posesiones de la ciudad y las cleruquías (*Filípica I*, IV 4-6; Hunt, 2010: 76), con el importante comentario de Dídimo, lo que se traduce en una defensa del imperialismo por parte de orador aplicable incluso a Persia (*Sobre la libertad de los rodios*, XV 7).

En la recaudación de la *eisphorá* se había basado el intento de recuperación imperial de Trasibulo de Estiria entre 391 y 389, en la que parecen situarse las esperanzas del *dêmos* que se consideran reflejadas en el *Pluto* de Aristófanes (Fornis, 2008: 273). Finalmente, el sistema se definió como forma de dependencia personal, bajo el jefe capaz de gestionar los beneficios de la guerra de manera individual. Ello provocaba sin duda contradicciones con la imagen de la ciudad política (Isócrates, *Paz*, VIII 41-48). Todo va unido al desarrollo de la técnica militar y de la poliorcética. La fortificación de las fronteras del Ática entre 370 y 360 favoreció el inicio de un tipo de urbanización marcado por las necesidades militares. Alejandro en Tiro ya había hecho edificar una torre de 46 metros, junto con la construcción de grandes murallas tras las que la ciudad se defendió hasta su caída y destrucción, como ocurrió en Gaza. Según noticias oscuras, Alejandro habría recibido la sumisión de los judíos de Jerusalén, que obtenían a cambio un trato respetuoso

y privilegiado, lo que habría definido las expectativas de los judíos en sus relaciones con los reyes sucesivos, no siempre satisfechas. Jerusalén recibiría privilegios hacia el año 200 en premio por la colaboración prestada en la Quinta Guerra Siria (Josefo*, Antigüedades judías*, XII 138-144; Burstein, 1985: 35).

Desde entonces los atenienses se preocuparon más por fortificar la ciudad y los territorios limítrofes, como Eleusis, Ramnunte, Énoe, así como los puntos costeros, como Sunio. También fue encarnizada la defensa de Mileto, pero aquí Alejandro concedió la libertad a los supervivientes. La batalla en formación de los ejércitos hoplíticos pierde el protagonismo. Paralelamente crece el papel personal de los jefes militares que favorecerá su protagonismo político. En la Asamblea se ha instaurado la necesidad de quórum de 6.000 ciudadanos en las reuniones que decidían por votación con *klêroi*, y no en las de mano alzada, al menos en tres ocasiones documentadas, sobre ciudadanía, deudas y nombramientos de nomótetas. En cualquier caso, parece que durante el siglo IV no asistían nunca menos de esos 6.000. Por otra parte, en el siglo IV se ha instaurado una limitación sobre el número de asambleas por pritanía, según se deduce de Demóstenes (*Sobre la embajada fraudulenta*, XIX 154), en 343, donde habla de que en 346 se había agotado el número de asambleas posibles. También se queja Demóstenes (XIX 185) de que las cuestiones de política exterior no se pudieran debatir en todas las asambleas, sino sólo cuando la convocatoria de la *boulé* incluyera un punto "sobre heraldos y embajadas". Aristóteles (*Constitución de los atenienses*, 43, 3) dice que hacia 330 era posible celebrar cuatro asambleas por pritanía, aunque del comentario de la ley del discurso *Contra Timócrates* de Demóstenes (XXIV 20-25), del año 353, se deduce que entonces eran tres, seguramente por una ley de 355. Junto con la eliminación de sus poderes judiciales, el hecho parece indicar que se trataba de reducir el poder del pueblo y los gastos del *misthós* (cf. Hansen, 1987: 15, 21, 23-24). Las asambleas eran todas fijadas por ley, y la *ekklesía kyría* se distinguía sólo por el orden del día y el pago por asistencia, mientras que la *ekklesía sýnkletos* o convocada se caracterizaba por extenderse expresamente a la población rural. La tendencia al poder personal, vinculada a circunstancias militares, corre paralela a la tendencia a la restricción de la democracia.

La *pólis* aristotélica estaba basada en la *mése politeía* de los campesinos, que entregaban la dirección concreta a los más dotados. Ahora bien, después de la Guerra del Peloponeso, ya no existen las condiciones para que la democracia funcione del mismo modo. El *dêmos* pretende conservarla, recuperarla, pero todos los intentos de reinstauración van teñidos de limitaciones y son fuente de problemas. La necesidad de recuperar el imperio para lograr su sostenimiento y la consiguiente necesidad de la guerra creaban muchas contradicciones. O nace la discordia o es preciso volver a recuperar el Imperio, pero ya no es posible recuperarlo en las mismas condiciones, pues la guerra trae consigo gastos que imponen la *eisphorá*, carga sobre los ricos de la ciudad organizada por Calístrato. Con la *proeisphorá*, que establecía la obligación para los más ricos de cada sinmoría de adelantar el monto total, se incrementa el descontento de los afectados, que inmediatamente buscan el retorno de la paz. Por ello, Jenofonte (*Helénicas*, VI 2, 1) señala la acogida favorable que había recibido la paz del año 375/4, que en definitiva había reconocido la existencia de la hegemonía ateniense (V 4, 64). El dilema consistía en decidir si con la adhesión de más aliados se aliviaría la carga, como pensaba Timoteo, o si el esfuerzo por conseguirlos sólo serviría para aumentar los gastos y reforzar el protagonismo individual de los estrategos.

La siguiente expedición de Timoteo a Tracia y Corcira se financió de los fondos comunes, *ek tôn koinôn syntáxeon* (Demóstenes, *Contra Timoteo,* XLIX 49), pero luego tuvo que recurrir a los banqueros, cuando tampoco contaba con sus apoyos personales (25-30). La acción de Corcira dio pie a una serie de escándalos que implicaban a varios generales (Diodoro, XV 95, 1; Tuplin, 1993: 166). Lo mismo ocurre con liturgias como la trierarquía, que al incluirse en las sinmorías se transforman en una especie de impuesto, que cargaba sobre los ricos, entre los que destaca la coincidencia con los explotadores de las minas (Shipton, 2000: 82). Los ricos se quejaban de tales gastos y les atribuían la causa del endeudamiento a que muchos se vieron sometidos, aunque es más frecuente el caso de los endeudados por los gastos suntuarios, derivados de las pretensiones de lucimiento, arma del poder político, o de la práctica del evergetismo, en que se basaba la obtención de la *philía* de parte de la colectividad y la creación de lazos de dependencia. La capacidad pública para financiar los gastos religiosos por parte de las ciudades se vio sustituida por las inversiones privadas de los evér-

getas. Ello desembocaría en el cuasimonopolio por parte de los reyes, que intervienen cada vez más en la vida de las ciudades. De hecho, la trierarquía como servicio público desaparecería a finales del siglo IV, en la época de Demetrio de Falero, por lo que muchas de estas funciones pasaron a desempeñarse de modo privado, como acción evergética, por la que recibían reconocimiento público a través de decretos honoríficos exhibidos en la ciudad. La reacción a la política imperialista se manifiesta en el discurso *Contra Ergocles* (XXVIII) de Lisias y en la aceptación de las condiciones de la Paz del Rey. A Calístrato se atribuye también el retorno a la actividad minera posterior a 360. En esa época se verificaría el crecimiento de la influencia de los propietarios en la Asamblea, como síntoma de los cambios en el sistema democrático (Green, 2003: 4).

Más de una vez, en la comedia, en la oratoria, en las *Helénicas de Oxirrinco* (I 3), se expresa el hecho de que sólo los pobres desean la guerra, mientras los ricos y los campesinos se oponen a ella. Gran parte del siglo IV vivirá en esa angustia, entre guerra, imperio, concordia, democracia, delimitaciones precisas de la democracia, campo sin duda de enriquecimiento para algunos, pero también fuente de ruina para otros, que se convierten fácilmente en carne de mercenariado, preocupaciones de muchas de las reflexiones de Isócrates (Fuks, 1984: 52-79). El mercenariado se verá apoyado en el hecho de que muchos aristócratas, que pretenden continuar la búsqueda del prestigio militar, tienen que acudir a los ejércitos profesionales y en ocasiones ponerse al servicio de otras ciudades, o incluso de los estados despóticos bárbaros. En el discurso *Sobre la paz* (VIII 134), en las relaciones con los aliados, el orador propone a la Asamblea un trato de éstos como amigos, para evitar que los estrategos los traten despóticamente. El comportamiento de éstos tiende a reflejar las repercusiones del aumento de autoridad que proporciona la jefatura sobre tropas mercenarias. Las realidades sociales y económicas del siglo IV favorecen el desarrollo de las condiciones históricas del poder personal. La situación debió de agravarse en el momento de la aproximación de los macedonios, como en el año 353, cuando Filipo marchaba contra el Quersoneso y la Asamblea no sabía nada de la flota ni de su estratego (Esquines, *Sobre la embajada*, II 73). A pesar de todo, el proceso no podía desarrollarse sin tensiones y la Asamblea conseguía todavía en los años 350 controlar a personajes como Cabrias y Timoteo. Demóstenes (*Sobre los asuntos del Quersoneso*, VIII 26-27), en 341,

ponía de relieve la dificultad de los estrategos para sostener la guerra sin la financiación de la ciudad y la necesidad de buscarla de otro modo (cf. Brun, 2004: 10-11). Las tropas mercenarias que apoyaron al faraón Taco en 360 fueron financiadas privadamente por Cabrias (Diodoro, XV 92, 3). Demóstenes (VIII 25) interpreta las aportaciones como actos de *eúnoia* o benevolencia.

Las ventajas del mercenariado aparecen expuestas por Jenofonte (*Hipárquico*, IX 3-4), dentro de un texto, escrito en la década de 360, donde se señala sobre todo el papel de la caballería, formada en cambio por ciudadanos, los *pródromoi*, que han sustituido a los arqueros, normalmente extranjeros, los *hippotoxótai*. Contaba con la experiencia de la *Anábasis*, en la expedición emprendida con tropas de gentes sin tierra, población despreciada por Isócrates (*Panegírico*, IV 146-149) a pesar de su victoria. Éste las considera personas incapaces de ganarse la vida. En el discurso se exponen sus preocupaciones por la crisis, que quedaban expresadas en el juicio sobre los mercenarios, pero también en el temor a los piratas y a los problemas sociales creadores de conflictos (115-116). Coincide con el desarrollo de la técnica militar y de la poliorcética, con el uso de instrumentos de asalto caros, como torres de asalto, usados por Filipo de Macedonia y Dionisio de Siracusa, en el camino hacia la formación de los estados despóticos. Tales factores fueron determinantes en la formación del sistema militar de los reinos helenísticos, junto con el desarrollo del mercenariado.

Dionisio recibió honores de los atenienses en 394/3 en un decreto de la *boulé* sin mención de la Asamblea (Rhodes & Osborne, 2003: 48-51). Los atenienses promovieron asimismo la alianza de Dionisio con Evágoras de Salamina, que lo había apoyado en la batalla de Cnido. En 390, Aristófanes y su padre Nicofemo promueven el envío de una expedición para apoyar a Evágoras contra el Rey, pero fracasó. Jenofonte (*Helénicas*, IV 8, 24) lo consideraba un acto hostil contra el Gran Rey; los promotores fueron condenados a muerte y a la confiscación de bienes; Aristófanes muere, pero la confiscación afecta a sus parientes. Las relaciones con Evágoras creaban pues problemas internos en Atenas. En 392/1, por otra parte, Trasibulo había luchado por el rechazo de las propuestas de paz de Conón en Sardes (Aristófanes, *Asambleístas*, 356). Andócides (III 15) se inclinaba igualmente por la paz. Los honores concedidos a Estratón de Sidón (Tod, 1948: 139) introducen la novedad de tratarse de

un personaje que ni siquiera puede considerarse helenizado (Rhodes & Osborne, 2003: 91). Estos personajes aparecen como una prefiguración de las nuevas formaciones estatales, aunque por otra parte se identifican con las tiranías arcaicas. Más tarde, en la última década del siglo IV, sobre los mismos presupuestos, Agatocles se proclamó *basileús*, a imitación de los nuevos monarcas helenísticos, pero las fuentes lo califican de tirano. A pesar de sus esfuerzos para introducirse en este contexto, su reino no tuvo sucesión. Tal es la crisis del modo hoplítico de hacer la guerra.

De la crisis de la democracia a la crisis de la ciudad estado

La crisis de la democracia, como sistema representativo y como organización social, arrastró al mismo tiempo la crisis de la ciudad estado, en el sentido de que ya fue muy difícil recuperar el sistema que se basaba en la comunidad formada por los posesores de la tierra. De este modo, el propio Aristóteles comenzará a proclamar el uso de bárbaros periecos para el cultivo de la tierra, al tiempo que desea que sean los campesinos libres quienes disfruten de la plena *politeía* precisamente porque tienen la ventaja de no poder acudir a los organismos públicos. La mejor democracia es aquella en que el *dêmos georgikós* es dominante (*Política*, 1318b6-16) ya que no pueden reunirse con frecuencia para formar la Asamblea, es decir, que la ventaja de esta democracia es que el *dêmos* no puede en realidad ejercer el poder, con lo que la capacidad de tomar decisiones permanece en manos de los miembros de las clases ricas, que son los únicos que pueden estar presentes en los cuerpos de gobierno. Así quedará automáticamente la política en manos de los "mejores". Isócrates considera igualmente que la guerra contra los persas podrá tener como resultado el uso de bárbaros como periecos.

Las transformaciones del sistema sirven de fundamento a la aparición de nuevos modos de concebir la *pólis*, como centro de actuación de personalidades destacadas que se asemejen a la realeza, modelo del caballero de Jenofonte, de los sabios platónicos, salida honrosa del problema de la *politeía* de Aristóteles, o de los protagonistas individuales de los discursos programáticos de Isócrates. Estas circunstancias se fraguan en medio de las llamadas guerras hegemónicas, manifestación exterior de las discordias internas, donde el Imperio ateniense no es capaz de reconstituirse dentro de las nuevas condiciones, ni otras ciudades están en situación de

sustituirlo de modo duradero. En efecto, en el campo del desarrollo de las relaciones externas que se consolidó en la Pentecontecia, toda ciudad necesitaba para su supervivencia el control de las relaciones externas, pero esta aspiración creaba la guerra competitiva, donde todos aspiraban al mismo objetivo. Ya no era sólo Atenas la que había dejado de ser la *pólis* arcaica autosuficiente y no eran sólo los *thêtes* los que necesitaban el control externo para conservar su independencia y su libertad.

El escrito de Jenofonte conocido como *Memorables* o *Recuerdos de Sócrates* se interpreta como una respuesta a la acusación de Polícrates en 393, puesta en boca de Ánito; en la defensa de Jenofonte (I 2, 6) se desarrolla como contraofensiva la denuncia de que los que recibían *misthós* eran *andrapodistás*. El *misthós* se equipara a la esclavitud mercancía. De hecho, los esclavos cobran el *misthós* por sus trabajos cuando lo hacen fuera, pero lo entregan a su dueño como *apophorá* (Teofrasto, *Caracteres*, XXX 15, 17). En realidad había sido el medio para que el ciudadano pobre evitara la esclavitud durante la época de apogeo de la democracia y del Imperio. Por eso, la solución a la crisis no estaba, según los socráticos, en la difusión del trabajo "asalariado" entre los libres, que se consideraba equivalente a la esclavitud, con el agravante, desde su perspectiva, de que esos "esclavos" disfrutaban de los derechos políticos. Jenofonte se inclina por la solución en la *kháris* y no en el *misthós* (cf. Azoulay, 2004: 178, 223). El dependiente no cobra, sino que se siente agradecido por la protección recibida. Jenofonte acaba así con la ambigüedad semántica del término *misthós*. Ahora se ha convertido en una forma de expresión de la dependencia.

Ante la "crisis", Jenofonte ve la solución en el restablecimiento de las relaciones entre evergetismo y *kháris*, como agradecimiento por la protección y las buenas acciones de los poderosos, capaces de alimentar por medio de la protección que permite al protegido la práctica de un trabajo "libre". La importancia de la *kháris* se revela asimismo en Aristóteles (*Retórica*, 1385a16-b10). Se muestra aquí el sentido relacionado con las formas de clientela y patronato (Ober, 1989: 228); el que presta espera la *kháris* del acreedor (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1167b16-24). El ejercicio de la filantropía caracterizaba a Pelópidas, que recibía la *kháris* de todos sus amigos (Plutarco, *Pelópidas*, 3, 3), salvo de Epaminondas, el único que no aceptaba tomar parte de su riqueza. Aunque Plutarco alaba la generosidad del primero, es evidente que considera superiores las

relaciones de amistad carentes de los deberes de la *kháris*. Pertenecía a la hetería de Ismenias y Androclides (Plutarco, *Pelópidas*, 5, 1), caracterizada por ser al mismo tiempo amante de la libertad y "popular" (*demotiké*). El *mempsímoiros* de Teofrasto (*Caracteres*, XVII 9) se queja, entre otras cosas, de que, cuando recibe los beneficios del *éranos*, se ve obligado a deber *kháris* como evérgetas a los que han colaborado. Los evérgetas esperaban sacar provecho material junto con la *kháris* (cf. Millett, 1991: 121-122). Lo normal era que el actor del *éranos* viera aumentado su prestigio social, *kûdos* (Shipton, 2000: 74), en la misma medida que las liturgias (Antifonte, *Acusación de envenenamiento contra la madrastra*, I 1, 12). En cambio, el oligarca de Teofrasto (*Caracteres*, XXVI 5) se queja de la ingratitud de la masa (*akhháriston*). El ejercicio del *éranos* puede provocar igualmente la degradación del beneficiario (Demóstenes, *Contra Midias*, XXI 184-185; Millett, 1991: 153). Siempre afloran, pues, las consecuencias de la generosidad en una sociedad desigual.

Demóstenes (*Contra Leptines*, XX) utiliza el ejemplo citado de Conón con el objeto de señalar las ventajas de la práctica del evergetismo para la ciudad en un discurso sobre la inmunidad, frente a Leptines, que había propuesto que se eliminaran las exenciones en el desempeño de las liturgias, hacia la década de 330. La cuestión era que se eximía a los evérgetas con lo que el evergetismo funcionaba como factor de exención e instrumento de propaganda al mismo tiempo. El "argumento" que precede al discurso dice que la propuesta de Leptines se basaba en que, si se eximía a los ricos, se corría el riesgo de que las liturgias recayeran sobre los pobres, que los ricos se enriquecieran sin temor y los pobres tuvieran que prestar liturgias. Pero el acusador dice que el pueblo quedará sin benefactores, como Leucón, que dejará de enviar trigo del Bósforo. La importación del grano era fundamental para el aprovisionamiento de la ciudad de Atenas, con una producción de cereales tradicionalmente escasa en relación a la población (Oliver, 2007: 20), acción que se complementaba con la abundante exportación de los productos áticos, sobre todo manufacturados. El agradecimiento ateniense se manifestó por ejemplo en 347/6 al honrar a Espartaco y sus hermanos, hijos de Leucón (Rhodes & Osborne, 2003: nº 64). Leptines invoca también el escaso número de los que pueden ejercer liturgias. Es injusto que los ricos lo sean precisamente por dejar de prestar liturgias. La maniobra de Demóstenes ha consistido en incluir a los evérgetas externos, que en

efecto resultan necesarios para el abastecimiento ateniense, siempre en precario. Parece que otro modo de liberarse de las liturgias por parte de los ricos consistía en intervenir en negocios bancarios, que proporcionaban ganancias ocultas, según se desprende del discurso en el corpus de Demóstenes *Contra Estéfano I* (XLV 66), de Apolodoro contra el tal Estéfano, al que acusa de falso testimonio al haber sido testigo de Formión en un juicio anterior, pero al que atribuye otros muchos actos censurables en el plano económico (69-70). Entre ellos se hallaba el hacer préstamos con interés (*tokízon*) en situaciones en que era normal mostrarse más generoso con la situación desdichada de otro. El argumento parece, sin embargo, demasiado condicionado por la situación concreta de Apolodoro. También tratan del préstamo con interés los discursos de Demóstenes (XXVII-XXIX) en relación con los negocios de su padre. Por otra parte, en Antifonte (DK 87 F54) da la impresión de que el objeto de censura es precisamente el haber dejado de acudir a prestar con interés en un momento de necesidad, el no colaborar a la circulación de riquezas (cf. Millett, 1991: 26, 95, 160, 171).

El mismo Demóstenes (*Contra Leptines*, XX 10), en cambio, considera que si no se mantienen los privilegios de los evérgetas, que actúan sólo por *philotimía*, la gloria que se obtiene cuando se actúa en favor de la ciudad, "se os considerará envidiosos, desleales, ingratos", los términos opuestos a los que califican a los "buenos dependientes", sobre todo el último, formado sobre *kháris*, que viene a ser el término utilizado para señalar las obligaciones de quienes deben gratitud por los favores recibidos, tanto a escala individual como colectiva, ciudad a ciudad, como señala Pericles en el discurso inserto en la *Historia* de Tucídides. Demóstenes plantea pues el problema de la ingratitud para con los evérgetas (12), por la que "podéis perder un poderoso apoyo" (17). La democracia, según este punto de vista, debe protegerse respetando los privilegios de los poderosos. Para él es peor que fallen los evérgetas que los coregos (22), lo que resulta un interesante índice de la deriva que toma la democracia en esta época. Para el pueblo es mejor que no peligren los ricos (26) para que no falle el sistema de redistribución, pues liturgias como la coregía no son imprescindibles para el conjunto de la ciudad. Las evergesias que merecen la *atéleia* (45) se remontan a cien minas y un talento, a sumas suficientemente importantes para garantizar el poderío de los que las prestan. Éstos son los que tienen derecho a la *khárin* (46).

La discusión que resulta vergonzosa para el orador es la que versa sobre la conveniencia o no de recompensar a los evérgetas (54), sobre lo que no debería caber la menor duda. Efectivamente, si se vota a favor de esta ley propuesta por Leptines, seríamos *akháristoi kaì kakoí*, "ingratos y malos" (55). Premiar a los evérgetas es parte de la *kháris* de la ciudad, lo que se transformaría en una práctica común en la ciudad helenística, como se ve en el decreto de 248/7 sobre la *epídosis*, por el que la ciudad premiaba con honores a los individuos considerados benefactores. Ante el benefactor de la *pólis*, no hay que tener en cuenta ni el *génos* ni la *dóxa*, sino el *érgon* (57). El orador querría que los benefactores fueran fundamentalmente ciudadanos (67), para que la ciudad no pasara a depender de las acciones de los extranjeros, fenómeno que empieza a difundirse ya en su época y que se desarrollará fuertemente en los tiempos posteriores. La ley de Leptines dejaría sin efecto los esfuerzos de quienes buscan *philotimeîsthai*, "pretender los honores" (Hakkarainen, 1997: 15).

El autor incluye entre las evergesias acciones como la liberación de la ciudad por Conón, lo que significa que ésta no se valora tanto en lo que tiene de acto político propio de un magistrado de la ciudad, como por su capacidad privada de actuar a favor de ésta. En su opinión, si está en condiciones de realizar tales hazañas, no es necesario que se vea obligado a prestar liturgias. El evergetismo, en la concepción expuesta por Demóstenes, se convierte en la proyección pública de las relaciones clientelares. La ley de Leptines, concluye (155), acabaría con la actividad de los benefactores. El cliente de Lisias (*Defensa de la acusación de soborno*, XXI 1-3) considera que también el cumplimiento de la liturgias merece la *kháris* de la ciudad. Su reconocimiento público se definía como *philotimía*, el resultado de los méritos como buen ciudadano que ambiciona los honores cívicos. La *kháris* se convertiría a lo largo del siglo IV en el motivo expreso de las recompensas concedidas a los benefactores de la ciudad. El ideal platónico del filósofo prescinde de tales relaciones con la ciudad, pretende permanecer libre de los vínculos que impone la sociedad de su época; en el *Fedro* (256b-c), la *philotimía* es *aphilósophos*, "impropia del filósofo" (Korhonen, 1997: 57).

Efectivamente, junto a la tendencia a la sustitución de la función cívica por el evergetismo como modo de redistribución, en el desarrollo de los conflictos del siglo IV, también se encuentra en peligro la libertad del campesinado, en un proceso en el que aumentan las

actividades financieras que Aristóteles identifica con la crematística. Por eso la *Política* de Aristóteles (1330a25-26) termina proponiendo el final del sistema de explotación de la tierra por parte del ciudadano. Al romperse la *koinonía* de los campesinos, la tierra pasa necesariamente a ser cultivada por mano de obra dependiente. El *agroîkos* de los *Caracteres* de Teofrasto (IV 6) tiene esclavos, *oikétai*, y también quienes trabajan para él por un *misthós*, *misthotoîs*, a quienes les cuenta lo que pasa en la Asamblea. El campesinado que trabaja directamente su tierra deja de ser capaz de sostener sus derechos y defender su territorio. La crisis de la democracia se resuelve en una crisis de la ciudad hoplítica que facilitará el acceso a los reinos despóticos del mundo helenístico, donde el campesinado volverá a ser dependiente y se generalizarán los ejércitos mercenarios, mientras la política pasa de nuevo al protagonismo individual de manera plena, a través del poder personal de los reyes salvadores. Por eso Aristóteles había enunciado primero el sistema por el que una buena *politeía* prescindía de quienes ejercían trabajos banáusicos, porque, según el autor (*Política*, 1291b), había varias clases de *dêmos* y así prescindía del *dêmos* subhoplítico; pero luego define las condiciones por las que también quedan objetivamente excluidos los que como campesinos formaban parte del *dêmos* hoplítico. La obra de Aristóteles representa pues en sí misma el enunciado de la crisis, entre la crisis de la democracia y la crisis de la ciudad estado. Por ello también, en el momento de tratar de la legitimidad de la guerra, considera tal la que trata de evitar la propia esclavización o dominar a pueblos que merecen ser esclavos (Hunt, 2010: 74).

La tendencia individualista se manifiesta asimismo en el arte, tanto por la dedicación de los ricos al embellecimiento de sus propias moradas o a la decoración de las tumbas, como en el auge del retrato, con el paralelo literario de las biografías o de escritos como los *Caracteres* de Teofrasto, donde, en el amplio panorama de los personajes de la época, se definen los seres humanos con los mismos criterios "científicos" de tradición aristotélica que las plantas en sus escritos botánicos, y donde se revela el espíritu derivado de sus frecuentes viajes, igualmente en la tradición aristotélica que compagina el individualismo con el cosmopolitismo. Del mismo modo, queda patente por la tendencia de la comedia a concentrarse en problemas muy personales y cotidianos, lo que se consolidaría en época helenística con la Comedia Nueva, considerada

por muchos estudiosos como género costumbrista, al margen de la expresión general de los problemas de la colectividad ciudadana, en que los personajes son prototipos más que individuos. Aunque este alejamiento de la vida real no parecía a sus contemporáneos tan evidente, sin duda tuvo que influir en los nuevos tratamientos la eliminación del teórico de la época de Demetrio de Falero, que restringió el acceso al teatro sólo a un público más bien acomodado.

En las obras de Teofrasto y de Menandro está presente sin embargo la pretensión de transmitir la imagen de que la democracia continúa como base de la sociedad ateniense, lo que se muestra sobre todo en la figura del "oligarca". En cualquier caso, si los argumentos tienen un sentido apto para los gustos de un público acomodado, en las escenas se esconden en ocasiones problemas reales de la sociedad. Por ejemplo, en el *Dýskolos* o *Misántropo*, están presentes los problemas de los campesinos pobres y la necesidad en que se ven de someterse a relaciones de dependencia con los propietarios ricos.

El individuo se convertirá asimismo en el protagonista de las principales corrientes de la filosofía helenística, complementado con el cosmopolitismo, que en cambio prescinde de la ciudadanía como institución. En la nueva época, el prestigio de los filósofos se deriva fundamentalmente de su papel como consejeros áulicos en las cortes de los reyes (Korhonen, 1997: 34). En general, con diferentes matices, todas las escuelas, nuevas o renovadas, tienden a orientarse hacia la moral personal y a la búsqueda de la *ataraxía* y la huida del dolor, *alypía*, y del sufrimiento, *apathía*, postura común al estoicismo, al epicureísmo y al escepticismo fundado por Pirrón, que de sus viajes con Alejandro dedujo que había tal cantidad de paradojas en el mundo que nada podía considerarse verdad (Diógenes Laercio, VII 61; Fox, 2010: 16). Al parecer, su escepticismo se limitaba a cuestiones de tipo moral, mientras que fue su discípulo Timón quien amplió el campo hacia implicaciones más generales (Sharples, 2006: 225). La prosa se mueve en una misma dirección, con el desarrollo de las novelas de viajes y de aventuras amorosas, siempre como literatura de evasión. La razón se halla sin duda en la situación misma de las ciudades, dependientes en gran medida de la voluntad despótica de los reyes, aunque conservaran formalmente el funcionamiento de las instituciones cívicas. Un ejemplo de la distancia entre la idea de la democracia en época clásica y la protegida por los reyes se halla en la constitución de Cirene,

entre 322 y 308, dada por Ptolomeo I, en la que se indica la definición de los ciudadanos, además de los que lo sean por nacimiento, como aquéllos a los que acoja el cuerpo político, formado según iniciativa del rey, nombrados por Ptolomeo de acuerdo con las leyes explícitas en la constitución (Préaux, 1978: 414-415). Tal era el panorama general de las ciudades, que se organizaban por medio de constituciones que seguían teóricamente la ateniense o la de alguna otra ciudad clásica, pero que de hecho estaban sometidas a los reyes y, en consecuencia, limitaban muy estrictamente la participación en la ciudadanía. Tales limitaciones se basaban en criterios censatarios, mientras que no siempre se solía excluir a los hijos de madres extranjeras. La regla común a todas las ciudades fue el control riguroso del acceso a la ciudadanía, fueran cuales fueren los criterios establecidos para la admisión.

La esclavitud

A pesar de las dudas que frecuentemente se plantean sobre el carácter dominante del uso de esclavos en la época de la ciudad clásica, al menos en Atenas, es evidente la frecuencia de éstos en las propiedades (Millett, 2002). Cuenta Ateneo (VI 264d) que un amigo de Aristóteles compró mil esclavos en la Fócide y creó un grave problema en las relaciones de servidumbre. Múltiples referencias aparecen en la literatura del siglo IV, indicativas incluso de un trato violento, como en el caso del "inoportuno" de Teofrasto (*Caracteres*, XII 12), que cuando alguien azota a su esclavo le cuenta cómo a él se le suicidó un esclavo al que había corregido de esa manera. Es necesario, en todo caso, introducir matices para evitar crear imágenes esquemáticas, generalmente derivadas de la aplicación simplista de los datos, mejor conocidos, del sistema esclavista romano. Es frecuente por ejemplo el uso de esclavos agrícolas *khorìs oikoûntes*, que trabajan en terrenos lejanos a la residencia de los dueños. En las explotaciones agrícolas del Ática, todavía durante el siglo III, la documentación epigráfica revela la existencia de masas de esclavos utilizados en el cultivo de la tierra (Oliver, 2007: 101). Paralelamente, a través de los datos de la representación de los demos en la *boulé*, se nota el desarrollo destacado de algunos demos, relacionados con la explotación agraria o con el transporte marítimo, en la Mesogea y en la Paralia, respectivamente.

Sin embargo, lo más característico de la época en que se puede localizar la crisis de la ciudad clásica, es el crecimiento de la incertidumbre acerca de los estatutos jurídicos, la ruptura de los límites jurídicos en la definición de los libres y los esclavos, cuestión relacionada con la eficacia de la ciudadanía como instrumento de garantía de la libertad. No parece haber crisis del sistema esclavista en el sentido cuantitativo, sino de la claridad en la definición de los estatutos en la que se basaba la ciudad clásica. A principios del siglo IV Lisias escribe el discurso *Contra Pancleón* (XXIII); se trata de alguien que trabajaba en el batán y pretendía ser plateense del demo de Decelia y, por tanto, disfrutar de la ciudadanía; pero el orador comprueba que nadie de los de Decelia lo conocía y creía que era meteco, aunque le dicen que era un esclavo fugitivo, como atestigua su propietario Nicomedes; el demandante había creído que era meteco, pero ni siquiera era libre; tenían derecho a apropiárselo y de hecho apareció una mujer que pretendía ser su dueña. Luego viviría como meteco en Tebas. La incertidumbre afecta a la garantía de los propietarios. El "desconfiado" de Teofrasto (*Caracteres*, XVIII 8) teme que el esclavo que lo acompaña pueda escapar en el camino.

Demóstenes (*Contra Eubúlides*, LVII) habla en favor de Euxiteo al que han excluido del demo de Halimunte. Tiene que demostrar que sus padres legítimos son ciudadanos a base de testimonios. El padre tiene acento porque ha sido vendido como esclavo en la Guerra del Peloponeso (18); la madre ha sido nodriza y mercera por causa de su pobreza, pero no por no ser ciudadana. Se trata de un testimonio concreto de las tendencias generales a restringir la ciudadanía. A pesar de su pobreza, el padre ha desempeñado magistraturas (25). En efecto, en el año 346 la revisión de la ciudadanía ha conducido a los condenados a ser vendidos como esclavos (Manville, 1990: 175). La ley de Pericles sobre el *metréxenos* fue reafirmada con la restauración del arcontado de Euclides, de 403/2 (Demóstenes, *Contra Eubúlides*, LVII 30). La pobreza fue la causa de la confusión que había considerado esclavo al promotor del discurso, de acuerdo con la "Hipótesis" con que se presenta el mismo. El mismo problema se plantea en el *Plataico* de Isócrates (XIV), en que la pobreza obliga a realizar trabajos serviles, a la *theteía*, a alguien que presumiblemente gozaba de la ciudadanía ateniense. En circunstancias parecidas, Iseo (*En favor de Eumates*, fr. VIII) tiene que defender a un meteco al que un heredero pretendía someter a esclavitud.

En gran medida, se estaba cumpliendo la profecía del Pseudo-Jenofonte (*República de los atenienses*, I 9) en el sentido de que sin democracia los pobres caerían en la esclavitud y, el mismo tiempo, se cumplían las perspectivas de Terámenes, que deseaba una democracia que no admitiera a los que tenían que cobrar la dracma. Las restricciones de la ciudadanía respondían en buena medida a la propuesta platónica en la *República* (590c-b) de que no debían ejercer la *arkhé* propia de los ciudadanos los que ejercen la *banausía* ni la *kheirtekhnía*, los trabajos manuales. Los mismo propondrá Aristóteles (*Política*, 1318b9-16) en relación con los *áporoi*, dado que los pobres, según él, no son libres sino *doulikoí*, "serviles". Aristóteles prevé que si se admite sólo al pueblo labrador la participación se limitará realmente a los "buenos". Así, Aristóteles prefigura los rasgos de la sociedad helenística. La cuestión se plantea en el enfrentamiento entre Esquines y Demóstenes, en el que éste (*Sobre la corona*, XVIII 258) acusa al primero de ejercer una función propia de un *oikétes* (Ober, 1989: 272).

Las personas eminentes en la política de la *pólis* eran al mismo tiempo poderosas en su demo (Osborne, 1985: 88), según se deduce de Demóstenes (*Contra Eubúlides*, LVII) que debate las cuestiones relativas a una decisión interna del demo de Halimunte, en la inscripción en la lista de ciudadanos a partir de la *diapséphisis* de 346. Con las transformaciones sociales se extiende la consideración del trabajo asalariado como equivalente a la esclavitud, lo que corresponde a las teorías de Aristóteles sobre el trabajo banáusico; el personaje de Eutero (Jenofonte, *Memorables*, II 8, 1-4) interpreta como una forma de esclavitud, *douleían*, la solución a sus problemas que le aconseja Sócrates, la de ponerse al servicio de alguien que tenga dinero (Plácido, 2007: 167; 2008: 235).

El mayor número debía de encontrarse en las labores artesanales, incluidas las minas, las canteras, armerías y arsenales. Así como los esclavos agrícolas suelen trabajar para su dueño, los que lo hacen en talleres o minas están allí como *khorìs oikoûntes*, fuera de la casa del dueño a quien entregan los productos del trabajo, la *apophorá*. Son propietarios que viven de las rentas, como los grandes terratenientes del tipo de Iscómaco, el propietario del *Económico* de Jenofonte (XI 17-20), obra en que se define la función del *oîkos* como núcleo de la economía de la *pólis*, que pretende apoyar en él su naturaleza política, entendida en gran medida como gestión de lo privado (Georges, 1994: 216). Iscóma-

co está en condiciones de dejar la atención de sus tierras en manos del *epítropos* (12-16), aunque las visite cada día y considere importante la presencia del "ojo del amo" (XII 20). El uso del *epítropos*, definido por Aristóteles (*Política*, 1255b30-38), y sus funciones parecen ser propios del modo de explotar las tierras a partir de la Guerra del Peloponeso (cf. Burford, 1993: 173-176, 181). La situación permite la existencia de "esclavos ricos", que escandalizaban al autor anónimo de la *República de los atenienses* atribuida a Jenofonte (I 11), entre los que estarían los banqueros (Ferrucci, 2012: 101).

En el comercio, hay esclavos que están a cargo de un establecimiento del ágora de modo aparentemente autónomo o al frente de un banco, como es el caso de los célebres Pasión y Formión, el segundo comprado por el primero, que llegaron a obtener la libertad e incluso la ciudadanía, aunque no era frecuente la manumisión entre los atenienses. Antes de ser manumitido, el último ya había hecho negocios entre otros con el estratego Timoteo. La riqueza monetaria se convierte en el fundamento de un nuevo tipo de *oîkos* complementario de las relaciones familiares (Leiwo, 1997: 110). Demóstenes (*Contra Midias*, XXI 157) menciona a Formión entre los ciudadanos más ricos de Atenas, uno de los pocos atenienses que poseía más de una nave (Millett, 1983: 47). Sin embargo, no dejaban de tener problemas con la legislación ática, como se ve en las reclamaciones del cliente de Demóstenes (*Contra Estéfano II*, XLVI 13; 20-21) y en el contenido del discurso *Contra Midias*, donde se señalan los límites legales al comportamiento de los poderosos. Demóstenes (XXI 160) busca diferenciar el comportamiento de Midias de la *philotimía*, que sólo tiene en cuenta el bien de la ciudad. El orador trata de distinguir estas acciones de las liturgias en general. Midias sacaría provecho de las ocasiones en que desempeñaba la trierarquía, la liturgia más lucrativa (XXI 167). Se encuentra en la misma línea que Licurgo, en su discurso *Contra Leócrates* (I 139) donde ataca a éste por pretender honores a cambio de las liturgias habituales. De todos modos, el término no siempre tiene un sentido positivo, lo que da lugar a ambigüedades notables entre la generosidad y la ambición. Sin embargo, la tendencia desde mediados el siglo IV es a considerarse un factor de prestigio, como se señala en los honores públicos rendidos a los benefactores a partir de entonces (cf. Hakkarainen, 1997: 16, 18-19).

La banca es el sector económico en que abunda, a lo largo del siglo IV, la presencia de esclavos y no ciudadanos. En el discurso *Contra Formión* de Demóstenes (XXXIV 37, ss.; ver también [XLII] 20 y 32), del año 327/6, una persona diferente a la del banquero revela que en ese período se ha producido un importante crecimiento del precio del trigo, síntoma de un proceso inflacionario. Los prestamistas acusan de fraude a los acreedores (51) y argumentan que de ese modo fallaría el funcionamiento de los mercados. Entre los prestamistas había un fenicio y un *naúkleros*, posiblemente esclavo (5-6). En el discurso *Contra Apaturio* (XXXIII 4) el personaje describe los rasgos de su profesión de modo favorable, por promover los negocios con el riesgo de su dinero. En el discurso *Contra Panténeto* (XXXVII 52-54) Nicobulo se extiende sobre la consideración de los prestamistas en comparación con otras actividades en la vida económica de la ciudad. Así trata de salvar la imagen de al menos parte de los prestamistas y utiliza el verbo *kharízesthai* para introducir un matiz que trata de asimilarla a la de los benefactores, aunque del resto del discurso se desprende que él mismo pertenece al grupo de los prestamistas profesionales (cf. Millett, 1991: 189, 192-194, 196). En *Caracteres* de Teofrasto hay muchas alusiones a la variabilidad de los precios (III 3; IX 6; X 4; XII 8; XVII 6; XXX 12; Millett, 1990: 168), dentro de una concepción en que atribuye el protagonismo de las acciones de la humanidad a *Týkhe*, no a la razón. En un pasaje (IV 13), el *agroîkos* todavía rechaza monedas por falta de peso, síntoma de que circulaban monedas de baja ley. Síntoma asimismo de las alteraciones del valor parece el hecho de que el "vanidoso" (*mikrophilótimos*: XXI 5) presuma entre otras cosas de devolver incluso una mina en moneda nueva de plata. *Týkhe* desempeña igualmente un importante papel en las comedias de Menandro. Tal concepción del mundo favorece creencias en fuerzas ocultas e incontrolables por la razón y el uso creciente de la magia, la astrología y la brujería. La extensión de la magia se documenta sobre todo a partir del siglo II, en los papiros mágicos que citan divinidades de todas las procedencias, egipcias, judías, iranias, babilonias, en una compleja amalgama, dentro de una concepción cósmica que permite la *sympátheia* universal, la confluencia de todos los seres y fuerzas del universo con ánimo de influir en el curso de los acontecimientos, privados o públicos, a veces con evidente impaciencia.

La situación de las mujeres y los menores

Las representaciones de terracota a partir de mediados del siglo IV comienzan a reflejar actitudes femeninas que pueden considerarse significativas del desarrollo de una personalidad propia entre las mujeres de la clase dominante, lo que corresponde asimismo a los caracteres de la Comedia Nueva (Rotroff, 2006: 154). Sin embargo, la legitimidad de la mujer como heredera continúa siendo algo cuestionable, como se discute en Iseo (*Sobre la herencia de Pirro* III; Gould, 1980: 41), situación de la que sólo se libra la *epíkleros* por intereses masculinos, al margen de que nunca llegaran a ser plenamente propietarias (Schaps, 1979: 25-47). Se caracterizan por su incapacidad de poseer bienes productivos. La dote (*proíx*) está compuesta por numerario y objetos domésticos, que gestiona el marido. La *epíkleros* sólo transmite la propiedad al varón más próximo de la familia. La heredera en Atenas estaba obligada a casarse dentro del *oîkos*; en Esparta se hallaba sometida a la mediación del *patroûkhos*. Las prácticas determinan los matrimonios socialmente útiles. Podrían ser propietarias de esclavos, según la referencia de Lisias (*Contra Pancleón*, XXIII 10), o al menos así lo reivindicaba una mujer, en un testimonio discutido (cf. Schaps, 1979: 9).

Por otra parte, los sacerdocios femeninos aparecen como la única actividad pública posible para las mujeres. Están presentes en ceremonias religiosas específicas. La cuestión se complica si se pone en duda la ciudadanía de la mujer, pues existe la prohibición de participar en ciertas ceremonias para las no ciudadanas, como es el caso de Neera (Demóstenes, *Contra Neera*, LIX). Demóstenes (113) aparece preocupado por el hecho de que la pobreza pueda servir de vehículo a la esclavización de mujeres (Plácido, 1999a: 19). Sin embargo, el papel de la mujer era fundamental en la transmisión de la ciudadanía desde época de Pericles, a través de la ley restaurada tras la expulsión de los Treinta. Eran, pues, las mediadoras de la fecundidad. Su participación cultual era, coherentemente, en honor de las diosas o de Dioniso, en las Antesterias, presididas por la *basílinna*, la mujer del arconte rey en una hierogamia. Eran las protagonistas de las prácticas iniciáticas para la integración en el *oîkos* y en la *pólis* de jóvenes de ambos sexos. Destacan las ceremonias de las osas de Ártemis, las arréforos de Atenea, en la procesión por el

santuario de Afrodita en los Jardines; Teseo aparece como patrono de la iniciación en las Oscoforias.

Se reunían en agrupaciones iniciáticas de tipo sáfico con fines religiosos. Se consideraba que estaban a cargo de la administración del *oîkos*, que era propiedad del marido, circunstancia bien clara en el *Económico* de Jenofonte: allí se señalan los papeles como "dentro" y "fuera", para definir la función de la mujer y del hombre, respectivamente. Ellas sin embargo se identifican con los trabajos del *oîkos*. Excluidas de la *pólis*, viven en el *oîkos* del marido.

Los testimonios revelan la tendencia al estereotipo femenino en la cultura masculina griega. Así se muestra en la función de lo femenino en la tragedia, definido como alteridad de problemas masculinos en su cara menos masculina, para permitir la definición del desprecio y el temor de los varones, junto al miedo a la sexualidad femenina, que se presenta en el estereotipo de Pandora. Las mujeres pueden definirse pues como contramodelos en la tragedia.

Los niños por su parte se identifican como esclavos y *erómenoi*, objetos del *éros* de los adultos, en la definición común como *paîdes*.

Las edades como el sexo servían de criterio para la diferenciación del trato de los vencidos. La práctica normal era la muerte de los *hebôntes*, los jóvenes en edad militar, y la esclavización de mujeres y niños, al menos desde la Guerra del Peloponeso, como fue el caso de los episodios de Mitilene y de Melos (Plácido, 2000b). La identificación de esta Guerra con el Imperio ateniense y la esclavización justifican las consideraciones de Jenofonte (*Helénicas*, II 2, 23) en el sentido de que con la derrota ateniense se iniciaba la libertad para Grecia (cf. Plutarco, *Lisandro*, 15, 5).

En definitiva, mujeres y niños fueron las víctimas más directas de la crisis de la esclavitud mercancía en el siglo IV y la sumisión a dependencia de "ciudadanos". Mujeres y niños eran ya ciudadanos de segunda y están en peores condiciones cuando se trata de conservar la libertad. Las mujeres y los hijos aparecen como los servidores del pobre (Aristóteles, *Política*, 1323a5-6). Queda clara así la sumisión de las mujeres de la familia (cf. Jenofonte, *Memorables*, II 7, 7-10).

Esparta

Esparta, terminada la Guerra del Peloponeso, dedicó sus esfuerzos a la eliminación del poder persa de Asia Menor, en lo que parecía un

cambio de orientación de la política exterior, ya que antes sólo salía de sus fronteras con gran esfuerzo. Sin embargo, en seguida Jonia se vio integrada en la satrapía persa. De hecho, desde la primera década del siglo IV, las ciudades griegas de Asia tomaban al rey Artajerjes II como árbitro de sus conflictos, como ocurre entre 391 y 388 entre Mileto y Miunte, según se desprende de Tod (1948: 113; Rhodes & Osborne, 2003: 72-75, nº 16). Las necesidades navales espartanas crecieron, una vez puesta en marcha la flota en la etapa final de la guerra, cuando tuvieron que usar el dinero para el apoyo persa y la construcción de una flota de aspiraciones ultramarinas. Con ello dio un gran paso el proceso de transformación interna de la ciudad.

Esparta como *pólis* característica también entra en crisis, en el sentido de no poder sostener un sistema igual, con figuras como Brasidas y Lisandro y lo que ellos representan, como impulsores de una ciudad imperialista, que no responde ya a los ideales de los teóricos de la ciudad como Platón, Jenofonte o Aristóteles. Si ha habido alguna vez una *pólis* ideal, deja de existir tras la Guerra del Peloponeso. Al parecer, Lisandro incluso pretendió introducir la moneda en Esparta (Buckler, 2003: 23-24), así como la práctica de la comercialización de esclavos, lo que indicaría que algún sector, del que se erigiría en representante, había accedido a formas muebles de riqueza. Plutarco (*Lisandro*, 2, 6) dice que precisamente su característica particular dentro de los espartanos fue la de "llenar la patria de dinero y amor al dinero", *ploútou kaì philoploutías*, al introducir cantidad de oro y plata tras la guerra con Atenas, y le atribuye una actividad de acumulación de dinero en la que se vieron implicados otros espartiatas, como Gilipo (16-17, 1), ante la que reaccionaron los más prudentes, *hoi dè phronimótatoi* (17, 2), por temor al poder del dinero. Había que prescindir del oro y la plata y servirse sólo de la moneda de hierro tradicional (17, 3-4). Sin embargo, con la colaboración de los amigos de Lisandro, no se pudo evitar que se impusiera la pasión del dinero y el enriquecimiento como algo respetable y grandioso (17, 10). En conmemoración de su victoria hizo alardes de riqueza en la ofrenda depositada en Delfos (18, 1-4).

Su intervención en Éfeso se caracterizó, según Plutarco (3, 4), por la organización naval que afectaba también a los navíos mercantes, lo que permitiría el ulterior desarrollo económico de la ciudad. De hecho desde los inicios del siglo IV, con el final de la Guerra del Peloponeso, en la época del rey Agesilao II, de 398 a 360, la política imperialista resultaba

claramente contradictoria con los teóricos ideales de autonomía y con la idea de delimitación territorial que había funcionado desde la conquista del Peloponeso y el final de la Guerras Médicas. Sin embargo, Jenofonte (*Agesilao*, VIII 7) y el mismo Plutarco (*Agesilao*, 19, 6) elogian su figura como ejemplo de conservación de las prácticas heredadas de Aristodemo, personaje legendario identificado con el origen de las familias reinantes, aunque el propio Jenofonte (*Helénicas*, III 5, 1) alude a los efectos negativos de las acciones imperialistas de Agesilao (Tuplin, 1993: 61). En las fuentes, con todo, junto a los elogios incondicionales de sus admiradores, como Jenofonte, se reflejan múltiples críticas, especialmente dedicadas a su nepotismo en el momento de la distribución de cargos de confianza.

Plutarco (*Agesilao*, 10, 11) critica especialmente el nombramiento de su cuñado Pisandro al frente de la flota, del que incluso Jenofonte (*Helénicas*, III 4, 29) dice que era poco experto, *apeiróteron*. Las relaciones eróticas de Agesilao con los jóvenes influían igualmente en su toma de decisiones (Plutarco, *Agesilao*, 13, 5). Para Plutarco (23, 8 y 11), existe un contraste entre sus declaraciones, *tô lógo*, y sus acciones, *toîs érgois*. Igualmente según Plutarco (4, 2), a pesar de que Jenofonte decía que en todo obedecía a la patria, en realidad era suficientemente fuerte como para hacer lo que quisiera. De hecho, a través de los halagos hacia éforos y *gerousía*, había aumentado la fuerza de la realeza y la grandeza de su propia persona gracias a la devoción hacia él, *ek tês pròs autòn eunoías* (4, 6). El biógrafo destaca la importancia de la *philía* en sus relaciones: apoyaba a sus amigos hasta en sus acciones injustas, aunque no perjudicaba injustamente a sus enemigos (5, 1). Es evidente el peso de las relaciones clientelares en este reforzamiento del poder personal. Su actitud "populista", *edemagógei*, también es destacada por Plutarco (5, 3). Por ello los éforos lo acusaron de apropiarse de los ciudadanos comunes, *hóti toùs koinoùs polítas idíous ktâtai* (5, 4).

Igualmente, sus conquistas en Asia Menor iban acompañadas del establecimiento de relaciones de *philía*, como es el caso del rey Cotis de Paflagonia (Plutarco, *Agesilao*, 11, 1-3), con alianzas basadas en contactos matrimoniales inducidas por él. Tanto Plutarco (14, 2) como Jenofonte (*Agesilao*, 5, 2) destacan la sobriedad de su vida en los aspectos materiales, al referirse a su tienda como la más "humilde", *phaulotéran*, *phaulotáten*. Del mismo modo se decía que soportaba el calor y el frío como nadie. Son rasgos que se destacan en los individuos de la época que tienden a

acaparar el poder personal sobre la base de las prácticas militares, como Jasón de Feras o el mismo Filipo (Plutarco, *Agesilao*, 14, 3). Para los griegos de Asia representaba un respiro frente al lujo que pesaba sobre ellos por la acción de los gobernadores allí desplazados anteriormente (14, 4).

Plutarco (*Lisandro*, 22, 6) dice que Lisandro había sido su amante y lo había convencido para que pretendiera la realeza frente a Leotíquidas, el hijo de Agis, el rey muerto, argumentando que realmente era hijo de Alcibíades. A pesar del oráculo que advertía sobre los peligros de tener una realeza coja, en alusión a la cojera de Agesilao, Lisandro consiguió que se interpretara como una alusión a la cojera producida por el carácter ilegítimo de uno de los reyes (Plutarco, *Agesilao*, 3, 7-8). Plutarco parece recibir esta versión de Jenofonte (*Helénicas*, III 4, 1-3; *Agesilao*, 1, 6-7). La política asiática de Agesilao habría sido promovida por Lisandro (Plutarco, *Lisandro*, 23, 1-2; *Agesilao*, 6, 2-3), que estimulaba a los asiáticos a pedir la presencia del rey, al tiempo que aconsejaba a éste emprender la expedición y defender la Grecia remota. Para Jenofonte, sin embargo, Agesilao constituía una figura clave, tanto en las *Helénicas* como en el *Agesilao*, representativa de la figura del rey posible en la estructura de la *pólis*, que recibe asimismo de ella sus posibilidades de supervivencia.

El "amor al dinero" del que habla Plutarco (*Agis*, 4) y "la falta de hombres" a que se refiere Aristóteles (*Política*, 1265b6-10) responden al mismo fenómeno, que hizo disminuir el número de ciudadanos, de espartiatas, que formaban los ejércitos hoplíticos, la oligantropía de los escritores antiguos, lo que repercutió tanto en la capacidad guerrera como en la cohesión social de la clase dominante. Se extendió en cambio la masa pobre y sin derechos, *ókhlos áporos kaì átimos* (Plutarco, *Agis*, 5, 7). El proyecto de Agis consistía en restaurar la igualdad de tiempos de Licurgo (Plutarco, *Agis*, 6). Para ello era fundamental proceder a una nueva distribución de la tierra en *klêroi* de extensión limitada y a la abolición de las deudas de los campesinos dependientes, categoría ajena a la tradición espartana y provocada por la acumulación posterior a la Guerra del Peloponeso. Todavía Platón e Isócrates elogiaban entre otros motivos a Esparta por no haber procedido nunca a la abolición de deudas (Millett, 1991: 21). A ello se unía la necesidad de ampliar el cuerpo cívico. La oposición, representada por los éforos, y las circunstancias externas impidieron que la reforma se llevara a cabo. El otro rey, Leónidas, se caracterizaba en cambio por su desprecio por las tradiciones y frecuentaba

los palacios de los sátrapas y la compañía de Seleuco (Plutarco, *Agis*, 3, 9), por lo que favorecía a los ricos y temía al *dêmos* (7, 8) y acusaba a Agis de tratar de ganarse a los pobres con promesas de repartos de tierra y abolición de deudas para alcanzar la tiranía.

En efecto, en 243 Agis propone a los *gérontes* la abolición de las cargas resultantes de la reciente acumulación y su organización tributaria y la distribución de tierras de la periferia entre los periecos y del interior entre espartiatas (8, 1-2), efecto del deterioro de la condición cívica de éstos como consecuencia del proceso acumulativo. A estos últimos se añadía una selección de periecos y extranjeros aptos para la guerra (8, 3). Ante la oposición de la *gerousía*, Agis acude a la *apélla*, a la que ofrece como primera medida el reparto de sus propias riquezas y las de su madre (9, 5-6). Leónidas, apoyado por los ricos, acude a la *gerousía* para bloquear las propuestas de Agis (11, 1). El éforo Lisandro consigue que, con argumentos basados en la tradición, se considere a Leónidas indigno, mientras que su sucesor, Cleómbroto, está de acuerdo con Agis, que argumenta que con tal acuerdo las instituciones deben plegarse (12, 3). Según Plutarco (13, 1), el fracaso vino de la mano de un colaborador, Agesilao, tío de Agis, corrompido por el amor al dinero, *tê philoploutía diaphtheíras* (Fornis, 2002: 218-221). Consiguió que se abolieran las deudas mientras se iba retrasando la distribución de tierras, hasta que las amenazas obligaron a Agis a partir para la guerra contra los etolios (13, 3-6), de la que volvió sin entablar combate ante los temores de Arato a la revolución que podía promover la presencia de Agis (14, 5-15, 5). Mientras, en Esparta continúa la resistencia a las reformas con la actuación de Leónidas y Agesilao. Agis hubo de refugiarse en el santuario de Atenea Calcieco. Los conjurados aprovecharon una salida para acudir al baño para aprisionarlo y condenarlo a muerte (19, 8), contra el movimiento de las masas (19, 11). Tras la muerte de Agis, Esparta había quedado a merced de las incursiones etolias, que llegaron a la misma Esparta y se llevaron una buena cantidad de esclavos.

Para continuar las reformas, Cleómenes III, hijo de Leónidas, casado a la fuerza con la mujer de Agis para conservar el control de la realeza, se inclinó sin embargo por continuar la labor de Agis (Plutarco, *Cleómenes*, 1, 1-3) y tomó la medida de eliminar la institución de los éforos, sobre la base de que no se remontaba a Licurgo, y de completar la ciudadanía con los más selectos (*khariestátois*) de los periecos (11, 3). Luego, tras

la toma de Mantinea por Arato en 228, donde concedió la ciudadanía a los metecos (Plutarco, *Arato*, 36, 3), Cleómenes pretendió restablecer la diarquía llamando a Arquidamo, el hermano de Agis, con ánimo de debilitar a los éforos, según Plutarco (*Cleómenes*, 5, 2-4), pero éstos lo mataron, aunque el mismo autor se hace eco de otras atribuciones de la culpabilidad del asesinato (Fornis, 2002: 223). Plutarco (8, 4) adjudica a Cleómenes el asesinato colectivo de los éforos con la proscripción de ochenta ciudadanos (10, 1). En el discurso asignado a él por el biógrafo (*Cleómenes*, 10, 2-11), justifica el uso de la violencia ante las actitudes de quienes se negaban a aceptar las reformas, que no eran más que la recuperación de las tradiciones espartanas. En sus medidas se imponían las necesidades militares nacidas de los peligros representados por la Liga Aquea, a lo que se unía una cierta tendencia a restaurar la hegemonía de los tiempos de gloria, bajo el poder de uno solo. Cleómenes culpaba a los éforos de las alteraciones de la tradición espartana y la introducción de la desigualdad social. Su plan era poner toda la tierra en común (*eis méson*), liberar de las deudas e incluir extranjeros para mejorar el ejército. Él mismo y sus parientes y amigos fueron los primeros en poner las tierras a disposición de ser repartidas (11, 1).

Además, incorpora en la ciudadanía a periecos selectos para recuperar el cuerpo de hoplitas y la educación de los jóvenes a la manera tradicional (11, 3). En *Vida de Arato* (38, 4) Plutarco incluye entre las medidas tomadas en esta ocasión la distribución de tierras, al margen de que se refiere a metecos, en vez de periecos. A la muerte de su colega Arquidamo, proclama como colega a su hermano, lo que el biógrafo (*Cleómenes*, 11, 5) califica de monarquía. Cleómenes consiguió tomar Mantinea de nuevo en 226 (14, 1) y restituyó sus leyes tras expulsar la guarnición de los aqueos. Arato buscó desde entonces el apoyo de Antígono (16, 3). Cuando Arato atacó Argos en las fiestas Nemeas, esta ciudad se convirtió en cambio en aliada de Cleómenes (17, 8), lo que, según Plutarco (18, 1), fue un motivo del aumento de su prestigio y el inicio de una nueva hegemonía en el Peloponeso (18, 4). Tras intentar el acuerdo con Arato, Cleómenes atacó Sición y Arato acudió a buscar el apoyo de Antígono (19, 9; *Arato*, 41, 7). Cuando éste atacó el Peloponeso, vinieron en su ayuda algunos argivos que decían tener el apoyo del pueblo contra Cleómenes por haber defraudado sus esperanzas de que aboliera las

deudas (20, 5-6). Cleómenes tuvo que dejar Corinto a disposición de Antígono y Arato (21, 4).

Poco después perdió asimismo la esperanza de conservar Argos (21, 7) y todos los aliados pasaron a manos de Antígono (21, 8). Tras los ataques a Tegea, Orcómeno y Mantinea, en 223, Cleómenes tuvo que liberar a unos seis mil hilotas por un rescate de cinco minas, al tiempo que armó a dos mil hombres al estilo macedónico (23, 1), al parecer con la *sárissa* y los escudos de las tropas selectas. Cuando atacó Megalópolis, ofreció a sus habitantes una alianza que fue rechazada por las presiones aqueas de Filopemen (24, 8). Tras estas acciones, se extendió por las ciudades del Peloponeso la acción de los revolucionarios, *hupò tôn neoterizónton* (Plutarco, *Arato*, 39, 5). La reacción de Cleómenes es criticada como extremadamente violenta por parte de Polibio (II 55, 7), que en cambio alaba la muerte de Aristómaco por parte de Arato, que según Plutarco (*Arato*, 44, 6) le hizo perder reputación entre la generalidad de los griegos, porque era considerado un hombre "no malo", *ánthropon ou ponerón*. También colaboró a su pérdida de prestigio el hecho de que entregara a Antígono la ciudad de Corinto, "como si se tratara de una aldea" (45, 1), además de que se le entregaba el monopolio de las relaciones exteriores de la Liga (45, 2). A la muerte de Cleómenes, frente a los partidarios de la alianza con Macedonia, se definió otro grupo que se acercaba a los etolios, donde esperaban encontrar apoyo para la recuperación de la independencia. Las luchas internas continuaron con connotaciones sociales teñidas de aspiraciones hegemónicas, siempre como escenario de ambiciones personalistas de miembros de las estirpes regias. En muchos de los enfrentamientos estuvieron presentes los ejércitos mercenarios de diversa procedencia, en particular tarentinos. La realidad espartana y griega había cambiado mucho desde los tiempos de la hegemonía.

Otro reformador más tardío, Nabis, rey a partir de 207, tras la muerte en la batalla de Mantinea del regente Macánidas, considerado tirano por Plutarco (*Pelópidas*, 10, 1), recibiría también de las fuentes la denominación de tirano, aunque más bien podría asemejarse a un monarca helenístico, sobre una población de súbditos sin diferencias radicales entre libres y esclavos. En realidad, salvo alusiones dispersas, la única fuente coherente sobre Nabis es Tito Livio, muy condicionado por su interpretación apologética de la conquista romana. Tras la derrota de Mantinea y el fracaso de Nabis por apoderarse de Mesene,

parecía necesario plantearse una nueva concepción del estado adaptada a los tiempos. Junto a la expropiación y exilio de los propietarios de tierras y a la redistribución de las mismas, procede a la liberación de esclavos, *doûloi*, que, en el ambiente de la apropiación privada que se está produciendo en Esparta, podría significar que incluso los hilotas se han convertido en propiedad de los dueños; ahora, con la reformas de Nabis, se convierten también ellos en poseedores de tierra. La abolición de las deudas representa el instrumento para poner fin al desarrollo de las dependencias derivadas de las necesidades de los más pobres de ponerse bajo la protección de los poderosos, protección que había de pagarse, si no con dinero, con la sumisión personal.

En un mundo dominado por la realeza despótica, las reformas del sistema hallaban de modo inmediato la oposición frontal de la alianza entre reyes y propietarios. La represión contra éstos buscaba tanto la eliminación de los contrincantes como la provisión de fondos para sus planes militares. En la situación crítica de la ciudad y sus instituciones, la única defensa posible se apoyó en los mercenarios. La novedad de las acciones de Nabis en relación con la de los anteriores reformadores estriba en que se trata de una reforma social de alcance amplio, más allá de las reformas locales que pretendían restaurar el sistema tradicional (Texier, 1975: 60). En un mundo dominado por las monarquías, las posibilidades de reforma social sólo se concebían como obra de un rey que desempeñara un papel diferente al de los protectores de las oligarquías. Para afrontar la situación crítica derivada de la transformación de la ciudad clásica, Nabis plantea un programa alternativo al de la intervención de un poder exterior que buscaban entre tanto las oligarquías. Incluso existe la hipótesis de que Nabis pretendía organizar una gran confederación de pueblos con esta dirección.

En la época de crisis se incrementan las reflexiones políticas y sociales de las escuelas de pensamiento, preocupadas por los problemas surgidos tanto en Atenas como en Esparta, aunque naturalmente darán lugar a enfoques diferentes. Una de las características de la crisis en Atenas fue la de que Esparta se convirtió en modelo de ciudad ideal para el pensamiento conservador. Las teorías sobre la *pólis* se fijan en la ciudad de Esparta o en las características de la Atenas arcaica. En Esparta veían el modelo de la constitución mixta, de la democracia igualitaria o de la *mése politeía*. Con el sistema planteado en su *República*, Platón

creía que desaparecerían las divisiones internas propias de las ciudades históricas, donde había realmente dos ciudades, "enemiga la una de la otra: la de los pobres y la de los ricos" (422e). La crítica de Aristóteles en *Política* (1264a24-27) no se dirige tanto al carácter utópico de la propuesta, como al hecho de que precisamente esta cuestión es la que Platón no soluciona. La ciudad platónica no iba a acabar con la discordia interna. La única manera de acabar con ella sería la imposición por la fuerza (Klosko, 1986: 143). Aristóteles cree en cambio que la ciudad hoplítica podría mantener la concordia, aunque su obra también deriva hacia la necesidad de su sistema monárquico. Así criticaba Aristóteles (*Política*, 1264a24-27) la propuesta platónica: "Necesariamente habrá dos ciudades en una misma, y éstas contrarias entre sí, pues establece a los guardianes como una guarnición, y, por otro lado, a los campesinos, los artesanos y los demás ciudadanos" (trad. C. García Gual & A. Pérez Jiménez [Madrid, 1986]).

De este modo, los modelos espartano y cretense sobre los que se basaba la teoría de la ciudad de Platón y Aristóteles, como idealización del retorno a la ciudad hoplítica, experimentan modificaciones, desde el radicalismo de la *República* platónica hasta el realismo de la *Política* aristotélica, a través de las correcciones platónicas de las *Leyes*. En la *República* los guardianes representan prácticamente un calco de los "iguales" espartanos, dedicados a la guerra, apoyados en el trabajo de la tercera clase, descrita como si el *dêmos* ateniense no se hubiera liberado en el proceso democrático y conservara las condiciones de dependencia que lo identificarían con los hilotas espartanos. La sociedad de las *Leyes* recuerda más bien la sociedad arcaica ateniense, con la ciudadanía limitada a los propietarios de tierras trabajadas por esclavos y distribuidas de manera igualitaria y las restantes actividades en manos de metecos o extranjeros. El sistema, sin embargo, sólo puede pervivir a base de un organismo represivo encargado de castigar toda desviación en cuestiones de opinión y de encerrar a los culpables en una cárcel llamada significativamente *sophronistérion*. En la *Política* de Aristóteles la actividad política o ciudadanía activa debe estar limitada a los que tienen ocio, pues, aunque la *mése politeía*, la constitución intermedia, permite la ciudadanía de los pequeños propietarios, éstos de hecho no tienen tiempo para dedicarlo a las tareas de gobierno. En definitiva, serán los ancianos, los *gérontes*, quienes controlen los órganos de poder. Sin embargo, se trata sobre todo

de posturas teóricas que tratan de poner remedio a los conflictos sociales, que no se manifiestan en luchas revolucionarias, sino en las tensiones ideológicas que requieren la elaboración del conjunto de teorías que caracteriza la Atenas de la época de modo más o menos expreso, concebidas por los filósofos como Platón o por los oradores como Isócrates.

El imperialismo del siglo IV

Imperialismo y crisis del sistema suelen vincularse en los análisis del período (Fornis, 2002: 155). El concepto de autonomía viene ya marcado por la época del imperialismo ateniense y de hecho tiende a definirse como un instrumento más del imperialismo en época helenística, modo de concesión de los estados más poderosos para garantizar la sumisión pacífica de las ciudades. La defensa de la autonomía por parte de Esparta se hacía con los vecinos, como Orcómeno, arrebatada a la Confederación Beocia por Lisandro al comienzo de la Guerra de Corinto. La defensa de la autonomía de la *pólis* no afectaba a sus propios movimientos de expansión imperialista, aunque ocasionalmente las ciudades estén en condiciones de utilizarla en las acciones que buscan recuperar la independencia, como será la Guerra Lamíaca (323-322) (Plácido, 2001/2), que comienza al mismo tiempo que los rodios se liberaron de la guarnición macedónica (Diodoro, XVIII 8, 1). Los enemigos del imperio tenían grandes dificultades, como los corintios, que sólo pudieron sostenerse a través de la unión con Argos, lo que despertó mucha oposición interna y externa (Jenofonte, *Helénicas*, IV 5, 1), por considerarla un acto del imperialismo argivo. Tal visión deriva, sin embargo, de los oligarcas corintios y sus aliados espartanos. Se trataba, en definitiva, de un reflejo de los conflictos internos de cada una de las ciudades.

Los caracteres de este imperio como dominio marítimo afectaban naturalmente a las relaciones sociales, apoyadas en el ejército hoplítico y ahora alteradas por la necesaria presencia de los marineros. Los cambios, sin embargo, afectaron en realidad sólo a los miembros de la clase dominante, que se apoya en la riqueza procedente del imperio para su impulso hacia una nueva situación que le permite identificarse como minoría destacada de la colectividad solidaria de los espartiatas. En la cumbre se sitúan personalidades como la de Lisandro, que en cierta medida recupera el carácter principesco de las viejas aristocracias arcai-

cas, con la peculiaridad de que se le atribuye un origen social oscuro. Para Plutarco (*Lisandro*, 8), era capaz de tomar como modelo al tirano Polícrates de Samos, a propósito del engaño con que trató a los milesios, donde fingió reconocer la reconciliación social promovida al parecer por Calicrátidas para poder arrasar más fácilmente a los más fuertes de los partidarios del *dêmos* e impedir que escaparan (8, 3). En efecto, los oligarcas persiguieron a los dirigentes del *dêmos* y como consecuencia mataron por lo menos a ochocientos (19, 3). Igualmente en Atenas se comportó de modo cruel, al dejar a los atenienses encerrados en la ciudad sin provisiones, sin necesidad de someterlos a un largo y costoso asedio (Plutarco, *Lisandro*, 13, 4; Jenofonte, *Helénicas*, II 2, 2). Luego los privó de la mayor parte de la flota y decidió que se cambiara la *politeía* (Plutarco, *Lisandro*, 15, 1; 3; 6). Estableció como gobernantes a diez arcontes en El Pireo y treinta en la ciudad, una guarnición en la Acrópolis y a un harmosta llamado Calibio. Plutarco añade que según algunos había propuesto la venta de los atenienses como esclavos.

En ese mundo, los poderosos de toda Grecia recuperan el control personal y colectivo propio de las relaciones clientelares. Lisandro fue objeto de culto y se celebraron festivales en su honor, incluso se apoya en Ciro, con lo que llega a adoptar las formas externas que en tiempos anteriores habían servido para la condena del regente Pausanias tras la victoria de Mícala. Las ciudades, después de la victoria, le erigieron altares y le ofrecían sacrificios como a un dios, el "primero de los griegos", según Plutarco (18, 5), que también cita un peán a él dedicado, como "al estratego de la divina Hélade". Los samios llamaron Lisandreas a las fiestas de Hera (18, 6). La adulación de los poetas (18, 7-8) prefigura la actuación de los cortesanos de época helenística, que el propio Lisandro identifica como esclavitud (18, 10). La acción exterior de Lisandro se caracteriza por el apoyo al poder tiránico de quienes le servían de sostén y la destrucción a muerte de sus enemigos (19, 2). Los lacedemonios sólo lo hicieron regresar cuando las quejas procedieron de Farnabazo, por devastar su territorio, no de las ciudades griegas (19, 7). Luego Farnabazo venció a los espartanos en Cnido con Conón y ello favoreció la alianza de Agesilao con el rey (Plutarco, *Agesilao*, 23, 1-2) y la llamada Paz de Antálcidas, que, según Plutarco, ponía a los griegos de Asia en manos del rey. En ello parece coincidir con la interpretación de Isócrates (*Panatenaico*, IV 149) y con el hecho de que Jenofonte aluda a ella la mayor parte de las veces como Paz del Rey (Tuplin, 1993: 65).

Ciro se entregó a los cortejos de Lisandro, según Plutarco (*Lisandro*, 4, 4-7), y accedió a financiar el *misthós* de los marineros, no sin un cierto regateo, según Jenofonte (*Helénicas*, I 5, 3-7), con lo que consiguió atraerse a muchos de los marineros de los enemigos. Los autores antiguos lo señalaban en términos morales, como efecto del valor corruptor de las riquezas en las formas de vida espartanas. En otros términos, se trata del efecto disolvente de las nuevas condiciones económicas sobre las relaciones sociales tradicionales de Esparta. Cuando Ciro llamó a Lisandro a Sardes, le prometió grandes riquezas y le encargó la recaudación de tributos (Plutarco, *Lisandro*, 9, 1-2), lo que le posibilitó emprender la campaña naval que culminaría en su victoria de Egospótamo, que significó el final de la Guerra del Peloponeso.

La estrella de Lisandro, según Plutarco (*Lisandro*, 23, 5-11), cambió cuando Agesilao comenzó a sospechar de su popularidad, a retirarle su confianza y a encargarle misiones poco brillantes. Dice Jenofonte (*Helénicas*, III 4, 7) que Lisandro parecía el rey y Agesilao un ciudadano privado (*idiótes*). La enorme popularidad y la capacidad de manipulación de Lisandro hicieron crecer las suspicacias de Agesilao junto a la de los otros espartiatas, que aparecían como servidores de Lisandro más que como consejeros del rey (Plutarco, *Agesilao*, 7, 4). Se trataba de una dura lucha por el poder personal, pues Agesilao lo acusaba de querer ser más poderoso que él (8, 2). Cuando Agesilao lo despojó de sus misiones militares, Lisandro manifestó su odio hacia la *politeía* espartana y se dedicó a buscar cambios revolucionarios, *metabolèn kaì neoterismón* (Plutarco, *Lisandro*, 24, 2), para privar del privilegio regio a los Heraclidas, en favor de los que se asimilaran a Heracles por su virtud (24, 5-6), con lo que pensaba que él mismo sería elegido. Habría conseguido establecer un modo de poder personal renovado, sin las limitaciones de la tradición espartana, para lo que utilizó medios espectaculares para persuadir a los ciudadanos, como el uso de máquinas teatrales, junto al temor a la divinidad y la superstición (25, 2-3), e incluso la corrupción de los oráculos. Se habría propuesto, según Plutarco (26), engañar a los sacerdotes de Delfos a través del testimonio de un pretendido hijo de Apolo, que habría defendido que los reyes se eligieran entre los "mejores ciudadanos". Incluso se dijo que a su muerte se había encontrado un manuscrito donde se especificaba la propuesta de privar de la realeza a Agíadas y Euripóntidas y entregarla a la elección entre los "mejores", *ek tôn arístón* (30, 4).

El acontecimiento más significativo, resultado de las alteraciones sociales, fue la revuelta de Cinadón, a veces considerada una consecuencia de la ley atribuida al éforo Epitadeo, que habría establecido la libertad de testar y creado con ello desigualdades en la posesión de la tierra; se habría producido por razones privadas, según Plutarco (*Agis*, 5, 3-5), pero que otros aprovecharon para satisfacer sus ambiciones, *pleonexías héneka*. Por ejemplo, Aristóteles (*Política*, 1306b34) atribuye a Cinadón como motivo el no participar de los honores propios de los dominantes. Por ello se extendió la riqueza y la pobreza. Las contradicciones internas en la clase dominante espartana, entre mantener las tradiciones u orientarse hacia el imperialismo, se manifestaron en las diferencias entre Lisandro y Pausanias en la actitud frente a Atenas. Lisandro y los éforos decidieron imponer a Atenas unas condiciones durísimas para garantizar la paz (Plutarco, *Lisandro*, 14, 8-10), condiciones que fueron aceptadas por el consejo de Terámenes, que decía que sin murallas se conseguiría la salvación de la ciudad, como su construcción la había conseguido gracias a Temístocles. Según Plutarco (21), las diferentes actitudes personales entre Lisandro y Pausanias respondían a diferencias internas entre éforos y reyes, pero éstos, aunque habían apoyado en principio a Pausanias, luego habían reconocido que la actitud de Lisandro había frenado mejor la *hýbris* del *dêmos*. Lisandro había decretado incluso la persecución de los atenienses que huyeran de los Treinta, que en cambio habían tenido refugio de parte de los tebanos, lo que se consideró una de la causas del enfrentamiento de Tebas y Esparta (27, 5-6). Tras la muerte de Lisandro en Haliarto, Pausanias sería sometido a juicio y se habría refugiado en el santuario de Atenea en Tegea (30, 1).

La acción exterior de Lisandro necesitó el uso de mercenarios, contrario a las tradiciones militares espartanas, lo que implicaba la necesidad de medios financieros, nuevos para la ciudad. El uso de mercenarios por parte de Esparta se acentuó con la expedición de los Diez Mil y el regreso de las tropas con Jenofonte (*Anábasis*). Plutarco (*Agis*, 5) considera que el inicio de la destrucción de Esparta vino con el final de la hegemonía ateniense. El mismo Plutarco (*Instituciones laconias*, 40 = *Morales*, 239f) dice que fueron pocos los que conservaron sus tierras en el proceso de acumulación subsiguiente. Agesilao continuó en Asia la línea política de Lisandro, quien lo había convencido, según las *Helénicas* de Jenofonte (III 4, 2), para emprender la expedición de 396, aunque en *Agesilao*

(1, 6-8) el mismo Jenofonte afirma que luego el rey había hecho suyos dichos planes expansivos. En la guerra de Beocia, de 378 a 375, ambas partes se caracterizaron por el uso masivo de mercenarios. Según Plutarco (*Agesilao*, 9, 5-6), Agesilao se dedicó a formar un ejército de caballería sostenido a partir de la colaboración de los ricos, lo que significó un paso hacia la expansión del mercenariado, sobre la base de la inversión privada. Los primeros éxitos de la caballería se pusieron de manifiesto en la batalla al norte del Cabo Malíaco (Jenofonte, *Helénicas*, III 4, 15). Según Plutarco (*Agesilao*, 16, 7), presumía de haber obtenido la victoria de Corinto gracias a sus reformas de la caballería, frente a quienes presumían de la mejor caballería, los tesalios (Jenofonte, *Helénicas*, IV 3, 9). El mismo Plutarco (*Agesilao*, 36, 1-2) considera que una de las peores acciones de Agesilao fue ir a combatir con tropas mercenarias en 361 en favor del faraón Taco. Agesilao se irritó cuando el mando supremo se le concedió al ateniense Cabrias, y no a él (37), lo que lo impulsó a pasarse al bando del rebelde Nectánebis, acto calificado por Plutarco de traición, mientras Jenofonte (*Agesilao*, II 30-31) trata de justificarlo con la idea de que le pareció más "filoheleno".

En la región asiática, así como en las islas, comienza desde entonces una época caracterizada por la presencia espartana, que ya en 408/7 había promovido el sinecismo de Rodas iniciado por los oligarcas. Del mismo modo, se dedicaron a apoyar a los oligarcas efesios, según Diodoro (XIII 70, 4), que confiaban sobre todo en Lisandro, pues había prometido la desaparición de las democracias y la restitución de los "poderosos", sobre la base de gobiernos organizados bajo un harmosta y las decarquías, a través de redes de *philía* y *xenía*, y de complicidades en toda clase de injusticias y fechorías que satisfacían su ambición y provocaban dependencias basadas en el agradecimiento y las pasiones, *kharízesthai kaì potheîn* (Plutarco, *Licurgo*, 5, 5-7). Por eso luego echaban de menos la complicidad, *tò philétairon*, y el provecho que sacaban de ella, y lo reclamaron, en la esperanza de hacerse más fuertes con la destrucción definitiva del *dêmos* por obra suya (Plutarco, *Licurgo*, 7, 4). Tal fue su modo de acción en el conjunto de las ciudades, donde eliminaba todas las formas de gobierno constitucional, *toùs démous kaì tàs állas politeías* (13, 5-7), no sólo las que controlaba el *dêmos*, tanto en las ciudades aliadas como en las enemigas. Dice Plutarco que no se fijaba en los mejores o los ricos, *oúte gàr aristínden oúte ploutínden*, sino en las camarillas y en

las redes clientelares en las que ayuda a sus amigos para eliminar a los enemigos. Todo quedaba en manos de los oligarcas más violentos (13, 9). Según Jenofonte (*Agesilao*, I 37; *Helénicas*, III 4, 7), seguido por Plutarco (*Agesilao*, 15, 1), Agesilao habría tratado de corregir los efectos de la política de Lisandro, y de llevar en cambio la guerra al interior de Asia, para atacar al rey e impedir que siguiera ejerciendo de árbitro entre los griegos y corrompiendo a los "demagogos". El plan fue interrumpido por el inicio de la Guerra de Corinto. Plutarco (15, 3) plantea aquí una de las características de la época, la tensión entre las luchas internas y las tendencias a la expansión exterior, que se resolverían precisamente con la intervención de Filipo de Macedonia y de Alejandro. Para él (15, 4), los griegos habían perdido la oportunidad de sentarse en el trono de Darío en favor de Alejandro por culpa de los enfrentamientos de Leuctra, Coronea, Corinto y Arcadia, posiblemente Mantinea, consideraciones que luego (16, 6) atribuye con otras palabras al mismo Agesilao.

A pesar de las relaciones conflictivas, el sinecismo de Rodas sirvió para potenciar la capacidad naval de la isla, a partir de la fundación de la ciudad de Rodas, que centralizó el proceso y se convirtió en un floreciente centro urbano. A partir de 398, los rodios buscaron la liberación con el apoyo del ateniense Conón y de los persas, hasta que finalmente se impusieron los demócratas y la alianza ateniense. En general, en el siglo IV, la actividad comercial de los rodios se cita por parte de los oradores áticos como paradigmática, tanto por parte de Licurgo (XV) como de Demóstenes (*Contra Dionisodoro*, LVI). La presencia del comercio rodio se documenta desde ahora por todo el Mediterráneo, desde Egipto a Cartago y el Mar Negro.

La intervención espartana se había hecho cada vez más opresiva. Ejemplo destacado fue la actuación de Lisandro en Tasos, donde según Polieno (*Estratagemas*, I 45, 4), tras dirigirles palabras amistosas, salieron confiados a la plaza, y allí procedió a degollar a todos los sospechosos de haber colaborado con los atenienses (Plácido, 1999b: 385); o en Iaso, en Caria, donde mató a ochocientos varones en edad militar, vendió a mujeres y niños y arrasó la ciudad (Diodoro, XIII 104, 7). Todo ello iba acompañado de alteraciones sociales dentro de la ciudad.

De hecho, la victoria de los persas y Conón en Cnido, mientras Agesilao se hallaba cerca de Queronea (Plutarco, *Agesilao*, 17, 4), fue el inicio de la decadencia para la flota espartana, aunque en general Plutarco

considera que el problema de Esparta procede de haber abandonado sus aspiraciones a conservar la paz, la virtud y la concordia al empeñarse en el imperio y la dominación, *arkhàs kaì dynasteías* (33, 4), contra las propuestas de Licurgo. Algunos historiadores, desde la Antigüedad, consideraron que hasta la batalla de Queronea no había tenido lugar el auténtico final de la Guerra del Peloponeso (Hanson, 2005: 291). La subsiguiente batalla de Coronea, de 394, en que los orcomenios luchaban junto a los espartanos y los atenienses, argivos, corintios y otros junto a los tebanos, terminó sin resultados precisos: ninguno se consideró derrotado, pero Agesilao hizo erigir un trofeo y ofreció al dios de Delfos el diezmo del botín (Jenofonte, *Helénicas*, IV 3, 15-21; *Agesilao*, II 9-16). Plutarco (*Agesilao*, 18, 2) se apoya precisamente en Jenofonte para calificar esta batalla como sin igual en su tiempo.

Muchas ciudades del Egeo rindieron honores a Conón como acto de agradecimiento (Rhodes & Osborne, 2003: 44-46). Los atenienses agradecieron asimismo el apoyo de Evágoras de Salamina con una estatua en la ciudad. Desde ese momento muchas ciudades iniciaron la expulsión de las guarniciones y desde Rodas se inició la Liga que serviría de campo de acción a la incipiente hegemonía tebana, luego rota por la Paz de Antálcidas, en 387, que en cambio aparece en las *Helénicas* de Jenofonte (V 1, 36-3, 27) como inicio de la recuperación de la *arkhé* espartana (Tuplin, 1993: 87). Aquí se proponía que todas las ciudades griegas fueran libres y autónomas, con la paradoja de que las ciudades de Asia quedaban bajo el control de los persas. De hecho, los espartanos trataron de controlar las comunidades de todos los territorios, así como de cortar los sinecismos, como el de Mantinea, donde habían pretendido reforzar la situación de principios de siglo, pero el proceso se vio frustrado por la intervención espartana de 385, que la disuelve en la condición de aldeas (diecismo) por haber apoyado a Argos. El diecismo favoreció la recuperación del dominio por parte de la clase dominante, según la exposición de Jenofonte (*Helénicas*, V 2, 6-7), mientras que el sinecismo había favorecido la democratización en la colaboración de las aldeas, cortada por la intervención de Agesípolis. Antes de ese momento o después de la recuperación del año 370, la ciudad de Mantinea se amplió con la integración al menos de la comunidad de los helisones, que se transformaron en *kóme* de la comunidad más amplia (Rhodes & Osborne, 2003: 65), aunque conservan la denominación y las instituciones como *pólis*.

Este fenómeno va unido a la creación de la Confederación Arcadia del año 371, con el apoyo de los tebanos frente al poder de Esparta, después de la batalla de Leuctra. También recibió el apoyo de los atenienses a través de la figura de un tal Filarco, próxeno y evérgeta, al que los arcadios rinden honores en torno a 369 ó 367 (Rhodes & Osborne, 2003: nº 32, pp. 156-161). Del texto de la dedicatoria se deduce que existía un cuerpo ciudadano de Diez Mil, seguramente correspondientes al censo hoplítico. La capital se estableció en la nueva ciudad de Megalópolis, cuya fundación se vincula por Pausanias (IX 14, 4-5) con la de Mesene, ambas propiciadas por Epaminondas, cuando arrebataron Mesenia a los espartanos. Plutarco (*Pelópidas*, 24, 9) menciona entre los efectos de la victoria el establecimiento de la unidad arcadia y el sinecismo de los mesenios en el monte Itome, monte sagrado de Zeus Itomata, a cuyo pie se fundó la ciudad, reconocida en la paz de Susa de 367 por el rey (31, 1). Pelópidas se convirtió en un héroe salvador frente a los tiranos, representados sobre todo por Alejandro de Feras (31, 5-6). Así el desenlace de la batalla de Cinoscéfalas se presenta por Plutarco (32, 9) a través del planteamiento del mismo Pelópidas. Los tebanos lo consideraron a su muerte "padre, salvador y maestro" (33, 1). Sin duda, al menos Plutarco considera a Pelópidas un antecedente del poder personal creciente, aunque distingue su funeral del propio de los jefes despóticos (34, 3-4). Los tebanos, de todos modos, acabaron con la tiranía de Alejandro de Feras y liberaron a los tesalios (35, 3).

Los términos de la paz solicitada por Antálcidas a Tiribazo (Jenofonte, *Helénicas*, IV 8, 14-15) daban a los persas el control sobre las ciudades griegas de Asia (Ryder, 1965: 28-29), lo que incluía a Eritras y Clazómenas, a pesar de que los atenienses habían prometido protegerlas contra ello, tras la intervención de Trasibulo (Rhodes & Osborne, 2003: 74-79). Se señalaba así cómo el momento optimista desde el punto de vista del *dêmos* ateniense, en los inicios de la recuperación del Imperio, se veía frustrado por las estrategias espartanas. Hasta la Paz de Rey persistían pues las aspiraciones del *dêmos* y de Trasibulo a recuperar la hegemonía, puestas de manifiesto por ejemplo en la alianza tebana, que conduciría a la formación del sinedrio de Corinto. La recuperación de la libertad tras los Treinta habría debido mucho al apoyo tebano (Plutarco, *Lisandro*, 27, 7). La irritación de Lisandro le habría llevado a decidir la guerra contra Tebas (28, 1). El enfrentamiento terminó con la derrota espartana ante

los tebanos y sus aliados atenienses y con la muerte de Lisandro en la batalla de Haliarto (10-12).

La autonomía que se garantizaba en las conversaciones que llevaron a la Paz del Rey consistía en que ninguna ciudad griega dominara el Egeo. Se habían impuesto desde luego los intereses espartanos, que se sentían reforzados con el apoyo de los persas, para los que significaba garantizar el control de las ciudades griegas de Asia Menor. De hecho, fue un modo de concretar la hegemonía espartana en marcha desde el final de la Guerra del Peloponeso. Andócides (*Sobre la paz*, I) se muestra favorable a las propuestas espartanas, sobre cuyas intenciones guarda silencio. De este modo, argumenta en favor de la autonomía de Orcómeno frente a la Confederación Beocia, de acuerdo con las acciones de los espartanos. Se afirmaba el concepto de autonomía con unos contenidos verdaderamente ambiguos, a la vez que no se concretaba cuál se consideraba el territorio propio de una ciudad cuya posesión se decía garantizar. Ningún texto hace una definición precisa del concepto de autonomía en relación con los tratados de paz del siglo IV. Ésta se considera la primera paz común, *koinè eiréne*, lo que significa que, al no ser bilateral, compromete a todos a conservarla ante cualquier conflicto entre ellos (cf. Ryder, 1965: 123, 40). Isócrates (*Panegírico*, IV 120-121) consideraba que esta paz debilitaba a los griegos y fortalecía el poder del Rey. El orador proponía la unidad de los griegos frente a Persia y condenaba a los espartanos tras la Paz. Para ello planteaba la unión bajo la guía de Atenas. Lisias en *Olímpico* (XXXIII), seguramente de 384, creía que las disputas entre las ciudades habían fortalecido a los persas. Se sorprendía (7) de que los espartanos no actuaran contra éstos o contra Dionisio.

Por el contrario, las ciudades se habían mantenido firmes ante Atenas tras la victoria de Cnido, que pudo haber sido el punto de partida de un nuevo movimiento expansionista, y consiguieron el compromiso de respetar la autonomía y librarse de guarniciones (Jenofonte, *Helénicas*, IV 8, 1).

En cambio, los espartanos se erigían en defensores de la autonomía de las ciudades que formaban parte de la Confederación Beocia y así lo impusieron en la Paz del Rey, para debilitar a los tebanos, según Plutarco (*Agesilao*, 23, 5). Sin embargo, frente al imperialismo espartano comenzó a crecer la necesidad de alianzas para preservar dicha autonomía, como ocurriría en la época de los reyes inmediatamente posterior. En estos años

los espartanos ocuparon la Cadmea de Tebas, en apoyo de los oligarcas, intervinieron en Fliunte y rompieron la Liga de los olintios. En Tebas, Ismenias fue condenado a muerte, pero Pelópidas consiguió huir con muchos otros, que fueron declarados prófugos (Plutarco, *Pelópidas*, 5, 3), mientras Epaminondas permanecía en Tebas, considerado ajeno a la política y dedicado a la filosofía (5, 4). En Fliunte, Agesilao entregó el poder a cincuenta partidarios de Esparta protegidos por una guarnición espartana. A esta época se refiere Diodoro (XV 5, 1) cuando dice que los espartanos eran por naturaleza amigos del poder y de la guerra. En el interior de la ciudad surgieron enfrentamientos, materializados en la postura del rey Agesípolis contraria a la de Agesilao (XV 19, 4; Ryder, 1965: 46). Asimismo, Plutarco (*Agesilao*, 23, 6) considera que por entonces Agesilao perdió el apoyo interior y se agudizaron los enfrentamientos en Esparta, en referencia a su apoyo a Fébidas en la ocupación de la Cadmea y al hecho de haber nombrado a dos encargados de su gobernación (23, 11). En efecto, luego se puso de manifiesto que, aunque la acción había sido de Fébidas, el proyecto venía de Agesilao (24, 1). Pero el propio Jenofonte (*Helénicas*, V 4, 1) muestra un tono pesimista que parece responder a la sensación de decadencia que comienza a manifestarse entre los espartanos (Tuplin, 1993: 125)

En 379, los tebanos exiliados en Atenas consiguieron expulsar de Tebas la guarnición espartana, que apoyaba a los que gobernaban como polemarcos, que eran en realidad tiranos (Plutarco, *Agesilao*, 24, 2). El movimiento interno lo habían dirigido Pelópidas y Epaminondas con los suyos y con el apoyo de "los mejores", *toùs beltístous*, mientras "la masa", *tò plêthos*, permanecía a la expectativa (Plutarco, *Pelópidas*, 12, 3). En cambio, "la ciudad", *he pólis*, entraba en un período de agitación y la Asamblea se entusiasmaba con el movimiento (12, 7). El movimiento tebano reviste pues unas características específicas, diferenciadas de las propias del sistema espartano, pero con el protagonismo de una ciudadanía en que se incluía el *dêmos* (12, 5), posiblemente identificado con los que disfrutaban de la tierra cívica, sin inclusión de "la masa". La consideración del sistema como democrático se debe al hecho de que las magistraturas aparecen como electivas, las que sirven de base al protagonismo de las dos figuras clave mencionadas, sin entrar en consideraciones de carácter social. Para Plutarco (13, 7) se inició así la guerra que acabó con el prestigio y el poder de los espartanos.

Las victorias previas a las reformas del ejército las conseguían a través de una táctica que puede considerarse prehoplítica, ajena a la organización paratáctica, *ou ek paratáxeos* (Plutarco, *Pelópidas*, 15, 8), a base de emboscadas, fugas y persecuciones. El mismo autor (17, 11), al referirse a la victoria tebana en Tegiras en el año 376/5, destaca que los espartanos nunca habían sido derrotados antes en una batalla reglada, *ek paratáxeos*. Plutarco (18, 1) se refiere entonces al batallón sagrado o de la *pólis*, *ho ek póleos lókhos*, porque acampaban en la Cadmea, que en los inicios recibía el nombre de *pólis*, porque "los de entonces llamaban *póleis* a las acrópolis". Se decía que las relaciones dentro del sistema se formaban entre amantes y amados (18, 2), el *éros* de que hablará Plutarco en *Amatorius* (17, 761d-e) como sustituto ventajoso de Ares, "el varón lleno de Eros no necesita de Ares en la lucha contra los enemigos". Los espartanos, en cambio, según Plutarco (*Agesilao*, 27, 5-7), comenzaron a pensar en reunir a las ciudades para acordar la paz, en Esparta, a la que asistiría Epaminondas, que sería el único defensor de la igualdad de todos los griegos frente a la hegemonía espartana, apoyada en la guerra. Sin embargo, en el congreso de 371, las exigencias espartanas de que los tebanos declararan la autonomía de las ciudades de Beocia fueron respondidas con las exigencias de la autonomía de Lacedemonía (28, 1-3), por lo que Agesilao terminó declarando la guerra. Un mes más tarde los espartanos serían derrotados en la batalla de Leuctra (28, 7), de graves consecuencias.

En la continuación Plutarco cita a Aristóteles (*Pelópidas*, 18, 5), según el cual la tumba de Yolao era el lugar en que se juraban fidelidad los amantes, en recuerdo de sus relaciones con Heracles. Plutarco (19, 4) atribuye a Pelópidas la formación de un cuerpo compacto con los jóvenes amantes. La expansión tebana se materializa en Leuctra en 371, al suroeste de Beocia, bajo el mando de Epaminondas, con el batallón sagrado y el refuerzo del ala izquierda con doble fila de soldados (23, 1), frente a la tradición hoplítica que reforzaba la derecha para que la izquierda quedara protegida por los escudos. Es posible que las reflexiones sobre la izquierda y la derecha en que se apoya la táctica se relacionen con el aspecto filosófico de Epaminondas a que Plutarco se ha referido poco antes (Lévêque & Vidal-Naquet, 1981). Los detalles sobre la táctica de parte de Jenofonte (*Helénicas*, VII 5, 18-24) se refieren ya a la batalla de Mantinea de 362. Según Plutarco (*Pelópidas*, 24, 5), incluso

cuando había expirado el nombramiento de Pelópidas y Epaminondas como beotarcos, las tropas aliadas continuaron bajo su mando gracias a su *dóxa*, a su "fama". Era el caso de argivos, eleos y arcadios, que veían en ellos a sus salvadores. El mismo Isócrates (*Sobre la paz*, 100) critica los crímenes imperialistas de los espartanos con los eleos (Tuplin, 1993: 55). Por su parte, los tebanos erigieron un monumento a los caídos en la batalla, en que emplea un vocabulario heroico de tonos pindáricos (Rhodes & Osborne, 2003: 30, y p. 150).

Los espartanos reaccionaron violentamente con una expedición, que sólo consiguió establecer algunas guarniciones al sur de Beocia (Jenofonte, *Helénicas*, V 4, 1-18). Los atenienses no intervinieron e incluso condenaron a los políticos protebanos, lo que los espartanos interpretaron como un acercamiento diplomático, pero el harmosta de Tespias en Beocia, Esfodrias, caracterizado por Plutarco (*Agesilao*, 24, 4-5; *Pelópidas*, 14, 3) por su ambición más que por su buen juicio, con ánimo de emular a Fébidas, sorprendió con un ataque a El Pireo, que frustró las expectativas. Esfodrias tuvo que retirarse sin gloria con un escueto botín (Plutarco, *Agesilao*, 24, 8). Para esa época da la impresión de que en torno a los reyes, Agesilao y Cleómbroto, se han formado agrupaciones cuyos miembros se caracterizan como *phíloi* (Jenofonte, *Helénicas*, V 4, 25), como si la aristocracia se estuviera definiendo políticamente en estos momentos de crisis del sistema. Tal es el ambiente en que Esfodrias fue exento de culpa a pesar de las promesas hechas a los atenienses cuando éstos pidieron responsabilidades. Al mismo tiempo, surgen diferencias entre los aliados de los lacedemonios y los "pocos" que ejercían el mando en las campañas militares, a propósito de las campañas contra Tebas consideradas ajenas al interés público (Plutarco, *Agesilao*, 26, 6-9). La reacción del rey consistió en hacer notar las diferencias entre los lacedemonios y los que practicaban trabajos banáusicos, ceramistas, metalúrgicos, albañiles y todos los dedicados a las *tékhnai*. Sólo los primeros, según él, proporcionan verdaderos soldados. Las guerras exteriores se convierten en un factor de desintegración del sistema.

Todo ello favoreció la alianza ateniense con los tebanos (Jenofonte, *Helénicas*, V 4, 34) y la propuesta de lucha por la liberación del dominio espartano de las ciudades griegas de Asia. Éste fue el punto de partida de la Segunda Confederación ateniense, cuyo decreto fundacional, de 378 ó 377, se conoce por el nombre del ciudadano que lo propuso,

llamado Aristóteles (Tod, 1948: 123 = Rhodes & Osborne, 2003: 22). En él se declaraban libres y autónomas las ciudades (19-23) y se evitaba el uso del término *phóros* para referirse a la tributación, sustituido por el de *sýntaxis* como aportación solidaria de los miembros de la nueva comunidad. Los atenienses renuncian a las posesiones en territorio de los aliados y no adquirirán otras nuevas (25-45). Los atenienses y los aliados se comprometen a apoyar a cualquiera de ellos que sea atacado (46-49). Quienes se opongan a los contenidos del decreto se verán privados de los derechos y de sus propiedades y serán juzgados por los atenienses y sus aliados (51-62). La alianza se propone también "a cualquiera de los griegos o de los bárbaros de Europa o de los isleños que no sean del rey" (15-18).

En 372 se habían unido hasta setenta ciudades griegas, incluida la isla de Paros, antigua colonia, pero donde había sido necesaria una reconciliación a propósito de las anteriores disensiones provocadas por los espartanos (Rhodes & Osborne, 2003: nº 29, y p. 148). Los acuerdos con Quíos y Bizancio, primero, y con Rodas y Mitilene, entre 378 y 377, sirvieron de base a la formación de la alianza. En cualquier caso, Atenas prescindía de los tributos y las cleruquías. Entre los objetivos de la Confederación, se destaca la eliminación de la piratería como modo de asegurar la navegación. Demóstenes (*Sobre el Haloneso*, VII 14-15) reclama para Atenas la prerrogativa de tales funciones. Más tarde, en 334/3, la acción contra los piratas del estratego Diotimo será premiada con honores a propuesta de Licurgo (Schwenk, 1985: nº 25, 134-136). La batalla de Naxos sirve igualmente a los atenienses para recuperar las Cícladas, incluida Delos, y a Foción para ganar prestigio en el terreno militar (Plutarco, *Foción*, 6, 5). Plutarco (7, 1-2) le atribuye el mérito de haber recaudado la *sýntaxis* con una sola triere, sin necesidad de emplear la fuerza. Por ello los aliados lo acogían sin resistencia (11).

En los años 70, a los problemas derivados de la hegemonía tebana y de las tendencias secesionistas dentro de la Liga de Peloponeso, de parte sobre todo de Arcadia, se unen los procedentes del interior de la propia ciudad de Esparta, donde algunos espartiatas se mostraban dispuestos a desertar y había periecos que se aprestaban a ayudar a los tebanos, de modo que decidieron armar a los hilotas, índice grave de la crisis del sistema tradicional. La batalla de Mantinea en 362, donde murió Epaminondas, no sirvió para solucionar los conflictos y rivalidades en la

posesión de la hegemonía entre las ciudades griegas. Las consideraciones finales de Jenofonte en las *Helénicas* (VII 5, 26-27) resultan especialmente elocuentes en este sentido. La paz sellada el mismo año reconocía la independencia de Mesenia y por ello no la reconocieron los espartanos, que continuaron la guerra por su recuperación (Plutarco, *Agesilao*, 35, 4). Las demás ciudades del Peloponeso quedaron igualmente libres del dominio espartano. Las otras fuentes (Diodoro, XV 89, 1; Plutarco, *Agesilao*, 35, 3-4; Polibio, IV 83, 8-9; Tod, 1948: 145) se refieren a un posterior tratado de paz sin los espartanos, que se caracteriza sobre todo por no intervenir el rey de los persas (Ryder, 1965: 140-144). En la alianza de los atenienses con arcadios, aqueos, eleos y fliasios de 362/1 (Tod, 1948: 144 = Rhodes & Osborne, 2003: nº 41, p. 210-213), los atenienses y sus aliados se comprometen a defender los regímenes de los aliados, sean tiránicos u oligárquicos (lín. 24-29). Se ve que, tras Mantinea, existe el temor generalizado a los cambios constitucionales.

En Esparta, las consecuencias de las nuevas estructuras de la propiedad, resultado de la acumulación de riquezas, creciente desde el final de la Guerra del Peloponeso, agravadas tras la derrota de Leuctra, se pondrían de relieve a fines del siglo IV, cuando se vio obligada a fortificarse en contra de su tradición, y en los reformadores del siglo III, Agis IV y Cleómenes III, que, con un intervalo de seis años, intentaron solucionar los problemas de la tierra a base de recuperar las tradiciones vinculadas a Licurgo. Según Plutarco (*Agis*, 2, 10), sobre la *politeía* tradicional, "hermosa y justa", Agis buscaba el progreso del pueblo, pero se encontró con la resistencia de los poderosos, que no querían perder su habitual superioridad, *pleonexía*. Ello a pesar de que en su familia se hallaban entonces las mujeres más ricas de Lacedemonia (4, 1), como su propia madre, que contaba por ello con numerosos clientes, amigos y deudores, *pelatôn kaì phílon kaì khreostôn* (6, 7). La enumeración de términos vinculados con las relaciones sociales resulta sumamente indicativa de los cambios habidos en la sociedad espartana, con dependencias más fluidas que las propias del rígido sistema hilótico. Según Plutarco (7, 5), estos cambios se relacionaban con el aumento de la riqueza en manos de las mujeres espartanas y con el fracaso mismo de las medidas reformadoras de Agis.

El historiador Filarco, autor de la segunda mitad del siglo III, recogido en gran parte en las *Vidas* correspondientes de Plutarco, considera a Agis

y Cleómenes como un modelo de la supervivencia de la ciudad griega frente a las monarquías helenísticas, que otros reyes espartanos habían tratado de imitar en el lujo y el despotismo, mientras que, en cambio, se muestra crítico con Arato de Sición, que precisamente había rechazado la alianza, con lo que sin duda debilitó los apoyos exteriores de Agis en el momento de llevar a cabo sus reformas. Arato será, en cambio, para Plutarco (*Arato*, 3, 2), modelo de enemigo de la tiranía combinado con su aspecto regio, al tiempo que se resistía a aceptar "detalles" de los reyes (15, 1). Según Plutarco (48, 4), era un buen maestro tanto de democracia como de realeza. No había tomado el poder por la fuerza de las armas, sino legalmente gracias a su virtud (26, 4). Se considera el primer coleccionista de arte de la historia, sobre la base del reciente apogeo de la pintura de Sición, lo que usaba en sus relaciones con los reyes (12-13). El mismo Plutarco (4, 3) le atribuye el protagonismo en la expulsión del tirano Nicocles. Destaca (9, 3) que se hiciera sin derramamiento de sangre. Los intentos de los exiliados de recuperar sus propiedades, con la resistencia de los que las habían adquirido, amenazaban con la aparición de problemas internos, que podían ser aprovechados por las pretensiones expansivas de Antígono (9, 5), lo que llevó a integrar Sición en la Liga Aquea (9, 6).

Al igual que Plutarco, Polibio (II 42) dedica importantes elogios a la confederación como instrumento de liberación basado en la unidad de doce *póleis* pequeñas (II 41, 8). Sin embargo, Arato aceptó un regalo de veinticinco talentos de un rey (Plutarco, *Arato*, 11, 2), posiblemente el mismo Antígono Gonatas, de igual modo que acudió a pedir ayuda a Ptolomeo para apaciguar los conflictos internos (12, 1). Al final, la concordia la logró con la distribución de una importante suma de dinero donada por un benefactor (14, 1), lo que le valió ganar autoridad como "mediador y señor", *diallaktès kaì kýrios* (14, 2) y una estatua como "salvador" (14, 4). En general, en la década de los cuarenta del siglo III, las listas de arcontes atenienses revelan una fuerte inestabilidad, debida tanto a la intervención de Antígono Gonatas como a los problemas internos.

Tal es el cuadro de la situación general del mundo griego que podemos vislumbrar a la luz de los sucesos analizados.

CAPÍTULO 2

La monarquía macedónica y su herencia

En los momentos en que las ciudades clásicas se encuentren en las situaciones de transición descriptas en el capítulo anterior, hace su aparición en la escena griega una forma estatal monárquica, superficialmente helenizada, de modo suficiente para facilitar las comunicaciones, pero también distante como para aparecer como un ejemplo de renovación en la vuelta a un pasado remoto e idealizado.

El protagonismo corresponde a la monarquía macedónica, localizada en la Baja Macedonia, en el territorio que se sitúa alrededor del golfo Termaico, entre los ríos Axiunte y Haliacmón, en una llanura muy baja donde desembocan varios ríos próximos entre sí y por ello y por las abundantes lluvias apta para la agricultura de cereales, para la madera y para la ganadería, incluidos los caballos. El curso del Haliacmón, así como el emplazamiento de las actuales ciudades de Veria y Vergina, puede haber sido el escenario de la formación de la etnia macedonia. La Alta Macedonia está formada por un territorio montañoso, bañado por los cursos medio y alto del río Haliacmón, con pasos a través del Pindo hacia el oeste, al Epiro y al territorio de Lincestas, controlados desde la Guerra del Peloponeso por el rey Perdicas II, con el apoyo de Brasidas. El corredor del Haliacmón sirvió de vía de penetración desde el Adriático hacia el este y de expansión del reino de Macedonia hacia el oeste. Desde el punto de vista geográfico la Alta Macedonia marca el límite entre los Balcanes y la Península Helénica. El terreno ocupado por los macedonios varía a lo largo de la Antigüedad, incluso a partir del momento en que el reino se ha consolidado con la dinastía de los Argéadas, que en principio se identificarían más bien con los habitantes de la Alta Macedonia, de donde procederían sus orígenes como jefatura tribal.

Sobre un mosaico de pueblos con lenguas diferentes se produce un proceso de unificación cultural en que se impone el nombre de macedonios al tiempo que el grupo macedonio inicial se heleniza y se definen la lengua y la etnia macedonias, con rasgos helénicos tanto en el idioma como en la cultura. El proceso habría comenzado con la fundación de colonias en el golfo Termaico por parte de Eretria a partir de 730. La primera mención de lo que parece ser el *éthnos* de los macedonios aparece en Heródoto (VIII 43), cuando menciona, entre los aliados de Esparta, el *Dorikón te kaì Makednòn éthnos*, el último como habitante del Pindo, con un nombre que se interpreta como "alto" en referencia a su hábitat, posteriormente extendido a otras comunidades, para luego, como Macedón, introducirse en la mitología griega como hijo de Éolo. El nombre tiende por ello a identificarse con la unificación y la helenización. En el plano de la cultura material, en los territorios en contacto se extienden sobre todo los objetos con estilo mixto.

Desde el momento en que las fuentes permiten algún conocimiento de su funcionamiento político, el rey de Macedonia actúa con la presencia activa de "compañeros" (*hetaîroi*) y de los "reyes" de regiones autónomas. Desde los tiempos de Filipo II se desarrolló la institución de los llamados pajes, *basilikoì paîdes*, al parecer a imitación de los Aqueménidas, a través de los que se reproducían los vínculos de lealtad al rey y las relaciones de hetería, con la incorporación de individuos de otras comunidades de los territorios conquistados, lo que paliaba las resistencia a la hegemonía de los Argéadas y facilitaba el crecimiento económico. Sin duda, además de formar los aparatos de seguridad, se trataba de un instrumento de promoción para los jóvenes, como se verá en el caso de Seleuco, hijo de un servidor de la realeza y educado en esa función, que sería considerado por los antiguos el más grande de los sucesores de Alejandro, como creador de un Imperio fuerte. Los pajes alcanzaron puestos de mando a partir de la campaña de Bactriana, cuando Seleuco se puso al frente de los *hypaspistaí* en su condición de *hetaîros*. Allí es donde tendrá lugar la conspiración de los pajes y la violenta represión a que fueron sometidos, considerada uno de los acontecimientos más crueles de la expedición (Bosworth, 1996: 22). El territorio indio, invadido por Alejandro y escenario de una importante matanza (Arriano, *Anábasis*, VI 6-11), se recuperaría con Chandragupta precisamente en la época de Seleuco I, que llegó a cruzar el Indo (Justino, XV 4, 12), conocido gracias

a la obra de Megástenes, como se ve por Estrabón (XV 1, 40-41), que trata de las castas (*mére*). Diodoro (II 40, 5) relaciona las castas con el sistema tributario de explotación existente en la tierra regia de la India. A Seleuco se le atribuye el dominio de todo el territorio desde Frigia hasta el Indo después de Ipso (Apiano, *Siria*, 55).

Es posible que Seleuco sometiera la Bactriana en 306 (Justino, XV 4) para dirigirse luego a la India, donde sería reconocido como rey por Chandragupta (Sandracoto en las fuentes griegas), al que hubo de ceder regiones como Aracosia, Paropamisades y parte de Gedrosia (Estrabón, XV 2, 9). Seleuco reconocía así la incapacidad del sistema para controlar tal extensión territorial. En su época se pondrían los fundamentos del reino de Bactria, seguramente sobre la base de los colonos griegos anteriormente enviados, incluso desde la época aqueménida, pues ya Heródoto (VI 9) habla de la región como lugar de deportación de griegos. La importancia de la región, como la de Sogdiana, se muestra en las fundaciones de Alejandría Escate, Alejandría del Oxo por Alejandro y Antioquía Margiana por Antíoco Soter (Estrabón, XI 10, 2), que muestra un plano rectangular (Sherwin-White & Kuhrt, 1993: 83). Alejandría del Oxo se ha identificado con el rico yacimiento de Ai-Khanum, en Afganistán, junto al río Amu Daria, donde se hallan edificios monumentales indicativos de una profunda helenización, a lo que se añade una inscripción que contiene máximas délficas atribuidas a Clearco de Solos, filósofo de escuela aristotélica que habría recopilado una colección atribuida a los Siete Sabios (Gómez Espelosín, 1999: 608-613). En la misma región se halla una dedicación al dios del río de parte de Atrosaces (Burstein, 1985: nº 52), seguramente iranio, que imita las prácticas griegas con una estatua de Marsias, al parecer del siglo II. Con el tiempo se iba a producir pues la asimilación de las clases dominantes. Fue un lugar rico para los colonos desplazados a los límites orientales, donde surgiría una formación estatal, en la que igualmente están presentes las tradiciones iranias. Los reyes locales tendían a imitar a los griegos, aunque en general la población de la región no parece haberse visto afectada. Sin embargo, la fundación de Alejandría Escate no dejó de plantear problemas con los nativos afectados (Diodoro, XVII 83, 2; Borsworth, 2006: 17-18), con los que no se ejerció precisamente una política de integración cultural.

Luego, tras la muerte de Alejandro, Seleuco se convertiría en hiparco con Perdicas. En la misma época y como reacción ante la falta del rey

carismático, se produjeron aquí varias sublevaciones, en coincidencia con otros movimientos dentro del territorio conquistado. Incluso los rodios expulsaron la guarnición y declararon las independencia de la isla (Diodoro, XVIII 8, 1), pero no se sumaron al movimiento organizado desde Atenas, con lo que inauguraban la que sería su proverbial neutralidad, prestigio que consolidaron en su resistencia a algunos intentos por parte de los subordinados de Perdicas. Al mismo tiempo, su flota se convertía en una potencia en el Mediterráneo oriental.

No hay en Macedonia formas dinásticas establecidas y el poder regio se reconoce en los hechos, sobre todo en la capacidad de obtener tierras (Aristóteles, *Política*, 1310b39). Se destacan las luchas dinásticas de Perdicas contra su hermano Filipo, los hijos de Alejandro I, sobre todo en las alusiones de Tucídides (II 99). Era un mundo considerado bárbaro por los griegos, organizado en *éthne* con sus reyes, "aliados y súbditos de los macedonios", con los que entraban en una situación de dependencia. Se conocen asimismo los matrimonios de los reyes con otras familias regias de los pueblos, como los elimios, al suroeste de Macedonia, en la frontera con el Epiro, por lo que todos están emparentados entre sí y se convierten en posibles aspirantes a la realeza macedónica. Destaca especialmente en las fuentes la abundancia de matrimonios de Filipo II con mujeres de los pueblos vecinos, en el momento de asentar los límites territoriales de su poder.

En los tiempos recientes, con motivo de la desintegración de Yugoslavia y la formación de nuevos estados en los Balcanes, se ha planteado con cierta virulencia el problema de la helenidad de la Macedonia antigua, sobre todo en relación con el reconocimiento de un estado soberano eslavo con el mismo nombre. Sin embargo, para los antiguos griegos, la cuestión no estaba tan clara como para los actuales, sobre todo en la época de la expansión de Filipo II, pero tampoco anteriormente, cuando Alejandro I, llamado Filoheleno, pretendió tomar parte en los Juegos Olímpicos en el 500 o en 496. Se propone como alternativa la hipótesis de la helenización del siglo VII, coincidente con la formación de la monarquía bajo la dinastía de los Argéadas, entre quienes se desarrollaron las pretensiones de proceder de Argos, cuando los poemas homéricos y las leyendas heroicas se difunden por los espacios limítrofes del mundo griego, seguramente en la época de Alejandro I. Según Heródoto (V 22), los helanodicas lo admitieron como griego y él mismo se presentaba

como griego gobernante de macedonios (V 20, 4). El historiador (VIII 137-139) relaciona esta tradición con la figura del rey Alejandro I.

El fundador de la dinastía sería Perdicas, en el siglo VI, pero existen leyendas, seguramente de inspiración posterior, que la remontan hasta el VII por lo menos. El primero sería Cárano, identificado con el emplazamiento de Egas y la leyenda de la cabra. Por ello se suele relacionar con el traslado de la capital a esta localidad, denominada por dicho animal. Las leyendas sirven pronto como punto de apoyo en la formación de las señas de identidad de la colectividad, con alusiones a los Eácidas, a través de Neoptólemo, y a su descendencia, vinculada a las tradiciones sobre los "regresos" de los héroes tras la toma de Troya. El mismo efecto tuvieron las andanzas de Heracles tras sus trabajos, considerado como antepasado de los reyes Teménidas, por lo que recibía culto en Vergina cerca de la *thólos* del palacio. El vínculo se establece a través de Témeno, que habría sido expulsado de Argos. Las tumbas de la Edad del Hierro de Vergina y otros lugares en torno al Haliacmón, parecen representar el primer síntoma de una cierta cohesión étnica tendente a consolidarse. Las pequeñas tumbas están acompañadas de un enorme túmulo con tres tumbas de guerrero del siglo IV con ricos depósitos de objetos de oro y plata y restos humanos que se identificaron con Filipo II, aunque luego se ha pensado más bien en los de Filipo Arrideo, posteriores a la expedición asiática de Alejandro (Borza, 1992: 264). Sería la llamada tumba 2, tumba de cámara, mientras que la de Filipo sería la tumba 1, que contenía una simple cista.

Las tumbas de cámara se extienden después de las conquistas de Alejandro, seguramente tras contemplar las tumbas de Caria y Licia, lo que contribuyó a acentuar el aspecto orientalizante de la época que se iniciaba. En algunas paredes había pinturas del siglo IV, en una de las cuales, considerada de escuela griega, se representaba la historia de Perséfone y en otra un extenso friso con una escena de caza, símbolo de la función guerrera de la realeza. Las pinturas son puramente decorativas y de múltiples colores, emparentadas formalmente con los mosaicos de Pela, ciudad establecida como centro cívico, mientras Egas adoptaba un papel más bien relacionado con las formas ideológicas del poder, como elemento apoyado en la tradición representada en el conjunto funerario. Las tumbas recuerdan más las tradiciones egipcias o etruscas que las griegas, pero algunas de ellas muestran características que parecen responder

a las prácticas del banquete propias de las aristocracias griegas, aunque la costumbre de beber el vino puro, *ákratos*, los diferenciaba y colaboraba a la consideración de bárbaros por parte de los griegos, como la define Estrabón (XIV 4, 28) con un criterio de base fundamentalmente lingüística. Se trata seguramente de la familia regia de la dinastía argéada, dentro del estilo común de los enterramientos macedónicos, pero más ricos y más elaborados. Las ricas tumbas sólo corroboran la existencia de una clase dominante muy poderosa y capaz de consumo de bienes de lujo proporcionados por los productos de una rica metalurgia bastante elaborada por parte de artesanos locales y los contactos con griegos, persas y tracios, así como con otros vecinos de los Balcanes. Por ello, las tumbas se consideran entre las principales características de Macedonia como cruce de culturas (cf. Borza, 1992: 258, 275-276).

El estado había iniciado el desarrollo de su poderío a partir de la explotación de las minas de oro, que, junto con la plata, base de la naciente acuñación monetaria, alcanzaron un grado importante de explotación desde la época de Alejandro I, que no cesaría hasta la época de Perseo. Parece que los objetivos de la acuñación hay que buscarlos en la propaganda del esplendor de la monarquía en los momentos de su asentamiento como potencia de la región. El complemento ante los griegos sería la estatua de oro del rey dedicada en Delfos y el encomio del poeta Píndaro (fr. 120 Schroeder = 106a Bowra). El sistema aparece identificado como una monarquía tribal dentro del predominio de la nobleza que basaba su prestigio en la guerra. La clase dominante se hace notar en las tumbas del s. VI, en torno a la época en que se proyecta la elaboración de un pasado micénico. Éstos fueron los que entraron en relación con los persas, pero también con Hipias, cuando se fraguan las condiciones de la gran guerra entre griegos y persas.

En el momento de Platea brilla el protagonismo de Alejandro I, cuyo antecesor Amintas I, muerto a principios del siglo V, ya había extendido el territorio hacia el este y entrado en contacto con los griegos; pero los macedonios no parecen haberse sentido afectados por la presencia de las colonias griegas, como Metona y Pidna, en su territorio. Es posible que la estancia de Pisístrato en la costa tracia, interesado en sus minas de oro, haya facilitado las relaciones que luego se traducirían en el apoyo a Hipias, a quien Amintas ofreció la región de Antemunte (Heródoto, V 94). Sería la primera vez que un rey macedonio entrara en relaciones con

una destacada familia ateniense. Por otro lado, de manera indirecta los macedonios entraron en contacto con los griegos en las Guerras Médicas, cuando Megabazo, a quien Darío había dejado al mando de las tropas de la región, avanzó hacia el oeste por la cuenca de Estrimón entre 512 y 511 y envió mensajeros a Amintas. En dicha reunión es donde Heródoto (V 17-21) sitúa la anécdota en que el joven Alejandro salva el honor de los macedonios ante los invitados que pedían gozar de las mujeres de la corte. Se interpreta la narración como un modo precoz de presentar a Alejandro como proclive a asumir los rasgos de la helenización y a la monarquía macedónica como ajena a la colaboración con los persas en los momentos previos a las Guerras Médicas. Sin embargo, Alejandro casó a su hermana Gigea con Bubares, que aparecerá en la expedición de Jerjes y tendrá un hijo llamado Amintas. Heródoto (VII 2; VIII 136) señala a este matrimonio como una de las razones para que los persas enviaran a Alejandro a Atenas a proponer la negociación en 480/79. Parece que entonces ya estaba Macedonia sometida al Imperio persa, seguramente desde la expedición de Mardonio de 492, de la que Heródoto (V 44) dice que entonces se añadió a los pueblos ya esclavizados a los persas, incluida en la satrapía europea. Alejandro permanecía como próxeno y evérgeta de los atenienses, honores seguramente basados en la provisión de madera en los momentos en que se inicia el programa naval de Temístocles. Aquí se enmarcan las relaciones contradictorias de Alejandro con los griegos y, en concreto, con los atenienses. Ya después de Salamina, Alejandro dio hospitalidad a Temístocles y le proporcionó una nave para seguir su viaje a Asia (Tucídides, I 137, 1-2).

Por el inicio de tales contactos, Amintas es el primer rey con verosimilitud histórica, tras la lista dada por Heródoto (VIII 139), de cinco reyes de la dinastía argéada, sumidos más bien en la leyenda, desde el fundador Perdicas. La situación se consolidó con Alejandro, que al finalizar las Guerras Médicas aparecía como el jefe del estado más poderoso de la región, entre persas, tracios y griegos. Al mismo tiempo se revelan las primeras manifestaciones de la polémica sobre la helenidad de los macedonios. En general, parece imponerse la idea de la helenización como expresión de una política de las dinastías reinantes. Heródoto (V 18, 1) destaca la reacción de Alejandro frente a los abusos de los persas acogidos como huéspedes. Tanto Alejandro como sus sucesores mantuvieron relaciones conflictivas con los pueblos del interior. Las

conquistas llevaron a la formación de un reino constituido por una serie de *éthne* bajo la *arkhé* del rey. Tucídides también menciona los pueblos aliados con sus propios reyes, como muestra de una realeza de contenido heterogéneo. En definitiva, todos los pueblos de la cuenca oriental del Mediterráneo formaban pequeños reinos organizados de modo despótico que permiten entrever las formaciones políticas impuestas después de la conquista de Alejandro III.

A partir de entonces, predominará la imagen del rey como jefe militar y organizador de las relaciones con las ciudades, en las que pretende ejercer un papel protector basado en su prestigio alcanzado gracias a la victoria, que condiciona la obtención de riquezas y de poder y le permite favorecer el desarrollo de las artes. Desde la época de Alejandro III se desarrollará el arte como instrumento de propaganda del poder, en la representación del rey, en las escenas de batallas y de caza o en la imagen de los miembros de la familia real en apoyo de la consolidación dinástica. Destacan los retratos de los monarcas heroizados. Incluso aparece el rey Alejandro con los atributos de Zeus en una estatua de Apeles del Artemisio de Éfeso (Stewart, 2006: 159). Así se señala la relación entre la victoria, la economía y los fundamentos de la política helenística. El tipo mantendrá siempre la imagen de Alejandro como modelo, asumido por los historiadores posteriores, así como por las acuñaciones monetarias, en las que siempre está presente la imagen del rey, generalmente con ánimo de introducir referencias divinas o heroicas, sobre todo de Heracles. Riqueza, inteligencia y audacia son las virtudes del rey, según Polibio (XVIII 41, 3), continuación de las propuestas de Isócrates (*A Nicocles*, 19). Lo mismo se refleja en las monedas, donde son constantes las alusiones a la riqueza proporcionada por el rey y por la victoria. Su situación será siempre fuente de rivalidades y de amistades interesadas. Isócrates, junto con Platón en la teoría del rey filósofo expuesta en *República* (473d), y Jenofonte elaboran la teoría de la realeza que cobrará vida en algunos de los aspectos de la realeza helenística. En la práctica, dada la evidente dificultad de los monarcas helenísticos para hacerse ellos mismos filósofos, tratan de rodearse de consejeros que reúnan los caracteres de tal, sobre el modelo de Alejandro con Aristóteles, o de poetas, en la tradición de la realeza homérica o de la tiranía siracusana. Sin embargo, las relaciones con el filósofo se fueron enfriando, al pare-

cer porque éste no se convirtió en el cantor épico de su gloria al estilo homérico (Microyannakis, 2003: 39).

En cualquier caso, a finales del siglo VI la entidad de los macedonios parece ya firmemente asentada, aunque los atenienses siguen sin reconocer el territorio como tal y hablan del tributo de las ciudades de Tracia para referirse por ejemplo a Metona. Su poder económico se apoyaba en la madera y las minas. La fuerza militar se basaba en la caballería de los *hetaîroi*, atribuida de modo hipotético al propio Alejandro I, en la que se establecía un vínculo personal con el rey, como *phíloi*, por lo menos desde Alejandro III. Es posible que se basara en las relaciones clientelares propias de la sociedad en que se imponía una *basileía* a veces comparada con la homérica, con un órgano colectivo, el *synédrion*, que además celebraba el festival de los *Hetairídeia*. Formaban asimismo el cuerpo de consejeros del rey, como iguales, *páredroi* en Heródoto (VIII 138), posiblemente de larga tradición, pero el número se amplía constantemente, sobre todo con Filipo II, época en que, según Teopompo (*FGH* 115 F 225b), llegó a los ochocientos, hasta convertirse con Alejandro en la denominación normal de la caballería. Así se estructuran las relaciones clientelares, que se manifiestan en los banquetes. El rey reparte la tierra y el botín, pero ello no impide la presencia entre los "compañeros" o reyes vasallos de aspiraciones a la realeza y de rivalidades. Así se suceden las demostraciones militares de los aspirantes, en su mayoría grandes propietarios de tierras y patronos de amplias poblaciones dependientes. El poder de esta nobleza está siempre latente en las tensiones internas del reino. A la muerte de Alejandro I, en la década de los cincuenta del siglo V, resurgió la diversidad en manos de los hijos, que obtuvieron áreas diferentes de poder con territorios más o menos definidos. El mayor, Perdicas, fue el reconocido oficialmente como sucesor, quien firmó un tratado con Atenas datado en los años 440, aunque continuaron las hostilidades entre ellos mismos, en las que no dejaban de influir las relaciones con el exterior y en las que terminó imponiéndose Perdicas por la fuerza. En esos años, los atenienses acentuaron su presencia en la costa del Egeo e incluso penetraron en la cuenca del Estrimón, estimulados por las crecientes necesidades de madera en los momentos de fortalecimiento del Imperio naval. La fundación de Anfípolis en 437/6 dio a esta ciudad el papel preeminente de la intervención ateniense en

la zona, sin que aparentemente encontrara obstáculos en la población tracia, por lo que parece que se ha establecido algún tipo de acuerdo.

En el tratado en el que se reconocía a Perdicas, junto a sus hermanos, se encuentran nombres desconocidos que parecen responder a jefaturas de la Baja Macedonia, junto con otros de la Alta, todos con título de *basileús*. Parecería que en estos momentos todavía no se puede hablar de un estado unificado. Por otra parte, en la misma década del 440 los atenienses fundaron la colonia de Brea, seguramente también en el valle del Estrimón, y en 437 Anfípolis. Las aspiraciones de Atenas en Macedonia inciden sin duda en el desarrollo histórico de la región tanto como en el de la misma ciudad del Ática. Entre los efectos más visibles, Perdicas, hostil ahora a los atenienses, quiso aprovecharse del conflicto de Potidea de 433, o incluso pudo haber promovido o apoyado la rebelión, y estimuló la secesión de los habitantes de la Calcídica y la creación de una federación con capital en Olinto, que luego se convertiría en el principal foco de la resistencia a la expansión macedónica.

Por su parte, los atenienses apoyaban a los opositores al rey Perdicas, como Derdas y Filipo, que debilitaban sus intentos de unidad, así como a los pueblos vecinos, como los odrisias tracios y su rey Sitalces, muy helenizado y casado con la hija de un griego de Abdera. La helenización tracia, que llega a su apogeo hacia el año 300, se produce sobre todo en el siglo IV a través de Macedonia, como se ve en las copas de oro y plata de influencia griega (Kaul, 1993). Ello favoreció la entrada del festival de la diosa tracia Bendis en Atenas, cuyos devotos y sacerdotes eran a mediados del siglo IV ciudadanos atenienses (Schwenk, 1985: nº 13, 63-67). Parece que fue un momento de grave riesgo para la supervivencia del reino de Macedonia como entidad unificada, en una situación que se apaciguó precisamente gracias a la intervención de Sitalces. Que la situación permanecía inestable lo muestra el hecho de que Sitalces emprendió ahora una invasión de Macedonia. Entretanto, tal vez en 432/1, en las vísperas de la Guerra del Peloponeso, Metona volvió bajo control ateniense sin la oposición de Perdicas. Éste buscó luego la ayuda de los espartanos para intentar enfrentarse a los atenienses en sus aspiraciones a anexionarse las ciudades de la Calcídica y a sus rivales macedonios, que ahora aumentaban con la presencia de Arrabeo, rey de los lincestas. Sin embargo, Brasidas, al mando de las tropas espartanas, prefirió la negociación con Arrabeo en busca de apoyos en su lucha

contra los atenienses en el norte del Egeo, en un momento clave de la Guerra del Peloponeso, con lo que el objetivo común fue la Calcídica y los atenienses. Pero los intereses volvieron a diferir en cuanto a los objetivos preferentes y los atenienses volvieron a establecer acuerdos con Perdicas, aunque, al parecer, de poca estabilidad, según se deduce de las acciones de éste en los años sucesivos. En concreto, entre 423 y 417 da la impresión de que las relaciones fueron buenas, como si Macedonia estuviera incluida en la alianza ateniense, hasta que Perdicas se unió a la alianza de Esparta con Argos. Al parecer, Perdicas murió en 413. En cualquier caso, la época de Perdicas se caracterizó por el creciente papel de Macedonia en el escenario del mundo griego en el plano político, con una estrategia errática pero capaz de garantizar la seguridad de su territorio frente a los demás.

El sucesor de Perdicas, Arquelao, considerado su hijo bastardo por una tradición muy contestada, accedió al trono posiblemente en 413 y mantuvo, al menos desde 410, buenas relaciones con los demócratas atenienses, a quienes proveía de madera en Samos en la época de la oligarquía. De hecho, desde su época es cuando se usa con seguridad el dialecto ático en la corte, pero todavía en época de Alejandro subsisten diferencias con la lengua de la mayoría de los que servían en el ejército. En realidad, también otros pueblos, como los tracios, usaron en esa época el griego como lengua escrita. A Arquelao se le atribuyen, sin embargo, en el *Gorgias* platónico (471a-c), varios asesinatos destinados a preservar la unidad del reino, aunque existen diversas opiniones según las que tal tradición se debería a la carencia de regularidad habitual en la sucesión de la realeza macedónica, complicada frecuentemente con asesinatos y conspiraciones. Todavía Pirro responderá a sus hijos que la sucesión recaerá sobre la espada más aguda (Plutarco, *Pirro*, 9, 5-6), lo que para Plutarco es digno de las palabras de Yocasta en *Fenicias* (67-68) sobre la disputa de los hermanos por el poder. Para el biógrafo (30, 11) la ambición de los jefes (*he philotimía tôn arkhónton*) podía ser causa de inútiles matanzas. La misma sucesión de Filipo en la persona de Alejandro fue objeto de controversia por parte de quienes esperaban cambiar la dirección que habían tomado los asuntos con Filipo con la esperanza puesta en Amintas IV (Plutarco, *De la fortuna o virtud de Alejandro Magno*, 3 = *Morales*, 327c), pues estaban en contra de la promoción de

los no macedonios a altos cargos, del transplante de poblaciones y de la intervención en las cuestiones griegas (Hammond & Walbank, 1998: 4).

En ese período se desarrollan las relaciones con el Imperio ateniense potenciadas en la Guerra del Peloponeso, en la que se intensifica la provisión de madera, en la época en que los atenienses intentaban reponer la flota tras el desastre de Sicilia. Arquelao, que mantuvo la neutralidad en la guerra, aparecerá como mecenas, a pesar de ser juzgado por los miembros de los círculos socráticos como bárbaro y tirano, que era el modo en que la mayoría de los griegos veían a los macedonios por lo menos hasta esta época. Tucídides (II 100, 2) admira su labor en la construcción de vías de comunicación y fortificaciones, con ánimo de consolidar la estructuración del territorio como base de la unidad política, financiada parcialmente con las ganancias procedentes de los negocios con Atenas. Del mismo modo, le permitieron consolidar las siempre inestables fronteras, tanto orientales como occidentales y la recuperación de la economía monetaria. También le posibilitaron reorganizar el ejército sobre bases cívicas, como si se tratara de un ejército político, con ánimo de superar las lealtades tribales que frecuentemente rompían la cohesión de las formaciones en la guerra y los hacían tan peligrosos entre ellos como con los enemigos (Borza, 1992: 166).

El fortalecimiento de Macedonia se hizo visible en tiempos de Arquelao, que en general fue considerado evérgeta de los atenienses, como se ve en la inscripción de 407/6 (ML 91). En efecto, un decreto ateniense lo honra como próxeno y evérgeta junto con sus hijos. Los poetas Eurípides y Agatón y el pintor Zeuxis fueron sus protegidos. En cambio, Sócrates habría rechazado su invitación, según Aristóteles (*Retórica*, 1398a25), y Aristófanes (*Ranas*, 85) se burla de sus protegidos. Zeuxis colaboró en la decoración del palacio. Paralelamente al rey se le atribuye la organización del sistema de caminos y el establecimiento de la cohesión macedónica. La capital, como localidad administrativa y residencia regia, quedó establecida en Pela, considerada como el centro del reino, mientras Egas subsistía como lugar sagrado y de enterramiento, donde también se celebraban fiestas y banquetes, posiblemente celebrados en el teatro, cuya orquestra presenta grandes dimensiones. Pela estaba mejor situada para las comunicaciones crecientes que protagonizaba el reino desde los finales del siglo V en dirección al este, más allá del Axiunte y el Estrimón, así como hacia el interior de los Balcanes y al mar, por el

puerto de Faco. La ciudad adoptó un plano regular, con importantes casas privadas dotadas de hermosos mosaicos con temas de la mitología griega y con una extensa ágora. La vida en Pela debió de dar un nuevo impulso a los hábitos cotidianos de una aristocracia cada vez más urbanizada. Las representaciones artísticas inauguran una época de lujo que se generalizará a lo largo del período helenístico por todos los reinos, en la suntuosa joyería y en las sedas orientales. Las casas fastuosas de Pela y sus mosaicos seguían el modelo de las de Olinto, pero con una mayor ostentación, como ocurriría luego con las de Delos.

También se produjo la transformación de Dion, como centro de festivales dedicados a Zeus y las Musas, con juegos y representaciones dramáticas, en el papel de puerta de Macedonia desde Tesalia. Aquí, la intervención de Arquelao en Larisa a favor de la oligarquía inauguró la que sería la orientación política dominante de las intervenciones en las ciudades griegas. Un comentario atribuido a Trasímaco (DK 85 B2) expresa el temor de los habitantes de Larisa de convertirse, siendo griegos, en esclavos de los bárbaros, con mención concreta de Arquelao. El progreso de la helenización actuó como instrumento de consolidación de la realeza. Muerto en 399, había acrecentado su figura con la leyenda del fundador Arquelao, que da título a una tragedia de Eurípides representada en la nueva corte. También se atribuye a Pela el lugar de estreno de las *Bacantes*. Arquelao sustituye a Perdicas como fundador dinástico en la reelaboración de la leyenda. En las monedas se imprime la imagen de Heracles o la del rey, lo que repercute en la identificación entre monarquía y tradición helénica. Desde ahora proliferarán entre los griegos los tratados acerca de la monarquía como sistema que puede ser justo, en la línea de Aristóteles o Jenofonte. La constitución del centro ideológico del poder monárquico en Egas, sobre un espacio en que abundaban las tumbas aristocráticas, redondeó la imagen de la entidad política y social. Esta época se reconoce como el momento en el que la nobleza macedónica desarrolló el gusto por los objetos griegos. En Dion se celebró un festival, las Olimpias, en honor de Zeus y las Musas, que buscaba convertirse en gran celebración nacional. Desde el final de la Guerra del Peloponeso, la derrota ateniense permitió a los macedonios una política más autónoma, lo que se tradujo en algunas intervenciones en el territorio de Tesalia. Arquelao murió asesinado en 399 por su amante Crátero, lo que parece indicar la existencia de complejas relaciones entre

la pederastia y los sistemas de sucesión de la realeza, que favorecen los conflictos en los momentos de tránsito. Su época fue clave en el proceso de helenización que pondría las bases para el ulterior nacimiento de una nueva civilización en que lo heleno representaba un fuerte elemento de cohesión en el plano cultural, sin abandonar sus características diferenciales sobre todo en el plano político, que le permitirían desempeñar un papel determinante en la historia de la Grecia helenística.

Filipo II y los griegos

Después de algunos nuevos conflictos sucesorios llegó a ser rey, entre 393 y 370/69, Amintas III, hijo de Arrideo y nieto de Amintas, el hermano de Perdicas II e hijo de Alejandro I. La nueva versión de la leyenda de los orígenes recuperaba el protagonismo de Cárano frente a Arquelao y Perdicas. Amintas III fomentó la amistad con los tesalios y la Liga (*Koinón*) de los Calcidios entre 390 y 383, en busca de apoyos frente a las invasiones ilíricas junto con el establecimiento de relaciones de intercambio, con lo que en su época se produjo un nuevo impulso en el proceso de helenización de la Baja Macedonia, mientras que la Alta Macedonia no parece haberse helenizado antes de la época de Filipo II, que fue el que consolidó las fronteras occidentales a lo largo del Pindo, con la fundación al noroeste de Heraclea Lincéstide. Desde entonces comienzan a practicarse los intercambios desiguales de los productos de lujo, que satisfacen las ambiciones de los jefes locales, por productos necesarios para el desarrollo de las potencias dominantes. Así se abría paso a las costas del Ilírico y se ampliaban las fuentes de reclutamiento para el ejército. Se inicia entonces la helenización del Ilírico, por donde se difundirán los productos griegos, que llegan hasta Ucrania a lo largo del siglo IV (Randesborg, 1993). La política matrimonial de Filipo le permitió además consolidar las relaciones con los jefes molosos, en la boda con Olimpíade y la acogida en la corte de su hermano Alejandro, que se convertiría en rey del Epiro. Con el control del Epiro se garantizaban los pasos a través del Pindo hacia las llanuras tesalias y la Grecia occidental. Desde este momento, se inaugura una época en que las mujeres de las familias regias desempeñan un importante papel, derivado de su función como transmisoras de los derechos dinásticos (Carney, 2010: 197). Las mujeres de las familias gobernantes se erigen igualmente en

modelo para las familias de los ciudadanos, a través de la propaganda, literaria e iconográfica.

Ifícrates, que actuaba como mercenario –jefe de los soldados que cobraban el *misthós*, igual que los *thêtes*, como ciudadanos armados a la ligera–, emparentado él mismo por matrimonio con los odrisias tracios, estableció asimismo relaciones con Amintas y, al parecer, influyó, al igual que Cabrias, sobre las tácticas militares que apoyaron el movimiento expansivo de Filipo. Ifícrates es considerado uno de los motores de las transformaciones militares que caracterizaron el mundo helenístico. Sin embargo, en 382, Amintas entra en conflicto con la Liga Calcídica a propósito de Olinto, que había extendido su poder en territorios macedonios. Jenofonte (*Helénicas*, V 2, 15) se refiere al temor de los olintios a sus vecinos, entre los que se incluye a Amintas, considerado el punto de partida del pacto con los atenienses (Rhodes & Osborne, 2003: 119). Con el apoyo de Esparta los macedonios reforzaron su posición con mercenarios tracios y los reyes vecinos de la Alta Macedonia. El apoyo de Esparta a las ciudades afectadas se vio obstaculizado por el hecho de que parte de la expedición enviada, al mando de Fébidas, se quedó en Tebas para apoyar a los proespartanos que se oponían a los demócratas y que intervinieron en la expedición. Así consiguieron la disolución provisional de la Liga Calcídica, lo que fortaleció la posición del rey, hasta la posible refundación de la Confederación Beocia hacia 377, en coincidencia con la creación de la Segunda Confederación Ateniense, que buscaba en cambio la sustitución de la hegemonía espartana, en el mismo ambiente que la formación de la Liga Beocia en torno a Tebas, apoyada por Atenas, con el protagonismo de Epaminondas. La nueva Confederación ateniense se presentaba como defensora de la libertad de las ciudades, sin tributos ni cleruquías, lo que, desde el punto de vista interno, significaba que no se recuperaba el Imperio que habría servido de base a la restauración plena de la democracia. Así llegaron a la Paz de 375, que se proponía respetar la autonomía de las ciudades griegas. Se beneficiaron sobre todo las ciudades miembros de la Confederación Beocia y las de la Fócide, de las que los espartanos retiraron sus guarniciones. Sin embargo, la Paz no interfería en el dominio espartano de las ciudades del Peloponeso, en las que no se respetaba ningún tipo de autonomía, ni en las relaciones internas de la Confederación Ateniense.

Tal circunstancia llevó a Amintas a orientar su política exterior en ese sentido y a acercarse a Atenas. Entre ese año y el 373 los atenienses importaron desde Macedonia buena cantidad de madera, mientras la Confederación se hacía fuerte al norte del Egeo y Timoteo incorporaba nuevos miembros que hacían pensar en una nueva hegemonía (Isócrates, *Antídosis*, XV 107-113). Ya antes Timoteo había incorporado nuevos aliados del noroeste (Jenofonte, *Helénicas*, V 4, 62-66; Diodoro, XV 36, 5; Tod, 1948: 126 = Rhodes & Osborne, 2003: 24). La paz parecía favorecer la recuperación del Imperio. Pero en 373 Timoteo fue objeto de acusaciones por Ifícrates y Calístrato. Según Jenofonte (*Helénicas*, VI 2, 12), el fracaso de Timoteo se debería a la falta de fondos.

Por otra parte, se produjo un movimiento para ayudar a los plateenses que habían sufrido la destrucción por parte de los tebanos, en el que se integra el *Plataico* (XIV) de Isócrates, pero fue abortado. Los tebanos continuaron su acción imperialista con sus intervenciones en Tanagra y Tespias. La situación entra en una etapa muy compleja, entre pretensiones hegemónicas de tres ciudades que se relacionan entre sí de modo fluctuante. El *Plataico* (17) es buen testimonio de ello. Para el orador, Atenas se halla entre dos potencias agresivas. Lo mismo parece pensar Jenofonte (*Helénicas*, VI 3, 1-3) al referirse a la conferencia de paz en Esparta y reproducir los discursos de Calias, Autocles y Calístrato, como espejo de las contraposición de opiniones que la situación creaba entre los atenienses. La Paz de 371 fue en buena medida el triunfo de la postura de Calístrato, que procuraba mantener la neutralidad con respecto a las otras dos ciudades, sobre todo en lo que respecta a la autonomía de las ciudades de su entorno, Beocia y el Peloponeso (Jenofonte, *Helénicas*, VI 3, 18). La solución trataba de equilibrar la autonomía con la hegemonía de Esparta y Tebas en los territorios indicados.

Amintas, en tanto que aliado de Atenas, es reconocido como miembro de la conferencia que trataba de encontrar la paz en 371, en la que apoyó las pretensiones atenienses de recuperar Anfípolis. De este modo, se afianzaban las posibilidades de recuperar el Imperio con el protagonismo de Timoteo favorecido por la caída de Calístrato. En 365/4 sustituyó a Ifícrates en la guerra por Anfípolis, en una acción que recibió el apoyo de Menelao por parte de los pelagonios, el cual recibiría honores de los atenienses, en 363/2, y posiblemente la ciudadanía (Rhodes & Osborne, 2003: nº 38, pp. 192-197). Nuevos clerucos se establecieron en Samos

y Potidea, entre 365 y 361. Por otra parte, desde momentos anteriores, el tirano Jasón de Feras se había hecho con el control de las ciudades de Tesalia y el rey de Macedonia, a pesar de sus relaciones con los Alévadas de Larisa, se había adaptado a la nueva situación y pactado con él. La base de la fuerza de Jasón se hallaba en el uso masivo de tropas mercenarias. Su imagen resulta ambigua, pues si Jenofonte lo considera un tirano, Isócrates (*Filipo*, V 119) lo considera precursor de éste. Igualmente ambigua resulta la imagen del tirano Hierón de Siracusa, cuando Jenofonte (*Hierón*, 5) lo pone como modelo del poder personal no tiránico, basado en las relaciones de *philía* propias de la aristocracia. La tradición siciliana, que identificaba a los tiranos como *basileîs*, facilitaba tal ambigüedad. La obra será fundamental para la elaboración de la teoría del buen monarca, de tanta trascendencia a lo largo de las épocas posteriores.

Inmediatamente después, ya en 369, el pacto se rompió con la invasión del Peloponeso por parte de los tebanos, aunque no lograron sus objetivos. Sin embargo, Pelópidas consiguió la fundación de Mesene en el mismo año, lo que repercutió negativamente en el prestigio interno de Agesilao (Plutarco, *Agesilao*, 34, 1). La expedición de Ifícrates hacia Anfípolis en 368 estuvo precedida por otras de Pelópidas a Tesalia y Macedonia, que dejaban claras las pretensiones expansivas de los tebanos. El hecho de que los atenienses no tomaran parte en las conversaciones de paz en Delfos en 368 parece índice de la decadencia de Atenas como potencia egea (Ryder, 1965: 79). La propuesta de Filisco, inspirada por los persas, que buscaban una nueva paz común, fracasó porque proponía la vuelta de Mesene a manos de Esparta y ésta se mostraba absolutamente intransigente en este asunto, frente a los tebanos (34, 2). Pelópidas, cuya fama según Plutarco (*Pelópidas*, 30, 2-3) se había extendido ya por toda Grecia en 367, en el momento de la reunión de Susa en ese año, consiguió la aprobación y el apoyo del Rey y se sumaron arcadios, argivos y atenienses (Jenofonte, *Helénicas*, VII 1, 33). Decían que era el hombre que había encerrado a los espartanos entre el Taigeto y el Eurotas. La larga mano de los persas seguía presente entre los griegos. Pelópidas logra que el Rey apoye la nueva paz común, que incluía la autonomía de los griegos, el poblamiento de Mesene y el reconocimiento de los tebanos como "amigos ancestrales (*patrikoùs philous*) del rey" (Plutarco, *Pelópidas*, 30, 7), pero también la independencia de Anfípolis, en un momento en que se imponía un consenso frente a las pretensiones espartanas en

Mesenia. Sin embargo, poco después el Rey reconocía las pretensiones atenienses sobre Anfípolis (Demóstenes, *Embajada*, XIX 137). Sólo en 366/5 Timoteo vuelve a ser elegido y asedia Samos con éxito y trata de controlar Anfípolis. En Samos elimina la guarnición persa y funda una cleruquía. Al mismo tiempo, los tebanos vuelven a tomar la iniciativa, no sólo con la invasión del Peloponeso por Epaminondas, sino con la toma de Oropo tras atravesar la frontera ática. Según Plutarco (*Filopemen*, 14, 3), Epaminondas rechazaba la posibilidad de un imperio naval, de acuerdo con la ideología platónica. Calístrato, partidario de la alianza con Esparta, a la que los atenienses acusaban de falta de apoyo, perdió su influencia y se impuso una línea más agresiva. Los argumentos favorables a los acuerdos se apoyaban en la teoría del reparto de hegemonías entre el mar y la tierra. Jenofonte parece apoyar esta aproximación (Tuplin, 1993: 117). Ahora se preparaba el enfrentamiento por el dominio del Egeo (Diodoro, XV 78, 4-79, 1).

La muerte de Amintas en 370/69 tuvo lugar poco después de la batalla de Leuctra, que alteró las relaciones de poder entre las ciudades griegas, en un momento en el que en algunas ciudades, como Argos, se desarrollaban importantes conflictos sociales, mientras los atenienses se acercaban a una alianza con Esparta y Epaminondas invadía el territorio de Laconia (Plutarco, *Agesilao*, 31, 1-2). Según Plutarco, hasta entonces nadie se había atrevido a penetrar en él. El biógrafo se hace eco de varios síntomas de descontento entre los espartanos, que amenazaban con una revuelta, *neoterismón* (30, 2; 32, 7), como el encierro en el santuario de Ártemis Isoria (32, 6; Polieno, *Estratagemas*, II 1, 14), que acabó con la violenta represión de parte de Agesilao (32, 9). Condenó a muerte a los responsables, como hizo sin juicio con los que habían participado en una conspiración, *synomosía*, de espiartatas (32, 10-11). Según Plutarco, era la primera vez que se condenaba a muerte sin juicio a un espartiata. Muchos periecos e hilotas que habían sido reclutados aprovecharon para desertar (32, 12; Jenofonte, *Agesilao*, II 24). En estos momentos se revela la profunda crisis del sistema social espartano (Cartledge, 1987: 166). Una de las repercusiones fue la necesidad de los atenienses de consolidar sus alianzas y reforzar las lealtades ante la nueva aproximación a Esparta por el temor al fortalecimiento de los tebanos. Así se explican los decretos a favor de Mitilene de los años 369/8 y 368/7 (Rhodes & Osborne, 2003: nº 31 y pp. 154-157).

Alejandro II, hijo mayor de Amintas, mantuvo las relaciones con los griegos y se dedicó a apoyar a los Alévadas de Larisa, en Tesalia, contra el nuevo tirano Alejandro de Feras, al tiempo que fomentaba las relaciones con los tebanos. Éstos intervinieron al mando de Pelópidas, que lo hizo con un ejército de mercenarios tebanos, pero se dejaron sobornar (Plutarco, *Pelópidas*, 27, 4). Pelópidas aprovecharía luego las disensiones internas de la familia de los tiranos. Así nace una especie de carrera por el control del norte entre Tebas y Atenas. Cuando en 365 los atenienses consiguen que griegos y persas reconozcan su derecho sobre el Quersoneso, los tebanos ven reconocidos a cambio sus derechos sobre el conjunto de Beocia. Pero, al mismo tiempo, otros tesalios habían buscado la ayuda de Pelópidas en 368, uno de los actores de la reciente hegemonía tebana. Pelópidas ocupó Larisa y, según Plutarco (26, 2), consiguió que Alejandro abandonara la tiranía y gobernara sobre los tesalios de manera legal, aunque luego terminó poniéndose a la luz la violencia del tirano y tuvo que partir. Es posible que fuera entonces cuando los tesalios le dedicaron una estatua en Delfos obra de Lisipo, pues era el momento de mayor gloria de Pelópidas (26, 5). Cuando Alejandro se alía a los tebanos los atenienses llegan a un pacto con el *koinón* de los tesalios (Tod, 1948: 147 = Rhodes & Osborne, 2003: 44), que seguía en manos de las familias de las oligarquías tebanas. De aquí surge el reconocimiento de una cierta dependencia de Macedonia con respecto a Tebas con el envío de rehenes entre los que se hallaba el joven Filipo, hermano de Alejandro II. Luego, Pelópidas intervendría en Macedonia en los conflictos entre el rey y Ptolomeo. Tales fueron las circunstancias que facilitaron la introducción de tácticas transmitidas a partir del conocimiento del batallón tebano. Crece así el protagonismo de la infantería pesada de *pezétairoi*. Luego Alejandro II fue asesinado, posiblemente con la participación de Ptolomeo, regente apoyado por los tebanos, que había conspirado contra el rey mientras éste se hallaba en Tesalia. Ptolomeo muere en 365 a manos de Perdicas III, caído en guerra con los ilirios en 360, después de haber participado en las campañas de Timoteo contra Anfípolis, y de Filipo II, el otro hijo de Amintas, que accedió así a la realeza a los veinticuatro años. Se trata de una época de constantes guerras con los vecinos y de problemas internos, personales y regionales. Desde el principio apoyó a los Alévadas de Larisa frente a los tiranos de Feras, circunstancia que se renovaría en 355 contra Li-

cofrón para "liberar" a los tesalios. Filipo se asienta en todo caso como pacificador, unificador y civilizador de la región, capaz de consolidar la seguridad de las fronteras frente a los pueblos de los alrededores. Ésos son los fines proclamados en la política de fundación de colonias como instrumentos para el control de las áreas conquistadas (Justino, VIII 5, 7-6, 2). De hecho, las ciudades fundadas se convertirían con frecuencia en el centro económico de la región correspondiente, fenómeno que continuaría bajo los reyes helenísticos.

Todavía, Alejandro Magno en Opis les hablará a los macedonios de cómo ha sido su padre quien los ha hecho bajar de las montañas y abandonar la vida de los bárbaros (Arriano, *Anábasis*, VII 9, 2). Más tarde, Plutarco (*De la fortuna o virtud de Alejandro Magno*, 5 = *Morales*, 328e) interpreta las fundaciones como señal del programa civilizador de Alejandro. En cierto modo, representa una síntesis de las transformaciones de la región en la época de Filipo. Sin embargo, algunas fundaciones estaban dirigidas a controlar mejor a las poblaciones peligrosas, como se deduce de la denominación de Ponerópolis que Teopompo (*FGH* 11 F 110) aplica a Filipópolis. La fundación había de contar asimismo con la posibilidad de someter a relaciones de dependencia a las poblaciones nómadas del entorno para el mantenimiento de los colonos veteranos. De hecho, en el texto recogido por Suidas (s.v. *Doúlon pólis*), se menciona como "ciudad de esclavos" y se dice que procedió a *synoikísai*, a un sinecismo. Por otro lado, la población de las nuevas ciudades traía como consecuencia la despoblación de algunas ciudades de la metrópoli, cuyos habitantes emigraban para convertirse en colonos. Normalmente tales situaciones iban acompañadas o precedidas de conflictos, en que se reclamaba la redistribución de tierras y la abolición de las deudas. En gran medida, las poblaciones de las colonias procedían de los prisioneros de guerra, esclavizados, o los desplazados por las conquistas. La localización más frecuente estaba en las zonas fronterizas, para repeler los posibles movimientos de los vecinos.

Filipo accede a la realeza a la muerte de su hermano Perdicas III, en 360 ó 359. Luchó con los pueblos vecinos, que en ocasiones apoyaban a algún pretendiente, y con los intentos atenienses de recuperar su presencia al norte del Egeo, pero pronto se asentó en el poder y, tras una importante labor de reorganización del ejército, emprendió acciones de conquista. Diodoro destaca el uso coordinado de la caballería y la

infantería, lo que puede haber sido el resultado de su formación a través del estudio de las innovaciones militares tebanas (Borza, 1992: 203), como inicio de las grandes reformas macedónicas vinculadas a las transformaciones sociales que permitieron el acceso a los ejércitos de amplios sectores de la población. El expansionismo de Filipo se manifestó en primer lugar en Iliria y Peonia, a través de acciones bélicas y diplomáticas, lo que se tradujo en el dominio de la Alta Macedonia. La situación era considerada de esclavitud en 349 por Demóstenes (*Olíntica I*, I 23), lo que seguramente implica una dependencia tributaria. Entre las alianzas matrimoniales destaca la de Olimpíade en 357, que era molosa, pueblo en el que también se había formado un sistema monárquico a partir de comunidades tribales como la de los orestas. La conquista del Pangeo significó el control de las minas. La moneda de oro se materializa en el desarrollo de la estatera. El uso del mercenariado permitió la ampliación del ejército sobre bases profesionales, con repartos de las tierras conquistadas por la lanza (*doríktetos khóra*), en las que se procedía a la desecación y deforestación para facilitar los cultivos. Al mismo tiempo se producen alteraciones en las tácticas bélicas, que aumentan el papel de las técnicas, como se muestra en el escrito de Eneas Táctico y el desarrollo de la poliorcética, tal como funcionó en Anfípolis, Potidea y Pidna, con asedios relativamente cortos. En la época helenística aumenta el número de ciudades fortificadas y como consecuencia la práctica del asedio.

Entre los años 330 y 300 se multiplica la acuñación de oro y plata para la fábrica de monedas regias, en un proceso de integración de los sistemas griego y persa para todo el mundo helenizado u orientalizado con tendencia a la imposición de un patrón único inspirado en el ático, que subsistió en el reino de Antígono, mientras los demás reyes fueron cambiando los tipos monetarios y Egipto mantuvo su moneda propia durante todo el tiempo. Las acuñaciones en los metales preciosos procedentes de Oriente se transformaron en monopolio de la realeza que repercutió en las acuñaciones de las ciudades griegas y aumentó la diferencia entre los deseos totalitarios de los poderosos y las ansias revolucionarias de los oprimidos (Hammond & Walbank, 1998: 85). De todos modos, junto a las monedas regias, circulan por los reinos monedas de bronce de uso local. Desde la época de Ptolomeo I Soter, hijo de Lago, los Lágidas acuñaron una moneda de plata más ligera de peso que el modelo ático, lo que favoreció su difusión en compañía del

fuerte desarrollo de los cambios desde Alejandría. Ptolomeo II Filadelfo iniciaría la acuñación de monedas de oro por motivos más políticos que económicos, de poco uso en la circulación. En cualquier caso, la cantidad de moneda circulante siempre fue inferior a la masa de productos sometidos a los intercambios.

Junto a la moneda regia propiamente dicha, las ciudades también acuñaban, siempre bajo las normas y formas impuestas por el rey, aunque existen acuñaciones locales de valor delimitado, dado que el estado mantiene el control sobre la circulación en todo el territorio. Los Seléucidas permitieron la acuñación por parte de las ciudades, con monedas que circulaban libremente por el reino. Sólo a partir del siglo II algunos reinos comenzaron a acuñar monedas con leyendas en lenguas locales. El valor de la moneda se atiene siempre al patrón oro, por lo que éste tiende a acumularse en tesoros públicos o privados, dado que la circulación real se basa en la plata. En cambio, el bronce tendía a limitarse a usos locales.

En cualquier caso, la economía monetaria se extendió en las áreas urbanas, mientras las rurales continuaban en general dentro de prácticas de intercambio natural, potenciadas por el sistema tributario en especies. Esta disyuntiva coincide con la existencia de dos tipos de economía, la urbana, donde influían las fluctuaciones derivadas de los problemas de la producción agraria y de los medios de cambio, y la rural, que permanecía relativamente autárquica, condicionantes de repartos de la riqueza y de la pobreza, en las diversas regiones y en los diferentes sectores económicos. Los centros urbanos resultaban más aptos para el desarrollo de grandes fortunas que practicaban el evergetismo, tanto los incluidos en los reinos como los que permanecían relativamente autónomos, dentro de las complejas relaciones con los reyes. Los monarcas se apoyan en las ciudades como instrumentos para el control de los *éthne*, el segundo de los elementos comprendidos en los reinos bajo su dominio (Diodoro, XIX 105, 4). El mismo rey se erigía en el evérgeta de las ciudades, a base de repartos de trigo como el que realizó Antígono en Atenas en 307/6, donde añadió madera para construir navíos, que desde luego iban a ponerse al servicio del monarca en la guerra.

Tal fue la base económica de las grandes construcciones urbanas de la época, tanto las civiles como las religiosas. La gran cantidad de decretos honoríficos que elogian a los evérgetas extranjeros de Atenas, a los que conceden la *isotéleia*, la *énktesis* o la posibilidad de pagar la *eisphorá*, es

decir, la equiparación fiscal con los ciudadanos, sirve de testimonio al papel del evergetismo en este período, como instrumento para proteger a los ciudadanos en los momentos de crisis y para consolidar el poder de las oligarquías a través de la publicidad. Ahora éste es el procedimiento para ganar gloria, *kléos*, como fundamento del poder. Ya en 330/329, a propuesta de Licurgo, los atenienses concedieron a Eudemo de Platea la *énktesis* y el pago de la *eisphorá* (Tod, 1948: 198; Schwenk, 1985: nº 48, 232-238; Rhodes & Osborne, 2003: nº 94). Entre sus evergesias, había colaborado a la construcción del estadio Panatenaico y del teatro de Dioniso, seguramente el que se hallaba en el extremo del estadio. Entre los honores más altos, las *mégistai timaí*, se encontraban la *sítesis* o derecho a ser alimentado en el Pritaneo, la concesión de una estatua erigida en lugar público o la *proedría* o asiento preferente en los festivales públicos. Así se integraban los ricos extranjeros en la ciudadanía, considerada un privilegio material e ideológico. En esos momentos, uno de los aspectos que necesitaba protección era la importación de grano ante peligros para los que ya no estaba preparada la flota ateniense, labor en la que se destacó la presencia de evérgetas, capaces de financiar la seguridad de tales suministros, en sustitución de instituciones públicas adecuadas. De este modo se agravaban los problemas endémicos de la ciudad en relación con el aprovisionamiento. Los decretos honoríficos de agradecimiento afectan, además de los ciudadanos de la oligarquía ática, a benefactores extranjeros, incluso no griegos, y a los reyes de los grandes estados. En cualquier caso, la flota tendía a dotarse de personal contratado, y no de ciudadanos (Green, 2003: 4). En 330/29 y 325/4, los atenienses rinden honores a Heraclides de Salamina a propósito de los apoyos prestados en momentos de escasez de grano, lo que coincide aproximadamente con las fechas de la exportación de Cirene a prácticamente todas las ciudades griegas y, personalmente, a Olimpíade y Cleopatra, madre de Alejandro e hija de Filipo, respectivamente (cf. Rhodes & Osborne, 2003: nº 95-96, pp. 486-493).

También los santuarios panhelénicos como el de Delfos se benefician de las acciones evergéticas de los monarcas. Delfos tuvo el privilegio de la *asylía*, por el que concedía el derecho de refugio a quienes acudían a una determinada ciudad, donde podían encontrarse a salvo de caer en la esclavitud o de alguna otra forma de agresión, o a las ciudades, que se hacían sacras en el sentido de someter a la condición de sacrílego a quien

se atreviera a atacarla, como ocurría con los santuarios panhelénicos. En Delos los inventarios recogen la generosidad de reyes como Antígono, Átalo I y Ptolomeo I, con ofrendas representadas sobre todo por objetos preciosos o por estatuas de culto, *agálmata*. Como correspondencia, con frecuencia, el benefactor recibe los honores de una imagen, a veces ecuestre (Préaux, 1978: 203). Las riquezas urbanas se cimentaban en la explotación del territorio agrario tanto como en el funcionamiento de sistemas crematísticos basados en el fuerte impulso que los monarcas han impreso a las actividades de intercambio. Según se van reduciendo las posibilidades de nuevas colonizaciones, se agudiza la explotación de los trabajadores agrarios, normalmente en situación de dependencia tributaria. En los centros urbanos, los poderosos ejercían el evergetismo como instrumento apto para apaciguar los conflictos surgidos de las desigualdades. En efecto, en general aumentan las diferencias entre ricos y pobres dentro de la clase de los libres, entre quienes se extienden las grandes riquezas tanto como las bolsas de miseria, lo que da lugar al nacimiento de conflictos sociales, en los que los diádocos rivales se dedicarán a apoyar a unos o a otros según los casos. Argos resulta un ejemplo significativo en los tiempos de las luchas entre Antípatro y Poliperconte o Casandro.

Sin embargo, dentro del mundo helenístico la urbanización sólo afectó de manera plena al territorio de Asia Menor, al margen de un posible crecimiento de la población en Mesopotamia y Bactriana. El evergetismo era un modo de conseguir lealtades que a veces se interpretaban como servilismo, como en el caso de la Liga Aquea, que se negaba a aceptar regalos, según Polibio (XXII, 7-8), porque "los intereses de los reyes se oponían a los de las democracias". Siempre, en cualquier caso, se utilizaba como instrumento de la competencia entre los monarcas. Además, la tendencia de algunos de éstos a proteger a los explotados en busca de nuevas lealtades llevaba a la reacción de los explotadores, que acusaban de despotismo a los reyes y terminaron aceptando la protección romana. Ya en el momento de la intervención de Pirro en Italia, entre los tarentinos surgieron diferencias sobre la posibilidad de caer en manos de Pirro y la de perder la libertad y el miedo a los romanos (Plutarco, *Pirro,* 13, 6-11). Se trata sin duda de un antecedente del destino inmediato de las ciudades griegas. Luego, con el avance de Pirro, hubo ciudades aliadas de los romanos, de los lucanos y samnitas, que se pusieron de su

parte tras la batalla de Heraclea y la victoria contra Lavinio (17, 9-10). Los romanos interpretaron la batalla como un combate singular entre éste y Pirro (18, 1), como el que luego propondría a Antígono, "por la realeza" (31, 3): *perì tês basileías*, al estilo épico. Plutarco (25, 8) atribuye a la victoria de Benevento del año 275 el carácter de inicio del poder hegemónico de los romanos, *tò krátos tês hegemonías*.

La base de ejército macedonio estaba constituida por la falange formada por campesinos; en ella se integran los sistemas clientelares de *hetaîroi*, como *pezetaîroi*, con asimilación de los campesinos al sistema piramidal a través de la formación de tipo hoplítico copiada de las ciudades griegas, para la creación de las unidades capaces de combatir en orden cerrado. La carencia de medios para dotarse con el armamento adecuado, los *hópla*, se suplía con la *sárissa*, la pica larga que creaba un frente para la formación que la hacía inaccesible a los ataques frontales al tiempo que obligaba a mantener las formaciones cerradas. Se consideraba que así todas las clases participaban en los lazos de lealtad, sin necesidad de formar parte del ejército oligárquico de la infantería propio de las ciudades griegas. La falange cambia así su sentido social, aunque se sustenta igual sobre los pequeños propietarios, pero sobre una concepción socialmente más amplia, que vinculaba su ciudadanía a la lealtad al rey. Sin embargo, desde el principio se incorporaron soldados de los aliados vecinos y mercenarios, aunque la falange siempre se identificaba con los macedonios. Constituía una formación más apretada por el uso de un escudo más pequeño y la *sárissa* de 4,5 m. Los *pezetaîroi* formaban una minoría selecta de los "mejores de los macedonios", que bajo Alejandro pasaron a llamarse *hypaspistaí* y con los diádocos ya se llamaban *argyráspides*. Éste fue el único cuerpo que permaneció con Alejandro desde la batalla del Hidaspes junto con el cuerpo de infantería que atravesó Gedrosia. Los veteranos de este ejército se consideran los representantes más característicos de la entidad macedónica (Roisman, 2010: 61). A partir de 318 aparecen vinculados a Éumenes.

Filipo conquistó Anfípolis en 357, junto al río Estrimón, con lo que controló la costa norte del Egeo y el golfo Termaico, y expulsó de la ciudad a cuantos se habían opuesto, a través de una decisión aparentemente tomada por el pueblo. Luego llegó a una alianza con los calcídicos en su conjunto, lo que parecería indicar el reconocimiento de la Liga (cf. Rhodes & Osborne, 2003: nº 49-50, pp. 246-249). La ciudad pasó a

pagar tributo y ser gobernada por "macedonios de Anfípolis". Cuando esta ciudad se incorporó al reino macedónico Filipo conservó las instituciones democráticas, la *boulé*, que seguía representando a los distintos demos, y la *ekklesía*, aunque al mismo tiempo instaló una guarnición y un *epistátes*. Así se inicia una nueva vida para las *póleis*, en muchas de las cuales se conservan las formalidades democráticas al tiempo que se inician las características de la nueva época, en que se confunde con la democracia la actividad evergética de los ricos. En efecto, se trataba de un testimonio más del inicio de los nuevos tiempos, en los que era posible conservar aspectos concretos del funcionamiento de las instituciones de origen democrático, que en Atenas llegaron hasta la época de Augusto. También la nueva fundación de Filipo en 356, en la región del Pangeo, incorpora las mismas instituciones. Con ello, éste había procedido a un fuerte desplazamiento de la población, *ad libidinem suam transfert in extremis terminis*, según Justino (VIII 6, 1), con ánimo de controlar a los tracios, al tiempo que imponía tributos sobre los bárbaros conquistados (Diodoro, XVI 70, 1-2). La resistencia ateniense se traduce en la alianza con reyes tracios, peonios e ilirios (Rhodes & Osborne, 2003: nº 53, pp. 256-259). En el mismo año 357 varias ciudades de Eubea establecieron alianzas con Atenas sin entrar en la Liga, pero ya en 343 surgieron los problemas, en una situación tal que los que eran apoyados por los llamados demócratas se consideraban tiranos y agentes de Filipo por parte de los atenienses (Jenofonte, *Helénicas*, VI 5, 23). El apoyo de los demócratas a Filipo muestra hasta qué punto se han alterado los contenidos de la terminología política.

Atenas se enfrentaba entonces a los problemas de la Guerra Social. Cuando Timoteo e Ifícrates fueron declarados responsables de la derrota de Cares en dicha guerra, los que los atacaron formaban parte de los mismos que habían impulsado la paz y, tras la caída de Calístrato, buscaban una línea no imperialista, es decir, los ricos que deseaban liberarse de los gastos de la guerra. En 357 se votó una ley sobre las sinmorías propuesta por Periandro que establecía una nueva distribución entre un número mayor de contribuyentes para favorecer a los más ricos, al ampliar el número de los mismos, a propósito de la guerra de los aliados. Al ver en peligro sus relaciones con el Mar Negro, los atenienses trataron de encontrar alianzas en los pueblos del norte del Egeo que se resistían al dominio macedónico, conocidas a través de textos conservados (Tod,

1948: 151 y 157, para 357 y 356). Antes de Queronea, a propuesta de Demóstenes, se abolió la ley, con el argumento de que permitía a los ricos eximirse de las obligaciones fiscales correspondientes que recaerían sobre los más modestos.

Desde 356 comienza el protagonismo de Eubulo, que, a cargo del teórico, consiguió remontar los ingresos de la ciudad. Se trataba de emprender sólo acciones defensivas y de buscar para los gastos alternativas a la *eisphorá*, a base de revitalizar la explotación de las minas y las actividades de El Pireo, que en la segunda mitad del siglo IV experimenta un importante auge, con una gran participación de extranjeros, en una línea coincidente con las propuestas por Jenofonte en sus *Ingresos*. La explotación de las minas y su arrendamiento constituían uno de los factores clave para el desarrollo de la economía monetaria en el siglo IV ateniense, igual que el arrendamiento de la tierra pública a privados por parte del estado, dado que ambas actividades requerían el uso de dinero líquido. Las minas empleaban dinero procedente de otras fuentes de riqueza al tiempo que promovían la circulación para otras actividades. El prestamista Nicóbolo (Demóstenes, *Contra Panténeto*, XXXVII) contribuía así a la explotación de las minas y su equipamiento a base del trabajo esclavo (Shipton, 2000: 75). Lo mismo hacía algún banquero como Blepeo (Demóstenes, *Contra Beoto II*, XL 52). Después de Queronea, época de gran actividad financiera y edilicia, favorable a la oligarquía en que se apoyaba el poder macedónico, sería Licurgo, en la nueva magistratura de la *dioíkesis*, el encargado de restablecer las finanzas de la ciudad, en un momento de recuperación de la actividad de las minas y de El Pireo. Es posible que las reformas de Licurgo se inspiraran al menos parcialmente en las propuestas de Jenofonte, en sus *Ingresos*. Las obras públicas de la ciudad, sin embargo, se financiaban ahora con fondos privados, como se ve en el decreto de 329 para honrar a Eudemo de Platea (Rhodes & Osborne, 2003: nº 94, 11-32), y consistían más en edificaciones civiles y comerciales, como las estoas, que en las construcciones religiosas y políticas propias del clasicismo.

Las rentas de Atenas aumentaron hasta 1.200 talentos, aunque no se sabe cómo los consiguió. Todo indica que se basó fundamentalmente en donaciones privadas (Hakkarainen, 1997: 9), cuyos autores recibían honores públicos (Plutarco, *Vidas de los diez oradores. Licurgo*, 843c-844a). Durante el siglo IV, la economía ateniense se caracteriza por la

creciente privatización del gasto público, como ocurría con el estratego Nausicles, premiado con una corona de oro por el gasto privado (Demóstenes, *Corona*, XVIII 114). Ello da lugar a la aparición de ciertas ambigüedades en el desempeño de las magistraturas, como en el caso de los *syllogeîs* que toman la iniciativa (Schwenk, 1985: nº 77, 370-376) de conmemorar en 324/3 su año como tales con un monumento a la Madre de los Dioses y coronas de oro para dos de sus miembros. Se especula sobre las ganancias debidas a la recuperación de las minas, las confiscaciones, las nuevas tierras de Oropo, las tasas a los metecos y las rentas del comercio, además de donaciones particulares de ricos atenienses logradas por Licurgo. En general, se distinguen las aportaciones definidas como liturgias de las que merecen la *kháris* (Ober, 1989: 231). Por otra parte se habían reducido los gastos públicos, sobre todo los del "teórico" y otras ayudas a los ciudadanos pobres. Se cumplía así en buena medida el programa enunciado por Jenofonte en los *Ingresos*, en que critica la política agresiva de Atenas como obstáculo para el desarrollo económico. La obra pretende demostrar la inutilidad del imperio para el bienestar económico de la ciudad (Dillery, 1993: 3), en una línea de pensamiento que se considera similar a la que domina su obra histórica principal, las *Helénicas* (II 3, 11; Tuplin, 1993: 34). Se trata de una versión de la *apragmosýne* proyectada a escala de la ciudad. En efecto, tanto en las fortificaciones militares como en edificaciones públicas, la época sólo tiene paralelo en la de Pericles. Entre el siglo IV y el III se desarrollan abundantes cultos de carácter no griego en El Pireo, como resultado de la intensa actividad con participación de flotas de la más variada procedencia.

Las reformas iban unidas para Licurgo a un reforzamiento de la reglamentación religiosa, con la que se pretendía restaurar el prestigio de la ciudad sobre la base de las prácticas cultuales públicas. La propuesta de ley del año 335/4 (Schwenk, 1985: nº 21, 108-126), mencionada por Plutarco (*Vidas de los diez oradores*, 852b), revela la confluencia de los elementos patrióticos con los religiosos en la configuración de lo que se pretendía como una visión reforzada de la tradición democrática, basada en el patrocinio de las divinidades tutelares de la ciudad. En 336/5 se promulga una ley (*EM* 7153), donde se regulan las Pequeñas Panateneas, con atención específica a su financiación. Del mismo modo, en 324 procedió a la reforma en función del cuidado del teatro de Dioniso en

El Pireo, signo de que estos cambios afectaban igualmente a las prácticas religiosas y culturales de los demos (cf. Schwenk, 1985: nº 17, 81-94; nº 76, 366-370). Licurgo contó con la colaboración de Fanodemo en las reformas de revitalización religiosa. Era un famoso atidógrafo, autor de un *Atthis* en nueve libros, cuyos fragmentos están recogidos por Jacoby (*FGH* 325). Como nomóteta se dedicó especialmente al santuario de Anfiarao en Oropo, donde propone la ofrenda de una corona de oro y organiza un festival cuatrienal dedicado al héroe; se erigió en cabeza de los *epimeletaí*, labor por la cual recibe honores específicos de la Asamblea (cf. Schwenk, 1985: nº 40-41, 198-205). Al parecer, fue el año en que Oropo volvió a manos de Atenas después de varios años de independencia, en los que acudió a la protección de personajes macedonios no bien relacionados con Alejandro, a los que ofreció los honores la proxenia y la declaración de evérgeta (Rhodes & Osborne, 2003: nº 75, pp. 370-373). También contribuyó Licurgo en la dedicatoria a Apolo délfico en las fiestas Píticas que llevaban una procesión de Atenas a Delfos (*Syll.*^{3} 296). Seguirían el mismo camino que había recorrido Apolo, convertido, según Estrabón (IX 3, 11-12 = 422-3c), en vía sacra, por donde transcurría la procesión de las fiestas Pitias entre Atenas y Delfos. Para este autor, Apolo aparece aquí como la divinidad que infundió *sophrosýne* a los hombres y les dio a conocer la civilización y la agricultura. El héroe y el santuario conservan su papel protagonista como escenario de la actuación de los personajes de la clase dominante, Licurgo, Démades, Nicérato, Cefisofonte, Fanodemo, Timócares, como se ve en los honores rendidos a los *epimeletaí* de los juegos del año 329/8 (Schwenk, 1985: nº 50, 241-248). La representación de las últimas décadas del siglo IV depende en buena parte de los atidógrafos y su mentalidad tendente a la recuperación del pasado glorioso como modelo, como en los casos de Androción (*FGH* 324) o Filócoro (*FGH* 328).

El discurso *Contra Leócrates* de Licurgo se considera el paradigma de la política de recuperación del glorioso pasado ateniense en esta época de desánimo posterior a Queronea, coincidente con algunas inscripciones, como la que propone reforzar el culto de Atenea *Níke* con alusión a la victoria de Platea a pesar del momento subsiguiente a la derrota (Lambert, 2010). La posición de la ciudad de Platea, opuesta a la resistencia, permitió que los macedonios procedieran a su refundación como símbolo de la *eleuthería* y la *homónoia* materializadas en la lucha común contra

los persas (Wallace, 2010: 147). Entonces se renovó el culto de Zeus Eleuterio y la celebración de Juegos en su honor, con la batalla de Platea contra los persas como punto de referencia. En la misma línea se encuentra la referencia a Zeus Soter y Atenea Sotira del discurso de Licurgo (I 17), todo ello localizado en la Acrópolis, como lugar representativo del glorioso pasado ateniense. El reforzado hábito de publicar inscripciones en la Acrópolis responde en gran parte a ese espíritu de recuperación del pasado que caracteriza la Atenas de Licurgo y la obra misma de este personaje. Por el contrario, la actitud de Alejandro de ganarse el apoyo de las ciudades beocias liberadas del poder tebano favoreció la difusión de las actitudes promacedonias entre ellas. La venganza contra los persas, elemento clave de la propaganda desde Filipo, favoreció el recuerdo de la actitud de Tebas en las Guerras Médicas como colaboracionista de los invasores.

Jenofonte, en los *Ingresos*, aconsejaba igualmente potenciar los recursos del Ática para evitar la necesidad de los ingresos del Imperio, que costeaban los gastos de la guerra, y entre otras medidas proponía honrar a los que visitaban el Pireo con fines comerciales. Estas medidas responden a la necesidad creada en Atenas de fomentar la vida económica sin imperio. En la misma línea estaba la propuesta de atraer metecos a la ciudad, como elemento dinamizador de la economía, pero al parecer cada vez había entre ellos más bárbaros y menos griegos, lo que, según Jenofonte, se convertía en un factor de inestabilidad. Es la época en que la preocupación por los asuntos económicos parece extenderse a gran parte de la población. Por otra parte, crecen las posibilidades de obtener el privilegio de la *énktesis*, por el que accedían a la propiedad territorial en Ática. En ese mismo período se multiplican los casos de ricos extranjeros que actúan como evérgetas y reciben por ello honores de parte de la ciudad, con lo que se anticipa una práctica común en época helenística, en que el rey sería considerado benefactor, del que se esperaba la prosperidad, la fecundidad de las tierras y la garantía de la alimentación, con rasgos próximos a la taumaturgia, al estilo de la realeza épica. Pirro sería un caso modélico, ya que se le atribuía desde niño la capacidad de curar enfermedades, por la curiosa práctica de la imposición del pie, que se habría conservado incorrupto tras su muerte (Plutarco, *Pirro*, 3, 7-9).

La política de Eubulo y las propuestas de Jenofonte contribuían a aumentar las fortunas privadas; en el personaje de Critobulo (*Económico*, II 5-6) se representan las preocupaciones de los ricos ante las exigencias del pueblo en relación con las aportaciones obligatorias como liturgias. Critobulo también define las características positivas y negativas de la *philía* (*Memorables*, II 6). La base estaría en la reciprocidad. Muchos de los ricos terminaban cargándose de deudas, según las quejas del personaje, frente a la "libertad" de Sócrates precisamente por no poseer riquezas. Apolodoro, en el discurso *Contra Policles* del corpus de Demóstenes (L 8-9), se queja de las dificultades para satisfacer las deudas derivadas de las liturgias y de la *eisphorá*. Demóstenes habla incluso (*Contra Midias*, XXI 53) de quienes escondían su dinero para escapar de ellas (cf. Millett, 1991: 116-117, 68-69). Quejas de las liturgias se expresan igualmente en Antifonte (*Tetralogía I*, II 2, 12) y en Teofrasto (*Caracteres*, XXVI 6), que se refiere a la figura del oligarca. Este rasgo coincide con el rechazo de las instituciones democráticas (2) y la defensa del poder de uno solo, con el apoyo en la cita de Homero (*Ilíada*, II 204: *ouk agathòn polykoiranie, heis koíranos ésto*) cuando Odiseo preconiza que sea uno solo el que tome las decisiones, con lo que defiende su posición contra las asambleas y el ágora, hasta el punto de negarse a aceptar los nombramientos procedentes de la masa (3), que considera equivalentes a insultos (*hybrizómenous è timonénous*), o los ataques en los juicios (5). El oligarca echa la culpa de las liturgias al mismo Teseo (6), por haber disuelto las "realezas", las *basileîai*, es decir, las formas clientelares previas a la formación de la ciudad.

Isócrates (*Panatenaico*, XII 14) buscaba la solución en la conquista de tierras en Asia a través de la colaboración panhelénica. De hecho, en el *Filipo* (V 96) sugiere la ocupación de Asia Menor como modo de asentar a griegos desempleados. Asimismo, propone la colonización de Tracia (*Sobre la paz*, VIII 24), proyectos que se llevarán a cabo exclusivamente con la expansión macedónica. Sólo con las conquistas de los reyes se hizo posible el asentamiento de colonos en tierras de Asia, lo que colaboró a la helenización de todo el territorio capturado. Del mismo modo favoreció la producción agraria, dado que aportaba las poblaciones que iban a constituir sus cuerpos cívicos, al tiempo que agrupaban poblaciones marginadas por la crisis desde inicios del siglo IV, con lo que se materializaban los programas de Isócrates para solucionar los

problemas de la época. Plinio (V 120) se refiere a varias ciudades griegas de Asia Menor, como Esmirna y Éfeso, caracterizadas por la presencia de una población de orígenes muy variados, entre macedonios e hircanos, además de las localidades próximas, sin segregación física entre ellos (Sherwin-White & Kuhrt, 1993: 168-169), pues los barrios, *merôn*, a que se refiere Estrabón (XVI 2, 4) no parecen implicar división de etnias. Las aspiraciones de los colonos se expresaban como un intento de continuar la vida tradicional de las ciudades griegas, con gimnasios y escuelas, pero con la homogeneización que subyacía a la extensión de la lengua común, de la *koiné*, más fuerte en los territorios conquistados que en la antigua Grecia, donde muchos dialectos subsisten. La *koiné*, formada a partir del ático, pero modelada a través del lenguaje oficial de la administración macedonia, se relaciona, en efecto, con la nueva estructura territorial política tendente al estado centralizado. Desde los tiempos de Filipo II, en Macedonia se ha difundido la lengua ática como medio oficial de comunicación, con algunas diferencias con respecto al ateniense.

Resulta significativa la inscripción de Ai-Khanum dedicada Hermes y Heracles como patronos del gimnasio, al mismo tiempo que la Acrópolis está ocupada por un santuario iranio. Se trata de expresiones culturales de carácter mixto, resultado del proceso histórico que se produce en la región. Ahora bien, si el impulso inicial de la helenización se debe a la presencia de colonos griegos o macedonios helenizados, luego las clases dominantes asiáticas en formación, fortalecidas precisamente en la colaboración con ellos, adoptan los rasgos distintivos de la cultura dominante, con importantes aportaciones propias, lo que anula las pretensiones de encontrar un origen preciso para la formas que terminan imponiéndose.

En un plano más general, la victoria de Queronea se tradujo en la disolución de la Confederación Ateniense, la liberación de las ciudades beocias del control tebano y la imposición de guarniciones en Tebas, Calcis, Ambracia y el Acrocorinto. Plutarco (*Demóstenes*, 19, 1) sitúa aquí el final de la libertad de Grecia. La nueva Paz Común de 338/7, que creaba la llamada Liga de Corinto, no respetaba de hecho la autonomía de las ciudades y reorganizaba las fronteras del Peloponeso en favor de sus amigos de Arcadia, Argos y Mesene, siempre con el reconocimiento de la hegemonía de Filipo. Tanto Licurgo (*Contra Leócrates*, 42) como

Esquines (*Contra Ctesifonte*, III 24) dan testimonio de la impresión general de que en Atenas se extendió el pánico tras la batalla de Queronea, y en ese ambiente se justifica la abundancia de actos de evergetismo hacia la ciudad por parte de particulares extranjeros, así como los decretos de agradecimiento de los atenienses en el año 338/7 (Schwenk, 1985: nº 1-2, 1-17; Rhodes & Osborne, 2003: nº 77, pp. 382-385), que conceden diversos privilegios a gentes de Acarnania o de la isla de Andros. Según parece, Arquipo recibió en el año 333/2 una corona de oro, además de la ciudadanía ateniense para sí y sus descendientes, gracias a los actos de evergetismo suyos y de sus antepasados inmediatos (*EM* 7237 y 7237a), con ciertas restricciones en cuanto a la inclusión en el demo y la fratría, derivadas al parecer de la legislación de Licurgo. Del mismo modo, se conoce la reparación de las fortificaciones de El Pireo, a que también se refieren los oradores (cf. Schwenk, 1985: nº 31, 159; nº 3, 18-26).

Con esta batalla y la subsiguiente creación de la Liga de Corinto se consolidó el poder de Macedonia y de Filipo en Grecia. El escrito *Sobre el tratado con Alejandro* atribuido a Demóstenes (XVII) pone de relieve que se trata sólo de un tratado de paz y del compromiso de acciones comunes contra los que lo infringieran, así como de la constitución del sinedrio y de la designación de Filipo como *Hegemón* (Ryder, 1965: 150-162), en lo que coincide con el texto epigráfico de la estela hallada en la Acrópolis (Rhodes & Osborne, 2003: nº 76).

Instala promacedonios en Olinto, que se había convertido en una potencia de la zona, mientras que los atenienses fueron expulsados de Potidea en 356 y sus habitantes vendidos como esclavos. El territorio de Potidea fue entregado a los olintios en pago por los apoyos recibidos, en una actuación que unía la conquista a la diplomacia. Éste es uno de los crímenes de que Demóstenes acusa a Filipo (*Corona*, XVIII 182), y lo mismo hace Hiperides (*Discurso fúnebre*, VI 17). En 355 Filipo tomó Metona y repartió el territorio entre macedonios meritorios, proceso que continuó con la toma de Abdera y Maronea. También se asentaron macedonios en las ciudades de la Calcídica y procedieron a la expulsión de los clerucos atenienses del Quersoneso.

En estas circunstancias estalla la Tercera Guerra Sagrada, lo que renueva el apoyo macedonio a los Alévadas de Larisa frente a Licofrón de Feras, que apoyaba en cambio a los focidios, aliados de los atenienses. Los tebanos organizaron una coalición con un sinedrio, comparable a la

que se identifica como Segundo Imperio Ateniense (Rhodes & Osborne, 2003: nº 57, pp. 270-271), que configuró la fuerza antagónica más cualificada antes de la intervención macedónica. Para los macedonios, el territorio de los Alévadas representaba el paso hacia el sur de la Hélade. La Anfictionía, controlada por los beocios, amigos de los tesalios, los acusaba de utilizar para sus fines el oro de Delfos. Filipo adopta la causa apolínea y se convierte en miembro del Consejo anfictiónico, con lo que inicia su camino como árbitro en los conflictos entre griegos, que algunos habían intentado con el rey persa. Demóstenes (*Embajada*, XIX 327) consideraba ilegítima la admisión de un bárbaro entre los administradores de Delfos. Las relaciones entre el rey y el santuario condujeron a Demóstenes a considerar que éste tomaba partido y se mostraba a favor de Filipo cuando emitía oráculos que preveían su victoria en Queronea (Plutarco, *Demóstenes*, 20, 1). Posteriormente los reyes desempeñaron el mismo papel, lo que sirvió como base de los rudimentos de un derecho internacional entre griegos, aunque muchas ciudades helenísticas conservarían sus prácticas jurídicas propias incluso en época romana. Es entonces cuando Isócrates escribe el *Filipo*, en el que le atribuye el papel al rey de los macedonios, y pone como modelo a Jasón de Feras. Filipo se erige igualmente en el garante de la "Paz Común", institución que cobraba fuerza en el siglo IV, sobre todo desde la "Paz del Rey". Su "Helenismo" se muestra en el triunfo en la carrera de carros de Olimpia en 356. Los focidios habían reaccionado con la ocupación del santuario de Delfos y la utilización del tesoro para el pago de mercenarios; con ese ejército y con el apoyo de Licofrón consiguieron una victoria sobre Filipo. Las reacciones de atenienses y tebanos fueron en estos momentos más activas incluso de lo que se deduciría de los oradores (Pausanias, X 3, 1-3; 33, 8; 36, 3-4; IV 31, 5; Buckler, 2003: 495 y n. 7). Pero luego, al ser derrotados, los focidios tuvieron que pagar fuertes indemnizaciones en los años sucesivos, hasta 340 por lo menos (Rhodes & Osborne, 2003: nº 67, pp. 340-343).

Entre tanto, en 355 tenía lugar el final de la Guerra Social, lo que significaba también el final del *phóros* para Atenas y de las ventajas de los ciudadanos que cobraban el *misthós*. Atenas había apoyado a los focidios. Luego intervino en la batalla del Campo de Azafrán en 353, en apoyo de Tesalia frente a los tebanos, considerada como etapa final de la Guerra Sagrada, donde los tebanos habían visto frustradas sus expectativas en

favor de los tesalios, que controlaban ahora la Grecia central. Filipo, como arconte de Tesalia y cabeza de la Anfictionía de Delfos, castiga como sacrílegos a los focidios, que quedan excluidos de la Anfictionía. Diodoro habla de la "liberación" de Feras como resultado. La Anfictionía pasó a ser un instrumento de unificación en manos de Filipo, mientras los focidios fueron obligados a derruir las murallas y vivir en pequeñas aldeas alejadas entre sí. Las prerrogativas dadas a Filipo por la Anfictionía introducían un giro marcadamente personalista en el funcionamiento de la religión griega.

En Termópilas, Filipo ejerce como cabeza de la Liga Tesalia, que tropieza con la resistencia ateniense. De 351 a 349 se dedica a intervenir en el norte y en el oeste. En 349 se propone apoderarse de Eubea y el tirano de Eretria, Plutarco, pide ayuda a los atenienses. Éstos envían a Foción (Plutarco, *Foción*, 12, 1), a pesar de la oposición de Demóstenes (*Sobre la paz*, V, 5) para quien representaba una humillación, que explicaba el fracaso; para Plutarco (*Foción*, 12, 3), en cambio, éste se debió al comportamiento de los soldados de Eretria. Foción derrotó a los enemigos con el determinante apoyo de la caballería a los hoplitas y expulsó al tirano (13, 6-7). Sin embargo, algunos atenienses o aliados continuaron sus ataques a Eretria, lo que obligó a la Asamblea a decretar castigos, como perder la ciudadanía o pagar importantes multas a la diosa Atenea (Rhodes & Osborne, 2003: nº 69, pp. 346-349).

En 348, tras largo asedio, tuvo lugar la caída de Olinto, que en 349 había pedido ayuda a los atenienses. La ciudad se había negado a entregar a Arrideo y Menelao, dos pretendientes que al parecer preocupaban a Filipo, por lo que fue saqueada y sus habitantes vendidos como esclavos, que serían explotados en las tierras que se iban incorporando al dominio macedónico, mientras la mujeres eran violadas (Demóstenes, *Sobre la embajada fraudulenta*, XIX 198; Hunt, 2010: 150). Los atenienses perdían las esperanzas de recuperar Anfípolis.

Así se incorpora Macedonia al modo de producción esclavista. Con las guerras de Alejandro, se iniciará un nuevo proceso de reforzamiento de la esclavitud mercancía, pues sus victorias y las de sus sucesores se convirtieron en fuente de mano de obra formada por prisioneros de guerra vendidos en los mercados renacidos, que se intensificarían con la presencia romana. Se introduce así un factor de complejidad en la trayectoria dominante, que tendía a generalizar otras formas de dependencia,

aunque entre ambas existe la coincidencia de que ahora los esclavos capturados son con mucha frecuencia griegos, que ahora no disfrutan de ningún derecho de ciudadanía protector. Más bien en adelante son las ciudades las que sufren las pérdidas de efectivos a causa de tal procedimiento de venta, que se practicaba con mucha frecuencia cuando el pillaje no resultaba suficiente. En cualquier caso, serán sobre todo los romanos quienes fortalezcan de nuevo tales prácticas renovadoras del sistema esclavista clásico, favorecido por la presencia del mercado representado por la ciudad de Roma y los campos itálicos. Reyes helenísticos y políticos romanos tenderán con frecuencia, alternativamente, a someter masivamente a los cautivos a los trabajos forzados dependientes en empresas estatales o tierras públicas, como haría Ptolomeo I con los prisioneros de la batalla de Gaza de 312 contra Demetrio.

Acompañaba a este rey lágida Hecateo de Abdera, que será el primer griego en dar a conocer las instituciones y creencias de los judíos con tono de admiración. Su obra presentaba la historia de Egipto como precedente de los Lágidas (Kuhrt, 2010: 55) y justificación de la monarquía. Es posible que sus contenidos se hallen recogidos en el libro I de Diodoro. Sus escritos, como los de Megástenes, colaboraron a la extensión de una literatura nueva de viajes fantásticos con el protagonismo de dioses o personajes legendarios griegos, como Dioniso y Heracles (Fox, 2010: 14). Según Diodoro (I 49, 3-4), Hecateo colaboró en la formación de la biblioteca de Alejandría con la aportación de los volúmenes del *Ramesseum* de Tebas.

Volviendo a la labor de Demóstenes (*Olintíaca I*, I 22), que habla en 349 de las tasas sobre puertos y mercados, ésta se mostró ineficaz, porque toda la ciudadanía no se mostraba de acuerdo en apoyar a los olintios. También había dudas por parte de atenienses, entre los que se impone la aceptación de la llamada Paz de Filócrates (346), planteada como *koinè eiréne*, de acuerdo con la denominación introducida con motivo de la Paz del Rey de 386, aunque muchos autores le niegan ese carácter (Ryder, 1965: 149). La denominación es, en cualquier caso, de uso muy poco riguroso, pues, también en el caso anterior, se imponía un poder externo y personal sobre las relaciones entre las ciudades griegas. Teopompo (*FGH* 115 F 164) pone en boca de Filócrates un discurso en que argumenta sobre la imposibilidad de unir a los griegos en una acción común, que en cambio había sido la esperanza de Esquines (II),

que en cualquier caso se considera la mejor fuente sobre la embajada (Harris, 1995: 57). Los atenienses reconocían las conquistas macedónicas al norte el Egeo, incluida Anfípolis y Olinto. En tales condiciones, la posición contraria de Demóstenes fue ganando adeptos, por lo que pronto comenzaron los preparativos de guerra. En general, el pueblo ateniense reaccionó de modo hostil al hecho de que quedaran excluidos Halunte y los focidios, aliados suyos. Estaba claro que así se dejaban manos libres a Filipo para actuar contra ellos.

En 342 Filipo recibe una carta de Espeusipo (*Socrat. Epist.* 30, 12, en R. Hercher, ed. *Epistolographi Graeci*), sobrino de Platón y jefe entonces de la Academia, en la que le recordaba que debía a Platón el comienzo de su carrera como gobernante. La tradición de los consejeros filósofos seguirá viva en muchos de los monarcas helenísticos, apoyados en ocasiones en la adaptación de las ideas platónicas. Durante la segunda mitad de la década de 340 se imponen las posiciones favorables a la guerra, la creación de los *stratiotiká*, la confiscación de propiedades de los ricos y el envío de clerucos al Quersoneso.

Resulta entonces una época de violencia interna en Atenas, en la que coinciden la reacción del *dêmos* y la de Demóstenes, que lleva a la declaración de guerra en 340, tras la captura de los barcos atenienses que cargaban el grano desde la Propóntide. En ella se enmarca la destrucción de la estela donde se hallaba inscrita la Paz de Filócrates. Coincide con la necesidad de contribución de los ricos. Reciben el apoyo de otras ciudades por temor al expansionismo de Filipo, que ataca Bizancio. Los tebanos rechazaban el papel dominante en la Anfictionía. Los ataques de Filipo fracasaron en Perinto, Selimbria y Bizancio, a pesar del uso de innovadoras máquinas de guerra. El apoyo de Ténedo, isla situada a la entrada del Helesponto, recibió como premio honores y privilegios de parte de Atenas (Rhodes & Osborne, 2003: nº 72). Plutarco (*Foción*, 14, 6-7) atribuye al protagonista de su biografía el mérito de la defensa, gracias a la complicidad de un condiscípulo de la Academia. En 339 Demóstenes vuelve a tratar de reforzar la potencia militar y a restaurar el sistema trierárquico para lograr una mayor contribución de los ricos. Ya entonces, Foción se mostraba dispuesto a aceptar los tratos con Filipo (16, 1).

La batalla de Queronea (338) se considera el resultado de las reformas militares de Filipo. En cambio, Filipo, ante la resistencia tebana, se dedicó

a proteger a las otras ciudades de Beocia. En Atenas, Hiperides propone sin éxito la libertad de los esclavos y la ciudadanía de los extranjeros que colaboraran en la defensa de la ciudad. Tras la derrota, en una situación de agitación y revuelta por parte de "los de la ciudad", *tôn en ástei*, el Areópago, investido de poderes extraordinarios, junto con los "mejores", *hoi béltistoi*, confió la defensa de la ciudad a Foción, discípulo de Platón y Jenócrates en la Academia, que negoció la paz con Filipo y luego se vinculó a Demetrio de Falero. Foción no aceptó la cláusula que incluía a Atenas en el sinedrio de los griegos, apoyada por Démades, que también cambió de actitud política a lo largo de su carrera (cf. Plutarco, *Foción*, 16, 5; *Demóstenes*, 13, 3). A la muerte de Filipo, el *dêmos* pretendió hacer sacrificios por la buena nueva (*Foción*, 16, 8). En sus negociaciones, Foción no dejó de entregar la vida de algunos atenienses, lo que hace pensar en su fama de *dikaiosýne* platónica como una excusa típica en favor del autoritarismo (Green, 1993: 40-41 y n. 19), unido a otras contradicciones, como sus leyes suntuarias en relación con su vida de lujo ajena al platonismo. Su actitud favorable a la paz con Macedonia lo había llevado a tomar partido por Esquines en el conflicto "sobre la embajada" en el año 342. En este ambiente, se insertan las incoherencias de este autor, entre 346 y 343, para las que no es necesario hablar de falsedades documentales. La cuestión deriva de las ambigüedades del personaje en algunas de sus actuaciones, que no permiten encuadrarlo ni como partidario de Filipo, ni como enemigo activo en la línea de Demóstenes. Su discurso de este año proporciona los datos y los argumentos relacionados con sus anteriores intentos de organizar una coalición contra Filipo, posición que luego abandonó, mientras era la base de la actitud de Demóstenes. Las confusiones revelan la inestabilidad de la situación ateniense entre la reacción ante Filipo y la aceptación de las propuestas de paz. Los ataques de Demóstenes (*Embajada*, XIX 249, 281 *et passim*) se referían con frecuencia a la capacidad de Esquines de atender a los deberes propios de los ricos, de la clase litúrgica (cf. Harris, 1995: 8, 149, 153, 22). Demóstenes (*Corona*, XVIII 129) también lo ataca por ser hijo de esclavo y por realizar trabajos serviles. Esquines argumenta que pertenece a la fratría de los Eteobútadas, pero eso sólo significa que se acogían al *génos* en condiciones de mayor o menor dependencia.

Como consecuencia de la intervención se estableció una guarnición macedónica en Atenas y se procedió a la disolución de la Confederación.

Las guarniciones pretenden habitualmente impedir el acceso al cultivo de la tierra y perjudicar con ello los recursos necesarios para la supervivencia de la población. Atenas conserva sus cleruquías en Samos, Lemnos, Imbros, Esciro y Delos, así como Oropó y el santuario de Anfiarao. Las islas mantendrían su importancia a lo largo del período helenístico, como lugar de paso y como fuente de aprovisionamiento de grano; de ahí las tensiones creadas a propósito de su control. El *dêmos* concedió la ciudadanía a Filipo y Alejandro y se erigió una estatua de Filipo en el ágora.

El congreso panhelénico se celebró en Corinto en 338/7, en el que el rey de Macedonia apareció como *hegemón* y *strategòs autokrátor* de la nueva Liga contra Persia y garante de los pactos entre ciudades griegas. La hegemonía la detenta pues un solo hombre, y no una ciudad, como en las ligas anteriores. La liga, como efecto de la nueva Paz Común, pretende así representar la unidad de los griegos en la recuperación de la guerra contra Persia, una de las aspiraciones que rebrotaban con facilidad en las épocas críticas posteriores a la Guerra del Peloponeso. Filipo había conseguido negociar con todas las ciudades salvo Esparta, a la que se limitó a aislar a través de su nueva red de alianzas. El texto refleja el compromiso de respetar las constituciones existentes en el momento de instalarse los gobernantes fieles a Filipo y la prohibición de intentar derrocar la realeza de Filipo y de sus sucesores, pero también la aceptación de la presencia de guarniciones macedónicas (Tod, 1948: 177). La organización del *synédrion* de la Liga se basaba en las de las confederaciones étnicas, como la de los beocios y los arcadios. En ella estaban representadas las ciudades griegas, pero también las etnias. Entre los objetivos de la Liga se hallaba el control de los movimientos reivindicativos de redistribución de tierras y condonación de deudas.

Cada ciudad tenía un número de votos proporcional a su población. Los macedonios, en Atenas, apoyan a sus partidarios, como Esquines, Foción, Démades. Este último fue quien propuso someter al ostracismo a Demóstenes y a Hiperides. Esquines parece haber entrado en la vida política de la mano de Foción (Harris, 1995: 37), cuya atención había atraído en la campaña de Eubea de 348. Igualmente se relacionaba con Eubulo y Midias, objeto de las acusaciones de Demóstenes en 346. Démades y Licurgo colaboraron activamente en el momento en que ambos lucharon por preservar la paz, pero Licurgo se opuso a la concesión de una estatua a Démades por el éxito obtenido, después de la destrucción

de Tebas en 335, que se había producido como respuesta al ataque de los tebanos a la guarnición macedónica (Plutarco, *Demóstenes*, 23, 1) instalada en la Cadmea. Licurgo atacaba asimismo a Foción al que atribuía haber presionado en la Asamblea a favor de la entrega a Filipo de diez ciudadanos, incluido él mismo (Plutarco, *Foción*, 9, 10).

El episodio generó, por otro lado, una reacción contraria a la política de Demóstenes, a quien por ejemplo Dinarco culpaba de la destrucción como efecto de su actitud política, mientras que tanto Diodoro (XVII 14, 4) como Plutarco (*Alejandro*, 11, 12) atribuyen el episodio a los deseos represivos del rey macedonio (Worthington, 2010: 240-242). A Démades se atribuye la iniciativa del decreto de 337/6 por el que se conceden los títulos de próxeno y evérgeta a un personaje desconocido (*EM* 7154), seguramente macedonio, por haber facilitado el acceso a Filipo, dentro del ambiente de las conversaciones de paz (Schwenk, 1985: nº 7, 41-47). Démades también consiguió que los atenienses no colaboraran en la rebelión de Esparta y otras ciudades conducida por Agis en 331, a pesar de que habían estado a punto de hacerlo. Un discurso anónimo incluido en el corpus demosténico (*Sobre los tratados con Alejandro*, XVII) denuncia que había sido Alejandro quien había violado todos los acuerdos y la paz. En definitiva, los tratados se hallaban bajo las condiciones de las relaciones de poder (Demóstenes, *En favor de la libertad de los rodios*, XV 28-29). También Hiperides (*En favor de Euxenipo*, III 20 y 24) toma postura contra Alejandro en estas mismas circunstancias, sobre todo contra su divinización. Los atenienses al parecer esperaban que en las relaciones con los macedonios se cumplieran las normas propias de la convivencia democrática en la política interna de la ciudad (Hunt, 2010: 101).

De ese modo se inauguraba el debate sobre el culto a la personalidad del gobernante. Luego, en el discurso fúnebre por los muertos del primer año de la Guerra Lamíaca, Hiperides (VI) contrapone el gobierno macedónico como despotismo a la democracia como gobierno de la ley (Habicht, 1997: 39) y en ello basa su concepción del helenismo como civilización vinculada a la *pólis* libre. En el mismo discurso (21), denuncia las pretensiones de los macedonios de ser objetos de los cultos y las prácticas consagradas a los dioses. Para Diodoro (XVIII 10, 1-2), era la multitud la que había sostenido esta revuelta conocida como Guerra Lamíaca, aunque los dirigentes hayan sido ellos mismos propietarios.

En la constitución de la alianza se prohíbe expresamente cualquier cambio en las organizaciones internas de las ciudades, en concreto en los derechos de propiedad, el reparto de tierras, la liberación de esclavos, la abolición de deudas (Demóstenes, *Sobre los tratados con Alejandro*, XVII 15), lo que sirve para suplir la falta de datos sobre conflictos sociales presentes en las fuentes de la época. Los tratados de Alejandro y, luego, de Demetrio Poliorcetes, con la Liga de Corinto, incluían siempre la cláusula que se orientaba en este mismo sentido, lo que revela el sentido profundo de la alianza entre el poder personal macedónico y las oligarquías de las ciudades griegas. Al mismo tiempo revela cómo la situación de los campesinos volvía a ser similar a la de la época de Solón, sometidos a "deudas" que los colocaban al borde de la esclavitud. No deja de ser sintomática la tendencia a la falta de jueces, debido a la paralización de las instituciones lograda por el abstencionismo de los ciudadanos, que conseguían así la suspensión de las deudas. Los privilegiados trataban de eludir las responsabilidades a causa de los problemas que provocaban (Préaux, 1978: 443).

La nueva hegemonía estaba encabezada por un hombre y no por una ciudad y las ciudades como tales no se encuentran en condiciones de resistir al poder personal encarnado por un jefe tribal recientemente helenizado. La autonomía de las ciudades griegas se limita a la falta de tributación y de guarniciones, aunque con bastante frecuencia se rompen tales condiciones, sobre todo en casos de recaudación extraordinaria relacionada con la guerra. La Liga de Corinto, renovada por Alejandro desde 336, tras el nombramiento de éste como *hegemòn autokrátor*, votó en el *synédrion* la condena de Tebas como rebelde contra el rey, lo que condujo a la represión y esclavización de los tebanos, con el establecimiento de un gobierno oligárquico de trescientos colaboradores (Justino, IX 4, 6-9) apoyados en una guarnición macedónica. Las fuentes (Diodoro, XVII 14, 4; Arriano, II 15, 3) coinciden en mostrar el apoyo de muchos griegos a la represión contra los tebanos que culminó en la esclavización. El acontecimiento dio lugar al planteamiento de la cuestión de la esclavitud de los griegos, como en Demóstenes (*Olíntica I*, I 23), que acusa a un tal Eurímaco de esclavizar a la mujer de Olinto y ponerla en un burdel; aquí es donde se debe insertar la ley citada por Plutarco en *Vidas de los diez oradores* (*Licurgo* = *Morales*, 842a; Hunt, 2010: 117).

En 336, las tropas pasan a Asia al mando de Parmenión, uno de los colaboradores de Filipo, no sólo en el plano militar, sino también en la organización del estado. El asesinato de Filipo tuvo lugar el mismo año en Egas por obra de un miembro de su guardia llamado Pausanias por razones personales, según Aristóteles (*Política*, 1311b2-4), aunque pueden haber colaborado otros (Diodoro, XVI 94, 4). Su muerte interrumpió un espectacular festival con las estatuas de los doce dioses, a las que se añadía la del rey mismo, índice de su tendencia a la divinización como renovación de la realeza más allá de las tradiciones griegas. La construcción del santuario de Olimpia dedicado a su familia (Pausanias, V 20, 9-10), el Filipeo, que definía el nuevo sistema dinástico, de estilo mixto griego y oriental, resulta muy significativa de su actitud hacia el poder personal como concepto derivado de la síntesis de ambas tradiciones culturales. En el escenario olímpico se simboliza la identificación con los vencedores de los juegos, como ocurre con la adopción de la diadema, lo que establecía un paralelo entre la victoria olímpica y el acceso a la condición divina.

Demóstenes y Esquines son, como hemos indicado, desde posiciones diferentes, testimonios de la crisis de las democracias y el desarrollo de las hegemonías. Así, por ejemplo, Esquines (*Sobre la embajada*, II 73) revela que en el avance de Filipo contra el Quersoneso, en el año 353, la Asamblea no sabía nada de la flota y de su estratego, lo que parece indicar un comportamiento autónomo por parte de los jefes militares. Por su lado, Isócrates dedica buena parte de su actividad política a la búsqueda del rey salvador. Publica el *Filipo* después de 346. Propone crear nuevas ciudades en territorios conquistados para asentar a los que no tienen tierras y andan errantes. En el texto de la *Carta II*, de 344, Isócrates busca la conciliación de Filipo con Atenas. Jenofonte, a su vez, plantea en sus escritos biográficos, *Ciropedia*, *Agesilao* o *Hierón*, una teoría de la realeza como práctica directa de la guerra con el protagonismo individual del rey, capaz de afrontar la vida dura de los campamentos. Prepara el camino del sistema representado por Filipo y Alejandro, como puerta hacia el mundo helenístico. Se trata en definitiva de una teoría del poder personal que intenta ser compatible con el sistema de la *pólis* tradicional, la que se consideraba representada por la Esparta clásica, anterior a las crisis subsiguientes a la Guerra del Peloponeso. Su elogio de Ciro el Viejo se ve complementado con el encomio de Ciro el Joven

en *Anábasis* (I 9). El gobierno personal de los persas se define como una solución a los problemas de las ciudades griegas, con Ciro con rasgos propios del *kaloskagathós* ateniense de *Memorables* o *Económico*. Jenofonte declara seguir en el trato de los esclavos el modelo del Imperio persa, que trata a los esclavos como libres (*Económico*, XIII 9; XIV 9), *hósper eleuthérois*. La disciplina y la obediencia de los persas es modelo para los griegos (*Ciropedia*, VIII 4, 10-12), que; en cambio, salvo los espartanos (*República de los lacedemonios*, VIII 2), la consideran *aneleútheron*, impropia de los libres (cf. Georges, 1994: 208, 217).

Este es el clima cultural en que se instala la dominación macedónica sobre Atenas y sobre Grecia. Foción propone, por ejemplo, la erección de una estatua de Filipo en el ágora. El discurso *Contra Leócrates* de Licurgo ataca a este personaje por haber abandonado la ciudad en las vísperas de Coronea y pretender recuperar sus derechos (142), después de haber trasladado sus bienes al exterior (22). Licurgo trataba de recuperar el espíritu ciudadano y el patriotismo con estas acciones, unidas a sus medidas financieras. La acusación se basaba en que de ese modo dejaba la ciudad en manos de los macedonios e iba a permitir la violación de los lugares sacros, por lo que su delito se definía como *asébeia* contra los dioses y los antepasados. Mari (2003: 83) lo percibe como un signo de la consideración de los macedonios como bárbaros que todavía estaba presente en Atenas.

Alejandro Magno: la formación del Imperio territorial

La victoria de Alejandro contra Poro se representa en las fuentes, sobre todo en Arriano, como un hito en las relaciones con los poderes locales, dado que se estableció un sistema de valoración del enemigo que repercutía en la grandeza heroica del propio Alejandro, plasmada en las acuñaciones de la época que representan a Poro como una figura digna de tratamiento especial (Bosworth, 1996: 8, 20). De hecho, en el reparto de Perdicas (Diodoro, XVIII 3, 2), quedaría como soberano de su reino. Al mismo tiempo, la victoria se utilizaba como paradigma de las capacidades militares que mostraba el rey macedonio, sobre todo ante los mismos griegos, tendentes por entonces al descontento después de los decretos de regreso de los exiliados, aunque en realidad parece haberse tratado de una victoria fácil sobre un ejército claramente infe-

rior. Por otra parte, Arriano justificaba las violentas acciones represivas de Alejandro en la región. En cualquier caso, los extremos geográficos de la expedición sirvieron de escenario para redondear la imagen de Alejandro como persona influida por las ideas filosóficas orientales, alternativa a la del simple guerrero conquistador y cruel. Así se crea la compleja representación que hacía del mito de Alejandro una fuente para todas las lecturas posibles. Las bases ya las había puesto el encuentro con Zeus Amón en el oasis de Siwa en Egipto. La imagen de Alejandro se complementa con el encuentro con las Amazonas, situadas en diferentes extremos del mundo, el Termodonte o el Yaxartes. Así se va configurando su identificación con la ecúmene.

En el terreno militar, el problema mayor de la falange era todavía la movilidad, por lo que los mercenarios se empleaban normalmente como tropas versátiles, que actuaban delante de las filas rígidas de la falange. Adoptan la táctica tebana, pero complementada con un gran dinamismo y rapidez de acción. La base de tales comportamientos estaría en la existencia de una Asamblea de soldados y en los repartos de tierra, efecto de la práctica del reparto del botín, de los tesoros que llevaba normalmente el rey o del pillaje de las ciudades, además de estímulos de todo tipo para aumentar el valor.

En el plano político-judicial, la función más estable y duradera de la Asamblea se concentró en los juicios por delitos de sangre o de traición, con participación de los civiles, al menos en la época de Alejandro. Paralelamente se produce el desarrollo de la caballería, sobre la base de los *hetaîroi*, con un sistema piramidal, que funcionaba como consejo aristocrático, aunque no de modo formal; simplemente como compañeros de esfuerzos y esparcimientos del rey a través del simposio. Éste se convirtió en un eficaz vehículo de helenización para las clases dominantes. Como tal, servía frecuentemente como organismo deliberativo y de sondeo de opinión por parte del rey, pero sin ninguna fuerza coactiva. Los datos proceden casi todos de la época de Alejandro, a quien los griegos atribuyeron el papel de difusor del helenismo (Plutarco, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, I 5 = *Morales*, 328e-329a), por lo que los bárbaros vencidos serían más felices que los que escaparon a su poder. Por el contrario, los rasgos de orientalización percibidos por los griegos o los historiadores romanos se contemplan siempre como una caída en la barbarie, aunque al mismo tiempo se considerara prestigioso el cono-

cimiento y consumo de algunos productos orientales, como los citados por Teofrasto en sus obras botánicas, resultado de la transmisión de los acompañantes de Alejandro (Fox, 2010: 13).

Junto a los escuadrones más pesados formados por los grandes propietarios, había otros más ligeros, que portaban una versión corta de la *sárissa*. Constituían la adaptación del sistema tradicional de promoción de jóvenes, sobre relaciones de lealtad personal al rey. El protagonismo táctico de la caballería se potencia en la penetración en cuña frente a la infantería, gracias al aumento del número de jinetes, que había pasado de seiscientos en 358 a tres mil quinientos en 336. Entretanto había incorporado a los procedentes de la Alta Macedonia y a los griegos aliados, sobre todo a los tesalios, desde que Filipo había sido nombrado arconte en 352. En esta época se desarrolla igualmente la maquinaria de guerra, como las catapultas, que ya había introducido Dionisio de Siracusa y resultaban de gran utilidad en los asedios. Paralelamente se afirman los vínculos personales de la guardia real.

El papel de Alejandro en el tránsito de la crisis al nacimiento de la nueva sociedad debe ser objeto de un análisis muy cuidadoso, porque el brillo de la figura permite que con facilidad se caiga en la atribución de protagonismo individual tal como para pensar que se trata de un motor capaz de crear por sí mismo una nueva situación que conduce a Grecia entera fuera de la situación de crisis. Frente a ello, en la perspectiva que da la posibilidad de contemplar el conjunto del desarrollo histórico, es posible analizar la realidad que se halla en proceso de nacimiento para poder comprender el papel de las fuerzas colectivas que actúan detrás de las individualidades. La comprensión de lo que nace permite acceder a las tensiones que se hallan en vigor en el momento de crisis del período anterior en que se inserta la figura de Alejandro. Desde antes viene la quiebra de la ciudad como institución de gobierno colectivo, democrático u oligárquico, las tensiones entre ciudades que en sus luchas por la hegemonía contribuyen a destruir sus instrumentos de defensa militar, los apoyos políticos en que se sustentaban las posibilidades de garantizar la libertad del pueblo, no sólo en su definición democrática, cuando el concepto de *dêmos* incluye la población de los que realizan trabajos banáusicos, de los que trabajan con sus manos.

Desde antes proviene igualmente la conformación de un estado más fuerte, basado en el control de los pueblos del norte de Grecia, en situa-

ción de desarrollo social teóricamente atrasado, donde sólo se forman entidades cívicas al estilo helénico justo en contacto con Grecia y cuando aquí tales entidades muestran síntomas de crisis. Droysen (1877-78) estableció un paralelo brillante entre el papel de Macedonia en la unificación de Grecia y el de Prusia en la de Alemania. Pero Isócrates pensaba que sólo una Grecia unida podía sobrevivir a sus problemas internos y externos. La sumisión de Grecia comenzó a materializarse a partir de 336. Filipo fue *strategòs autokrátor* de la Liga de Corinto. Todavía entonces se respetaba aparentemente la autonomía. Podía proclamarse la "libertad" de Atenas frente a los persas. Pero desde 335, con la represión en Tebas y otros lugares de Iliria, Tesalia, Tracia, se inicia el tránsito a la configuración de una nueva realidad. En Atenas, Alejandro exigió la entrega de Demóstenes, Licurgo, Hiperides y Caridemo (Plutarco, *Foción*, 17, 2). Según Diodoro (XVII 15, 2), Foción proclamó en la Asamblea que deberían sacrificarse por la ciudad, *hypèr tês póleos*. Aquí incluye Plutarco (17, 7) el dirigir sus fuerzas contra los bárbaros. Alejandro lo hizo su "amigo y huésped", *phílon kaì xénon* (17, 9). Además le ofreció cien talentos, aunque según Plutarco (18, 1-2) Foción los rechazó. Su sobriedad se confundía con el filolaconismo, cuando envió a su hijo a Esparta a educarse en la llamada *agogé* (20, 4). La relación de Foción con Alejandro se expresa en la frase que, frente a la oposición de los "oradores" a enviar naves en su apoyo, le atribuye Plutarco (21, 1): o sois fuertes en las armas o amigos de los fuertes.

A raíz de los sucesos ya mencionados, hubo en Tebas 30.000 esclavizados, por "decisión de la Liga". Luego Alejandro se habría ganado el apoyo de los beocios periecos al haberles atribuido el territorio de la ciudad, lo que se traduciría en su posición contraria a la rebelión de la Guerra Lamíaca (Diodoro, XVIII 11, 3). Desde la jefatura de Alejandro el dominio sobre Grecia cobra el aspecto de un Imperio despótico. En Grecia misma se conserva en general la tensión interna propia de las ciudades en crisis, aunque importantes sectores de las clases dominantes ya han empezado a percibir las ventajas que puede traerles el establecimiento de un estado autoritario como instrumento de control social. En 331 estalló la rebelión en el Peloponeso encabezada por Esparta, pero en 330 fue aplastada por Antípatro, que había quedado a cargo de Macedonia y Grecia, en la batalla de Megalópolis. Por ello, Alejandro los excluía de los méritos de la victoria sobre los persas (Arriano, *Anábasis*,

I, 16, 7; Plutarco, *Alejandro*, 16, 8). Alejandro pretendía así sustituir el papel de Esparta como defensora de los griegos de Asia (Wallace, 2010: 153). Las propuestas de negociación planteadas en la Liga hubieron de ser remitidas a Alejandro, según Diodoro (XVII 73, 4), al no ser posible llegar a acuerdos entre las partes. La reacción ateniense está representada por la actitud de Demóstenes y en sus éxitos en el asunto de la corona propuesta por Ctesifonte en 330, que puso de relieve que en Atenas predominaba aún la postura contraria a los macedonios.

La victoria de Alejandro en Gaugamela en 331 contra Darío había acabado con las esperanzas de los atenienses de obtener apoyo de los persas. Luego, como resultado del fracaso de la revuelta encabezada por Leóstenes, en 322, se abolió el sistema democrático y se redujo de manera drástica la participación en la ciudadanía sobre un criterio censatario, con lo que el control político cayó en los *kaloikagathoi*, entre los que destaca Foción, que procedieron a la disolución del *dêmos* y las leyes (Green, 1993: 42). Asimismo, el personalismo del poder de Alejandro venía marcado por la tendencia de algunos gobernantes del siglo IV, en diferentes ciudades del mundo griego, y por algunos de los protagonistas de la política ateniense, así como por las ya mencionadas teorías sobre la realeza de escritores como Jenofonte e Isócrates. A partir de estas bases, sobre las experiencias de la monarquía macedónica en proceso de transición, potenciado por los contactos con las ciudades griegas, y sobre la situación existente en los territorios arrebatados al Imperio persa, se elábora un nuevo sistema unificado y despótico, sin perder las relaciones clientelares de la monarquía inicial. Sin embargo, ella llevaba en sí el germen de su propia destrucción, basada en el personalismo diversificado de los compañeros del rey, para los que pronto dejó de contar la monarquía originaria en sus aspiraciones individuales por controlar parcelas de poder crecientes, creadoras de nuevos conflictos internos.

En cualquier caso, todos ellos se apoyaban en un ejército que se había remodelado en la época de Alejandro como continuación de la dinámica iniciada en la época de crisis, con predominio del mercenariado y las lealtades personales, ahora intrincada con la integración de contingentes de orígenes variados. Asimismo se complicaban las circunstancias económicas de unos ejércitos cada vez más numerosos y costosos. La dinámica iniciada con Alejandro se reproduce en la constante necesidad de conquistas para el propio sostenimiento de los gastos, que así se

multiplican de modo creciente. En el ejército de Alejandro se incluían mercenarios atenienses, así como prisioneros tomados como rehenes en las guerras anteriores y, luego, como combatientes en los ejércitos de Darío. Sin embargo, las tropas siguieron reclutándose mayoritariamente entre los griegos, incluso por parte de los reyes helenísticos de Oriente. El fin de la campaña de Alejandro creó un nuevo problema con la licencia de los mercenarios, fuente de disturbios en las ciudades. De este modo, se señalaba la trascendencia en el cambio de modelo de ejército, tanto en relación con los rasgos propios de la ciudadanía como en lo que se refiere al mundo económico, dado que en varias ocasiones las dificultades financieras de los estados provocaban graves disturbios, entre los mercenarios mismos o entre los indígenas, que podían llegar a ser difíciles de reprimir. La resistencia ante los ejércitos grecomacedonios se manifestaba tanto entre los egipcios como entre los iranios, a lo largo de todo el período. Ya desde la época de Alejandro se verifican reacciones que lo definen como enemigo de la religión de los pueblos, en escritos de carácter oracular o profético. A veces, los problemas para el pago del salario conducían al estallido de motines y pillajes, como las tropas macedonias de Antígono en Capadocia en 320-319, que extendieron su acción por Licaonia y Frigia, antes de que los persuadieran para volver a Macedonia. Un rey no puede impedir a los soldados el pillaje de las ciudades conquistadas, si no quiere que las tropas lo abandonen en favor de otros jefes. Era un procedimiento habitual de obtener botín y esclavos, con toda la violencia y crueldad que le reconoce Polibio (XV 21-22; Préaux, 1978: 428).

Parece éste el caso de los acontecimientos que marcan, en la época de Ptolomeo IV Filopátor, el inicio de la decadencia de la monarquía lágida, coincidente con la construcción del palacio descrito por Ateneo (V 204b-206c). En su época se quebró el sistema que se había mantenido a lo largo de los reinados de los tres primeros miembros de la dinastía, basado en el dominio de una serie de puntos en Asia, en las islas e incluso en Tracia, que garantizaban de lejos la seguridad de las fronteras. Ello caracterizó, según Polibio (IV 34, 1-2), la política de los reyes, que no prestaba atención a las cuestiones internas y en cambio se veía absorbida por los temas militares. La legitimidad del dominio se basaba sólo en la teórica herencia faraónica. Al menos a partir de 306, el rey era faraón desde el punto de vista de los egipcios, que conservaban su vida tradicional.

El nacimiento del nuevo mundo se producía cargado de dificultades originadas en sus propias características identitarias. La situación se aprovechaba por parte de otros reinos con fuerzas renovadas, como la Siria de Antíoco III, que intentó recuperar la Celesiria, en coincidencia con la Macedonia de Filipo V y la intervención romana. Aunque en la batalla de Rafia de 217 los egipcios lograron conservar el territorio, la circunstancia dio pie al estallido de las insurrecciones de los indígenas. Fue sobre todo la política exterior, orientada básicamente a garantizar las fronteras, la que aceleró la crisis, principalmente a causa de los problemas con las ciudades griegas. Las de la Cirenaica y Chipre permanecieron controladas, pero las situadas en las costas del Egeo, las de Cilicia y Tracia, puestas en manos de mandos militares, se encontraron en una situación difícil que las obligaba a optar, en los conflictos entre estados, entre Siria y Egipto. Desde los inicios del siglo III, Egipto controló los tráficos del Egeo a través de la Liga de las Islas, donde se establecieron fundaciones en las que predominaba el nombre de Arsínoe, que servían de puerto a la flota ptolemaica. La costa tracia seguía siendo un lugar importante para el establecimiento de relaciones con pueblos periféricos del norte, como lo eran las antiguas colonias griegas del Mar Negro, especialmente Bizancio, por su situación privilegiada como lugar de paso, cuyas ventajas se veían contrarrestadas en ocasiones con las agresiones de los vecinos tracios. Con el tiempo llegó a competir con Rodas en el control del tráfico de las naves, lo que condujo al enfrentamiento del año 220 relatado por Polibio (IV 47). El Ponto recogía productos de todas clases procedentes del conjunto de sus costas, ganado, minerales, pescado salado y mano de obra esclava traída de pueblos como getas y dacios por los pocos poderosos que obtenían grandes riquezas del tráfico (Préaux, 1978: 522-553), creadores de relaciones de intercambio desigual (Shipley, 1993: 275). De hecho, la situación dio pie al estallido de importantes conflictos en la segunda mitad del siglo III.

Volviendo a Alejandro, una vez controlada la población de las ciudades griegas y puesta ésta a disposición de las oligarquías con el apoyo de las armas macedónicas, se dedica a conquistar territorios por la lanza, con lo que personifica una de las formas de realeza que a Aristóteles (*Política*, 1285b6-9) le parecen aceptables, dado que puede incluirse entre las de tipo heroico en las que el monarca conquista y proporciona tierras y establece el *phóros* sobre los vencidos. Detrás de las acciones de Alejandro se hallan los intereses de un campesinado libre, que no

ha experimentado las transformaciones que afectaron al resto de los griegos, los habitantes de las ciudades en las que el sistema campesino se ha visto invadido por la intrusión masiva del trabajo dependiente, en relaciones serviles o clientelares. Cuando se apropia de las tierras del rey persa adopta igualmente formas estatales de control de las mismas, a través de los sistemas tributarios y del establecimiento de modos de dependencia rural, de manera que se superaba en cierto modo la diferencia entre griegos y persas, en los que Alejandro tenía en cuenta fundamentalmente la lealtad a su persona (cf. Briant, 1982: 360, 328). Así ocurrió igualmente en Egipto, que en el momento de la conquista de Alejandro se hallaba bajo el poder de Darío III Codomano, heredero de Artajerjes III Oco, que había recuperado el control desde 332. La satrapía se transformaría en reino desde 305, tras la batalla de Salamina del año 306, en manos de Ptolomeo Lágida, faraón desde el punto de vista de los egipcios, rey desde el punto de vista macedonio. Sobre la época de Artajerjes se extiende Diodoro (X, 51, 2-3), lo que explicaría la fama que le atribuye Plutarco (*Sobre Isis y Osiris*, 11 = *Morales*, 355c).

En la carta que, según Arriano (II 14, 4-9), escribió a Darío en 332, Alejandro se declara ya rey de Asia y "señor de todas tus posesiones". Sobre la base de la compleja administración aqueménida, conserva en gran medida el sistema de las satrapías, en que los sátrapas se encargan de la administración de las tierras regias, la *khóra basiliké*, la recaudación de los tributos y las levas militares. El sistema tributario estaba regulado de manera rigurosa, administrado por los quiliarcos, al menos en los territorios controlados por Antígono. Estas tierras las cultivaban los *laoì basilikoí*, como campesinos adscritos a la aldea, *kóme*, en que se distribuía la población. De hecho, el campesinado tenía ahora mucha menor relación con los centros urbanos de la *pólis* que en la época clásica. Esto aparece claro tanto en la obra de Estrabón como en la de Pausanias (Shipley & Hansen, 2006: 63). El monarca disponía de las tierras y de las poblaciones para hacer donaciones a templos, ciudades o personas, siempre bajo la propiedad eminente del rey, como en el caso de la tierra entregada por Antíoco I a Aristocides de Asos, en Ilio entre 281 y 262 (*OGIS* 221), o la que Antíoco II donaba a su esposa Laodice en 254/3, que incluía varios asentamientos aldeanos y sus poblaciones (*OGIS* 225), aunque en este caso se daban prerrogativas para su disposición posterior (cf. Burstein, 1985: nº 21 y 24). En esa época o más tarde, tal vez incluso

en época de Antíoco II, el rey hizo un tratado de colaboración con la ciudad de Lisimaquia (Burstein, 1985: nº 22).

En las donaciones a los templos indígenas, lo reyes seguían en gran medida las tradiciones de los Aqueménidas y de los Faraones. Los Ptolomeos presidían las reuniones de los sacerdotes egipcios y recuperaron algunos cultos, asimilados a través de denominaciones griegas, como la que se refiere a Asclepio, al tiempo que fomentaron la divinización de la realeza a la manera griega. Se conoce el modo concreto de explotación por parte de los Lágidas, planificado por la monarquía y ejecutado por la administración central a través de los funcionarios supervisados por el ecónomo del nomo, dependiente del *dioikétes*, que a veces sostenía relaciones conflictivas con los campesinos. En gran parte, constituían la base económica del reino. Los funcionarios se hacían responsables de la producción, por lo que desempeñaron un papel importante en la forma de explotación de la tierra. En los asentamientos lejanos servían de contrapunto a los estrategos, los gobernadores que tenían bajo su mando a las tropas de ocupación utilizadas para controlar los territorios fronterizos. En algunos documentos, como el *Papiro de Tebtunis* (Gómez Espelosín, 1999: 533-541), se señalan con detalle las instrucciones del dioceta a un ecónomo sobre el modo de proceder a la explotación sistemática del territorio correspondiente, en la línea de los preceptos para los escribas propios del Egipto faraónico. En definitiva, la explotación de la tierra continuaba los sistemas tributarios heredados del pasado. Además de la producción, las instrucciones se preocupan de las actividades obligatorias complementarias de los ecónomos, la distribución de los productos y su transporte a los lugares de consumo, sobre todo las ciudades.

Junto a las tierras regias se desarrollaron las propiedades de los templos, la tierra sacra, *hierà gê*, en muchas ocasiones de origen indígena, con campesinos pertenecientes a la divinidad, griega o indígena, a cuyos sacerdotes revertían las rentas, y las propiedades de las ciudades, griegas en su mayor parte, o de las aristocracias de origen local, todas independientes aunque sometidas a tributación. El papel de los sacerdotes en Egipto se conserva invariable desde tiempos faraónicos, con las adaptaciones necesarias al mundo griego para garantizar la supervivencia, a base de asumir las tradiciones griegas en un complejo proceso de adaptación. En definitiva, seguían siendo los administradores de la vida espiritual y de los conocimientos esotéricos. De este modo, para unos y para otros,

constituían el máximo sostén ideológico. Entre el poder espiritual y el material se construye así un vigoroso poder político en manos de los sacerdotes.

Sin embargo, el conjunto de los territorios dista mucho de ser homogéneo en el plano del funcionamiento económico. Cada estado revestía caracteres propios, o bien heredados de las divergentes realidades anteriores, o bien surgidos de las vicisitudes políticas, muy diferentes en lo concreto en lo que se refiere a la actuación de cada rey o cada miembro de los poderes ejecutivos y a los comportamientos de los poderosos, griegos, macedonios o indígenas. En el Egipto lágida, se impuso la tendencia al crecimiento de las propiedades de los santuarios. También en Egipto se extendió el sistema de otorgamiento de parcelas a los soldados, *klêroi,* en medio de las aldeas indígenas, la *gê kleroukhiké,* a imitación de los faraones, lo que no dejó de plantear problemas de convivencia entre ambas poblaciones. De los soldados grecomacedonios la práctica se extendió luego a los reclutas indígenas. Algunos sátrapas, como Peucestes, llegaron a integrarse entre los persas reclutados, tanto como para adoptar sus vestimentas, con el beneplácito de Alejandro (Diodoro, XIX 14, 5). Sin embargo, la novedad del Egipto lágida frente al faraónico consiste en su integración en los problemas territoriales y políticos del Mediterráneo oriental. Desde el mismo Ptolomeo I, se inician las acciones por el control de la Celesiria, que sería objeto de enfrentamiento a lo largo de cinco Guerras Sirias entre Ptolomeo y Seleuco por los territorios de Palestina y Fenicia. Las ambiciones territoriales se extendían asimismo a Chipre, las costas de Anatolia y las Cícladas. Por otro lado, la agricultura desarrollada en época faraónica experimentó importantes transformaciones con la introducción de las técnicas derivadas de la agronomía griega, que ya se había desarrollado en la teoría, con la participación de científicos como Teofrasto, lo que se observa asimismo en el tratamiento del ganado, de su cría y reproducción. Durante el período lágida, los *klêroi* tendieron a convertirse en propiedades hereditarias y alienables.

Los sátrapas, designados por su lealtad al rey, pasaron, en el proceso de la campaña de Alejandro, de mayoritariamente macedonios a indígenas, en territorios resistentes a los persas como Caria, o incluso persas procedentes del servicio a Darío que cambiaban de lealtad. Poco a poco, sin embargo, los gobernantes macedonios se fueron adaptando al mundo persa y muchos aprendieron la lengua. De hecho funcionaban como

mediadores con los orientales en el reino seléucida. De todos modos, se impone la centralización en la figura del rey, que actúa a través de una intensa correspondencia con todos los territorios, asentada en el sistema aqueménida, que incluye tratados con entidades autónomas y muestras de tensiones entre la corona y las ciudades por el control de las poblaciones. La correspondencia reflejaba la potencia del sistema burocrático, que afectaba a las *póleis* y a las comunidades, los *éthne*, con documentos en griego, o en arameo, acadio o iranio, entre los Seléucidas, y en egipcio entre los Ptolomeos.

La herencia es especialmente patente en el caso de la administración de los territorios de Antígono y de los Seléucidas. A ello se sumó la experiencia de Filipo, potenciada gracias a la colaboración de Éumenes de Cardia, organizador del sistema centralizado con un equipo mayoritariamente compuesto por griegos. Éumenes, un griego entre los colaboradores macedonios de Filipo, había establecido con éste, a través de su padre, relaciones de hospitalidad y amistad, *xenían kaì philían* (Plutarco, *Éumenes*, 1, 3), seguramente en la expedición a Tracia. Junto a dicho sistema administrativo, Alejandro, que también incorporó a Éumenes entre sus colaboradores, usó el sistema arameo, que había demostrado su solidez en el servicio a Darío, de donde parece que Hefestión heredó sus funciones en el cargo de quiliarco. De este modo, convivieron las dos administraciones para el trato de los diferentes súbditos, con el uso de los dos sellos, de rey de los macedonios y de los Aqueménidas. Ello explicaría asimismo los síntomas de rivalidad frecuentes entre Éumenes, el único griego que llegó a integrarse entre los colaboradores directos de Alejandro junto con los militares macedonios, y Hefestión (Goukowsky, 1975: 316). La muerte de éste y el ascenso a su puesto de parte de Perdicas permitieron la promoción de Éumenes como hiparco (Plutarco, *Éumenes*, 1, 5). Éumenes se había ganado ya el apoyo de las tropas macedónicas al convertirse en gran defensor de iniciativas con ánimo de aumentar los honores a Alejandro, como resultado de las recomendaciones del mismo rey en un sueño (Diodoro, XVIII 60; Plutarco, *Éumenes*, 13, 5).

Por otra parte, Alejandro comenzó a acuñar daricos a la muerte de Darío para los territorios orientales en la ceca de Babilonia, en la que también se acuñaban monedas de tipo macedónico, aunque Alejandro permitía la acuñación en diferentes satrapías. El papel de Babilonia

como centro del poder en los territorios conquistados se interpreta como producto de la conciencia de que la épica conquistadora ha llegado a su fin, lo que se relaciona con la anterior negativa de las tropas a seguir a Alejandro en 326 (Will, 1979: I, 19). De este modo, desde la época de Alejandro los administradores adquirieron una capacidad de acción en el plano económico que escapaba a la labor centralizadora de Hefestión. La intervención estuvo marcada en general por el respeto y la conservación de las estructuras preexistentes. Cuando hizo de la ciudad la capital construyó edificios griegos, pero reedificó la Esagila, el templo local, al estilo tradicional, aunque los derechos ciudadanos se vieron limitados por la presencia regia, como en otras capitales, Alejandría, Antioquía o Pérgamo (Spek, 1987: 65).

La acción de Alejandro se erige así como eje de los cambios, especialmente con la política de fundación de ciudades con el nombre de Alejandría, entre las que destaca la Alejandría de Egipto fundada en 331 según los planos del arquitecto Dinócrates, con dos grandes avenidas como eje de la estructura urbanística, con palacios y jardines, pensada como centro alternativo a Menfis, eje de la cultura y religión egipcias. Destacaba la vía Canópica, entre las dos puertas de este y oeste, cortada por seis grandes plazas. En torno a ella se organizaba el ágora, el emporio, el gimnasio, el Museo y el Serapeo (Stewart, 2006: 163), el primer edificio con fachada corintia. El primer templo plenamente corintio fue el de Zeus Olímpico en Atenas, en la reforma llevada a cabo bajo el patronato de Antíoco IV. Alejandría se convirtió pronto en punto de atracción para intelectuales y artistas de toda Grecia, lo que favoreció que, en el plano religioso, fuera el modelo más representativo de la multiculturalidad helenística. La ciudad sirvió de marco sobre todo para la adopción de los títulos de reyes por parte de los sucesores, siempre en la línea de las fundaciones de coloniales griegas en lo que se refiere a procedimientos y rituales (Buraselis, 2010: 272), aunque también con el apoyo de las tradiciones faraónicas. Su estructura urbanística quiso ser modélica y así la consideraba todavía Estrabón (XVII 1, 8). Desde su fundación, fueron evidentes las ventajas económicas del asentamiento (Arriano, *Anábasis*, III 1, 5-2, 2; Plutarco, *Alejandro*, 26, 3-10), organizado por el propio Alejandro. Desde el principio, Alejandría se concibió como una ciudad griega y macedónica. Sin embargo, en el mundo oriental su presencia no parece haber modificado las estructuras de explotación del trabajo; al menos en el ámbito rural (Kreissig, 1976: 245-246).

Las ciudades y la organización territorial

Esta política fue continuada por los Seléucidas desde Seleuco, que fundó en 305 *ex nouo* Seleucia del Tigris como capital de la región irania, impuesta sobre Babilonia, contra la opinión del sacerdocio babilonio. Seleuco es presentado como constructor de ciudades en oriente con nombres dinásticos (cf. Apiano, *Siria*, 57-58). Seleuco Nicátor, título concedido por sus victorias, gobernó Siria desde el año 301, en un territorio limítrofe entre Asia Menor, Egipto y Mesopotamia. De este modo se inaugura una intensa política de fundaciones, que colabora al desarrollo de la población, sobre un territorio devastado por la política tributaria de los sucesivos imperios, donde ya había con todo muchos griegos procedentes de las guarniciones militares asentados en aldeas. En general, las ciudades se fundaron en la confluencia de zonas económicas, entre la tierra y el mar, entre valles y entre lugares de comunicación con el interior. Los Seléucidas procedieron a fundar asentamientos en todos los puntos del Imperio, desde Anatolia a Sogdiana y Bactriana. En la época de la *Anábasis* de Jenofonte (I 4, 1), parece que por lo menos algunas de las aldeas eran relativamente prósperas, pero que no hay centros urbanos dignos de mención, ni para él ni para Arriano. En cualquier caso, a la llegada de Alejandro se encontraron con una sociedad plenamente rural (Grainger, 1990a: 30). Seleuco movió allí a los babilonios, se supone que a los griegos, dado que Pausanias (I 16, 3) especifica que dejó el santuario de Bel y permitió a los caldeos que se quedaran.

La primera fundación segura en la región había sido la de Antigonia del Orontes por parte de Antígono (Diodoro, XX 47, 5), para vigilar Babilonia y las otras satrapías. Su finalidad había sido la de controlar las rutas y estimular la economía de la zona (Kuhrt, 1987: 51), sobre todo en el acceso al Mar Eritreo (Golfo Pérsico), cuya explotación económica ya había buscado Alejandro por medio de la fundación de colonias (Arriano, *Anábasis*, VII 19, 5).

La fundación de Seleucia del Tigris se interpreta como una continuación de esta política (cf. Salles, 1987: 88, 75, 100). Polibio (XIII 9, 4-5) dice que el rey les concedió a las poblaciones locales la paz y la libertad, mientras que los gerreos le ofrecieron plata, incienso y mirra, que llegaron a constituir una de las comunidades no griegas integradas en el reino. En Arabia llegó a formarse un conjunto en que sobre tales comunidades se estableció una serie de ciudades griegas, como las cita-

das por Plinio (VI 159; Blázquez, 2010: 1483), Aretusa, Larisa, Calcis. Seleuco también fundó hacia 300 la ciudad de Dura Europo, con plano hipodámico, en el lugar de la antigua Carchemish, sobre el Éufrates, pero con una población totalmente macedónica. Igualmente Seleucia Zeugma ofrecía en un puente sobre el Éufrates la vía de contacto con la antigua Mesopotamia, mientras se situaba en la orilla oriental Apamea Siria, que adoptaba el nombre de Apame, princesa siria con la que contrajo matrimonio. Anteriores asentamientos reciben una nueva denominación al convertirse en *póleis*, como Hierápolis. En general, promueve la inmigración griega hacia las nuevas ciudades, en las que adquiere importancia la acrópolis, situada siempre en lugar prominente, al tiempo que reciben un *epistátes* que limita su autonomía, de modo que el carácter de *pólis* sirve realmente para definir su helenidad. Podría decirse que se trata de ciudades de tipo macedónico, más que griego clásico (Grainger, 1990a: 66). Las ciudades se comunican por una nutrida red de caminos, con pequeños asentamientos entre ellas. Las aldeas tienden a incorporarse a las ciudades o a desaparecer. Generalmente, las nuevas ciudades fueron habitadas por colonos griegos o macedonios, que no podían abandonar los asentamientos. Las poblaciones locales quedaron desplazadas a zonas limítrofes o marginales. Muchos de los asentamientos se situaban en las orillas del Éufrates. Según Estrabón (XV 3, 11), los territorios fueron sometidos a una intensa explotación desde la llegada de los macedonios. En las ciudades se instalan instituciones, como la *boulé* y el *dêmos*, señalados en los textos legales, y el pritaneo, aunque bajo un *epistátes* como representante del rey y la presencia de guarniciones militares.

Su sucesor, Antíoco era hijo de Seleuco y Apama, hija de Espitámenes, sátrapa de la Bactriana con Darío III, al que se atribuyó el territorio de Paropanidas, al pie del Cáucaso. Luego Espitámenes se apoderó de Maracanda (Curcio, VII 6, 24), Samarcanda, desde donde controló la Sogdiana. Antíoco representaba por tanto uno de los productos de los matrimonios de Susa en 324 entre colaboradores de Alejandro y mujeres indígenas, que tomaban como modelo el del propio Alejandro con Roxana, hija de Oxiartes. Entre los macedonios de Siria se extendió esta práctica de celebrar matrimonios mixtos, lo que dio lugar a la población más integrada de los reinos helenísticos. Antíoco I aprendió algo de la lengua materna bactriana. Entre los Seléucidas continuó la práctica de los matrimonios mixtos. Con ello se buscaba acentuar, a través de la

integración matrimonial, el proceso de helenización, base para establecer colonias militares sin estatuto cívico y asentar nuevos colonos sobre grandes propiedades o como soldados (Billows, 1990: 294), aunque en ocasiones los Seléucidas también favorecieron el establecimiento de tiranías en las ciudades de Asia Menor. Asimismo, buscaban la coexistencia de macedonios e iranios en las satrapías orientales a través de fundaciones coloniales y de la urbanización (Will, 1975: 377), lo que favorecía al mismo tiempo la difusión de los sistemas agrarios de las *póleis* griegas. Desde Alejandro, los fundadores de colonias recibían el culto tradicional del *oikistés* de las colonias griegas y como benefactores al estilo helenístico, evérgeta. Según Diodoro (XVIII 4, 4), entre los proyectos de Alejandro estaba el de transferir poblaciones entre ciudades de Asia y de Europa, con ánimo de fomentar el intercambio y la concordia, aunque en general en el Mundo Helenístico los intercambios sólo tenían lugar entre los dominantes. En el proceso de delimitación helénica influyó sin duda la victoria de Antíoco sobre los gálatas, llamados también celtas, según Pausanias (I 4, 1), que se definían entonces como el prototipo del bárbaro, lo que le valió a Antíoco el sobrenombre de Sotér, "salvador" (Apiano, *Siria*, 65; Hannestad, 1993: 21; cf. 18). También procedió a la fundación de nuevas ciudades en Asia Menor, como Hierápolis en Frigia y Estratonicea en Caria.

Desde la época de Seleuco se fundaron nuevas Antioquías, como la de Escitia, en sustitución de Alejandría Escate, cerca de Maracanda, en el momento en que Antíoco se hizo cargo de la parte oriental de Imperio, ya como rey. La Antioquía de la Pérside fue poblada por colonos reclutados en Magnesia del Meandro por el mismo rey Antíoco. De este modo se extiende la herencia griega en torno a fundaciones promovidas, después de Alejandro, desde la época de preponderancia de Antígono, por las dinastías regias, como Antioquía del Orontes por parte de los Seléucidas, a donde se trasladó la estatua de *Týkhe*, la Fortuna, desde Antigonia, como símbolo de un programa de reconciliación de las poblaciones, además de Apamea y Larisa en el Orontes, en el año 300, tal vez también sobre asentamientos anteriores de Antígono; y Seleucia y Laodicea, en honor de Laodice, la esposa de Antíoco III, hija de Mitrídates del Ponto, con la que contrajo matrimonio en Apamea en 221 (Polibio, V 43, 1-4). La denominación de la ciudad se unía a otros muchos nombres de raíz macedonia o griega, por parte de los Seléucidas.

Por los mismos tiempos, entre 301 y 294, se formaron las cuatro satrapías sirias, mencionadas por Estrabón (XVI 2, 2): Cilicia y el Amano, Comagene y Seleucia de Siria, Celesiria y Fenicia con Judea. Además del traslado de la población de Antigonia, tuvo lugar la fundación de Antioquía y de Seleucia de Pieria, en la costa, el norte de la desembocadura del Orontes, que tuvo su hipódromo y sus *empória* (Polibio, V 59, 1; 7). Antioquía, que se convertiría en capital del reino seléucida, se desarrolló según el modelo de la Alejandría egipcia y pretendía desempeñar las mismas funciones como centro de los fastos del poder y escaparate propagandístico. Por ello, Estrabón (XVI 2, 5) la compara con Seleucia del Tigris y Alejandría. Seleuco potenció sus funciones como centro de poder en la costa siria, paralelo al del Seleucia del Tigris en Oriente (Invernizzi, 1993). De hecho, fue la ciudad que más se desarrolló en tiempos posteriores, en época de Seleuco II, entre 246 y 226. Estrabón (XVI 2, 4) la considera una tetrápolis, como centro de un grupo de ciudades, con respecto a la que Apamea y Laodicea se presentan como secundarias. Como la misma Alejandría, Antioquía también reproducía la formalidad de las instituciones clásicas de la *pólis*. A veces, permanecían dentro de las ciudades con población predominantemente local. El edificio simbólico de este fenómeno más frecuente es el teatro.

Del mismo modo, en Egipto se extiende la práctica de los matrimonios mixtos, normalmente de varones grecomacedonios con mujeres de la localidad, sobre todo en ambientes agrarios y en las colonias militares. En el mundo rural, los matrimonios condujeron a muchos clerucos a adaptarse al modo de vida de los egipcios. Los celones eran una población de origen beocio, descendientes de los expulsados en la época de la expedición de Jerjes, que vivían entre indígenas, conservaban tradiciones griegas y eran bilingües (Diodoro, XVII 110, 5). Es el caso más destacado de inserción de griegos en el mundo conquistado.

La mayoría de las fundaciones estaba poblada exclusivamente por griegos o macedonios, si se excluyen las clases dependientes. Con el tiempo, junto a las colonias se desarrollaron aglomeraciones de indígenas que adquirieron la condición de *póleis*, en cuyo caso no parece haber diferencias entre griegos y no griegos. Muchas aldeas desempeñaban incluso funciones fiscales. Ello les confería normalmente la libertad y la autonomía, pero sometidas a la *sýntaxis* como forma específica de tributación, que se justificaba precisamente como compensación por el

hecho de garantizar la protección frente a los bárbaros, nómadas o galos, o a otros déspotas. Ésa era la base de los tratados firmados entre los reyes seléucidas y las ciudades o las tribus. Puede también el monarca erigirse en protector frente a los recaudadores o a las oligarquías, lo que suele definirlos como demagogos frente a las clases dominantes. Desde el año 300 tiende a aumentar el número de asentamientos rurales en las llanuras costeras, con *klêroi* asignados a nuevos señores, con carácter tributario, pero, aunque las fundaciones posteriores a Seleuco fueron abundantes, también resultaron pequeñas y en su mayoría efímeras. Asimismo hubo algunas revueltas; en algunos casos, en razón de su aportación a las actividades navales, algunas colonias, como Arado, obtuvieron el control de su propia Perea a cambio de tales aportaciones. Fue éste por tanto un modo de pacificación. Arado también disfrutó de autonomía para acuñar moneda. Las posibles disensiones entre las ciudades y el rey quedaban amortiguadas frente a las amenazas de las poblaciones arameas; las ciudades llegaron a ser el instrumento de la presión tributaria sobre el campesinado dependiente. La radical separación entre colonos y campesinado dependiente explica la construcción de murallas y la función vigilante de la acrópolis (Grainger, 1990a:119). A lo largo de todo el período helenístico cambia tanto el número como el tamaño de las ciudades. En cambio, Émesa sólo creció gracias a su papel como capital de una dinastía árabe a partir del siglo II. La mayoría de las ciudades funcionaba como *póleis* griegas, en el sentido de que poseían magistrados propios y una *boulé*, como Antioquía, pero estaban sometidas a tributo y a la autoridad de un *epistátes*. Su régimen era desde luego oligárquico.

En Egipto los reyes Ptolomeo VIII Evérgetes II, apodado Fiscón, y Cleopatra II promulgaron una orden (*SEG* IX 1, 5) para defender a los propietarios frente a los funcionarios que pretendieran requisar la propiedad o hacerlos prisioneros a ellos o a sus esclavos. Ahora bien, en las explotaciones agrarias, la situación de los iranios y la de los griegos era en cualquier caso la de dependientes, agrupados en entidades urbanas sin ciudadanía propia. De hecho, muchas ciudades en todo el territorio conquistado presentan rasgos urbanísticos notables, con estructuras hipodámicas o más bien capaces de adaptarse a condiciones topográficas complejas, como Priene o Pérgamo, respectivamente. En Priene se construyó un monumental templo dedicado a Atenea Políade, consagrado por Alejandro en 334 (Rhodes & Osborne, 2003: nº 86a), pero

también destacan el ágora y la palestra como características de la ciudad helenística, en momentos en que se documenta una intensa actividad económica (Davies, 2006: 85). Priene es el primer ejemplo de ciudad planificada según los criterios helenísticos, organizada en torno al ágora de manera compacta (Stewart, 2006: 161). Los templos monumentales se extendieron, generalmente sobre antiguos santuarios, como los de Ártemis en Éfeso y Sardes, o el santuario oracular de Apolo en Dídima, dependiente de Mileto, comenzado por Seleuco I en el año 300, que se lo comunica solemnemente en una carta a los milesios (Burstein, 1985: 9). Del mismo modo, restituyó la estatua de bronce de Apolo que Jerjes se había llevado a Ecbatana (Pausanias, I 16, 3). Los Seléucidas consideraban a Apolo su divinidad tutelar, lo que alteraba sus antiguas funcionalidades cívicas. El centro se convertiría en lugar de culto regio a los "descendientes" del dios (Fox, 2010: 6).

El empeño de los monarcas por exhibir sus riquezas como signos de poder favoreció el desarrollo urbanístico de ciudades como Pérgamo y Alejandría, que se convirtieron en modelo de las nuevas ciudades, ampliamente urbanizadas y activas en el plano económico y burocrático, con un amplio espacio habitado en las zonas próximas, como las costas situadas a uno y otro lado de Alejandría, pero sometidas al poder de los autócratas. Su funcionalidad era al mismo tiempo comercial y propagandística, tendentes a asimilarse a las grandes ciudades de los Imperios de la Edad del Bronce, basadas en la organización teocrática. Las señales de su helenismo se plasman en los templos y gimnasios, generalmente edificados con referencia al ágora, fenómeno que se va imponiendo como signo de aculturación ante la hegemonía cultural representada por la superioridad imaginaria de los griegos, aunque ya no desempeña la misma función que en la época clásica. El gimnasio se convirtió en la puerta de acceso a la integración plena por parte de los extranjeros que antes han aprendido la lengua griega, por lo que cobra un nuevo sentido más referido a la dependencia regia que a la naturaleza de la *pólis*, de tal manera que, en vez de situarse en los accesos, como en la época en que representaban la puerta de la ciudadanía, pasan a la zona central de la ciudad monumental. En ello desempeña una función clave el gimnasiarco, encargado del funcionamiento del gimnasio y de los festivales relacionados, así como de la formación de los efebos, los jóvenes que accedían a la madurez a través del servicio militar, aunque

también recibían formación en música, gramática, oratoria y algo de matemáticas. El atractivo tenía su razón de ser en los deseos de huir de la sensación de inferioridad impuesta sobre los considerados bárbaros, como se muestra en un papiro egipcio, en que un campesino local se cree maltratado porque no conoce el griego (Orrieux, 1983: 132-133). Los más atraídos fueron siempre, en cualquier caso, los miembros de las aristocracias locales.

Pérgamo se convirtió después del siglo III en centro cultural con tendencia a sustituir la superioridad de Alejandría, con una biblioteca en que se impone por encima del papiro el pergamino, cuya producción fue promovida por los Atálidas con el fin de evitar las importaciones de Egipto, y donde los comentarios textuales están muy marcados por tendencias interpretativas alegóricas. Confiscada por Antonio, terminó trasladándose a Alejandría tras el incendio del año 47, época en que ésta recuperó su hegemonía como centro cultural y académico. Entre tanto, la actitud política de Ptolomeo VIII forzó a muchos intelectuales a la huida, según noticia tomada por Ateneo (IV 184bc), de Menecles (*FGH* 270 F 9), lo que favoreció el desarrollo intelectual de otros centros, como Rodas, sede de las actividades de Posidonio de Apamea y de Panecio, que había conjugado desde el final de la época clásica el desarrollo económico con la vida intelectual. Luego, hacia 118, el rey decretó una especie de amnistía (cf. Burstein, 1985: 103, 107).

Diodoro (XX 81, 2) y otros autores consideraban Rodas la ciudad mejor gobernada de los griegos. Como democracia se caracterizaba por el protagonismo del consejo, compuesto de ciudadanos elegidos entre todos y pagados durante seis meses, que presentaban los *probouleúmata* a la Asamblea. Los cinco prítanos, uno de los cuales ejercía como presidente, eran igualmente elegidos por medio año. Estos organismos limitaban en la práctica la capacidad de acción de la Asamblea, sólo capaz de discutir y votar las propuestas presentadas. De hecho, Estrabón (XIV 2, 5) considera que no se trata de una democracia. Además del territorio de las ciudades que habían constituido el sinecismo, formaban parte del estado rodio diversas islas de los alrededores y algún territorio continental al oeste de Cnido que formaba la Perea, a la que se añadieron como súbditos otros territorios tras la muerte de Alejandro. Desde entonces, aparecía a los grandes poderes, de Antígono o los Ptolomeos, como un lugar clave en las relaciones de dominio del Egeo, en un conflicto que

se había iniciado a propósito del control del territorio sirio, objeto de guerras durante todo el período. Durante el siglo II, Rodas llegaría a ser árbitro de las actividades comerciales del Egeo oriental. El poder naval confería una autoridad específica a los trierarcos, miembros de la oligarquía capaces de sostener las tripulaciones, que se situaban bajo la autoridad del navarco, con notables diferencias entre ellos (Demóstenes, *Corona*, XVIII 102-108). La importancia de la flota y de las actividades navales potenciaba el papel de los miembros de la oligarquía dedicada a la marina, en la guerra y en la paz. En cualquier caso, el control de la Perea y las relaciones con Siria-Palestina eran al mismo tiempo fuente de riqueza y motivo de conflictos frente a las aspiraciones expansivas de los poderes monárquicos.

A través de las instituciones tradicionales de la *pólis*, lo mismo que de los gimnasios y de los centros pedagógicos, se afirman las comunidades griegas dentro de las regiones periféricas, para fortalecer sus identidades y afirmar su personalidad étnica y cultural, esencialmente en el mundo urbano, donde se cultivan las tradiciones literarias del pasado heleno, sobre todo Homero y Eurípides. Sin embargo, aunque de manera selectiva, también sirvieron para la difusión de la cultura griega entre los indígenas en las zonas urbanas. La financiación de tales instituciones constituía una de las acciones preferidas de los evérgetas que tanto proliferaron en las ciudades helenísticas.

Por ejemplo, Éumenes II prometió a Rodas un teatro de mármol blanco y mandó reparar el teatro de Delfos. Según Polibio (XXXII 8), tenía pasión por la gloria y por ello colmó de beneficios en Grecia a más ciudades que ningún rey o ciudadano particular. En Atenas existe un pórtico de Éumenes y otro de Átalo II, hoy reconstruido como sede del Museo del Ágora. La intención era que allí se difundiera el pensamiento de Carnéades, jefe de la Academia platónica en esos momentos. El pórtico o estoa de carácter regio se convirtió en el símbolo de la ciudad helenística y de su dependencia de la realeza. El hijo de Seleuco que sería Antíoco I recibió honores de Mileto en 299 por financiar la construcción de un pórtico en la ciudad (*OGIS* 213; Burstein, 1985: 2). Al nombrarlo sucesor en vida intentaba garantizar la continuidad de la dinastía. Ya en 288/7, una inscripción de Dídima se refiere a ambos como *basileîs*. En una carta fechada alrededor de 262 (*OGIS*, 214, 2; Welles, 1966: 14; Burstein, 1985: 95), el rey concede a la ciudad de Mileto la exención

de los tributos que otros reyes le habían impuesto. En otra inscripción se declara la filiación de Seleuco con Apolo y el patronato del santuario (*OGIS*, 219). Seleuco se declara, pues, hijo de Apolo (Justino, XV 4, 3-6): En Dura Europo construiría un templo a Ártemis de estilo griego (Colledge, 1987: 144). De este modo, a la muerte de Seleuco la sucesión se produjo sin crisis en la corte, aunque sí hubo conflictos en las *póleis* (*OGIS*, 219; Austin, 1981: 139). Antíoco logró restablecer la paz frente a los rebeldes y en las fiestas participaron tanto ciudadanos como *pároikoi*, "residentes", que nombraron al rey evérgeta y *sotér*, porque "había salvado el territorio patrio con muchas guerras y dificultades" (Memnón, *FGH* 434 F 15). En 270 se abrió un período de paz en el reino seléucida caracterizado por la falta de intervenciones en occidente. A principios de los sesenta, Antíoco II pasó a considerarse como *basileús* compartido hasta su nombramiento en 261.

Del mismo modo, durante el período helenístico se conserva la práctica del teatro, como uno de los medios de reproducir el helenismo, lo que llevó a la renovación de los edificios o a la construcción de nuevos teatros, donde se representaban obras del repertorio tradicional de origen ático, además de las propias de la comedia nueva. En Babilonia se construyó un teatro en el área ocupada por la comunidad griega, que quedaba yuxtapuesta a la población mesopotámica. Desde el punto de vista social, sin embargo, su funcionalidad ha cambiado de modo sustancial, al no formar parte de las prácticas de participación política del pueblo. En esta época el público ha cambiado necesariamente como consecuencia de la eliminación del "teórico" por parte de Demetrio de Falero en Atenas, al margen de los cambios sociales que alteraban la función cívica del teatro. La nueva funcionalidad propagandística del teatro se traduce en grandes edificaciones, como el teatro de Epidauro o la reconstrucción del de Dioniso en Atenas.

Los resultados consisten en adaptar el sistema oriental a los intereses de las oligarquías griegas. De este modo, Alejandro consolida la presencia macedónica en Grecia con el apoyo de los griegos de Grecia y los de Asia, liberados de las presiones persas, de acuerdo con las viejas pretensiones de atenienses y espartanos, adaptadas a las nuevas formas de dominio resultantes de las transformaciones con que se inicia el siglo IV. Algunas ciudades griegas, como las tesalias, habían colaborado con Alejandro desde sus primeras pasos en la marcha hacia el sur (Diodoro, XVII 4;

Esquines, *Contra Ctesifonte*, III 161). En el plano intelectual, Alejandro no trató de imponer la cultura griega, sino más bien introdujo entre sus próximos a representantes de la sabiduría oriental, egipcios, iranios o indios, y poetas que participaban en los juegos y representaciones organizados por él. Las relaciones con los indios fueron explotadas por Onesícrito, que las introdujo en una visión de Alejandro como filósofo experto en la sabiduría oriental, circunstancia que se conoce por el escrito *Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro* de Plutarco.

Del mismo modo, practicó los rituales religiosos de aquellos santuarios, egipcios o iranios, que caían bajo su dominio, con lo que se crearon las bases para el desarrollo de las formas religiosas sincréticas propias del helenismo. Su persona aparece como un adelanto de las tendencias sincréticas que se están configurando en los orígenes del Helenismo, que tendría su manifestación más clara en la creación de la figura híbrida de Serapis por Ptolomeo I, producto al parecer de una política consciente de unir a los griegos y los egipcios en un mismo culto, según los consejos de Manetón, alto sacerdote del culto egipcio, y destinado a tener una gran difusión hasta el Imperio romano. Sus relaciones con los dos primeros reyes de la dinastía ptolemaica marcaron el rumbo de las relaciones religiosas a lo largo de toda la historia del reino. De hecho, sus santuarios eran frecuentados por poblaciones de diferente origen fuera del reino lágida. Ya en el año 200, se estableció un Serapeo en la isla de Delos (*SIG*^{3} 663; Burstein, 1985: 102), dedicada tradicionalmente a Apolo y Ártemis. El santuario se amplió en varias etapas con construcciones cada vez más lujosas. Desde este momento, la isla se convirtió en centro de reunión de divinidades de distinta procedencia, donde acudían oferentes de todas las ciudades griegas a rendir culto a dioses orientales, sobre todo egipcios, relativamente helenizados. Había santuarios de Serapis, Astarté, Baal, que recibía culto como Posidón, así como una sinagoga judía. Ptolomeo fue posiblemente el máximo promotor de las prácticas sincréticas dentro de los reinos helenísticos. El santuario de Serapis se situó en Menfis, capital faraónica del Bajo Egipto, donde el dios, como Osor-Hapi, se asociaba con Isis. La práctica era común: la diosa siria Atargatis recibía culto como Afrodita de parte de los griegos, pero se conocía como "la diosa siria" (Mikalson, 2006: 212).

El éxito entre los griegos de Alejandría, tras la construcción de un santuario monumental por Ptolomeo III, con decorados de inspiración

dionisíaca, se tradujo en una gran difusión del culto en el mundo griego y, luego, grecorromano, con frecuencia junto con el de Isis, que absorbe buena parte de las características de las divinidades del panteón griego. Las aretalogías dedicadas a la diosa, que proclamaban su dominio sobre toda la tierra, se difundieron por el mundo griego en su totalidad y, posteriormente, por el romano. En 333 ya existía un templo de Isis en El Pireo. Los cultos se extendieron igualmente por las ciudades griegas de Asia Menor, como Esmirna, Éfeso, Magnesia del Meandro o Priene. Dentro de tales tendencias destacaría la difusión de las prácticas astrológicas, sobre todo desde Babilonia y Egipto, que se extenderán a lo largo de todo el período y en la época romana. La importancia intelectual de tales prácticas se revela en su aceptación por parte de intelectuales de prestigio como Posidonio. Las capacidades curativas del santuario hicieron que los griegos lo identificaran con los dedicados a Asclepio, incluso en el hecho de que llegara a convertirse en un gran centro comercial y hotelero. La Piedra Rosetta, documento trilingüe del año 196 (*OGIS* 90; Burstein, 1985: 103), en jeroglífico, demótico y griego, es un testimonio de los intentos llevados a cabo en ese sentido, tanto por el hecho lingüístico en sí, como por la aplicación a la titulatura de Ptolomeo V de la traducción griega de la titulatura egipcia. La nomenclatura religiosa tanto como la descripción funcional de los sacerdotes y autoridades representan un retrato completo del punto al que ha llegado el proceso intercultural, así como de los papeles correspondientes a cada uno de los protagonistas y su jerarquización. En líneas generales, tanto en lo que se refiere al culto a divinidades extranjeras, como en las derivas tomadas por algunas griegas, como Asclepio y Dioniso, tiende a prevalecer el aspecto personal sobre el colectivo propio de los cultos predominantes en el clasicismo.

En los diferentes territorios las fundaciones tuvieron distintos objetivos, aunque todas ellas pretendían fortalecer la propaganda regia, ya que aparecían en las tradiciones como un comportamiento propio de reyes. La Alejandría de Egipto pretendió robustecer las relaciones comerciales del antiguo dominio de los faraones con el conjunto de la cuenca del Mediterráneo y fue, sin duda, la que tuvo mayor éxito a lo largo de toda la Antigüedad como eje de los intercambios y sede de una población procedente de todo el mundo mediterráneo y del Próximo Oriente. Por ello se convirtió en el centro de la circulación monetaria del mundo helenístico, mientras los campos experimentaban un retorno a

los intercambios naturales. De hecho, sobre todo a lo largo del siglo III, no hay puerto del Mediterráneo que no se vea tocado por los intereses comerciales de la ciudad de Alejandría. A través de esta ciudad se exportaban los productos del valle del Nilo y se recibían las importaciones que se disfrutaban casi exclusivamente entre los griegos de la urbe. Egipto aparecía a la vista de éstos como la *khóra* dependiente de la ciudad por excelencia, cultivada por los *laoí*, campesinos pertenecientes al encargado de la propiedad, sea ésta regia, de la ciudad o de los templos. La actividad de Alejandría era admirada por autores como Teócrito (*Idilio*, XV), mientras otros criticaban la corrupción de sus costumbres (cf. Préaux, 1978: 496-497). Junto a su admirado urbanismo, la ciudad contenía barrios miserables en los que se acumulaba una población indigente, procedente de los problemas derivados de la explotación campesina.

Estrabón se fija en su actividad comercial y en su desarrollo urbanístico, en torno al puerto y el faro, construido en la rocosa isla de Faros hacia 285, unida al continente por una calzada de siete estadios, unos 1.250 m., a lo que se suma la población intelectual más densa del mundo helenístico. Junto con Rodas, única ciudad que había permanecido libre del dominio de los reyes y que se convirtió por ello en símbolo de la conservación del helenismo tradicional, llegó a ser centro fundamental del comercio de la época helenística, en competencia con la hegemonía de El Pireo. La ciudad de Alejandría fue el escenario teatral de los fastos de la corte de los Ptolomeos, sobre todo según se deprende de la descripción de la fastuosa procesión de la época de Filadelfo por parte de Calíxeno de Rodas, en su obra *Sobre Alejandría* (*FGH* 627 F 2 = Ateneo, 196a-203b), quien le atribuye incluso el mérito de las crecidas del Nilo. La *pompé* estaba dedicada a Ptolomeo Soter, Berenice, Zeus y los dioses olímpicos, así como a Alejandro, con el protagonismo especial de Dioniso, cargado de oro y joyas.

Rodas fue otro de los centros protagonistas de las actividades económicas en la región; hacía la guerra sólo para garantizar el libre paso de los productos que se comercializaban desde sus puertos, del mismo modo que éstos se abrían a las relaciones externas de otras ciudades y reinos. Por Rodas pasaban mercancías procedentes de Arabia y de las regiones occidentales del Mediterráneo para las que servían como lugar de redistribución. De este modo, mantuvo en general relaciones cordiales con las ciudades y reinos helenísticos, como se mostró en la ayuda pres-

tada en el momento del terremoto de 227, que destruyó el Coloso, parte de los muros y los arsenales, según Polibio (V 88-89; Gómez Espelosín, 1999: 588-594), donde se revela, junto con las buenas relaciones, la importancia que tenía para el mantenimiento de los intercambios mercantiles el papel desempeñado por la isla, por su situación geográfica y la habilidad diplomática de sus gobernantes. Polibio (V 89, 8-9) destaca la importancia que daba Seleuco II a Rodas en sus actividades navales.

Ambos centros, Rodas y Alejandría, se caracterizaron por el aumento de riqueza de los habitantes poderosos, los que se aprovecharon del crecimiento de los mercados de esclavos y de las posibilidades generadas por la intensificación de los intercambios. Rodas servirá incluso, con su puerto fortificado inmune a los asedios, de escala para la distribución por el Egeo del trigo egipcio, procedente de Alejandría. En el puerto de Rodas se juntaban comerciantes griegos y orientales, pero los rodios no parecen haber participado directamente en los intercambios, sino que se limitaban a ofrecer servicios, préstamos bancarios y seguridad en la lucha con los piratas y a recabar tributos. Algunos desempeñaban funciones diplomáticas y recibían por ello ventajas en el derecho al tráfico de mercancías, como Nicágoras de Rodas, hijo de Aristarco, que en 300/299 recibió de Éfeso honores, derecho de ciudadanía y autorización para importar y exportar en tiempos de paz y de guerra (*OGIS* 10; Burstein, 1985: 1). Las ánforas rodias, olearias o vinarias, así como sus patrones monetarios, aparecen por todo el Mediterráneo. Pero su presencia se detecta incluso en intercambios de productos que no pasaban por Rodas.

Las actividades mercantiles permitieron un notable crecimiento de la población de diversa procedencia, con un nutrido grupo de extranjeros y abundante mano de obra esclava. El derecho comercial rodio se perpetuó a través de derecho romano (Préaux, 1978: 495). Durante este período, Rodas se muestra fuerte contra la piratería y capaz de adiestrar a marineros de toda Grecia, mientras era controlada por una oligarquía dedicada a las actividades marítimas, lo que fortalecía su prestigio e influencia en el mundo mediterráneo. Estrabón (XIV 2, 5) elogia la capacidad de dicha oligarquía para controlar al pueblo y mantenerlo satisfecho a través de una actitud paternalista que impide las revoluciones, a pesar de la fuerte diferencia entre ricos y pobres. Se habla para el siglo II de un Imperio rodio, apoyado en la Perea, el territorio continental que abarcaba Licia y Caria desde la Paz de Apamea de 188, cuando acabó el Imperio seléucida,

que hubo de prescindir de la mayor parte de su potente flota (Polibio, XXI 40, 13-14). Crece entonces también su presencia en la isla de Delos, que funcionaba sobre todo como mercado de esclavos controlado por Rodas. Ya en época romana, Estrabón (XIV 5, 2) dirá que allí se intercambiaban a diario decenas de millares de esclavos.

Entre los dominios rodios se incluían ciudades como Estratonicea y Cauno, cedidas por los Seléucidas, seguramente para ganarse la colaboración de la isla en sus actividades egeas. Tales territorios estaban cargados con un fuerte tributo y soportaban una guarnición militar en las ciudades, aunque fuera de ella los *koiná* poseían al parecer una mayor autonomía. En el siglo III se vuelve especialmente activa la presencia rodia en el Egeo y la mayoría de las referencias a personajes rodios hace alusión a sus actividades como intermediarios económicos y prestamistas que atendían a personas o instituciones de diferentes ciudades, a veces con contenido político, como la ayuda a los exiliados de Priene en la época de tiranía de Hierón. Los rodios colaboraron igualmente con dinero a la autonomía de Argos frente a los reyes. Rodas ganó así prestigio como defensora de la libertad, frente a la concepción preconizada por los monarcas, según la que la libertad se concebía como sustitución del poder de un rey por el de otro. La época de acercamiento a los Seléucidas debe de coincidir con la guerra contra Ptolomeo II Filadelfo, de que da noticia Polieno (V 18; cf. Berthold, 1984: 82, 89), quien dio pronto muestras de su interés por controlar las ciudades griegas del Mediterráneo oriental y del Egeo, circunstancia que constituye el tema principal del *Encomio* dedicado por Teócrito (XVII 85-94). En los versos 88-89 menciona las posesiones en Panfilia, Cilicia, Licia y Caria. Desde 309, la penetración en Caria se había facilitado gracias a la ocupación de Cauno (Diodoro, XX 27, 2). En este elogio se conjugan los méritos militares con la capacidad de generar riquezas y distribuir sus beneficios entre los *laoí*, las masas identificadas con las tropas de los guerreros de los poemas homéricos (XVII 95-120; Orrieux, 1983: 77), al tiempo que desprecia a las masas de campesinos. Junto a los *laoí* también existían campesinos asalariados, pertenecientes a la ciudad. Teócrito elige un tono que continúa el estilo de los elogios de Píndaro a Hierón de Siracusa (Hunter, 2010: 54). Ptolomeo controló Samos en 280 a costa de Lisímaco y, en Asia Menor, Halicarnaso en Caria y Aspendo en Licia, lo que dio origen a la Primera Guerra Siria.

Sin embargo, los rodios recuperaron pronto su neutralidad y tras el terremoto sufrido en 228 recibieron ayuda de prácticamente todas las potencias, lo que indica que el papel de la isla como intermediario y su función económica seguían siendo importantes. Del mismo modo, se reconocía su rol como mediador en cuestiones políticas entre los reyes gobernantes, sobre todo a finales del siglo III, cuando ninguno parecía capaz de controlar el Egeo salvo los rodios mismos. Tal situación se fortaleció al adoptar el papel de defensores contra los piratas de Etolia y Creta. Los rodios apoyaron hacia 220 el movimiento de ciudades cretenses que se enfrentaba a la hegemonía de Cnosos con ánimo de contribuir a la supresión de la piratería. Sin embargo, el apoyo de Filipo V, que en Creta se abastecía por entonces de tropas mercenarias, obligó a los rodios a una paz, en 217/6, que le hizo perder parte del prestigio ganado en las últimas décadas al tiempo que aumentaba la influencia macedónica.

Los rodios, no obstante, continuaron sus ataques a la piratería cretense, lo que provocó la reacción de Filipo y el enfrentamiento entre Macedonia y Rodas. En tales condiciones, Filipo acudió al apoyo de la piratería y atacó varias ciudades de las costas de Asia Menor y de las islas. Los rodios cedieron con facilidad en el enfrentamiento naval de 202. La situación los condujo a aceptar la ayuda romana, mientras Filipo alcanzaba acuerdos con Antíoco III de Siria que resultaban más amenazadores para ellos. La llamada de Rodas a Roma significaba la ruptura de su tradición de neutralidad entre los estados. Sin embargo, tras la Segunda Guerra Macedónica aseguraron su dominio sobre las islas al renacer la Liga de los Nesiotas. Ahora bien, tales movimientos fueron el motivo de los choques con Roma que llevarían a su intervención final, en el año 196, lo cual sintetiza Livio (XXXIII 38). Es coherente, entonces, que Apiano inicie con ello su libro sobre *Siria* (1 y 3) en que acentúa la importancia de la intervención en Tracia.

La herencia oriental

El sistema burocrático faraónico representado por los escribas sirvió de modelo de las estructuras burocráticas lágidas. La distribución administrativa de nomos heredaba la organización faraónica, lo mismo que los cargos que se dedicaban a su gestión, nomarcos, toparcos y comarcos, dentro de las jerarquías territoriales encargadas de las subdivisiones del

nomo; aunque el estratego al frente de cada nomo era griego al menos hasta mediados del siglo II. Sus funciones se relacionan normalmente con la vida económica de las aldeas incluidas en el nomo. En muchos de los documentos de sus archivos se refleja la hostilidad entre egipcios y griegos derivada de las relaciones económicas, materializada en quejas al monarca a través de los estrategos, debidas a robos y pillajes de las propiedades o a impago de deudas.

Alejandría fue el centro administrativo de todo Egipto, donde residía el rey rodeado de un complejo equipo de funcionarios, cuyo objetivo principal era el de asegurar los ingresos procedentes de las tierras reales. Uno de los propósitos fundamentales del sistema era el control fiscal de las cosechas, que se realizaba en especie y sobre el terreno, donde el cereal se acumulaba en los graneros para su distribución en los servicios del estado desde el núcleo de gestión situado en Alejandría, centro de actuación de la minoría helena que dominaba el Egipto lágida y que se comunicaba en lengua griega. De los remanentes podían disponer libremente los productores. Las rentas en especie se llevaban a cabo por la legislación egipcia, mientras que las rentas en dinero se sometían a leyes sobre el modelo griego. El propio estado podía así garantizar mejor sus rentas, que en el caso egipcio se ha calculado entre 500.000 y 750.000 salarios anuales de obrero (Préaux, 1978: 364-366), al margen de los ingresos en especie, sobre todo en cereales, calculados en el equivalente a la alimentación de 500.000 personas, algo así como el 40% de la producción de los trabajadores egipcios, mientras que la viña, trabajada sobre todo por griegos, sólo pagaba un 17%. Más fuerte era el monopolio sobre el aceite, la cerveza, el lino o el papiro, uno de los principales objetos de exportación junto con los cereales y el vidrio, aunque el control fiscal se ejercía sobre toda la actividad productiva, así como sobre la artesanía y el comercio, lo que condicionó el modo de producción dominante en todo Egipto. A ello hay que añadir los productos de lujo procedentes de las regiones con que conectaba el Nilo, oro, marfil, maderas.

En general, eran los funcionarios los que distribuían las semillas y vigilaban la rentabilidad de las explotaciones. Por su influencia sobre la producción y la exportación a todo el Mediterráneo oriental, se considera que el Egipto lágida fue un motor del desarrollo económico del conjunto del mundo helenístico (Will, 1975: 531), al mismo tiempo que se convertía en centro de atracción de las poblaciones griegas, por razones

tanto económicas como culturales (Lewis, 1986: 153). Alejandría servía de eje entre la producción agraria de la mayor parte de Egipto y la exportación hacia los mercados mediterráneos. El sistema se mantuvo firme hasta la época de Ptolomeo IV, en que comienzan a notarse los efectos del deterioro interno y de la decadencia en las relaciones exteriores, mutuamente potenciados, con repercusiones incluso en las crisis interiores de la dinastía. Ante la ofensiva de Antíoco III en 219, el gobierno tuvo que reclutar 20.000 egipcios en la falange macedónica, lo que le obligó a aumentar la presión fiscal y, tras la victoria de Rafia en 217, sirvió de impulso a múltiples movimientos de sedición. La situación obligó a hacer concesiones a campesinos e indígenas en general, así como a reforzar las actividades de los funcionarios y a concederles determinados privilegios.

La debilidad creciente del poder de los faraones se intenta compensar con el aumento de las pompas y manifestaciones de su autoridad por métodos litúrgicos e imaginarios. El monopolio regio se extendió en Egipto también al régimen monetario, con un patrón propio, basado en el rodio y el fenicio y que impedía la circulación de cualquier otra moneda. El sistema resultaba imprescindible para poder atender los enormes gastos del ejército y del sistema burocrático, pero también los propios de la corte, pero se convertía en un factor de retraso para las operaciones financieras. En cualquier caso, Alejandría fue asimismo escenario de los conflictos sociales que afectaban sobre todo al campesinado cuya producción la alimentaba. Consecuencia fue en ocasiones la huida de la población pobre al campo, la *anakhóresis*; la concesión de asilo por parte de los templos a los campesinos fugitivos en ellos refugiados trataba de frenar la dispersión, a lo que se unían las medidas de los funcionarios de imponer restricciones a los campesinos ricos para proteger a los explotados en nombre de los reyes "benefactores". Con frecuencia, las actitudes de resistencia se manifestaban en aspiraciones escatológicas justificadas en la llegada de grandes desastres de carácter apocalíptico, como ocurre en el Oráculo del Alfarero, que procede de mediados del siglo II a.C., aunque el papiro que lo contiene date del III d.C. (Gómez Espelosín, 1999: 549-556). El texto parece poner las esperanzas de salvación en la figura de Antíoco IV de Siria, que ya se define como rey salvador de los oprimidos a lo largo de todo el mundo griego, mientras que Alejandría se considera una ciudad extranjera. De este modo Antíoco IV se presenta como el continuador de los reinos

frente a Roma (Polibio, XXIX 27), e incluso convocó juegos en Dafne para competir en magnificencia con los celebrados por Emilio Paulo en Macedonia (XXX 25-26), a donde llevó gentes de toda la ecúmene (Diodoro, XXXI 16, 1). Por otro lado, los templos adquirieron así gran popularidad entre los campesinos dependientes. Otras veces en cambio se responsabiliza a unos pocos individuos de la continuidad en la producción de las aldeas.

Otras ciudades del mismo nombre, Alejandría, se relacionaban con funciones defensivas y favorecían para ello la colonización militar, al mismo tiempo que servían como guarnición de las rutas caravaneras que intensificaron su función en el cambio del dominio persa al macedónico. Ahora bien, gran parte de la circulación puesta en marcha por Alejandro repercutió en el gasto de las riquezas heredadas de los vencidos, lo que produjo el doble efecto de activar la economía y provocar la ruina a largo plazo de los estados que habían heredado del poder de los persas. Las colonias ulteriores, ya en época seléucida, tuvieron que afrontar los problemas derivados de su posición marginal dentro de un Imperio muy amplio, de modo que los gobernadores de las satrapías orientales comenzaron a sentirse poco solidarios con los gastos derivados de las guerras sirias de la región occidental, lo que facilitó los movimientos secesionistas de gobernantes y campesinos desde poco después de la muerte de Alejandro. Tras una primera revuelta en 325, a la muerte de Alejandro los colonos griegos de las Altas Satrapías llegaron a nombrar como estratego un tal Filón con un ejército considerable (Diodoro, XVIII 7, 1-5). Según Diodoro, echaban de menos la cultura y el modo de vida griegos, *pothoûntes mèn tèn Hellenikèn agogèn kaì díaitan*. Perdicas encargó la represión a soldados macedonios al mando de Pitón, que había sido guardaespaldas, *somatophýlax*, de Alejandro y que pretendió sin éxito aprovechar la situación para establecer su propio dominio, aunque acabaron con los rebeldes. Más tarde, en la batalla del Nilo contra Ptolomeo, ante el fracaso de Perdicas, sus oficiales encabezados por Pitón fueron los que lo degollaron en su tienda (Diodoro, XVIII 36, 5). Los dos generales de Alejandro, Arrideo y Pitón, serían los nombrados por los soldados macedonios como *epimeletaí* de los reyes (36, 7), aunque luego los mismos apoyaron a Antípatro (39, 2) con plenos poderes, *autokrátora*.

En estas circunstancias se enmarcan los movimientos del sátrapa de Partia, Andrágoras, con el apoyo de Diódoto, sátrapa de Bactriana.

De aquí iba a surgir un reino independiente de carácter griego capaz de extenderse por los territorios lejanos de oriente. En convivencia con los iranios sedentarios hacían causa común contra los nómadas. Más tarde, el reino cayó en manos de Eutidemo, que se hizo fuerte frente a Antíoco III con la misión de contener las amenazas de los bárbaros, considerados por aquél como vasallos tributarios. Eutidemo se defendía de las acusaciones de rebelión con el argumento de que había logrado contener a los nómadas (Polibio, XI 34; Gómez Espelosín, 1999: 601-608). La expedición de Antíoco III, entre 212 y 205, celebrada a su regreso como un éxito comparable a la anábasis de Alejandro, se había limitado en realidad a la creación de lazos de vasallaje que permitían la independencia de hecho de los pueblos y de los gobernantes. Así quedaron regiones como Drangiana y Carmania, y hasta las fronteras con los maurias y con Asoca. De este modo había recuperado el lazo con los griegos de oriente a costa de los partos. Al regreso de la anábasis, según se desprende de los depósitos monetarios, parece haber desempeñado un significativo papel de enlace la ciudad de Seleucia del Tigris (Salles, 1987: 91-92), convertida en nuevo centro del poder real, símbolo de la importancia de la región oriental del reino. En definitiva se trataba de una estructura jerárquica de reinos que permitía considerar a Antíoco como "Gran Rey" al estilo aqueménida (Will, 1975: 396). En su época se centraliza el culto estatal, dedicado a él mismo, a sus antepasados y a su esposa. Los Seléucidas mostraban sus aspiraciones a controlar a los pueblos del Este según ese modelo.

Como el Imperio aqueménida, el reino seléucida se enfrentaba a un espacio heterogéneo difícil de controlar, por su extensión tanto como por la variedad de lenguas y culturas y por los problemas de comunicación. En gran parte heredó asimismo sus ventajas en la administración territorial, a base de una síntesis de tributación y fuerza militar, sobre un conjunto de población heterogénea, entre aborígenes y colonos griegos y macedonios. Por ello mantuvieron en gran parte la organización basada en las satrapías aqueménidas constituidas sobre las etnias. En ellas se conservaron las diferencias anteriores, entre las que se organizaban en aldeas, como la de Lidia, y las que se basaban en ciudades, como la de Babilonia. Las funciones eran en cualquier caso la garantía de los tributos y las tropas, como se ve en el *Económico* pseudoaristotélico (1345b28-1346a5). El reino seléucida fue, con la continuación en el reino griego

de Bactriana, el que de modo más directo puede considerarse heredero del Imperio de Alejandro, al menos en lo que se refiere al dominio espacial de los territorios conquistados por las armas como fundamento de la realeza. De hecho, fueron los que prosiguieron las exploraciones lejanas y los contactos con la periferia. Bactria se constituyó en centro de las actividades fronterizas desde Seleuco I a Antíoco II, con el apoyo de guarniciones militares que permitían el control de las altas satrapías.

Sin embargo, muy pronto, la independencia de la Media Atropatene y las invasiones partas interrumpieron las posibilidades de rentabilizar el dominio de tan extensas regiones, a pesar de haberse establecido contactos, no bien determinados, con el extremo oriente. Más estables parecen las relaciones con la India, de parte de los Lágidas tanto como de los Seléucidas. Desde Seleuco I se documentan vínculos pacíficos con personajes notables, sobre todo con Asoca, entre 271 y 232, que encarna la helenización del imperio mauria. Una inscripción de Afganistán de 258, en griego y arameo, muestra la declaración de fidelidad a las prácticas religiosas de abstinencia de la caza y de la pesca y de la ingestión de animales (Burstein, 1985: 50), y en una inscripción rupestre de Kandahar, también en Afganistán, se encuentra una traducción al griego del edicto de Asoca.

Seleuco envió a Megástenes para dar a conocer las características de los lejanos territorios de Pataliputra y al rey Chandragupta. Los contactos se establecían, o bien por la ruta continental que unía Gandara con Seleucia del Tigris, o por la vía marítima desde el Golfo Pérsico hasta desembarcar en Antioquía Carax, en la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates, para alcanzar igualmente Seleucia del Tigris. Ello favoreció el papel de Gandara como posible centro multicultural, con edictos en griego y arameo. Esto propiciaba la llegada sobre todo de objetos de lujo, perfumes y tejidos, que se consumían por las nuevas clases dominantes que sacaban provecho de las conquistas, habitantes de ciudades como Alejandría de Egipto. Llegan asimismo desde Arabia, por rutas que atravesaban en naves el Mar Rojo y en caravanas el desierto. Los Lágidas conectaron también con el sur hasta la primera catarata, a partir de la cual entraron en contacto con el reino etíope de Meroe, donde, según Diodoro, el rey Ergámenes habría recibido una educación griega con proyección hacia la Filosofía. Además del acceso al oro y los elefantes, los Lágidas conectan por el Mar Rojo con los productos de la Arabia Félix,

que proporcionaba otros objetos de lujo. Ello favoreció la construcción de algunos edificios de tipo griego en poblaciones prehelénicas. Los elefantes, considerados como la gran renovación de los ejércitos helenísticos, llegarían a convertirse en una parte sustancial de los mismos, sobre todo para los Lágidas. Por allí también conectaban con los nabateos de Petra, que servía de punto de partida de las rutas árabes y se convirtió en un centro neurálgico para las relaciones con oriente a través del golfo de Akaba. La novedad con respecto a las formas de intercambio anteriores reside en el monopolio de las grandes casas reales (Will, 1975: 537), que afectaba especialmente a la producción de las minas, donde la dureza de las condiciones de vida de los esclavos servía a Posidonio como ejemplo de un sistema que era necesario reformar (Diodoro, III 12, 2).

La conciencia del cambio

En los representantes más significativos de las ideologías dominantes en la Atenas del siglo IV se reflejaban las preocupaciones derivadas del proceso de cambio, aun en sus inicios, y las posibilidades de atender a los problemas resultantes del mismo. La crisis del sistema clásico inspira nuevos afanes expansivos. Por ello, la conquista de Asia, en la perspectiva del orador Isócrates, se plantea como un modo de creación de formas de dependencia comparables a la de los hilotas. En su *Carta III* (*A Filipo*, 5), aconseja al rey de los macedonios forzar a los bárbaros a ser hilotas (*heiloteúein*) de los griegos; ante la situación crítica de los mercados de esclavos bárbaros creada como consecuencia de la Guerra del Peloponeso, al mismo tiempo que se imponía la esclavización entre griegos (Plácido, 1996), se iniciaba la búsqueda de la recuperación de las dependencias colectivas, que en Atenas habían quedado sustituidas por la esclavitud individual como mercancía desde la época de Solón, aunque Isócrates pretende que dicha recuperación se lleve a cabo en el exterior, a través de la conquista. Sin embargo, el mismo Isócrates (*Arquidamo*, VI 29), en palabras atribuidas al rey espartano, consideraba justa la sumisión de los mesenios como hilotas de los espartanos, aunque fueran griegos. De hecho, éstos utilizan el panhelenismo como concepto justificador de su dominio sobre otros griegos, por ejemplo en el momento de imponer el gobierno proespartano en Tebas.

La crisis del siglo IV se manifiesta en el desarrollo de teorías sociales que prefiguran la sociedad helenística, con dependencias internas y bárbaros sometidos de modo colectivo, al tiempo que obliga a la clase dominante a programar la búsqueda del rey como salvador de Grecia, como represor de las aspiraciones del *dêmos* a conservar la libertad y como conquistador de los pueblos bárbaros. En sus consideraciones sobre la ciudadanía y la esclavitud, Aristóteles puede considerarse como ideólogo de tales características de la transición (Plácido, 2000: 31-34), aunque no de la integración de los bárbaros, que desaconsejaba a Alejandro, según Plutarco (*Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro* = *Morales*, 329a-c), que en cambio lo felicita por no haberlo seguido. Igual que Platón, Aristóteles defiende la legitimidad de la guerra que busca la sumisión de los bárbaros. En cambio, Isócrates (*Panegírico*, IV 50) consideraba griegos a los que han compartido su *paideía*, y no sólo a los del mismo origen. Desde entonces, con la nueva difusión de las dependencias colectivas que revierten a un modo de producción tributario, la ciudadanía queda reducida a las capas acomodadas de la población, lo que permite que las diversas *póleis* del mundo helenístico puedan intercambiarse los derechos y establecer pactos de *isopoliteía* que terminan por reducir su significación a puros honores entre los dominantes.

Los derechos derivados de la ciudadanía se concretaban en aspectos de la vida privada, como las relaciones matrimoniales y la transmisión de la propiedad. Sólo los griegos y algunos hijos de griegos se consideraban *polîtai*, ciudadanos (Spek, 1987: 68). De este modo se protegía en general la capacidad económica de los negociantes en cualquier ámbito geográfico del helenismo. El proceso es paralelo al de la disminución del papel de la *pólis* en el mundo helenístico, a pesar de que se extienda la urbanización, en un sistema integrado en los reinos despóticos, que además sirven de marco a la homogeneización lingüística de la *koiné*; el fenómeno evolucionará de modo uniforme a lo largo del mundo helenístico, aunque probablemente su vigencia real pertenezca sólo al lenguaje escrito. Además, a partir de un momento determinado, se puso de moda recuperar los aticismos específicos del idioma, lo que se prolongó en las escuelas retóricas hasta la época romana. De *koiné* puede hablarse asimismo en la cultura material, donde es posible ver rasgos comunes a lo largo de toda la geografía helenística, al mismo tiempo que existen atributos particulares de los diferentes pueblos (Rotroff, 2006:

147-148). De hecho, hay una gran variedad de culturas entre el conjunto de los llamados "bárbaros". En general, conservaron tales culturas y sólo asimilaron aspectos superficiales.

La urbanización de gran parte de la población se integra en el fenómeno económico que afecta en general a todos los territorios insertos en los espacios de unos reinos convertidos en dominios personales de los reyes, pero dentro de un escenario muy amplio en el que se mueven los vínculos entre los diversos actores, en el terreno de la producción y en el del consumo. El aumento de la población urbana y del consumo favorece la intensificación de las relaciones económicas, que a su vez impulsan nuevas transformaciones demográficas. Todos los factores se hallan en cualquier caso encuadrados en el planteamiento centralizador de los monarcas. Ello se traducía normalmente en una orientación de la economía hacia la fiscalidad, para alimentar a su vez el aparato político, administrativo y militar. El incremento del consumo hizo crecer las preocupaciones de los gobernantes por el abastecimiento, lo que se traduce en el aumento de las instituciones dedicadas a la *trophé* (aprovisionamiento alimenticio) y del papel de los evérgetas, convertidos en muchos casos en figuras relevantes dentro de las ciudades, donde granaban *kléos* (gloria, prestigio) por este procedimiento. También fue necesaria la importación de tejidos en muchas ciudades, como Alejandría, que importaba toda la lana que se consumía en vestidos o en productos de tapicería, cuyo consumo se extendió entre los sectores poderosos económicamente.

La democracia queda reducida a un término propagandístico utilizado con frecuencia incluso en las rivalidades entre los reyes en sus afanes imperialistas. Ninguna democracia tiene proyección social, lo que conduce a que la redistribución de la riqueza quede en manos de los evérgetas, que son en consecuencia los que acaparan los órganos de poder. En algunos casos, las ciudades se aliaban con criterios étnicos para formar lo que suele traducirse como "confederaciones", correspondiente al *koinón* griego, comunidad de etolios, arcadios, focidios o locrios, con vicisitudes históricas diferentes. En general, se interpreta como reacción de las *póleis* ante la presión de los estados territoriales helenísticos (Will, 1975: 489). La más eficaz fue la Liga o Confederación Etolia, el *koinón* de los etolios, cuyo territorio experimentó entre los siglos III y II un claro aumento de la explotación agraria, contrariamente a lo que ocurría en el resto de Grecia, en la que los asentamientos se ven reducidos a lugares

aislados y de pequeñas dimensiones (Alcock, 1994: 178). Además, en sus momentos de apogeo, el *koinón* experimentó un notable crecimiento con la incorporación de otras comunidades no pertenecientes al *éthnos* de los etolios. Asimismo, en la Liga Etolia era frecuente el establecimiento de pactos de *isopoliteía* particulares con las ciudades de la periferia. Más tarde, al parecer, según testimonio de Pausanias (VIII 24, 5), el territorio etolio permanecía sin cultivar, tal vez después de la intervención romana de 167 (Horden & Purcell, 2000: 312-314).

En general, las confederaciones funcionaban a través de organismos representativos del pueblo en armas, es decir, de los ejércitos hoplíticos de ciudadanos, que se reunían tanto en Asamblea como en una *boulé* representativa de cada comunidad en proporción a sus habitantes. Los miembros de la ciudadanía eran los que tenían derecho a recibir tierras de parte del rey, de la *khóra basiliké*, a cambio de las prestaciones militares, de lo que quedaban al margen los indígenas. Como presidente actuaba un estratego elegido anualmente. En la Liga Aquea que, tras la colaboración con Demetrio Poliorcetes, se reformó en 281-280, el momento clave tuvo lugar cuando Filopemen, que había sido educado por discípulos de la Academia (Plutarco, *Filopemen*, 1, 3), organizó en 210 el ejército cívico frente al predominio de los ejércitos mercenarios. Sus maestros participaron en la expulsión de los tiranos de Megalópolis y Sición, aquí en apoyo de Arato, y contribuyeron al establecimiento de las leyes de Cirene (1, 4).

Para Plutarco (8, 5), Filopemen fue quien independizó la Liga Aquea de la tutela de los dirigentes externos, tras una reforma en la táctica y en el armamento de orientación hoplítica (9, 5). Sin embargo, Filopemen se caracterizó por ponerse al servicio de otros pueblos, como los cretenses (13), donde al parecer se plegó a las técnicas propias de la isla, aunque luego trató de orientarlos hacia una "auténtica práctica", *pròs empeirían alethinén*. Como el episodio le costó la animadversión de los megalopolitas, Filopemen se dedicó a buscar la secesión de las aldeas con respecto a la ciudad, "puesto que no formaban parte de ésta en origen". Filopemen resulta así un personaje representativo de la época de renovación, entre la ciudad, las ligas y el poder personal de base militar.

La Asamblea aquea elegía anualmente un estratego y una *boulé*. Polibio (II 38, 7-9) idealiza la Liga como realización de la democracia perfecta, fundada en la igualdad y la concordia, en la *sympoliteía* de las

ciudades miembros, en las que los ciudadanos gozaban de privilegios en toda la Liga, aunque la actividad política estaba limitada a la ciudad propia. Polibio (XXVIII 6, 9) participó activamente en la Liga y se hallaba profundamente vinculado a la figura de Filopemen, a quien dedicó una biografía (X 21, 5-8). En cualquier caso, la cohesión entre sí de los diferentes miembros de la Liga respondía a los intereses de la clase dominante de cada una de las ciudades (Shipley & Hansen, 2006: 64). Parece ser que la Asamblea desempeñaba un papel decisivo en la toma de decisiones de política exterior. Aunque existían normas jurídicas federales y una moneda también federal, no dejó de haber legislaciones locales ni acuñaciones de las ciudades.

La presencia de Alejandro en el Mundo Helenístico

El plan de Alejandro ya se ha definido, en el mismo proceso expansivo, como el de sustituir al Imperio persa y encabezar él mismo el sistema despótico oriental, lo que coincide con la nueva costumbre del rey de llevar vestimentas persas y con el aumento de las relaciones personales con él por parte de los círculos que anteriormente funcionaban como consejeros con capacidad de influir en las decisiones regias de modo paritario. El momento clave se considera el debate sobre la *proskýnesis* que enfrentó a Calístenes con el platónico Anaxarco entre los cortesanos. Calístenes formaba parte de un amplio grupo de intelectuales, científicos, médicos que acompañaron a Alejandro en su expedición, posiblemente bajo la influencia de Aristóteles. Con él había colaborado en la elaboración de las listas de vencedores de los Juegos Píticos por la que los honró la Anfictionía (Rhodes & Osborne, 2003: nº 80, pp. 394-395).

La ceremonia de la *proskýnesis* se interpretaba entre los griegos como una forma de culto. Así la monarquía macedónica se convierte en sistema despótico, sobre la base de la lealtad de un ejército que reconoce la realeza tras la victoria, igualmente transformado bajo un grupo de oficiales cuyas ambiciones parecían más fáciles de satisfacer dentro de este mismo sistema, vinculados por lazos de amistad personal al monarca. En consonancia con ello, al menos desde Alejandro los reyes cultivan los rituales relacionados con divinidades orientales, como se puso de manifiesto en el oráculo de Amón o en las prácticas de los macedonios en Babilonia a la muerte de Alejandro (Curcio, X 9, 11-12).

Desde Alejandro, crece la tendencia a integrar en las monarquías los aspectos formales de los sistemas orientales, aqueménida o faraónico. La salutación de Amón se interpretaba como si lo llamara "hijo de Ra" y la sacerdotisa de Delfos había declarado su carácter invencible (Diodoro, XVII 93, 3). Las anécdotas muestran que su vocación conquistadora se manifestó muy pronto, como definición de las bases de su poder. Sin embargo, el sistema despótico siempre se vio limitado en Macedonia y Grecia, sobre todo mientras duró la presencia de Antípatro, quien había colaborado en la organización del estado macedónico en tiempos de Filipo y sostenía una imagen más tradicional de la realeza, considerada más como predominio étnico que personal. Era el único de los colaboradores de Alejandro que había sobrevivido con un cargo que controlaba un espacio considerable, en este caso el del territorio de Europa gobernado desde Macedonia. Tanto en Macedonia como en Epiro, la realeza helenística conservó los rasgos propios de la monarquía étnica, con un ejército y una asamblea que al menos actuaba por aclamación y estaba formada sobre bases solidarias y de lealtad tradicionales.

De todos modos, también aquí puso en marcha un proceso de divinización que se basa en la identificación con figuras míticas como Dioniso o Heracles, lo que se vio agudizado por el contacto con los sacerdotes y filósofos indios. Dioniso y Heracles recibirían culto apoyados por las dinastías lágida y antigónida respectivamente. Así se pusieron las bases de la monarquía helenística como síntesis de las tendencias grecomacedónicas y orientalizantes. Tanto los Lágidas como los Seléucidas se asientan en las tradiciones griegas y macedonias pero también en un proceso de orientalización. En cualquier caso, en ninguno de los reinos se produce un proceso monolítico ni unidireccional. En la administración lágida y en la seléucida había personal no griego y se permitían otras lenguas en los documentos. El griego no era la lengua oficial del Imperio seléucida. En grados distintos, existen síntomas de uno y otro proceso en todo el territorio resultante de las conquistas de Alejandro, sin que se pueda hablar de fusión total de las civilizaciones, percibida siempre por los griegos como un riesgo de barbarización y que para Droysen (1877-78) era en cambio la esencia del mundo helenístico. En cierta medida, se recuperan las tradiciones heroicas por las que los *basileîs* reciben culto y poseen cualidades divinas, sobre las que se basaba el hecho de que los poemas homéricos los consideraran "vástagos de Zeus", aunque carecie-

ran de los aspectos identificados con las pompas más bien propias de las monarquías despóticas orientales.

De este modo, dentro del mundo helenístico es preciso distinguir las monarquías establecidas sobre los pueblos griegos y macedonios de las que cuentan entre sus súbditos también con poblaciones bárbaras, aunque las delimitaciones no son absolutas. En general, en éstas se desarrollaron más intensamente los rasgos exteriores y los fastos propios de las monarquías orientales, mientras que en las de tradición helena predomina el culto heroico y la esperanza de *soteria*, de salvación, puesta en la acción conquistadora y evergética del monarca. Aquí es frecuente la celebración de cultos que parecen identificarse con los festivales heroicos presentes en la tradición épica, las actitudes favorecidas por el programa de Alejandro, de fomentar los aspectos carismáticos de su autoridad, al borde de la divinización.

Ahora bien, en este contexto por primera vez individuos ajenos a la familia reinante comenzaron a contar con fuerzas suficientes para aspirar al poder personal. Ya en 318, Éumenes, aliado ahora de Poliperconte, reforzaba su propia posición en las luchas de los diádocos con la lealtad de las tropas, asentada en el culto a Alejandro, a través de un altar con los ornamentos regios del conquistador, al estilo de los déspotas orientales, exhibidos delante del trono, y la ofrenda de sacrificios divinos. Así, Éumenes trataba de compensar el hecho de no ser macedonio, lo que lo colocaba en posición de inferioridad en las luchas entre los diádocos. Luego, Ptolomeo I estableció el mismo culto divino en Alejandría en la tumba del fundador, a quien se dedicaban sacrificios heroicos.

En todo el territorio se producen situaciones que revelan la existencia de procesos confluyentes, como el hecho de que incluso en las ciudades griegas se extiendan modos de dependencia clientelar que parecen recuperar los sistemas predominantes en los imperios despóticos. En cualquier caso, las poblaciones helenas de las monarquías seléucida y lágida sólo constituían una minoría del total. Sin embargo, desde las campañas de Alejandro, en los territorios conquistados de Egipto y de Asia, comienza el proceso de transformación de la realeza étnica, enunciada como "rey de los macedonios", en realeza personal, como "rey Alejandro", que se vio acentuado a la muerte de éste. En sus denominaciones desaparece cualquier determinativo, de pueblo o de territorio. Con ello coincide el enorme peso que siempre tuvo la personalidad de

los monarcas en la política macedónica, al menos según la imagen que transmiten las fuentes antiguas, donde escasean en cambio las referencias a las instituciones. La característica fundamental estriba en su capacidad militar de obtener la victoria, lograda con apoyo de los dioses, lo que le confiere la propiedad sobre el territorio conquistado "por la lanza", convertido en patrimonio administrado por medio de sus "amigos". Sin embargo, las fuentes destacan la favorable acogida ofrecida por la población egipcia a Alejandro como liberador frente al dominio persa, sobre todo por el respeto a las tradiciones locales (Curcio, IV 7, 5; Arriano, *Anábasis*, III 1, 4). El sacrificio al buey Apis contrastaba con el desprecio hacia el animal sagrado de parte de Artajerjes y de Cambises. Arriano (VII 9, 8) presenta a Alejandro como muy consciente de las ventajas que las riquezas de Egipto le podían proporcionar (Lloyd, 2010: 87).

En la época de los diádocos se conservó esta característica, pero luego se fue imponiendo la suspicacia hacia las ambiciones de todos los que veían alguna posibilidad de acceder a formas superiores de poder. Todavía en el círculo de Casandro desempeñó su actividad Evémero de Mesene, que desarrolló la teoría de que los dioses del Olimpo eran antiguos reyes benefactores deificados, lo que representa la máxima expresión de la teoría monárquica en auge. Los únicos dioses dignos de veneración serían los que viven en la tierra en el momento.

La aceptación de la *proskýnesis* como signo de sumisión creó problemas entre griegos y macedonios, que consideraban tal actitud indigna de un ser humano. El historiador Calístenes, autor de una crónica que serviría de base a muchos de los historiadores posteriores, pariente y discípulo de Aristóteles, se opuso a la práctica y luego fue castigado como instigador de la conjura de los "pajes". Como consecuencia de los conflictos perecieron Parmenión y Filotas, lo que obligó a una nueva jerarquización, con el ascenso del fiel Hefestión y de Clito como conciliador entre las actitudes contrapuestas, al que más tarde Alejandro asesinaría personalmente por haber censurado las tendencias orientalizantes seguidas por el rey. Hefestión se convertiría, como quiliarco, en el organizador de todos los asuntos burocráticos de la corte y de la administración del territorio del Imperio persa, con centro en Babilonia bajo la dirección de Hárpalo, a modo de tesorero general, que se fugaría a Grecia en 324 con cinco mil talentos. Tras la Guerra Lamíaca tuvo que huir a Creta donde lo asesinaron los mercenarios de Tibrón (Dio-

doro, XVIII 19, 1). Éste continuaba luego sus acciones bélicas con los mercenarios asentados en Ténaro (21, 1). La posterior intervención en Cirene sirvió de pretexto a Ptolomeo para apoderarse de este territorio que, perdida la libertad, pasó a formar parte del reino ptolemaico (21, 9). Sólo los etolios fueron capaces de resistir a la nueva agresión macedonia de Antípatro y Crátero, primero gracias a las condiciones geográficas de su territorio y luego al apoyo de Antígono (24, 1-25, 5). Los etolios serían incluso capaces de tomar la iniciativa, poner sitio a Anfisa, en la Lócride occidental, apoderarse de varias aldeas, *polísmata*, vender como esclavos a parte de los prisioneros, antes de persuadir a la mayoría de los tesalios a colaborar contra Antípatro (38, 2-3), aunque la llegada de Poliperconte puso fin al proceso (38, 6).

En el año 324, ya en Persépolis, tras una expedición de regreso plagada de dificultades, incluida la rebelión de los soldados en la ciudad de Opis, la política de Alejandro estuvo marcada por los proyectos de unificación territorial y étnica, al integrar a las clases dominantes indígenas en las *hetairíai* macedónicas para crear una clase dominante única, correspondiente a un estado único. En ese año, a la muerte de Hefestión, Alejandro decretó la celebración de honores divinos. La capital sería Babilonia, como centro de comunicaciones entre Oriente y Occidente. Allí habría recibido embajadas de todo el mundo, incluidos romanos, cartagineses e íberos. Según Diodoro (XVIII 4, 4), en el memorial (*hypomnémata*) de Alejandro que tras su deceso recibe Perdicas –quien, a la muerte de Hefestión, había heredado la hiparquía, que luego pasaría a manos de Seleuco (3, 4)–, se manifestarían sus ambiciones a la concordia común y la amistad entre pueblos, *eis koinèn homónoian kaì syngenikèn philían*. Los sucesores no cumplieron los designios de Alejandro por considerarlos demasiado ambiciosos (4, 6).

Más que la expansión del sistema griego de la *pólis* se estaba configurando un sistema personalizado de base tributaria de vocación ecuménica, lo que plantearía problemas al superponerse a la *pólis* y al alterar la concepción de la realeza de origen macedónico. La *pólis* se convierte en gran medida en el vehículo de la tributación hacia las arcas del rey, gobernada internamente por la oligarquía beneficiaria del poder monárquico, que pretende reproducir en las nuevas instituciones cívicas las tradiciones de la *pólis* clásica, en ágoras y gimnasios.

En el mismo año 324, en la ciudad de Opis, los soldados reaccionaron a las propuestas de licenciamiento de Alejandro con un movimiento de rebelión que acabó con la condena a muerte de los trece considerados promotores (Arriano, *Anábasis*, VII 11, 8-9). La consecuencia fue que Alejandro atribuyó a los persas el mando de las tropas. Quedaba así rota la identificación de Alejandro con el ejército macedónico, que se ve sometido a las nuevas prácticas propias de una realeza orientalizante. Al acabar el conflicto, según Arriano, Alejandro se refirió a la integración de los iranios dentro de los ejércitos griegos en un brillante festín.

Por mucho que la tierra regia fuera entregada a otros, el rey conservaba la propiedad eminente. El poder regio de la monarquía helenística recibe su apoyo teórico en el estoicismo, que enuncia el concepto de realeza cósmica, sustentada por un monarca sabio y benefactor de la colectividad, que gobierna, como Zeus, sobre todos, griegos y bárbaros, como humanos sin distinciones entre ellos, ciudadanos del cosmos, cosmopolitas, en un mundo que halla su modelo en el orden del universo, compuesto de una materia pasiva y un espíritu activo. Con ello se legitimaba el poder de los reyes y, posteriormente, el imperialismo romano. La escuela estoica proporcionó varios escritos *Sobre la realeza*, como obras de quienes pretenden erigirse en educadores de los monarcas. Demetrio de Falero recomendaba su lectura a Ptolomeo I, del mismo modo que apoyó la difusión del culto de Serapis a base de extender la noticia de que había sido objeto de un milagro con el que el dios le había curado la vista. El dios se extendió sobre todo por sus cualidades curativas.

En el pensamiento estoico, el *pneûma* o espíritu inspira la vida de acuerdo con el *lógos* cósmico, identificado con lo divino, directamente con Zeus en el *Himno* que a éste le dedica Cleantes, con lo que se revitaliza, sobre nuevas bases, el panteón olímpico, en busca de atender las creencias populares sin perder el intelectualismo que domina la escuela. La época de Cleantes a la cabeza de la Estoa (263-232) se caracteriza por su labor de denuncia de la heterodoxia, como la realizada contra la teoría heliocéntrica de Aristarco, al que acusaron de ateísmo. Aristarco había calculado las distancias del sol y de la luna a través de la geometría. De hecho, se igualaba la posición supeditada de todos los habitantes del reino en una situación de pasividad política, que para Droysen (1877-78) significaba el tránsito de la ciudad estado al estado territorial, gobernado por un solo hombre, naturalmente de origen griego, y no bárbaro,

culminado en la fusión con el judaísmo para crear el cristianismo. El hombre sólo alcanza la felicidad si se adapta a las leyes del cosmos y a las de la ciudad. Los reyes eran "ley viva", *nómos émpsykhos*, irresponsables, de acuerdo con un pensamiento que se remontaba al pitagorismo como justificador de la realeza divina. El estoicismo serviría igualmente de base ideológica para el Imperio romano, en los representantes más destacados de los planteamientos teóricos de un poder personal compatible con la oligarquía senatorial, como Séneca o Marco Aurelio. De todos modos, en cada región la realeza adopta formas específicas que tienden a asimilarse a las tradiciones locales. El caso más evidente es la asimilación a los faraones desde el propio Alejandro, llevada a su plenitud por los Lágidas, sin dejar de ser *basileîs* para los griegos. A fines del siglo III, Ptolomeo V culminó el proceso en la ceremonia de coronación celebrada en Menfis, la antigua capital faraónica, símbolo de las transformaciones que se están operando en el Egipto lágida, entre el helenismo y los rasgos egipcios. Para muchos egipcios se localiza en Menfis la esperanza de recuperar la propia identidad, lo que obliga al rey a buscar un acercamiento formal.

La consideración del monarca como fuente de la ley se basaba en tradiciones orientales, pero se apoyaba igualmente en el pensamiento político griego de la tradición platónica y en Aristóteles (*Política*, 1284a14), que declaraba que los reyes son ellos mismos la ley, como derecho de quienes se colocan por encima de los demás hombres. También Isócrates (*A Demónico*, I 36) pensaba que la voluntad del monarca es creadora de ley. Al legislar, los reyes actúan como benefactores de las poblaciones. En general, tienden a adaptarse a las legislaciones locales de los pueblos conquistados, al menos en Egipto, sin ningún propósito unificador, dado que permanecen independientes las formas griegas y las indígenas. Del mismo modo se conocen conflictos en el reino seléucida debidos a la yuxtaposición de los derechos, entre las ciudades griegas y las comunidades locales (Préaux, 1978: 271-273), pues no siempre estaba claro cuál era el ámbito de aplicación de los derechos griegos o locales. Parece que fue en Egipto donde mejor funcionó el encuentro entre tradiciones jurídicas diversas. Así pues, los reyes serán, desde Alejandro, jueces y legisladores. Se suponía que de esta manera se mostraba su capacidad benefactora, al atender a todas las reclamaciones, en el palacio o en la tienda de campaña. Existían tribunales, pero eran presididos por la autoridad delegada del rey. A veces, los monarcas intermediaban entre los tribunales y los súbditos,

se supone que para beneficiar a los segundos frente a la arbitrariedad de los primeros, del mismo modo que intervenían en las disputas entre ciudades por los territorios, como hizo Lisímaco en 283/2 entre Samos y Priene (*OGIS* 13; Burstein, 1985: nº 12).

En Asia Menor, Alejandro visitó el templo de Atenea en Troya y rindió culto a Aquiles, como modo de asumir la herencia épica, identificada como lucha de los griegos contra los bárbaros de oriente, idea que ya se había consolidado desde las Guerras Médicas; también se identifica con la imagen de Aquiles ante Pentesilea en su encuentro con las Amazonas. Luego hace frente al rodio Memnón y a los propersas. Memnón poseía una *khóra* mencionada por Arriano (*Anábasis*, I 17, 8). En 334, se dirige hacia Persia, a través del encuentro de Gránico, donde participó Memnón, que obtuvo el mando supremo en el occidente, pero murió antes de poder llevar a cabo su planeada ofensiva contra Grecia. Se ha destacado (Tod, 1948: 284; Rhodes & Osborne, 2003: nº 98) el hecho de que Atenas podía tratar de consolidar su independencia cuando, en el año 327/6 decreta honores a un Memnón de Rodas, seguramente emparentado con el anterior, como cuando en 331/30 lo hace a favor del odrisia Rebulas, aliado de Memnón (cf. Schwenk, 1985: nº 58, 289-294; nº 45, 223-227). Los rodios permanecieron nominalmente leales al Gran Rey hasta la batalla de Isos. Entonces se estableció una guarnición macedónica con el objetivo de proteger la isla, con una constitución que mostraba un tono claramente aristocrático, con un sistema que se caracterizó por su estabilidad.

Alejandro procede a la liberación de ciudades griegas, contra tiranos, al tiempo que enviaba como esclavos encadenados a Macedonia a los mercenarios atenienses que habían combatido junto a las tropas del rey persa, lo que contradecía la propaganda macedonia de que se trataba de una expedición de venganza nacional griega. Sin embargo, pretendía presentar la campaña como obra de cooperación con los griegos cuando envió a Atenas las armas capturadas a los persas como ofrenda a Atenea, con la inscripción "Alejandro y los griegos, salvo los espartanos, de los bárbaros de Asia", lo que los atenienses consideraron una ofensa, al coincidir con la negativa de Alejandro de devolver a los prisioneros del Gránico (Arriano, *Anábasis*, I 16, 6-7; 29, 5; III 6, 2).

El regreso de los exiliados "promacedonios" se lleva a cabo por obra del "*dêmos* y Alejandro", según la propaganda. En realidad, Alejandro

usurpaba las prerrogativas que en teoría correspondían a la Liga de Corinto, que se había instituido sobre el modelo de la Paz Común. Según Diodoro (XVIII 8, 2), su objetivo era ganar apoyo en las ciudades donde surgían revueltas y secesiones de parte de los griegos, *pròs toùs neoterismoùs kaì tàs apostáseis tôn Hellénon*. En 333 regresaban a Lesbos, mientras en Éreso, una de sus ciudades, él apoyaba al pueblo frente a la oligarquía, pero luego, los persas atacaron la isla e instalaron un tirano y una guarnición, hasta que Alejandro, en una nueva intervención, hace volver a los oligarcas, en el decreto de reposición de los exiliados en general, leído en los Juegos Olímpicos de 323, lo que crearía muchos problemas en las ciudades y al propio Antípatro; en general, se consideraba que Alejandro rompía así los compromisos de la Paz Común; igualmente regresaron a Quíos y a Éfeso, donde atribuye a Ártemis el tributo pagado a los persas; en muchas ocasiones se acompañaba del restablecimiento de la democracia. En Quíos, donde las luchas sociales habían sido muy cruentas, Alejandro, en una carta datada con probabilidad en el año 334 (Tod, 1948: 192; Rhodes & Osborne, 2003: nº 84), instaurará una constitución democrática, controlada y que obligaba a proporcionar naves y tripulaciones, pero se reservará la última instancia en juicios políticos. Alejandro declara el final de las oligarquías y las tiranías con la concesión de la autonomía y la libertad, pero en general deja una guarnición en las ciudadelas, como en Sardes, costeada por los ciudadanos. La autonomía respetaba las leyes propias, siempre bajo control. Los problemas surgidos a propósito de los exiliados los dirimiría el propio Alejandro. Por otra parte, establece el castigo de los considerados traidores a Grecia por entregar la ciudad a los bárbaros. Eran calificados como enemigos de la causa común de los griegos representada por la Liga de Corinto. En cualquier caso, se trataba de garantizar la lealtad y la seguridad para los ejércitos con ánimo de asegurar la retaguardia en el momento de emprender la expedición hacia el interior. Las guarniciones tenían como objetivo que la libertad se usara para garantizar la fidelidad a Macedonia frente a otros posibles reyes y que se impidieran los movimientos de rebelión. En general, parece clara la existencia de fuertes agitaciones de oposición a la política del rey, sobre todo en relación con los oligarcas que regresaban. En Atenas, la vuelta de los exiliados agravó la situación interna, en la que no habían desaparecido los problemas entre oligarcas y demócratas, a los que se superponían las contradicciones

entre los partidarios y enemigos de la colaboración con Macedonia. Por ello, se negaron a admitir a los exiliados en principio (Curcio, X 2, 4-7). Además, Alejandro buscaba que los atenienses se desprendieran de la isla de Samos y que le entregaran a Hárpalo, que había buscado refugio en Atenas con un importante tesoro procedente de Babilonia. Era la misma época en que Alejandro pretendía recibir culto divino como olímpico, lo cual se aprobó a propuesta de Démades.

Aparecen en este contexto nuevas fronteras en relación con el control de pueblos que forman una masa de sometidos, los *laoí*, en el nacimiento de una nueva sociedad, donde pagan su tributo en beneficio de los poseedores del *oîkos*, que lo reciben del rey, dentro de un sistema definido como tributario. De este modo se recomponen las relaciones de dependencia que afectan a los libres, como proyección de los sistemas teóricos presentes en Platón y Aristóteles, sobre los que se apoya igualmente el sistema estoico de Posidonio, alterado en Grecia sólo con la reesclavización provocada por la presencia romana, sobre todo con la actividad de Sila y Pompeyo, que potencian el control de la piratería. Los mercados griegos cobran nueva vida al imponerse el esclavismo romano en el momento de su mayor expansión. Muchos de los esclavos provenían de poblaciones libres vencidas, incluidas las de las ciudades griegas. Ya en el mundo helenístico se había difuminado la idea de que los esclavos por naturaleza eran los bárbaros. Se calcula que desde la segunda mitad del siglo II el número de esclavos importados del Epiro llegó a más de 150.000 (Hopkins, 1981; Horden & Purcell, 2000: 390). La casa helenística, la *oikía*, se caracteriza por la existencia de formas variadas de dependencia en la mayoría de los servicios, los campos eran trabajados por masas de campesinos, *laoí*, y los esclavos propiamente quedaban reducidos a algunas explotaciones, como las minas de Egipto.

Rodas hasta el 332 había soportado guarniciones y colaborado a la *sýntaxis*. Entonces se promulgó una ley "democrática", con vigilancia de Alejandro. A la muerte de éste los rodios expulsaron la guarnición macedónica, y en general renacieron los movimientos insurreccionales promovidos por los atenienses, que habían acogido de nuevo a Demóstenes, puesto ahora a la cabeza con la colaboración de Hiperides. Éstos organizaron una federación para sustituir a la Liga de Corinto con etolios y tesalios organizados por Leóstenes, que reclutó un ejército con los mercenarios licenciados por Alejandro reunidos en Ténaro, lugar que

ya se había convertido para ellos en punto de reunión y reclutamiento. Leóstenes usaba en función de esto el dinero de Hárpalo. La guerra comenzó para conservar la isla de Samos, pero se convirtió en la lucha para conservar la libertad propia y de los aliados, conocida primero como Guerra Helénica y luego como Guerra Lamíaca, por el asedio a que fue sometido Antípatro en la ciudad de Lamia. En Atenas se opusieron Dḗmades y Foción, pero la Asamblea votó a favor de la guerra e hicieron regresar a Demóstenes de su exilio en Egina (Plutarco, *Demóstenes*, 27, 6), al que había sido condenado por su actitud ante Hárpalo. Los proyectos de los rétores vinculados al *dêmos* proponían, entre otras cosas, la libertad de todos los griegos y la eliminación de las guarniciones (Diodoro, XVIII 10, 2). Equiparaban tal liberación a la que habían encabezado los atenienses frente a los persas (10, 3). De hecho las ciudades visitadas, tanto como los pueblos (*éthne*), por los embajadores se sumaron en su mayoría a la propuesta ateniense, *hai mèn kat'éthnos, hai dè katà pólis* (11, 1). Le parecía a Foción, en cambio, según Plutarco (*Foción*, 23, 3-4), que ni los jóvenes estaban dispuestos a la lucha, ni los ricos a contribuir, ni los oradores a dejar de robar, ni la ciudad tenía dinero, naves ni hoplitas suficientes para tal empresa. El conflicto interno lo expresa Diodoro (XVIII 10, 1) como enfrentamiento entre ricos y pobres, ya que éstos eran lo que estaban acostumbrados a obtener el sustento gracias a la *misthophoría*. A Plutarco (*Foción*, 29, 5), sin embargo, le parecía bien que Foción aconsejara en esos momentos a "agitadores y revolucionarios", *polyprágmonas kaì neoteristás*, que abandonaran la política y los desórdenes y se dedicaran a cultivar los campos. Dado que Diodoro (XVIII 18, 6) considera igualmente que los atenienses, gracias a la paz, podían dedicarse a disfrutar de la tierra, podría deducirse que los sectores que gozaban de una buena porción de la tierra cívica estaban satisfechos con la intervención macedónica, lo que corrobora la anterior afirmación de este autor, según la que los posesores, *tôn mèn ktematikôn*, aconsejaban la paz ante la presencia macedónica.

Tras una primera victoria de los aliados bajo el mando de Leóstenes sobre los beocios promacedonios cerca de Platea en 323 (Diodoro, XVIII 11, 3-5) y del ejército tesalio sobre Antípatro, que había recibido refuerzos de los macedonios de Asia, éste se hizo fuerte en Lamia, donde fue sitiado, y recibió nuevos apoyos de Asia, pero la victoria le vino en las batallas navales de Abido, en el Helesponto, y Amorgo, en las Cícladas,

del año 322, lo que acababa con la brillante hegemonía naval de Atenas. Los aliados habían tenido que desistir del asedio, según Diodoro (13, 4-5), por obra de la Fortuna, *Týkhe*, que provocó la muerte fortuita de Leóstenes objeto de una pedrada en la cabeza. La posterior ayuda de los veteranos de Crátero permitió rematar la victoria en el mismo año, en Cranón, Tesalia, y acabar con la nueva confederación. Tanto Plutarco (*Foción*, 26, 1) como Diodoro (XVIII 17, 1-2) atribuyen la derrota a la falta de experiencia de los jefes y a la indisciplina de las tropas. Confiados por las primeras victorias, muchos habrían vuelto a sus patrias para ocuparse de sus asuntos particulares. Tras la rendición, Antípatro sólo admitió la negociación por ciudades, *katà pólin*, no con el conjunto de los aliados, aunque dice Diodoro (17, 7) que las trató "con benevolencia", *epieikôs*, y todas acogieron la paz. Sin embargo, etolios y atenienses seguían pensando en la guerra (17, 8). El pueblo ateniense se sintió entonces aislado y sin aliados, por lo que pensaron acudir a Démades, pero éste se negó a colaborar (18, 1), hasta que el pueblo le restituyó los derechos que previamente le había retirado (18, 2).

En cambio, las primeras diferencias entre los diádocos se mostraron en la falta de apoyo de Éumenes a los macedonios sitiados, en la idea de que Antípatro pretendía apoderarse de Macedonia con el apoyo de Cleopatra, la hermana de Alejandro (Plutarco, *Éumenes*, 3, 9). Se considera que esta batalla no tuvo resultados determinantes, pero sirvió de remate a la batalla naval de Amorgo, que sí fue trascendental en el curso de los acontecimientos que certificaban las transformaciones de la ciudad de Atenas junto con el final de la flota. Desde entonces se impondrían los representantes de las posiciones más contrarias al poder del *dêmos* con el apoyo de potencias exteriores. La tradición del pensamiento platónico y aristotélico se concreta en las formas políticas que implanta la oligarquía bajo las monarquías helenísticas. La victoria de Antípatro trajo a Atenas una nueva constitución timocrática apoyada en la guarnición macedónica (Diodoro, XVIII 18). Según Plutarco (*Foción*, 28, 7), fueron excluidos por su pobreza doce mil ciudadanos, de los que algunos quedaron en situación miserable y de absoluta carencia de derechos (*skhétlia kaì átima*). En las demás ciudades tomó medidas similares con respecto a la ciudadanía, por lo que, según Diodoro (XVIII 18, 8), recibió elogios y coronas, lo que no se compadece con algunos datos, como los referidos a Eufrón de Sición (*Syll.*, 317, 18).

Entre tanto, los macedonios habían ampliado su flota a partir de las intenciones de Alejandro de extender su acción hacia occidente (Bosworth, 2003: 22), lo que complicó fundamentalmente la situación de Atenas, que todavía contaba con una cierta hegemonía naval. Para negociar los términos de la paz, Antípatro había exigido como condición hacerlo con cada ciudad por separado, lo que rompió la alianza y dejó aislados a atenienses y etolios. Demóstenes se suicidó e Hiperides, que había pronunciado el discurso fúnebre por los caídos en el primer año de la guerra, fue ejecutado, con lo que acabó el último intento de los atenienses de conservar su independencia. Hiperides consideraba la Guerra Lamíaca como una cruzada frente a la impiedad de los macedonios y destacaba la solidaridad de los tebanos, frente a los de Platea que habían colaborado con los macedonios y que Hiperides ignora en su *Epitafio* (VII 9-13). Para negociar con Antípatro los atenienses eligieron finalmente a Démades y Foción, que se habían mostrado partidarios de la paz, junto con el filósofo de la Academia Jenócrates, que habría participado en la misión del año 322 enviada a Tebas a ver a Antípatro. Jenócrates dijo que el trato de Antípatro hacia los atenienses sólo podía reputarse de moderado si creía que eran esclavos, pero para libres era duro, por lo que se negó a aceptar la ciudadanía en un régimen que había tratado de evitar (Plutarco, *Foción*, 27, 6; 29, 6), mientras que Foción y Démades consideraron las exigencias de Antípatro *philanthrópous*, pero los ciudadanos excluidos, calculados en alrededor de doce mil, en razón del censo tuvieron que acudir a una colonia en Tracia (Diodoro, XVIII 18, 4-5).

Cuando Plutarco inicia la biografía de Foción (1, 1), se refiere a éste y a Démades como quienes habían tenido que gestionar los restos del naufragio de la ciudad, *politeuómenos tà nauágia tês póleos*, aunque aclara que tal afirmación es más cierta acerca de Foción, ya que Démades era él mismo un resto de dicho naufragio de la ciudad (1, 2-3). Al parecer, Demetrio de Falero quedó descontento con los resultados de la embajada de Jenócrates. Los atenienses tenían que permitir a los macedonios usar el puerto de El Pireo y situar una guarnición en Muniquia, la colina que controla y protege el puerto; por otro lado, los macedonios impusieron la entrega de los responsables de la guerra, además de limitar los derechos políticos sólo a quienes poseían al menos dos mil dracmas, con lo que el número de ciudadanos quedaba reducido a nueve mil, identificados con el censo hoplítico. Así se pretendía recuperar la democracia de Solón, de

la que el propio Aristóteles (*Política*, 1274a15-18) reconoce las limitaciones. No obstante, se mantuvo para la *politeía* el nombre de democracia como *pátrios politeía*, la que se definía como intermedia entre la tiranía y la democracia plena, la llamada "extrema" por Aristóteles, ello a pesar de las tensiones internas que duraron hasta 318, con varias embajadas a Antípatro para que restaurara la libertad y retirara la guarnición de Muniquia. Foción, sin embargo, desoía las peticiones del pueblo de que pidiera a Antípatro la retirada de la guarnición, por lo que hubieron de acudir a Démades (Plutarco, *Foción*, 30, 8), pero éste se encontró con Casandro, que lo castigó por haber pedido ayuda a Antígono. La condena de Démades aparece mucho más cruel en *Vida de Demóstenes* (31, 6), en la que se justifica por su constante comportamiento engañoso, propio de los que terminan traicionándose a sí mismos, conforme a palabras de Demóstenes. Según Diodoro (XVIII 48, 2), tras la muerte de Perdicas se descubrieron unas cartas en que había pedido a éste que pasara a Europa a atacar a Antípatro, lo que se constata en un papiro de Berlín.

En esa época se había creado ya el cuerpo de los *nomophýlakes*, que vigilaban la legislación procedente de la Asamblea. Sus enemigos llamaban al régimen por todo ello oligarquía. Pero serían Démades y Foción los que, a la cabeza del gobierno ateniense, se dedicaron a condenar a muerte a los políticos contrarios a Macedonia, entre ellos a Demóstenes, que se suicidó, a Hiperides, que cayó en el Peloponeso perseguido por Antípatro, y a Éucrates, el que había propuesto en 336 la ley que protegía la democracia de tiranos y oligarcas. El hecho de que a partir de ese año creciera el número de jóvenes que se alistaba en la *ephébeia* se interpreta, más que como efecto de un crecimiento de la población, como debido a un mayor compromiso ciudadano de quienes estaban en edad de prestar el servicio (Hansen, 1988). Eufrón de Sición, nieto del "tirano", se dedicó a proteger a los políticos antimacedónicos de las diferentes ciudades, pero Antípatro y Crátero tuvieron que atender asuntos de Asia. Eufrón recibió honores y la ciudadanía para él y sus descendientes de parte de Atenas (Schwenk, 1985: nº 83, 407-418), lo que se renovaría después de la restauración de 318. A pesar de su evidente hostilidad, Jenofonte (*Helénicas*, VII 3, 1) tiene que reconocer la popularidad del personaje entre sus conciudadanos (Tuplin, 1993: 124). Seguramente por el mismo motivo recibió honores Teofanto, en el mismo año, con la proxenia y el título de benefactor del pueblo. Apolónides de

Sidón recibió honores por iniciativa de los comerciantes (*émporoi*), con inclusión del derecho de *énktesis*, a lo que se suman otros casos en que se especifica que se debió a la garantía del abastecimiento de grano con motivo de la guerra. Otros decretos del año 322/1 conceden igualmente la *énktesis* a otros benefactores (cf. Schwenk, 1985: nº 82, 401-407; nº 84, 418-426; nº 85, 426-432; nº 86, 433-436).

Sin embargo, a finales de 322 las tropas macedónicas ocupaban la fortaleza de El Pireo y obligaban a los clerucos atenienses a retirarse de la isla de Samos. Entre ellos se encontraba la familia de Epicuro. Más tarde, el mismo Démades, que, según se descubrió en unas cartas del archivo de Perdicas, le había solicitado ayuda para luchar contra "el viejo déspota", Antípatro, fue ejecutado con su hijo Demas en Pela, a donde había acudido a solicitar la evacuación de las tropas de El Pireo (Plutarco, *Foción*, 30, 9-10). Desde este momento y a lo largo de todo el período helenístico los macedonios mostraron mucho interés en el control del puerto de El Pireo, al tiempo que para los atenienses se convirtió en la principal reivindicación el objetivo de expulsar las guarniciones. En gran parte, la economía ateniense dependía de las importaciones, como ocurría en época de Pericles, pero ahora era más difícil el control de los proveedores externos.

CAPÍTULO 3

La herencia de Alejandro

La muerte de Alejandro se convirtió en la escena de luchas personales y de proyectos contrapuestos, donde se jugaba la continuidad del nuevo sistema sobre las bases derivadas de los estados despóticos, dentro del marco de las aspiraciones de la oligarquía a garantizar las posibilidades de sumisión a formas de dependencia no esclavistas. Por ello resultó un fracaso la política de Poliperconte plasmada en el decreto de 319, que disolvía las oligarquías instauradas por Antípatro después de la Guerra Lamíaca de 323-322, dado que en ellas era donde se encontraban los posibles apoyos a los macedonios, mientras que los exiliados que ahora volvían mantenían su actitud hostil a la dominación externa. Por otra parte, el mismo decreto establecía por primera vez la libertad de los griegos, pero también que nadie tomara las armas contra "nuestros intereses" (Diodoro, XVIII 56, 2-3; 6). En consecuencia el panorama fue un tanto heterogéneo, pero unificado por la instauración y la confluencia de dichos modos de explotación. El mayor retroceso desde la perspectiva del Imperio de Alejandro consistió en la falta de unidad, pues los diferentes reinos ulteriormente creados respondían al carácter de imperios despóticos en que se insertaban las nuevas formas de dependencia procedentes de la disolución del sistema esclavista vinculado a la *pólis*.

En Macedonia, en el siglo III, se impone la práctica de la *paramoné*, por la que el esclavo manumitido continuaba bajo el poder de su dueño como dependiente jurídicamente libre. Así aparece en un documento de Beroia, fechado entre 280 y 235, a nombre del rey Demetrio II. Si no permanecen a las órdenes del dueño la libertad quedará invalidada (Burstein, 1985: nº 54). Sin embargo, el poder personal se convirtió

en un motivo de enfrentamiento entre los reinos que se prolongó hasta el momento de la intervención romana, en el año 220, momento en que Polibio comienza su *Historia*, porque piensa que se inicia un nuevo impulso hacia la unificación (I 3), fenómeno más importante que el de la helenización (I 2) (Préaux, 1978: 6). Para él la Historia desempeña un papel educativo, sobre la base de las personalidades modélicas (I 1, 1). Se trata de la *symploké* o interconexión, con que Polibio se refiere al período de más intensa intervención romana que se inició en Cinoscéfalas en 196 y culminó en la batalla de Pidna del año 168 (Green, 1993: 269), momento en que el mismo Polibio fue deportado a Roma. Allí, protegido por Escipión, identificó el estado romano con la constitución perfecta, mezcla de democracia, oligarquía y monarquía. Roma se había convertido en árbitro de los asuntos del Mediterráneo oriental. Cinoscéfalas significó el final de Filipo V, pero Nabis, igualmente derrotado, volvió a emprender luego la guerra contra los aqueos, momento en que intervendría Filopemen, aunque fracasó en el terreno naval (Plutarco, *Filopemen*, 14, 5-12), pero se recuperó en acciones terrestres. La celebración del triunfo en Roma de Emilio Paulo por la victoria de Pidna mostró las enormes riquezas que podía proporcionar el control de los reinos.

Las rivalidades personales entre los colaboradores de Alejandro se apoyaban, por otro lado, en las nuevas estructuras militares que hacían de la guerra un elemento básico del nuevo sistema productivo, entre los beneficios obtenidos por la clase dominante y la inserción de los dominados en actividades militares convertidas en trabajo asalariado. El ejército macedónico, fundamentalmente la caballería formada por los sectores más selectos de la sociedad macedónica, avalaba la continuidad de la dinastía de los Argéadas, lo que facilitó el inicial predominio de Perdicas como quiliarco en funciones en nombre de los reyes, en el momento en que se diferenciaban los conceptos de realeza y de poder o autoridad real, por los que ahora rivalizaban los diádocos. El nombramiento sería ratificado en la reunión de Babilonia. Éstos entre tanto se veían todos ellos dispuestos a presentarse como el heredero y continuador de Alejandro en todos los aspectos. La idea inicial era esperar el nacimiento del hijo que esperaba Roxana. Como quiliarco, los sátrapas se quedaban a las órdenes de Perdicas. Éste parece haber defendido la continuidad unitaria y la ampliación de los territorios conquistados por Alejandro, con el apoyo de la caballería. Desde esta posición y con estas intencio-

nes trató de manipular la distribución de satrapías en beneficio propio, hasta que fue asesinado en 321. En definitiva, a la larga la distribución de las satrapías fue el verdadero núcleo del mundo helenístico, como mundo dividido entre quienes ejercían el poder personal en diferentes territorios, en el dominio del particularismo frente a la idea de unidad. Las satrapías más importantes correspondieron a Ptolomeo, Antígono, Éumenes y Lisímaco.

Según cuentan los historiadores de Alejandro (Diodoro, XVII 117, 4; Curcio, X 5, 4; Justino, XII 15, 12), éste, ante la perspectiva de su muerte, entregó el anillo real a Perdicas y, cuando le preguntaron sus amigos a quién dejaba la realeza, dijo: "al más fuerte". Según las fuentes, significaba que lo designaba como *epimeletès tês basileías*, lo que se ha traducido normalmente como "regente del reino" o "guardián de la monarquía" (Green, 1993: 3). La realeza se debatía entre Filipo Arrideo, hijo de Filipo, conocido como Filipo III, de débiles condiciones intelectuales, aclamado por los soldados de infantería macedonios en asamblea, y el hijo esperado por Roxana, en quien los jefes militares y los *hetaîroi* cifraban sus esperanzas de un largo período de regencia que los beneficiaría. A propuesta de Éumenes, que como no macedonio se encontraba en posición de declararse neutral entre *hetaîroi* y falange (Plutarco, *Éumenes*, 3, 1), se llegó al acuerdo de nombrar reyes a los dos, con los nombres de Filipo III y Alejandro IV y la regencia de Perdicas, que retenía en Asia a ambos. Se trataba de un modo de aplazar el problema hasta la definición de los posibles candidatos. Entre tanto, los documentos los llamaban *basileús* a los dos, incluso después de su muerte. Sólo con sus cartas de autorización era posible acceder a los tesoros de Alejandro guardados en Babilonia (Diodoro, XIX 90, 4; Fox, 2010: 5). Ésa fue una de las prerrogativas de Éumenes (Plutarco, *Éumenes*, 16, 4).

Sea o no cierto, pues hay quien piensa que fue una invención del mismo Perdicas, el planteamiento resulta simbólico de las aspiraciones de los sucesores a conseguir la fuerza a costa de rivalidades y la ruptura de la unidad, que sólo se sostenía vinculada al poder personal. Las posibilidades de sucesión dinásticas se vieron pronto superadas por el protagonismo de los oficiales macedonios, que buscaban la adhesión de las tropas para fortalecer sus posiciones individuales. Por su parte, los soldados inclinaban sus preferencias según las perspectivas de obtener beneficios económicos en la guerra. También se cuenta en relación con

esto que Alejandro predijo la celebración de grandes contiendes entre sus amigos a su muerte. Éste era el ambiente cuando Perdicas convocó a los jefes militares a la reunión de Babilonia con ánimo de marcar las líneas de actuación futuras. Sin embargo, no estuvieron presentes tres de las figuras clave de la historia sucesiva, Antípatro, Crátero y Antígono Monoftalmo. De todos modos, los presentes, Casandro, Lisímaco, Seleuco y Ptolomeo, se repartieron los territorios entre Ptolomeo, Egipto, Lisímaco, Tracia, mientras Antígono quedaba al mando de Panfilia, Licia y Frigia, y Éumenes de Capadocia y Paflagonia, junto a la costa meridional del Mar Negro hasta Trapezunte, aunque ésta todavía pertenecía al rey Ariarates, hasta que se produjo la conquista con la colaboración de Leonato. Luego fue Perdicas el que apoyó su ocupación del territorio (Plutarco, *Éumenes*, 3, 11-13) y lo nombró general en jefe, *autokrátora strategón*, de las fuerzas de Armenia y Capadocia (5, 1). Dice Plutarco que su ejército estaba formado, entre otros, por doscientos esclavos armados, *diakosíous dè tôn paídon hoplophórous*. Así pudo declararse sátrapa. Por su parte, Perdicas se había hecho acompañar del "rey Filipo" cuando atacó a Ariarates en Capadocia (Diodoro, XVIII 16, 2). Parecería que era Antígono, con todo, quien alimentaba mayores esperanzas de convertirse en el sucesor del reino de Alejandro, aunque Lisímaco mostró pronto aspiraciones a anexionarse el territorio de Macedonia, a partir del control de Tracia, en situación privilegiada para ello (Pausanias, I 9, 5), mientras que Éumenes pretendía más bien apoyar las aspiraciones de los herederos regios (Plutarco, *Éumenes*, 3, 14).

La ficción de la unidad bajo la realeza terminaría con la muerte del nuevo rey y de Roxana, asesinados por Casandro en 310. Inmediatamente se puso de manifiesto cómo cada uno de los miembros de ese círculo tenía sus ambiciones propias. Perdicas sería asesinado con la participación de Seleuco, que había sido hiparco con él. Luego se convirtió en el segundo de Antípatro y controlaba lo mejor de su ejército. Antípatro había quedado como estratego, que funcionaba como regente o tutor de los reyes, mientras Crátero, como *prostátes*, era el encargado del ejército y las finanzas. Según Plutarco (*Éumenes*, 6, 3), era el mejor considerado por la mayoría desde los tiempos de Alejandro, frente a cuya tendencia al lujo persa apoyaba las tradiciones patrias. Por ello Éumenes temía que sus tropas macedonias se pasaran a Crátero (7, 2), en el enfrentamiento en el que precisamente éste encontró la muerte (7, 13), seguramente

en el año 321. Ya antes se habían pasado a Antípatro los macedonios que había incorporado a su ejército tras la victoria sobre Neoptólemo (Diodoro, XVIII 32, 3).

Entre los macedonios, la noticia favoreció la formación de un frente hostil a Éumenes dirigido por Antígono y Antípatro (Plutarco, *Éumenes*, 8, 4). En estos enfrentamientos, Plutarco (14, 9) insiste en la importancia que tuvo para él la lealtad de los soldados, que mostraban su absoluta dependencia hacia él (14, 11). La victoria de Éumenes frente a sus enemigos había hecho que se pasara a sus filas un buen número de buenos soldados macedonios (Diodoro, XVIII 29, 5), que unió a la caballería capadocia (30, 1). Luego, en cambio, la enfermedad que había sufrido Éumenes en la expedición había dejado a los soldados desanimados (XIX 24, 5-6). Es cierto que Éumenes había garantizado la lealtad de los jefes a base de la aceptación de aportaciones que los obligaban a mantenerse junto a él para recuperarlas (Plutarco, *Éumenes*, 13, 12; 16, 3). La derrota de las tropas de Crátero como consecuencia de la muerte del jefe (Diodoro, XVIII 30, 5-6) puso de relieve la dependencia de los ejércitos del poder personal en estos momentos históricos, aunque la lealtad de los macedonios se señalaba en su repetido desapego con respecto a Éumenes.

La formación de la nueva realeza

En esta época recibió nuevo impulso el santuario de Samotracia, donde se construyó un monumento dedicado por Filipo III y Alejandro IV a los Grandes Dioses de la isla, con mármol del Pentélico (Wescoat, 2003: 114). Los reyes, sin embargo, resultaban puramente decorativos frente al poder que se atribuían los colaboradores de Alejandro. En teoría se trataba de un triunvirato, pero en el momento inicial Perdicas no consultó con los otros dos. Perdicas, en su ambición por conservar la unidad del Imperio heredado, concitó la oposición de los demás, Antípatro y Crátero, con el apoyo de Antígono, además de Lisímaco y Ptolomeo, en un plano secundario. Las alianzas circunstanciales ante un enemigo común fueron la tónica de la actuación de los colaboradores de Alejandro a su muerte, índice de que su única herencia duradera fue la aspiración al poder personal.

Los dirigentes militares acabaron por adoptar el título de rey en las diferentes regiones en que se había ido dividiendo el patrimonio deri-

vado de las conquistas de Alejandro. Sus fundamentos se hallaban en la continuación de la política de distribución de los bienes obtenidos por la lanza, en enfrentamientos o acuerdos entre los dirigentes. Son estos conflictos los que forman el mapa del nuevo mundo helenístico, unificado en estados superiores a la *pólis* y fragmentado por luchas entre ellos hasta llegar a la unificación promovida por el imperialismo romano. La conquista de Alejandro había despertado demasiadas expectativas personales para que pudiera conservarse la unidad del poder en una sola persona. Por otra parte, los territorios incluidos en la conquista presentaban una gran diversidad geográfica, étnica y estructural, lo que imponía la variedad en las formaciones políticas y administrativas de los nuevos reinos.

Desde el año 320, Antígono, uno de los colaboradores de Alejandro, probablemente *hetaîros* de Filipo II desde la infancia, relacionado dentro de la córte con personalidades como Antípatro y Éumenes, comenzó a participar en las rivalidades por el poder, cuando se alineó con Antípatro, Crátero y Lisímaco frente a Perdicas, comportamiento qué sería normal en los primeros años después de la muerte de Alejandro. Antígono, que era de familia rica y formado en la cultura griega, llegó a ser el más poderoso de la región oriental del territorio conquistado, desde su victoria sobre Éumenes hasta su muerte en la batalla de Ipso, en 301, lo que le permitió convertirse en rey y transmitir el poder a sus descendientes, en la sucesión dinástica de los Antigónidas, sistema que en general se impone entre los sucesores de Alejandro, aunque no el de la primogenitura. En dicha batalla se distinguió asimismo Pirro, lo que colaboró a su promoción a la realeza del Epiro. Una vez obtenida, consiguió nuevos territorios gracias a la intervención en los conflictos suscitados en Macedonia entre los hijos de Casandro (Plutarco, *Pirro*, 6, 5), uno de los cuales llamó en su apoyo tanto a Pirro como a Demetrio (Plutarco, *Demetrio*, 36, 1). La situación se resolvería con la intervención de éste y su adopción de la realeza de Macedonia en 294 (Plutarco, *Pirro*, 7, 2), al parecer con el apoyo de la población (Plutarco, *Demetrio*, 37, 3), aunque Pirro se apropió de buena cantidad de territorios de Macedonia y de la Grecia del noroeste (*Pirro*, 6, 4-5). Según Plutarco (*Demetrio*, 41, 1-2), Demetrio no era capaz de mantenerse en paz porque sus tropas entraban en agitación en casa (*oíkoi tarakhódes kaì polyprágmones óntes*), mientras en campaña se mantenían dóciles. Por ello decidió atacar a los

etolios y a Pirro, en 289. Sin embargo, fue éste quien ganó gran prestigio en Macedonia (41; 4).

En los enfrentamientos subsiguientes, en efecto, los macedonios vieron en Pirro la nueva imagen de Alejandro (Plutarco, *Pirro,* 8, 2; *Demetrio,* 41, 5), de quien él mismo decía haber recibido apoyo en los momentos importantes, simplemente "con su nombre" (*Pirro,* 11, 5-14), como en la expedición y conquista de Berea, donde además un sector de la población se puso de su parte frente a Demetrio, que se limitaba en cambio a proclamar su poder a base de brillo y boato (*Demetrio,* 41, 5-7). Pirro con su valor y mejor trato consiguió incluso que se pasaran a su lado los soldados de Demetrio (44, 8). El episodio culminaría en su proclamación como rey de los macedonios, aunque el reino se repartió entre él y Lisímaco, que reclamaba parte del mérito de la caída de Demetrio (Plutarco, *Pirro,* 12, 1). El acontecimiento ocurrió en 288 ó 287, fecha que coincide con el restablecimiento de la constitución tebana y con la defección de los atenienses (*Demetrio,* 48, 1-2). Pero el acuerdo real duró poco tiempo, pues, según Plutarco, entre este tipo de hombres, si comparten territorios, siempre surge la guerra (*Pirro,* 12, 3-5), aunque usen nombres como justicia y amistad, *dikaiosýnen kaì philían.* Luego se apoderó de Tesalia, en el momento que se considera la cumbre de su poder en Grecia. Poco después, sin embargo, hubo de retirarse al Epiro, tras la ofensiva militar y propagandística de Lisímaco (12, 11). Demetrio marchó a Asia Menor, pero en Grecia quedaba su hijo Antígono Gonatas, que accedería a la realeza macedónica con la legitimidad que le daba el linaje de su madre, hermana de Casandro. En 286, Demetrio cayó bajo el poder de Seleuco y pasó el resto de su vida en cautiverio.

Pero en el caso de Pirro, ni la derrota ni la victoria ponían límite a sus movimientos, positivos o negativos: *toû taráttesthai kaì taráttein* (Plutarco, *Pirro,* 30, 3). Pirro se consideraría a sí mismo mejor rey en la guerra que en la paz, dado que estaba poco dotado por naturaleza para ésta, *ouk eû pròs hesykhían pephykós* (12, 8). Tanto Plutarco como Polibio relacionan tal circunstancia con las necesidades económicas del régimen. Plutarco, sin embargo, termina el capítulo (12, 12) con unas consideraciones sobre cómo los cambios de actitud de las masas no son más que el correlato de la volubilidad de los reyes. La incapacidad para soportar la inacción, *skholé,* como le ocurría a Aquiles, es, para Plutarco (13, 2), la causa de su intervención en Italia a la llamada de los tarentinos. La

seguridad de Pirro en sí mismo se mostraría en la adaptación del verso de la *Ilíada* (XII 243), que decía que el mejor presagio es combatir por la patria, en la forma de que el mejor presagio era combatir por Pirro (*Pirro*, 29, 4). El problema fue que sus éxitos transformaron su atractivo hacia el pueblo en tiranía y le dieron fama de ingratitud e infidelidad con los aliados (23, 3). En cierto modo, ése se consideraba el destino del poder personal. Así se explica la reacción negativa de las ciudades y de los dirigentes que lo habían llamado.

Al regreso de Italia Pirro tuvo necesidades de dinero para pagar a sus tropas, por lo que emprendió campañas contra Antígono, hijo de Demetrio, y contra los gálatas, que le permitieron fortalecer de nuevo los ejércitos mercenarios (Plutarco, *Pirro*, 26, 3-9), de modo que los mismos gálatas formarían parte luego de sus ejércitos, que lucharían en Argos contra los ejércitos de Antígono, formados por cretenses y espartanos (32, 4). En la misma línea, había intervenido en las luchas internas de Argos entre Aristeas y Aristipo, éste último apoyado igualmente por Antígono (30, 2). Según Plutarco (30, 8), la muerte de su hijo en este enfrentamiento le hizo superar sus anteriores luchas "en audacia y violencia", *tóte d'hyperbállon tólme kaì bía toùs protérous agônas*. En esos momentos destacó especialmente como guerrero individual, luchando a pie contra los mejores combatientes enemigos (30, 10). Incluso en el momento de su muerte, su mirada es capaz de atemorizar al atacante (34, 6). A pesar de la posterior victoria de Arato en 235, Argos quedaría en manos de los aliados de Antígono (Plutarco, *Arato*, 29, 6). Sin embargo, la Liga Aquea, a la muerte de Antígono Gonatas y la subida al poder de Demetrio II en 239, se vio acrecida con la incorporación de Megalópolis, cuyo antiguo tirano Lidíadas se convirtió en estratego, de Aristómaco, sucesor de Aristipo en la tiranía de Argos, de Jenón, tirano de Hermíone, y de Cleónimo, tirano de Fliunte. Todos ellos deponían la "monarquía" para sumarse a la "democracia" de la Liga (Polibio, II 44, 5-6). Igualmente se unió a la Liga la mayor parte de Arcadia (Plutarco, *Arato*, 34, 7). Según Plutarco (30, 5-8), Lidíadas se convirtió en un fuerte competidor de Arato. Entre 240 y 239, Arato llegó a una alianza con los etolios (33, 1), después de haberles impedido penetrar en territorio aqueo a través de Pelene (32, 5). Para Plutarco (34, 7), la alianza con los etolios hizo grande la fuerza de los aqueos.

* * *

La nueva realeza encuentra su justificación en la victoria. Antígono había desempeñado un papel destacado en las primeras acciones de Filipo y en el inicio de la expedición de Alejandro como jefe de los siete mil hoplitas proporcionados por su alianza helénica, según los planes del propio Filipo. Como *hetaîros* y como jefe de los aliados, Antígono debía de tomar parte en los consejos que Alejandro celebraba antes de las grandes decisiones estratégicas. Luego, nombrado sátrapa de Frigia en la primavera de 333, quedó más alejado del rey y cobró una mayor autonomía en la práctica política, pues tuvo que hacerse cargo del gobierno de regiones que no habían quedado bien controladas con el paso de los ejércitos macedónicos, como Pisidia, Capadocia y Paflagonia. En 319 fundaría en Pisidia occidental la colonia de Cretópolis con mercenarios cretenses. Muchas colonias de Antígono en Lidia y Frigia serían refundadas por los Seléucidas. Se trataba de controlar el corazón y eje de comunicaciones del conjunto de Asia Menor, lo que se llevó a cabo en el momento de derrotar a las fuerzas persas que habían contraatacado cuando Alejandro se dirigía a Fenicia, en 332. Así quedó garantizada la retaguardia en el momento de la expedición a Egipto. Con las conquistas de Licaonia y Licia, Antígono aseguró el control de Anatolia y se afirmó como sucesor en el gobierno de la región. Al parecer, en 330 había añadido a su satrapía los territorios de Licia y Panfilia. La administración de tales territorios siguió en principio la tradición aqueménida y sirvió para colocar los cimientos del Imperio de los Seléucidas. Sobre ellos se extendió una helenización formal en las clases dominantes, como se ve ya en algunos monumentos tumulares, entre los que destaca el de Janto, en Licia, con el tema de las Nereidas, datado hacia 380. Las relaciones con los atenienses habían sido intensas desde el siglo V. El lenguaje de la inscripción es una mezcla dialectal con citas métricas de la poesía arcaica (Rhodes & Osborne, 2003: 62).

Cuando en 321 Antígono se unió a Antípatro y Crátero en Europa, estuvo en condiciones de formar un frente hostil a Perdicas. Entretanto, Ptolomeo, que desde el principio parecía tener claras las limitaciones territoriales de sus ambiciones, conseguía llevarse a Egipto el cadáver de Alejandro contra la voluntad de Antípatro y Crátero, pero con el apoyo de Arrideo, el general de Alejandro, que lo acompañó en el viaje fúnebre desde Babilonia (Diodoro, XVIII 28, 2), lo que no lo libró de la hostilidad de Perdicas. El sarcófago de Alejandro se depositó en un edificio

llamado Sema, que se convirtió en uno de los monumentos emblemáticos de la ciudad, en los itinerarios procesionales. Allí se dispuso un *témenos* donde se celebraban sacrificios heroicos y juegos (28, 4), al parecer en Menfis, antes de que el cadáver fuera depositado definitivamente en Alejandría. Los autores antiguos (Ateneo, V 206d; Diodoro, XVIII 90, 3-5) describían el traslado del cadáver como representativo de la aparición de nuevas formas en la concepción de la monarquía (Sherwin-White & Kuhrt, 1993: 115). En seguida se había apoderado del territorio de la Cirenaica, al tiempo que iniciaba la expansión por Palestina. De este modo, los tres, Antígono, Antípatro y Crátero, formaron un primer frente opuesto a los acuerdos de Babilonia, en que Ptolomeo había obtenido el dominio de Egipto. El cadáver de Alejandro se convertía en el símbolo de la legitimidad del poder personal. Sin embargo, con la muerte de Perdicas y Crátero y la reclusión de Ptolomeo en Egipto, fueron Antígono y Antípatro los que controlaron la situación ante la reunión de Triparadiso, en la Alta Siria, en 321, para revisar los acuerdos de Babilonia tras la primera guerra de los diádocos. Las últimas campañas victoriosas de Antígono y la experiencia de Antípatro les conferían el prestigio suficiente, asumiendo éste el papel dirigente como guardián, *epimeletés*, de los reyes, al tiempo que Antígono se encargaba de la guerra contra Éumenes de Cardia.

Ahora se trataba de beneficiar a los que se habían opuesto a Perdicas, especialmente a Seleuco, que recibió la satrapía de Babilonia por su papel en la conjura contra Perdicas. De este modo, en su sustitución sería nombrado quiliarco Casandro, el hijo de Antípatro. Antígono se encargaría de los ejércitos reales en Asia, mientras Antípatro, al cuidado de los reyes como *epimeletés*, mantuvo en su poder a Alejandro IV y Roxana. A Antígono le correspondió la guerra contra Éumenes, que seguía con el control de Asia Menor central. Por su parte, Antípatro se volvía a Macedonia con los reyes, que era la región que le había correspondido en el reparto de Perdicas (Diodoro, XVIII 3, 2), mientras Antígono quedaba al mando de la mayor parte del ejército, incluidos los soldados del viejo ejército real y un número de mercenarios asiáticos, lo que significaba la representación del poder regio en Asia. La figura de Antípatro como regente pretendía recuperar el papel de Macedonia frente a los territorios conquistados, que de hecho se transformaban en el centro de la distribución del poder. Aparentemente, se mantenía la ficción de la unidad del Imperio.

Tanto Antígono como Éumenes tuvieron que hacer frente a problemas dentro de su ejército, donde surgían brotes rebeldes, en algún caso propiciados por el enemigo, como cuando Antígono ofrecía recompensas a los que traicionaran a Éumenes (Plutarco, *Éumenes*, 8, 6). Plutarco (10, 1), admirador de Éumenes, considera que él mismo proponía a sus soldados que lo abandonaran, pues no eran suficientes para la batalla, ni tan pocos como para pasar desapercibidos. Parece que, en general, no tenía buena fama entre las huestes de la vieja guardia macedónica. En la batalla de Orcinia en 319, Antígono venció a pesar de tener un ejército más reducido. El ejército de Antígono se enriqueció con tropas asiáticas y supervivientes de las de Éumenes y con los tesoros acumulados en las ciudades conquistadas, como Ecbatana, Persépolis o Susa. Éumenes se vio sometido a un duro asedio en la fortaleza de Nora, entre Licaonia y Capadocia, que acabó en reconciliación, bajo la presión de los hechos externos, como el conflicto entre Casandro y Poliperconte (Plutarco, *Éumenes*, 12, 1). Dice Diodoro (XVIII 42; 5) que allí Éumenes estableció una especie de comuna igualitaria en compañía de soldados.

La muerte de Antípatro coincide con los pactos entre Antígono y Éumenes a través de Jerónimo de Cardia, enviado por Antígono (Plutarco, *Éumenes*, 12, 2), que acababan con la Primera Guerra de los Diádocos; pero el nombramiento de Poliperconte como regente, con pretensiones de mantener la unidad de la herencia de Alejandro, había provocado la reacción tanto de Antígono como de Casandro. Según Diodoro (XVIII 41, 4-7), en estos momentos se manifestaron las ambiciones de Antígono, que vio en ello la oportunidad para hacerse con el control de Asia (47, 5). La paz, en cualquier caso, se revelaría muy precaria. Inmediatamente atacaría a Éumenes en Capadocia, sobre la base de que había sido nombrado *strategòs autokrátor* de Asia por parte de Antípatro y de que estaba a la cabeza de una gran fuerza militar (50, 1). Decidió por ello no obedecer a los reyes ni a los *epimeletaí* (50, 2). Su esperanza se hallaba en la posibilidad de reclutar mercenarios gracias a los infinitos recursos de Asia (50, 3). A través de Jerónimo, propuso a Éumenes olvidar las diferencias y convertirse en amigos y aliados (50, 4).

Ahora todos decían representar la voluntad de los reyes, incluidas la esposa de Filipo Arrideo, Eurídice, y su madre Olimpíade, hasta el asesinato del rey y el suicidio de su esposa, en 317, al parecer por iniciativa de la propia Olimpíade, con la justificación de que vengaba así el supuesto asesinato por envenenamiento de su hijo Alejandro. En

ello se iniciaba una línea de influencia de las madres sobre la realeza, que, al menos según la historiografía, se prolongaría en la época de los Diádocos, e incluso de los emperadores romanos. En 319, Poliperconte, nombrado *epimeletés* por Antípatro en su lecho de muerte, emitió una proclama en nombre de los reyes, en que buscaba la lealtad contra Casandro y el apoyo de los griegos con la promesa de la libertad y de la recuperación de los exiliados por la revuelta contra Macedonia. Según Diodoro (XVIII 56, 1-2), en palabras puestas en boca de Poliperconte, se trataba de recuperar el espíritu de la tradición inaugurado por Alejandro I, famoso por su filohelenismo. La acción se plantea como resultado de la benevolencia de los macedonios para las ciudades griegas, marcando bien las diferencias entre unos y otros. Diodoro (55, 2; 4) relaciona esta concesión con la eliminación de las oligarquías establecidas por Antípatro y el restablecimiento de las demócracias. En la carta enviada por Poliperconte se instaba igualmente a las ciudades a castigar a los colaboradores de Antípatro con el exilio o incluso con la muerte (57, 1). Luego buscó la alianza con Olimpíade, con la tutela del joven Alejandro (57, 2), así como la de Éumenes (57, 3), al que propuso compartir el cuidado de la casa real (57, 4).

Por su parte, Casandro colocó en Atenas a su amigo Nicanor, de la escuela peripatética. Cuando los atenienses acusaron a Foción, éste aconsejó a Nicanor que se ganara a los atenienses a base de gastos como agonóteta (Plutarco, *Foción*, 31, 3), para celebrar juegos públicos que aplacaran las reivindicaciones. Por su parte, Poliperconte prometía a los atenienses la *demokratía* y la posibilidad de gobernarse según la tradición, *katà tà pátria* (32, 1). Según Plutarco (32, 2), trataba de atacar a Foción, apoyado a su vez por Casandro. El regreso de los exiliados por Antípatro colaboró a la caída de Foción (32, 3). El mismo Plutarco (32, 7) duda del acierto de Foción al dejar escapar a Nicanor. De hecho, luego promovió un movimiento para devolver el control de Atenas a Casandro (Diodoro, XVIII 64). Poliperconte envió un ejército al mando de su hijo Alejandro para apoderarse de la ciudad aprovechando que se encontraba en crisis, con el pretexto de ayudarse contra Nicanor (Plutarco, *Foción*, 33, 1-2). Según Diodoro (XVIII 64, 3), los mismos atenienses habían solicitado la ayuda de Poliperconte. Entre las primeras medidas estuvo la destitución de Foción tras una acusación por parte del *dêmos* (Plutarco, *Foción*, 33, 6). También Dinarco, el que había acusado a Demóstenes, se encontraba entre los represaliados por Poliperconte (33, 8). El juicio

se celebró en el teatro de Dioniso, en un Asamblea en que participaron todos, sin exclusión de esclavos, extranjeros o los privados de la ciudadanía, *ou doûlon, ou xénon, ouk átimon* (34, 3). Se hizo patente que el *dêmos* consideraba a Foción y sus amigos como representantes del poder oligárquico (34, 9). También Demetrio de Falero fue condenado con otros en rebeldía (35, 5). En la época de dominio de Poliperconte, fue ejecutado Foción como servidor de la oligarquía contra la voluntad del pueblo, aunque luego los atenienses le erigirían una estatua.

En 318, tras la muerte de Foción, Atenas volvió a la democracia, pero Poliperconte no consiguió mantener la situación ante los ataques militares, en el ambiente de los enfrentamientos de los diádocos, y durante ese tiempo Muniquia permaneció bajo el control de Macedonia, que pudo desde allí asediar por hambre la ciudad. Así, la democracia sólo duró nueve meses. Derrotado en Megalópolis, Poliperconte no pudo impedir que la Asamblea amenazada negociara con Casandro en 317. De nuevo se establecieron medidas censatarias con un mínimo de mil dracmas, con una significativa reducción con respecto a la época de Antípatro, y fueron ejecutados los dirigentes contrarios al dominio macedónico. Casandro pone a Demetrio de Falero al frente de la ciudad de Atenas, en calidad de *epimeletés*, gobernante en ocasiones incluido entre los tiranos de la época, siempre apoyados por la realeza, pero que se presentaba como el buen gobernante aristotélico. De hecho, Estrabón (IX 1, 20) todavía dirá que no sólo no destruyó la democracia, sino que la corrigió (*epanórthose*). La rehabilitación de Foción tuvo lugar en 317, cuando tomó el poder en Atenas Demetrio, quien se convierte en el prototipo del gobernante helenístico que se presenta como demócrata al servicio de la realeza y que es criticado como tirano por parte de los que aún contemplan la posibilidad de un sistema democrático real.

Olimpíade mientras tanto, como aliada de Poliperconte, se dedicó a agredir a los partidarios de Casandro, que había atacado Macedonia con el apoyo de Eurídice y que había adoptado el papel de guerrero. Entretanto se sucedían los enfrentamientos en pleno desierto entre Antígono y Éumenes, de los que Diodoro hace una detallada narración en el libro XIX, en la que destaca la variada composición de las tropas de uno y de otro lado. El final de la guerra se caracterizó por el movimiento de la mayoría de los hombres de Éumenes para ser acogidos por el vencedor, Antígono; entre ellos estaba Jerónimo de Cardia, al que Demetrio nombraría gobernador de Beocia (Plutarco, *Demetrio*, 39, 4). Así, en

316, después de haber derrotado a Antígono en la batalla de Gabiene (Plutarco, *Éumenes*, 16; Diodoro, XIX 40-43), muere Éumenes asesinado por orden de Antígono, entregado por sus propios soldados. La razón de la entrega habría estado en el control de la impedimenta (Plutarco, *Éumenes*, 16, 11; 17, 1), en que se incluirían mujeres y niños (Diodoro, XIX 43, 7). Se dijo que eran "los macedonios" los que pedían su muerte, por lo que habría sido víctima de la xenofobia de los soldados macedonios; pero los datos parecen indicar que se trató de razones materiales concretas relacionadas con las consecuencias de la batalla y que no todos estaban de acuerdo con ello (Roisman, 2010: 70-74). El propio Antígono se ocupó de vengar su muerte con el encargo de llevarlos a Aracosia para que los exterminaran (Plutarco, *Éumenes*, 19, 3). A principios de 315, Antígono había reunido ambos ejércitos bajo su mando, con los que pudo ganar grandes riquezas y aumentar sus fuerzas con la contratación de mercenarios. Al mismo tiempo, su aliado Casandro recuperaba el control de Macedonia y se declaraba "rey de los macedonios" (*SIG*³ 332). Ello le procuró la hostilidad de los demás jefes militares.

Desde antes, Antígono se declaraba sólo dependiente de los monarcas como estratego de Asia, título que desde ahora pasó a referirse a los gobernadores de distrito dentro de los reinos en formación. De este modo permaneció en una situación incierta hasta 311, mientras Poliperconte nombraba a Éumenes en su lugar, igualmente como estratego de Asia. La paz consolidó como estrategia la política regia de concesión de la libertad y la autonomía. De ese modo, Éumenes se había decidido a romper los acuerdos. Al mismo tiempo, Casandro, descontento por el nombramiento de Poliperconte para lo que creía corresponderle por derecho de parentesco (Diodoro, XVIII 49, 1), había pedido ayuda a Antígono. Casandro se apoyaba además en las oligarquías griegas asentadas por su padre y en las guarniciones que las protegían. De este modo se habían conformado entre los diádocos dos nuevos bandos que emprendieron la Segunda Guerra, que duró de 318 a 315. Fueron frecuentes en ella tanto los intentos de atraerse a las tropas de los contrincantes como las promesas de concesión de libertad y autonomía, lo que promovía los cambios de bando. Según Diodoro (XVIII 61, 4-5), Éumenes ofrecía una paga tal que atrajo múltiples voluntarios de muchas ciudades griegas. En 306, cuando Antígono y Demetrio Poliorcetes invadieron Egipto, Ptolomeo consiguió poner en peligro la expedición a base de atraerse a soldados con promesas de un alto salario (XX 75, 1-3).

Con el predominio de Antígono en Asia continuaron los enfrentamientos motivados por las rivalidades en las aspiraciones personales de cada uno de los diádocos. Ahora era Antígono quien concitaba toda la hostilidad de Ptolomeo, Casandro, Seleuco y Lisímaco. En 314 comenzó la Tercera Guerra de los Diádocos, cuando reclamaron a Antígono que repartiera los territorios y tesoros conquistados en las guerras desde las campañas de Alejandro y se cumplieran los acuerdos de Triparadiso. Era evidente entonces que el poder de los reyes se apoyaba en la posesión del tesoro y en los ejércitos pagados con él, procedente del botín y de los tributos. Esto le daba poder sobre soldados y civiles. Antígono se proclamaba defensor de la libertad y la autonomía de las ciudades griegas como parte de un programa de propaganda con la esperanza de que se enfrentaran a Casandro. La consigna de los atenienses para oponerse a Filipo, la libertad de los griegos, se había convertido en un instrumento de propaganda de los monarcas sucesores de éste, en una estrategia iniciada por Poliperconte en la primera guerra de los diádocos, en la que se extendió asimismo como arma propagandística el desprestigio de los contrarios, elemento clave para ganar apoyos entre la población civil y militar.

A sus rivales Antígono les respondió simplemente que se prepararan para la guerra. Entonces llega a un acuerdo con Poliperconte y establece el asedio de Tiro, al tiempo que se proclama regente con autoridad sobre todo el Imperio macedónico, tras acusar a Casandro del asesinato de Olimpíade y el encarcelamiento del joven Alejandro IV. En la llamada Asamblea de los macedonios, declaró la culpabilidad de Casandro y se erigió en *epimeletés* de la monarquía. Luego proclamó la libertad de las ciudades griegas, lo que aparentemente las identificaba con la situación de las *póleis* en la época anterior. En el discurso que le atribuye Diodoro (XIX, 61-62) se resumen los fundamentos ideológicos y propagandísticos de su campaña, como paladín de los macedonios y los griegos al mismo tiempo, de la dinastía argéada y de la libertad de los helenos. En realidad sólo se materializaba en ciertas funciones municipales y cargos más bien honoríficos, sin eximir de la aportación de tributos. Antígono fortalece así su flota, coincidiendo con la caída de Chipre en poder de Seleuco, que actúa en favor de Ptolomeo, en parte a base de negociar con los gobernantes de Antígono. Éste y Ptolomeo se reúnen al este del Nilo para establecer negociaciones y dejar las luchas entre ellos y restaurar a Seleuco en Babilonia, según las pretensiones de Ptolomeo.

Los resultados fueron efímeros, porque Seleuco y Ptolomeo cruzaron el desierto de Gaza, momento en que se produciría el enfrentamiento con Demetrio y sus elefantes.

Antígono declaró pues la libertad de los griegos, lo que llevó a Ptolomeo a hacer una proclama en el mismo sentido a fines de 314. Entre tanto, Aristodemo, el amigo de Antígono, se procuraba la alianza de los etolios, a la que luego se sumaron los beocios y algunas ciudades de Eubea, mientras Casandro recibía apoyo de Demetrio de Falero. Sin embargo, parte de la población ateniense pedía ayuda a Antígono, que envió a Ptolomeo a invadir el Ática, lo que obligó a Casandro a negociar la paz. El mismo Ptolomeo liberó la Cadmea de Tebas de la guarnición de Casandro. En ese año, Antígono liberó a Calcis de la guarnición de Casandro, lo que lleva a Diodoro (XIX 78, 2) a afirmar que así quedaba claro que Antígono intentaba de verdad liberar a los griegos, y Ptolomeo a toda Grecia hasta las Termópilas salvo Atenas y algunas ciudades del Peloponeso. Gracias a la concesión de Antígono tuvieron autonomía y democracia los milesios en 313, cuando empezó lo que se consideró una nueva época y se inauguró la lista de epónimos que incluye a Demetrio para el año 295/4 y al rey Ptolomeo II para 279/8 (*SIG*^{3} 322; Burstein, 1985: nº 25). Por su parte, a fines de 312, el rey Ptolomeo, apoyado por Seleuco, que a su vez antes había solicitado el apoyo de Ptolomeo, marchó sobre Palestina con un ejército de mercenarios y macedonios, además de una "masa" (*plêthos*) de egipcios, empleados no sólo como porteadores, sino también como soldados (Diodoro, XIX 80, 3). Trataban de presentar a Antígono como un peligro para occidente, pero éste contaba con el poder, que le facilitaba el camino en los contactos exteriores y con las tropas. Ptolomeo se apoderó de Gaza a pesar de la resistencia ofrecida por Demetrio con su contingente de elefantes. Luego, las tropas de éste se amotinaron, con lo que Ptolomeo y Seleuco, que a la muerte de Alejandro había quedado sin territorio propio, como jefe de la guardia real de los *hetaîroi*, pudieron ponerse de acuerdo para que éste recuperara la satrapía de Babilonia que había obtenido en Triparadiso y fuera aclamado como sátrapa. Se trataba de una de las satrapías más ricas, además de estar situada en el centro geográfico del Imperio y funcionar como base militar. Contenía por otro lado la población más numerosa y variada, lo que permitió que el reino seléucida se convirtiera en el territorio en que la integración de las poblaciones fue más intensa, a partir de los matrimonios de Susa. Fue también el reino en que se produjo

una mayor participación de los nativos en los cargos administrativos y en las fuerzas armadas.

Por su parte, Ptolomeo recupera Tiro. Cuando Antígono llegó a Babilonia en 315/314 e intentó controlar las rentas de Seleuco, éste, según Diodoro (XIX 55, 4), le respondió que a él lo habían nombrado "los macedonios", es decir, los acuerdos de Triparadiso y Antípatro, por los servicios prestados bajo Alejandro. En Babilonia conservaban el poder los sacerdotes, que habían recibido apoyo de Alejandro, y el templo se regía por un consejo, pero la autonomía se veía restringida por la presencia del representante del rey (Spek, 1987: 63). Éste había instalado allí griegos y macedonios, que ahora resultaban problemáticos para Seleuco. Sin embargo, el nuevo jefe mostró gran capacidad para manipular las religiones y siguió dando dinero para el templo de Bel-Marduk. La tradición inaugurada por Alejandro de respetar el funcionamiento y las prácticas propias de Babilonia continuó en la época seléucida. Antíoco I cumplirá igualmente su compromiso con los cultos de Babilonia, dentro de su programa de fomento del tradicionalismo, no sólo griego o macedónico, como hizo con los festivales persas extendidos por todo el territorio, sobre todo en el ejército. La prestigiosa ciudad sirvió de punto de partida para la explotación de las ventajas del sistema monárquico heredado de los Aqueménidas. Las otras capitales, Seleucia del Tigris, Ecbatana, Susa, funcionaban como residencias palaciegas heredadas de la dinastía irania. La residencia de invierno utilizada por los reyes persas siguió como tal en tiempos de la dominación macedónica (Estrabón, XI 13, 5). De hecho, usaban los palacios aqueménidas de Susa, Ecbatana, Pasargada y Babilonia, aquí con el templo de Marduk reconstruido. Susa, como capital del mundo iranio, Seleucia del Tigris, como centro militar de los ríos, y Antioquía, como frontera con los Ptolomeos y acceso al Mediterráneo, ejercían el papel principal. Los reyes suelen relacionarse con estas ciudades por separado de manera particular. Cuando Seleuco marchó con este motivo, Ptolomeo se dedicó a intentar explotar la victoria, pero, al enterarse de la vuelta de Demetrio con ayuda de Antígono, abandonó Palestina, destruyó las fortificaciones que había construido y regresó a Egipto. Con esta época coinciden los textos orientales que atestiguan la resistencia local a los gobernantes griegos posteriores a Alejandro y los deseos proféticos de una restauración, tal vez en la esperanza de que Seleuco recuperara la ciudad tras la presencia destructora de Antígono a partir de la expulsión de Seleuco, entre 315 y 312. Se trata de la

llamada Crónica de los Diádocos, escrita en cuneiforme, que puede interpretarse como efecto de la "babilonización" de la política seléucida (Sherwin-White, 1987: 10), aunque en algunos textos aparecen los funcionarios con nombres griegos. La escritura cuneiforme se conserva entre los escribas. Las Crónicas presentan en general una visión oriental del mundo. A su vuelta, Seleuco recibió el apoyo de la población (Diodoro, XIX 91), basado en su anterior comportamiento evergético que parece haber creado una auténtica red de apoyo.

El dominio de Antígono había coincidido con el predominio de Pucestas, colaborador de Alejandro y muy próximo a los persas, lo que favoreció una cultura sincrética en lugares como Persépolis con el apoyo de la nobleza persa. Junto a los dioses griegos se desarrolla el culto a Filipo y Alejandro, además de Mitra como Apolo y Atenea como Anahita. Tras el dominio de los Seléucidas, tales características se conservan en el territorio de la Pérside hasta Antíoco III, momento en que acabó el control seléucida del territorio iranio. La nobleza persa permaneció fiel hasta la derrota de éste ante los romanos.

Antígono ocupó tranquilamente Fenicia y la Celesiria, para atacar a los árabes nabateos, tal vez con la intención de controlar las rutas que partían del Mar Rojo (Billows, 1990: 130), pero sin éxito, mientras Demetrio se recuperaba y reclutaba las fuerzas de sus enemigos según forzaba la retirada de Ptolomeo. Ahora Ptolomeo controlaba casi toda Grecia al sur de las Termópilas. En 311 Ptolomeo, entre el Tigris y el Zagros, en ataque nocturno, vence a las tropas de Nicanor, sátrapa al servicio de Antígono, aunque éste tenía un ejército más numeroso, gracias a su habilidad táctica, según Diodoro (XIX 92, 1-5). Las tropas se pasaron en gran parte a Seleuco, según Diodoro porque no apreciaban a Antígono. Seleuco se presenta ahora como el heredero de Alejandro (XIX 90, 4), después de haber ganado un gran territorio hacia el este, con Media, Susiana e incluso Partia (Apiano, *Siria*, 55), capaces de proporcionarle importantes riquezas (Diodoro, XIX 90, 1), sobre todo las poblaciones relacionadas con los palacios babilónicos. En Laodice, en Media, se conservaron los cultos previos desde Antíoco I a Antíoco III (Sherwin-White & Kuhrt, 1993: 73). Luego, Ptolomeo, Antígono, Lisímaco y Casandro llegaron a un nuevo acuerdo de paz, del que Diodoro (XIX 105, 1) da un breve resumen. Hasta que Alejandro IV llegara a la mayoría de edad, se repartirían el poder entre los cuatro dinastas, de modo que Casandro

continuaría la labor de Antípatro comó estratego de Europa, Lisímaco gobernaría Tracia, Ptolomeo Egipto y Antígono Asia, aunque en algunos documentos jeroglíficos aparece Filipo Arrideo como faraón, entre 323 y 317 (Lloyd, 2010: 89-90), con su titulación regia y como protector de los cultos tradicionales egipcios, pero otras estelas atribuyen rasgos similares a Alejandro IV hacia 311. Ptolomeo aparece entonces como subordinado a los monarcas hasta 305, cuando se extendió entre los Diádocos la práctica de declararse reyes. La consolidación de la realeza se apoyaba en las pretensiones de continuidad de las dinastías, que trataban de afirmarse con el nombramiento del heredero en vida.

Poliperconte y Seleuco quedarían a las órdenes de Casandro y Antígono respectivamente. Seleuco controlaría la región situada al este de Babilonia, mientras que Antígono lo hacía hasta dicha satrapía, pero éste consigue el apoyo de las poblaciones locales y recupera el control de Babilonia. Las ciudades griegas se conservarían autónomas, mientras Antígono mantenía sus pactos con las organizaciones como la Liga de las Islas, la Liga Etolia, los beocios y las ciudades de Eubea, lo que le proporcionaba un importante campo de acción en Europa. Ptolomeo tuvo que resignarse a recluirse en su propio territorio y a dejar solo a Seleuco, que no reconocía la soberanía de Antígono sobre Asia. Sólo con éxito parcial, en tales circunstancias, intentó Demetrio atacar Babilonia.

Así pues, parece que, al menos desde 311, a pesar de la ficción de que se mantenía el Imperio argéada unificado y representado por Alejandro IV, Antígono aceptaba de hecho la división del Imperio macedónico entre varios sucesores en igualdad de condiciones, con lo que sus intereses se limitaban al occidente de Asia y Grecia. A ese momento se refiere Diodoro (XIX 105, 4) cuando afirma que todos los gobernantes, pueblos o ciudades tenían sus esperanzas puestas en la realeza y en que el territorio bajo su mando se convirtiera en un reino conquistado por la lanza (*basileían doríkteton*), característica que define muy bien el sistema impuesto desde las conquistas de Alejandro. Su protagonismo se refleja en su presencia dominante en las fuentes literarias desde la obra de su colaborador y amigo Jerónimo de Cardia, el único historiador que, a través de Diodoro en los libros XVIII-XX, junto con algún otro escritor posterior, permite conocer algo de la época de los Diádocos, con el protagonismo de los Antigónidas, dentro de una concepción historiográfica básicamente personalista que ha marcado toda la visión

de la época. Es posible que la tendencia antidemocrática de Diodoro en estos libros se deba a la influencia de Jerónimo. Su actitud varía en los casos en que toma como fuentes a Teopompo, Éforo o Anaxímenes de Lámpsaco, a partir del libro XVI. A partir de Diodoro (XIX 48, 4) se ha considerado a Éumenes como arquetipo del "hombre helenístico" (Fox, 2010: 17). Su representación en las fuentes está dominada por la imagen trágica del personaje poderoso víctima de su propia *hýbris*. Por ello, en general en los autores antiguos, su personalidad está dominada por la del prototipo de déspota arrogante heredero de los peores aspectos de la figura de Alejandro Magno. En realidad, tendría que contemplarse más como continuador de Filipo, de quien era casi estricto coetáneo, que de Alejandro (Billows, 1990: 3), aunque en conjunto lo que se desprende es la existencia de múltiples contradicciones, que no parecen sólo debidas a la variedad de las fuentes, sino más bien inherentes a su conflictiva personalidad. Se admite en general que organizó, a partir de sus experiencias como sátrapa de Frigia, en la que permaneció hasta la muerte del rey, la estructura administrativa de Asia Menor y Siria y Palestina de modo estable, que se prolongó en el reinado de los Seléucidas, siguiendo el modelo del sistema aqueménida. A la muerte de Alejandro ocupaba una posición fuerte, de modo que Plutarco (*Demetrio*, 3) lo consideró el más grande de los sucesores.

Antígono proclamó en 315 la libertad y la autonomía de las *póleis* de Asia Menor. Al mismo tiempo, conseguía la alianza de los rodios contra Ptolomeo, con lo que éstos rompieron su neutralidad y se vieron envueltos en la tercera guerra de los diádocos a partir de 312. Desde entonces (Diodoro, XIX 48, 1) Antígono era tratado como un rey, aunque nunca por los documentos babilonios. Así se consolidaba una estrategia por la que los monarcas se proporcionaban hombres para el ejército, la administración y la fundación de colonias, procedentes de las ciudades griegas de Asia Menor y de la Hélade. Diodoro (XIX 61-62) ve con claridad la función de tales concesiones de los reyes a las ciudades. Por su parte, los rodios recuperaron su neutralidad, con lo que buscaron la amistad con todas las potencias.

De Seleuco se dice que había fundado ciudades ricas con nombres griegos impuestos por el fundador, aunque conservaban igualmente el nombre asirio (Amiano Marcelino, XIV 8, 5). En general, la táctica fue continuada por Antíoco I y los demás Seléucidas. Se considera que

las localidades mencionadas por Estrabón (XIV 2, 19) en el camino que va de Éfeso hacia el este, corresponden a colonias seléucidas. La *eleutheria* y la *autonomía* funcionaban como conceptos susceptibles de interpretarse de modo diferente, como modo de conservar la lealtad en momentos difíciles por parte de los reyes o como reivindicación de las ciudades, según las diversas circunstancias y las relaciones de fuerza. En este sentido, fue determinante la política de Antígono como instrumento para hacer aceptable la realeza en las ciudades griegas. También diferían los comportamientos regios con las viejas ciudades griegas y las nuevas fundaciones. En éstas, la asimilación solía funcionar como elemento de complacencia entre los sometidos, dado el momento hegemónico de la cultura griega. Los monarcas conseguían así que la colaboración estuviera acompañada de buena voluntad. Similar fue el proceso de integración de las ciudades indígenas, formadas a partir de aglomeraciones aldeanas, proceso con el que los reyes se granjeaban la lealtad al menos de parte de los sectores poderosos, que se veían así asimilados a la cultura hegemónica. Del mismo modo se conservaron los templos situados en los centros de las ciudades, lugar que también funcionaba en su aspecto simbólico. Así se constituyeron las bases del reino seléucida, como un territorio heterogéneo con una amplia variedad de situaciones jurídicas más o menos apoyadas en la realidad, auténtica renovación política del mundo helenístico (Billows, 1990: 1-2), sobre la base de la situación creada en época de Alejandro, erigido ya como ideal. Seleuco lo exhibe como modelo cuando intenta elevar la moral de guerra de sus soldados (Diodoro, XIX 90, 3-5). En cualquier caso se trataba de una liberación de ciertos tributos y de la presencia de guarniciones que no eximía de otros servicios y prestaciones. Aun así, tales concesiones garantizaban por el momento la lealtad al rey. Nunca puede hablarse pues de independencia de las ciudades bajo los Seléucidas.

Los dinastas, sin embargo, desde el año 310, comenzaron a ver al joven rey como un obstáculo, por lo que Casandro no dudó en hacerlo asesinar en su reclusión de Anfípolis, con lo que todos comenzaron a alimentar las esperanzas de convertirse en reyes. Con la alianza con Poliperconte, Casandro consolidó su posición en Macedonia. Desde el mismo año 310, Antígono por su parte busca la consolidación de la dinastía como aspirante a la realeza, con la entrega de las funciones militares en manos de sus hijos, Filipo y, sobre todo, Demetrio, al que

presentaba como indisolublemente unido a él (Plutarco, *Demetrio*, 3, 2), mientras él mismo se dedicaba a la administración del territorio, a la fundación de ciudades y al asentamiento de colonos, que buscaban pareja entre las poblaciones locales. Sin embargo, la fragilidad de las condiciones de paz se manifestó en la acción de Seleuco cuando, a continuación del motín de las tropas de Antígono, emprendió la marcha hacia Babilonia a través del desierto de Siria y de Mesopotamia, mientras reclutaba tropas en los asentamientos de las colonias de veteranos, como Carras, al norte de Mesopotamia, al tiempo que seguían sumándosele tropas (Diodoro, XIX 91, 1-3). En el mes de abril de 310 ya había llegado a Babilonia y liberó a los que Antígono había dejado allí bajo vigilancia en anteriores enfrentamientos. Los éxitos de Seleuco animaron a Ptolomeo a atacar Cilicia Traquea, con el pretexto de que Antígono había violado la autonomía con el establecimiento de guarniciones en las ciudades.

El enfrentamiento duró hasta 308, cuando Antígono tuvo que reconocerle a Seleuco el control de los territorios conquistados, incluida Babilonia, la época en que se reconoce como el mejor combatiente y es proclamado como rey (Plutarco, *Demetrio*, 18, 2), para lo que había recibido diversas profecías (Apiano, *Siria*, 56). Gracias a las victorias y al apoyo conseguido, según escribió a Ptolomeo y a otros amigos, se considera con derecho a la realeza (Diodoro, XIX, 92, 5), De este modo, pudo volver a ocuparse de los territorios orientales. Pero Demetrio recuperó el control de Cilicia tras vencer a Ptolomeo en 310, mientras Seleuco añadía los territorios de Media y Persia a sus conquistas. Demetrio pudo entrar en una Babilonia sin defensa. Ya en 309 se dirigió a Asia Menor y llegó a Caria para impedir a Ptolomeo la toma de Halicarnaso, pero no de otras ciudades de Asia Menor, aunque Demetrio las recuperaría entre 309 y 308. Ptolomeo, por su parte, se dirigió a Grecia donde, en 308, tras hacerse con el control de Corinto y Sición, convocó a los representantes de las ciudades griegas para discutir las condiciones de su libertad, como base para recuperar la Liga de Corinto. Pero la convocatoria fracasó y se limitó a establecer guarniciones en Sición y Corinto. Antígono, por su parte, fundó varias colonias militares en el Helesponto, en Frigia, con el nombre de Antigonia. La más importante tuvo lugar en la Tróade, luego transformada en Alejandría (Estrabón, XIII 1, 26), que ya había recibido los favores de Alejandro y tuvo luego una larga y brillante historia incluso bajo el Impero romano.

Parece que desde 308, Antígono concentra su atención en Occidente, mientras abandona en manos de Seleuco las acciones en Oriente y los territorios de las altas satrapías, incluido el sur de Mesopotamia. Antígono intenta ahora recuperar su influencia en las ciudades griegas, para lo que su hijo Demetrio, en 307, se dirigió a Atenas, entonces bajo la influencia de Casandro a través de Demetrio de Falero, pues sabía que allí contaba con apoyos hostiles a éste. El desembarco de Demetrio Poliorcetes y la expulsión de Muniquia de la guarnición de Casandro iban acompañados de proclamas sobre la liberación de Atenas y la restauración de la constitución tradicional que se había abolido en 317, en el momento de la introducción de un nuevo censo. Antígono y Demetrio recibieron honores en Atenas, con estatuas conmemorativas que los representaban en carro en el ágora cerca del monumento a los tiranicidas. Se crearon dos nuevas tribus con sus nombres como "salvadores". De este modo, los atenienses sumaban a los Antigónidas a sus tradiciones democráticas (Brogan, 2003: 203).

La ocupación de Muniquia significaba el control del puerto y, con ello, de las relaciones de Atenas con las islas y los puntos fundamentales de aprovisionamiento para la ciudad, y de las posibilidades de reconstruir la flota. Demetrio había planeado en 307 construir una escuadra de quinientos navíos. A ello se sumaba la distribución de grano entre la población, lo que fue correspondido con la concesión de honores como salvador, la celebración de festivales en su nombre y la denominación de un mes del calendario ritual. Con ese programa de la libertad recuperado de su padre, Demetrio echa a Casandro de Grecia al sur de las Termópilas. Tras la liberación de Atenas y Mégara, en 306, Demetrio Poliorcetes convocó a delegados de las ciudades para discutir sobre la seguridad común, lo que se interpreta como un paso hacia la fundación de la Liga Helénica en Corinto en 302 como una *symmakhía*, con un *synédrion* encargado de castigar a quienes violaran los pactos y de organizar festivales en tiempos de paz, de la que Demetrio aparece como *hegemón* de la Hélade (Plutarco, *Demetrio*, 25, 4), "a la manera de Filipo y Alejandro", tras la batalla de Queronea. Del texto fundacional se desprenden las intenciones bélicas de los reyes al fundar la nueva alianza como instrumento de dominación con el objetivo de batir a Casandro. Las decisiones del *synédrion*, cuyos miembros son nombrados por los monarcas, no pueden rebatirse por parte de las ciudades. En varias ocasiones, en estos años, se conocen datos

sobre ciudades en la esfera de Antígono que prestan su ayuda a Atenas (Billows, 1990: 211). Las constantes operaciones bélicas favorecen el protagonismo de los reyes en la actividad de las ciudades, en política exterior e interior.

Así restauraron la democracia, *tèn pátrion politeían* (Plutarco, *Demetrio*, 10), en Atenas bajo la dirección de Estratocles y Demócares y la protección de los monarcas como benefactores. La primera medida fue el asedio de la guarnición establecida por los macedonios en Muniquia hasta la rendición. Los atenienses erigieron las mencionadas estatuas en el ágora en honor de Antígono y Demetrio. Según Plutarco, su evergetismo se vio premiado por tales honores de parte de los atenienses que lo hicieron odioso e insoportable, *epakhthê kaì barýn*. Los atenienses habrían sido los primeros en llamar "reyes", *basileîs*, a Antígono y Demetrio, antes de su nombramiento en 306, y los únicos que los proclamaron "dioses salvadores", *mónoi dè sotêras anégrapsan theoús*. Además los incorporaron a los héroes que presidían el sistema tribal ateniense.

Antígono funda luego, en 306, en Siria, cerca de la desembocadura del Orontes, una nueva Antigonia como capital de su Imperio, donde residió desde 306 hasta 302, a modo de centro entre sus dominios de oriente y occidente, en un lugar adecuado para el control de Babilonia, Siria y Egipto (Diodoro, XX 47, 5). Demetrio entre tanto operaba en la isla de Chipre, donde, con la victoria de Salamina en 306, en que se pusieron a prueba los nuevos navíos implantados desde inicios del siglo IV, inició la práctica de los sitios que le valieron el sobrenombre de Poliorcetes y el uso de las torres de asedio con ruedas que lo hicieron famoso, *helepóleis*, respaldadas con las grandes piedras arrojadas con catapultas (48, 2). Ya Filipo había usado las torres de asedio y otras máquinas en Bizancio (XVI 74, 5). Luego Demetrio volvería a utilizarlas en el asedio a Rodas en 305-304 (XX 91, 2; Plutarco, *Demetrio*, 21, 1).

Así, con la victoria de Salamina, se hizo con el control de Chipre. La consecuencia más trascendente de estas acciones fue la decisión de Antígono de asumir la *basileía*, con el pretexto de sustituir a los reyes legítimos tras el asesinato de Casandro. Éste fue el único de los diádocos que no adoptó la realeza (Plutarco, *Demetrio*, 18, 4). Para Plutarco (18, 7), este nombramiento, cuya iniciativa atribuye a Aristodemo de Mileto, transformó radicalmente las relaciones entre gobernantes y gobernados con la introducción de la adulación. Tras la muerte de aquéllos sólo

necesitaban mostrarse capaces de alcanzar la victoria, mejor si era en occidente, para afirmar la legitimidad de su *basileia*. Era el más rico y el más poderoso y el que más méritos militares podía exhibir como manifestación del carisma que entonces se exigía a los aspirantes, rasgos que en cierto modo compartía ya con su posible sucesor Demetrio, todo ello a pesar de que el intento de Antígono de continuar los éxitos con una expedición a Egipto constituyó un fracaso (19, 1-3), que en cambio sirvió a Ptolomeo como base para transformarse en rey (Diodoro, XX 73-76). La monarquía iniciaba así una etapa de formas altamente personalizadas, sometidas a fuertes tensiones entre aspirantes que pronto tendieron a imitar su iniciativa. De todos modos, la victoria permanecerá como factor fundamental para tener la realeza, como expresaba Polibio (XI 34) cuando se refería a la manera de afirmar los derechos de Antíoco III en sus campañas en los confines de la India.

En una línea similar a la de Antígono actuó la monarquía de los Atálidas de Pérgamo, fundada por Éumenes I, sobrino de Filetero, hijo de Átalo e iniciador de la casa de los Atálidas, al independizarse del poder de los Seléucidas. A Filetero le había encomendado Lisímaco la protección de la fortaleza de Pérgamo. Sin embargo, luego se alejó de Lisímaco con el apoyo de los Seléucidas y construyó un palacio real de gran lujo en la ciudadela que dominaba la ciudad. Más tarde, los reinos vasallos helenizados de Bitinia, Capadocia, Nicomedia y Ponto seguirían el camino de la independencia marcado por Pérgamo. El fundador del reino del Ponto sería Mitrídates, amigo de Demetrio Poliorcetes en su juventud, luego distanciado en el inicio de su proceso de independencia (Plutarco, *Demetrio*, 4). Algunos de los reinos vàsallos ya lo habían sido como dependientes del Imperio persa (Estrabón, XV 2, 4).

Filetero se erigió desde el principio en defensor del helenismo, sobre todo a partir de las incursiones gálatas. A los miembros de la familia, como evérgetas, Delfos les concedió, entre 282 y 263, los privilegios de la *proxenía* y la *promanteía* (*I Delphi* 432; Burstein, 1985: nº 84). La fundación ocurre en 262, con la derrota de Antíoco I cerca de Sardes mientras los gálatas devastaban las tierras desde los años setenta. La posterior derrota de los gálatas concedió al rey las posibilidades propagandísticas que se manifestaron en el Altar de Zeus y en la transformación de la ciudad; el edificio aprovechaba el relieve natural para construir una acrópolis monumental que la daba mayor apariencia de ciudad griega. Las escul-

turas del Altar son la representación viva del espíritu de lucha contra el bárbaro que se había fortalecido desde las conquistas de Alejandro por toda Grecia, con la inspiración del arte ático en el fondo, materializado en la figura de Atenea como pareja de Zeus. Tanto la arquitectura como las imágenes escultóricas representan un modelo de estilo barroco que se extiende a partir del siglo III, en algunas pinturas de Vergina, y sobre todo en el II. La Gigantomaquía se considera una de las imágenes de violencia más expresivas del mundo antiguo (Stewart, 2006: 172). La superioridad griega se complementa e incluso se acrecienta ante una imagen positiva del bárbaro vencido. El altar representa también una innovación en la representación continuada de la historia de Télefo que inaugura el relieve narrativo.

La capital tiene su *boulé* y su *dêmos* aparentemente independientes, pero sólo debía de funcionar en el terreno estrictamente municipal, ya que los decretos de alcance general están propuestos por un colegio de cinco estrategos con prerrogativas civiles y financieras, nombrados por el rey. Átalo I obtuvo importantes ventajas de los conflictos internos de los Seléucidas, en el enfrentamiento iniciado hacia 241 entre Seleuco II y Antíoco Hiérax, al que apoyaban los gálatas. La victoria de Átalo sobre éstos, después de que Antíoco hubiera derrotado a Seleuco hacia 240, fue el origen del momento de apogeo del reino de Pérgamo, entre 226 y 223. Al referirse a la victoria, Polibio (XVIII 7) habla del pueblo más fuerte y combativo, lo que le permitió convertirse en monarca. El mismo autor (41), en un retrato apologético, destaca las virtudes del rey en el trato a sus súbitos, *dià tàs... euergesías kaì kháritas*, y en la defensa de la libertad de los griegos.

Desde la segunda mitad del siglo III, la situación se caracterizó en general por los intentos de las monarquías de someter las ciudades por un camino o por otro, en tensión con las pretensiones de éstas de actuar de modo relativamente independiente, a través de acuerdos con la Liga Etolia, de la inclusión en la Anfictionía de Delfos o de los acuerdos de *isopoliteía* entre varias.

El nacimiento del mundo helenístico se basa en la crisis de los derechos de los ciudadanos libres, que permite la organización de los sistemas clientelares que venían fraguándose en la crisis de la *pólis*. El apoyo para tal proceso se encuentra en las vinculaciones con los colaboradores procedentes de la nobleza irania que contribuyeron a imprimir el toque

despótico en las nuevas relaciones sociales, dentro de las aspiraciones de Alejandro de convertirse en sucesor de los Aqueménidas. Las contradicciones de la oligarquía se debatían entre la continuación de la lucha contra el medo y las ventajas del sistema despótico para asentar su situación en la nueva sociedad sucesiva a la crisis de la *pólis*. En las sociedades de los reinos helenísticos, de los que la mejor conocida es la del Egipto lágida gracias a los papiros de Zenón, se reconoce una diferenciación básica entre griegos e indígenas, pero los primeros se encuentran completamente arraigados en la tierra de acogida. Entre aquellos existe una clase dominante en torno al monarca, formada por burócratas e intelectuales de procedencia griega, además de los ricos relacionados con el usufructo de la tierra y del trabajo de los *laoí*, campesinos explotados de modo colectivo, y los veteranos propietarios de las cleruquías trabajadas por mano de obra dependiente; luego, una clase, vinculada a la primera, de funcionarios, negociantes y militares, para completarse con los griegos que se confunden con los indígenas en la clase de los productores, generalmente campesinos en régimen tributario. La persona de Zenón se considera el mejor ejemplo, y más conocido, de los colonos griegos que se promocionaron y enriquecieron en las tierras conquistadas a partir de las campañas de Alejandro. Gracias a un papiro, se sabe de la actividad del arquitecto o ingeniero Cleón, capaz de enriquecerse de manera notable a través de las obras de irrigación y de drenaje de las aguas en torno al lago Moeris en el nomo Arsinoita, al sur de Menfis (Lewis, 1986: 36-47).

La irrigación y el control de las crecidas del Nilo y los canales conservaban la importancia que habían tenido en la época faraónica y ahora se hallaban en manos del *dioikétes*. La documentación muestra las complejas relaciones del personaje con las autoridades locales, como el *dioikétes* Apolonio, el miembro más poderoso de la oficina del monarca para asuntos relacionados con los clerucos en la época de Ptolomeo II Filadelfo y que le abrió a Zenón las puertas de los negocios públicos. Apolonio poseía derechos sobre las tasas navales y la exportación de esclavos (Orrieux, 1983: 56), muy superiores a las del resto del mundo helenístico, e intervenía en los conflictos entre los habitantes locales y los crematistas, jueces itinerantes. En sus actividades se ayudaba de un grupo de esclavos selectos de su confianza. Al parecer, las comunidades aldeanas tenían personalidad jurídica y representación en sus *presbýteroi*.

Su influencia en la corte era tal que su opinión era tenida en cuenta a la hora del nombramiento de los magistrados. En 259 el rey le pide cuentas sobre las rentas de la corona, que sentía disminuir (Burstein, 1985: 96). Los papiros revelan sin embargo la importancia que tuvo para sostener la influencia griega la solidaridad entre los miembros de los sectores dirigentes de ese origen. Sus lazos se mantienen en un ámbito privado ajenos a cualquier tipo de institucionalización cívica. Así, por ejemplo, este mismo Apolonio fue el que contrató a Zenón de Cauno para la administración de sus propiedades en Filadelfia, ciudad erigida como modelo de la magnanimidad del monarca, distribuidor de bienes entre sus fieles súbditos. En los documentos se emplea el término *pólis*, índice de la consideración de la misma como comunidad humana solidaria, lo que se muestra sobre todo en el trabajo de los tejedores, que se comportan de manera corporativa. Los agentes de Zenón eran los encargados de percibir las rentas de la ciudad y llevaban la contabilidad. Entre los documentos del archivo se encuentran, con todo, pruebas de la existencia de conflictividad laboral, no siempre entendida por los administradores desde la capital (cf. Orrieux, 1983: 60, 76, 123, 119). Los métodos de represión van desde el uso de juramentos con apoyo divino y amenazas sobrenaturales, que fuerzan la sumisión hacia personas y divinidades, griegas y egipcias, hasta la persecución de los que huyen de las tierras a las zonas desérticas, *anakhóresis*. Filadelfia era, por otra parte, sede de un gimnasio en que se reunían ejemplares de las más importantes obras literarias del mundo helenístico. En el gimnasio se rendía culto a Hermes y a las Musas, la primera de las cuales se identifica con Isis.

Apolonio residía naturalmente en Alejandría la mayor parte del tiempo, pero sus actividades económicas se extendían por todo el reino; se sabe que poseía un viñedo en una aldea canaanea, donde se había extendido el sistema fiscal egipcio, y talleres de construcción y reparación naval al sur del nomo menfita. En sus relaciones con el poder, Zenón hubo de viajar por tierras de Siria y Fenicia en la época de las guerras con los Seléucidas. Luego, desde 258, acompañó a Apolonio en sus inspecciones por los diferentes nomos y se hizo cargo del control del dominio que el monarca le concedió al ministro en el oasis de El Fayum, como *doreá*, espacio en que se aplicaron los avances agronómicos de la época, que permitieron la introducción de muchos cultivos de origen mediterráneo. Por las cartas conservadas se sabe también que, debido

a problemas con las obras de irrigación, en un momento dado Zenón perdió el apoyo regio. Luego aparece como arquitecto un tal Teodoro. Por los documentos de los archivos se conoce asimismo la actividad de los banqueros, encargados del control financiero de las operaciones relacionadas con la exportación de trigo. En los archivos quedaban claramente separados los documentos oficiales de los correspondientes a sus asuntos propios, a los que se dedica en exclusiva desde el año 248. Entre estos negocios se hallaba el tráfico de esclavos en las regiones fronterizas, en los inicios de las rutas caravaneras. En general, tanto Zenón como otros agentes menos conocidos actúan con gran libertad y están en condiciones de hacer negocios propios gracias a su situación privilegiada en el mundo de las finanzas. Algunos aparecen asentados en una ciudad concreta, como Ptolemaide, de modo permanente, mientras que otros desempeñan su función de modo itinerante. La figura de Zenón se convirtió en prototipo del griego apátrida, que vive de los negocios que funcionan en paralelo a los circuitos oficiales, pero que controla los modos de distribución dependientes del mismo. Su labor principal se sitúa entre los clerucos y los campesinos, sobre todo en la gestión de los préstamos y las hipotecas. Su actuación al margen de los cargos oficiales tiene un importante papel en las relaciones entre griegos y egipcios y en la formación de una cultura simbiótica propia, diferente al mismo tiempo de la tradición de la ciudad griega y de la del Egipto faraónico (cf. Orrieux, 1983: 49, 88, 41, 149).

Si los papiros de Zenón resultan básicos para el conocimiento de la administración de las propiedades, los papiros de Nicanor, del siglo IV en Oxirrinco, ilustran sobre el desarrollo de la banca, que alcanza un importante volumen de actividad en relación con la economía estatal y con la privada, aunque naturalmente se limita a actividades como los pagos, las transferencias y los préstamos. El estado realizaba a través de ellos los depósitos de los tributos y los pagos por servicios públicos, el aparato que sostenía el Imperio, organizado para el fortalecimiento del Estado y el enriquecimiento de los griegos. La banca real era la encargada de realizar los cambios, dado que los forasteros tenían que utilizar las acuñaciones oficiales en sus compras y negocios. Tales eran las funciones principales de las oficinas de la banca real existentes en los núcleos importantes de población, aunque las operaciones de más peso se realizaban en Alejandría. Con relación al siglo IV, la diferencia estriba sobre todo

en la cantidad de actividades y el volumen del dinero manejado. Los papiros reflejan los problemas derivados de las contradicciones entre la producción agraria y la economía monetaria. Desde el año 260 se conoce la existencia de banca privada, introducida por Ptolomeo II Filadelfo, dedicada a los depósitos particulares y a los préstamos contra la garantía de objetos que quedaban empeñados. También realizaban transferencias y cambios. Los banqueros eran siempre griegos (Lewis, 1986: 46-55).

Se trata de una sociedad en la que predomina la población griega en los sectores dominantes, pero que adopta en gran parte un sistema de explotación que tiene mucho en común con las sociedades previamente existentes en las regiones en que se asientan los nuevos reinos, siempre en la consideración de que había profundas diferencias entre las sociedades de tales regiones. De este modo, a pesar de la convivencia en ciertos terrenos, como las cleruquías, las poblaciones permanecieron impermeables entre sí, cada una con su propia lengua y con una diferencia económica abismal, que conducía igualmente a un fuerte desprecio de los indígenas. En definitiva, el sistema tributario cargaba mayoritariamente sobre el trabajo de éstos, mientras los griegos accedían a puestos de dirección y control que les garantizaban la superioridad económica, respaldada por la pervivencia de normas jurídicas diferenciadas, salvo en casos minoritarios que creaban situaciones marginales en las poblaciones de la *khóra*. En las colonias cultivadas por clerucos se transmitía la ideología que los vinculaba a las tradiciones heroicas griegas fomentadas en los gimnasios. Junto a Hermes y Heracles, divinidades tradicionales en tales recintos, se difundieron igualmente otras pertenecientes al panteón olímpico. Tales prácticas servían para distinguir a las poblaciones griegas o helenizadas de los aborígenes.

Así se formaba la clase de campesinos dependientes de la *khóra basiliké*, contrapuesta a la población urbana, predominantemente dedicada a actividades mercantiles o burocráticas. Campesinos endeudados se convertían fácilmente en trabajadores dependientes, dedicados al trabajo en tierras del rey o de los templos, que eran la base del mantenimiento de los ejércitos mercenarios, crecientes en la época, apoyados en la red de comunicaciones potenciada por los reinos y la política monetaria (Davies, 2006: 79-80). Un caso sería el del Gorgias de la comédia *Hero* de Menandro (23-36; Millett, 1991: 78; Ste.-Croix, 1981: 163). Del mismo modo, perviven las diferencias cultuales y la imposibilidad de

acceso de los indígenas a las prácticas griegas, incluida la de los gimnasios. Es, de todas maneras, en la ciudad de Alejandría donde, desde su elección por Ptolomeo como centro de gobierno de la satrapía que le había correspondido, se produjo un cierto proceso de integración de indígenas a través de la helenización que caracterizó su cosmopolitismo, con poblaciones de diferentes orígenes, sobre todo los que formaban la comunidad judía. Ésta gozaba de un estatuto específico, un *políteuma*, con entidad propia dentro de la ciudad. Toda la literatura alejandrina revela un fuerte influjo del helenismo que ya se había hecho presente antes de la dominación de los macedonios, lo mismo que ocurre con la cerámica y otras expresiones artísticas, en las que el alejandrinismo se define por la profunda helenización de los motivos egipcios. Similar es el caso de los perfumes y los medicamentos, en los que las técnicas egipcias se explotan en favor de los mercados helenos. Al mismo tiempo, Alejandría era el centro de importación de los productos orientales, del Mar Rojo y de India, y de consumo de la mayoría de los productos alimenticios. Allí llegan el incienso y los aromas a través de las rutas caravaneras. La ciudad aparecía como griega en una realidad cosmopolita, centro de los intercambios egipcios y, en buena medida, de todo el Mediterráneo. Según Plinio (XVI 135), también el rey Seleuco intentó la importación de productos exóticos de India y Arabia.

De este modo, la fundación egipcia se convirtió en el centro cultural del mundo, heredero de toda la tradición helénica, adaptada a su nuevo carácter de cultura común, sin dejar de ser fundamentalmente griega. Ptolomeo, como heredero político de Alejandro, y Demetrio de Falero, heredero de la tradición aristotélica en Atenas, que tuvo que huir de la ciudad cuando ésta cayó bajo el poder de Demetrio Poliorcetes, en 307, fueron los promotores de esta nueva misión de la cultura y de la civilización. Con el nombre de Museo como santuario de las Musas, inauguraron la institución que pretendía heredar el Liceo y se hizo famosa sobre todo como Biblioteca, centro de estudios y depósito de toda la literatura griega, al menos en sus pretensiones, y de traducciones al griego de textos orientales, como la Biblia. Los precedentes eran las bibliotecas del Liceo y de la Academia, que había aumentado su construcción hacia el año 300. También escribió Ptolomeo unas *Memorias* sobre su campaña con Alejandro, que utilizaría, junto con otras fuentes, Arriano de Nicomedia en su *Anábasis de Alejandro Magno*. Como heredero de Aristóteles,

Ptolomeo pretendía erigirse en continuador de sus prácticas docentes e investigadoras, a través de los sistemas de transmisión y convivencia que habían caracterizado las escuelas clásicas bajo el patrocinio de las Musas.

La labor se consolidó en la época de Ptolomeo II Filadelfo, hijo del anterior y de Berenice, que sin embargo encarceló a Demetrio de Falero hasta su muerte en 280, acción que se atribuye a sus excesivas injerencias políticas, en una corte en que proliferaban las intrigas. La Biblioteca se convirtió en centro de atracción de todos los intelectuales y científicos de Grecia, incluidos los filólogos que inauguraron la crítica textual de los poemas homéricos y los poetas de las nuevas corrientes, como Teócrito, cuyos pastores idealizados inspirarán la poesía bucólica universal. De este modo, el poeta urbano beneficiado por la corte, se regenera con los sueños de la vida campestre y pastoril. Favoreció igualmente a una pléyade de poetas trágicos, de los que sólo ha sobrevivido Licofrón de Calcis como autor del monólogo de Casandra titulado *Alejandra*, obra de contenido extremadamente complejo y artificioso bajo formas clásicas convencionales. Los nuevos autores de tragedias escribían más bien para la lectura, pues la función cívica de la tragedia clásica había desaparecido con los cambios políticos. No es extraño que, apenas depuesto Demetrio, a instancia de Demócares, Sófocles de Sunio, en 307 ó 306, intentara pasar un decreto que pusiera las actividades de las escuelas filosóficas bajo control de la Asamblea y el Consejo, para evitar que "corrompieran a la juventud", como Sócrates, pero fue denunciado como ilegal por Filón, discípulo de Aristóteles, que logró retirarlo y que Sófocles fuera multado con cinco talentos; entretanto, los filósofos, con Teofrasto a la cabeza, él mismo un meteco, abandonaron la ciudad (Diógenes Laercio, V 38; Pólux, *Onomástico*, IX 42; Ateneo, XIII 610f). La característica general de los poetas e intelectuales helenísticos se sintetiza en su deseo de presentarse como herederos de la tradición clásica.

El mismo Filadelfo fundó en Atenas un Ptolemeo, edificio que funcionaba como gimnasio y como biblioteca (Pausanias, I 17, 2), al sur del ágora, al norte de la Acrópolis. Los gimnasios tendían a convertirse en centros dedicados al culto a los monarcas. Según Calíxeno de Rodas (Ateneo, V 197-203), en honor de sus padres, el rey celebró un desfile dionisíaco en Alejandría que sobrepasaba todo lo conocido, con invitados de todo el mundo helenístico. A partir de aquí se desarrolló un dionisismo regio dedicado fundamentalmente al culto de los soberanos,

Las marcas ideológicas resaltaban la vinculación de la dinastía con Filipo y Alejandro. En la época de Ptolomeo IV, fue su director Eratóstenes de Cirene, un auténtico representante de la polimatía o saber universal, que, entre otros logros, fijó la circunferencia de la tierra, con notable aproximación, típico objetivo de la ciencia de la época. También se debe a Eratóstenes el esfuerzo de unificar las diferentes cronologías presentes en los distintos reinos, como base de una historia universal sistemática, desde la Guerra de Troya o desde las Olimpíadas, base del universalismo que paralelamente se imponía ideológicamente en las corrientes filosóficas de la época, como el estoicismo. También se debe a Eratóstenes la aplicación de las matemáticas a los cálculos geográficos.

En el plano historiográfico, la figura representativa del universalismo sería Polibio (II 37, 4), que preveía el dominio universal romano. El apogeo del Museo en el siglo III hace que se considere éste el momento inaugural de la civilización helenística (Will, 1975: 590). Una de las características de esta civilización se halla en el desarrollo de un conocimiento científico avanzado, en astronomía, geografía o matemáticas, generalmente alejado de las aplicaciones prácticas en instrumentos útiles para mejorar la producción, y sólo orientado hacia las aplicaciones bélicas, como fue el caso de Arquímedes que, según Plutarco en la *Vida de Marcelo*, sólo consideraba las máquinas como diversiones de geómetra, actitud que marcaba en general las posibilidades de desarrollo de los conocimientos empíricos. Se le atribuye entre otras cosas el cálculo del número π (*pi*). Dada la importancia de las conquistas de Alejandro, la Geografía consolida su papel de aliada fundamental del estudio de la Historia, en la huella de Heródoto. Sin embargo, la Biblioteca fue sobre todo la cuna de la filología, basada en la crítica textual de las obras allí recopiladas con ánimo de establecer el texto canónico de las creaciones de la literatura griega. Su trabajo más trascendente, llevado a cabo por los primeros bibliotecarios, Zenódoto de Éfeso, Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia, estuvo centrado en la literatura homérica, sobre la que ya se plantearon los problemas sobre la unidad y las interpolaciones sucesivas. A ellos se debe también la elaboración de léxicos explicativos, la redacción de escolios y los comentarios diversos, que contribuirían al nacimiento de la filología moderna.

La erudición influyó de modo notable en la creación literaria de la época, como en los casos de Calímaco y Apolonio de Rodas, los poetas de

las minorías selectas del mundo helenístico, protegidos por los monarcas. Calímaco, considerado el prototipo de la literatura alejandrina (Krevans & Sens, 2006: 196), identificaba al monarca como nacido de Zeus y protegido de Apolo en los *Himnos* I y II, respectivamente. El *Himno a Delos* (IV), de la época del protectorado egipcio de la isla, a partir de 287, se dedica a la figura de Apolo, pero prevé la llegada de los reyes Salvadores, procedentes de Cos (160-166), donde había nacido Ptolomeo Filadelfo (Hannestad, 1993: 20). El poeta adopta el simbolismo de Ptolomeo Filadelfo, en que los soberanos lo son por sus *érga*, no por sorteo. Frente a los orígenes arcadios defiende la interpretación cretense de Zeus Dicteo. Las teorías de Evémero sobre los dioses como antiguos reyes divinizados se convertían en la base para la divinización de los monarcas actuales. Se generalizaron al trasladar a las constelaciones como representantes del orden cósmico las imágenes de la mitología, incluidos los miembros de la familia real, como en la *Cabellera de Berenice* (*Elegía* II) de Calímaco, que canta la ofrenda de la reina Berenice II a la diosa Afrodita, transformada en constelación, reina que por otro lado aparece en varios lugares de Egipto identificada con la diosa Hathor, caracterizada por su hermosa cabellera (Llewellyn-Jones & Winder, 2010: 262). Ptolomeo II iniciaría la construcción de un templo dedicado a Horus y Hathor en Edfu. En los *Aitía* u *Orígenes* el poeta inaugura el tipo de narraciones míticas que se generalizaría en el mundo helenístico y romano, donde sistematizaban los mitos de manera pretendidamente científica y prescindían de la vitalidad que los relacionaba con la realidad histórica, al tiempo que se convertían en fuente de las explicaciones etiológicas, en muchos casos referidas a los orígenes de las fiestas. Los modelos clásicos se hacían puramente teóricos cuando se referían a la vida pública y a las prácticas cívicas.

Por su parte, Apolonio se caracterizó en las *Argonáuticas* por la recuperación de un género propio de otros tiempos, la poesía épica, con ánimo fundamentalmente de proporcionar un cierto placer erudito a las clases poderosas de su época. Se ha considerado la quintaesencia de la poesía alejandrina como referencia a la épica homérica (Krevans & Sens, 2006: 200), al mismo tiempo que presenta un modelo heroico antitético. Como director de la Biblioteca criticó la obra de su antecesor Zenódoto como editor de Homero. La base ideológica se hallaría en las campañas incesantes de los reinos en que se implicaban, directa o indirectamente,

los componentes de la nueva aristocracia formada a partir de Alejandro. Su obra contrastaba con el esteticismo antiheroico propio de la obra de Calímaco. De todos modos, el ambiente urbano de Alejandría y Rodas también se impone en la obra de Apolonio; en el interés por los aspectos puramente humanos, psicológicos y sentimentales, de los personajes. Tal característica se ha destacado en la figura de Medea tal como se presenta en el canto III (Green, 1993: 209).

Las actividades culturales no eran desde luego exclusivas de estos centros, pero en todos había maestros que enseñaban algunas profesiones, como la medicina, aunque Cos se hubiera convertido en el lugar de mayor prestigio en este terreno. El derecho y la retórica tenían sus funciones en otras ciudades y, por ello, eran frecuentes los maestros, que enseñaban los debates jurídicos o las prácticas diplomáticas, aunque también se aprendían en ocasiones con ánimo de adquirir un brillo público que les garantizara un puesto en las escalas sociales, aunque la política hubiera dejado de ser una práctica de los ciudadanos dentro de los sistemas despóticos. Por ello, la retórica se orientó hacia el esteticismo que caracterizará el llamado estilo "asiánico" que formará parte de las bases culturales de las clases dominantes de la época.

Aquí, como en otros territorios de los reinos helenísticos, las comunidades judías se helenizaron profundamente y convivieron con los conquistadores desde la ocupación de Palestina por Antíoco III y durante la época de Seleuco IV, aunque permanecieran núcleos irreductibles en diversas ciudades de todo el mundo helenizado, lo que se traduce en formas de pensamiento y en movimientos que trataban de afirmar su personalidad étnica y cultural. Los problemas se revelaron por el enfrentamiento de familias sacerdotales que requerían el apoyo del rey. El movimiento resistente más característico fue el de los Macabeos, en la época de Antíoco IV Epífanes, conocido por el libro I de los *Macabeos* (1-9), donde se muestra una visión claramente negativa de los griegos (Millar, 1987), con tonos apocalípticos. Los dos libros señalan ejemplos de intervención brutal en los territorios conquistados, lo mismo que más tarde las *Antigüedades judías* (XII 148-153) de Flavio Josefo. El conflicto se hizo patente a partir de la intervención del rey, que trató de apaciguar las luchas a base de imponer la represión y forzar la helenización, al transformar el templo de Jerusalén en santuario de Zeus. La situación se restauró cuando el sucesor Antíoco V volvió a la situación en que se respetaban las prácticas religiosas y culturales propias de la etnia.

La afirmación de las culturas propias dentro del helenismo se plasma en escritos en griego sobre la historia egipcia o babilonia, como las de Manetón, dedicada a Ptolomeo I, una historia de Egipto orientada a la mayor gloria de la dinastía ptolemaica, y la de Beroso dedicada a Antíoco I, lo que facilita su programa de integración de tradiciones babilónicas. Este último en definitiva representa un producto del proceso de unificación entre macedonios e indígenas producido a partir de Antíoco I, al tiempo que una reacción ante la visión puramente helénica de la cultura asiria (Josefo, *Contra Apión*, I 142; Kuhrt, 1987: 52-56). Para Beroso, el Imperio neobabilónico era el precedente de los Seléucidas y Antíoco I el heredero de los más prestigiosos reyes de Babilonia, donde se conservaron las instituciones mesopotámicas (Spek, 1987: 69-71). Uruk se conservaría asimismo como ciudad mesopotámica, aunque con la presencia de oficiales regios, pero muy poca helenización, ni en la lengua ni en la cultura material. Las poblaciones quedaban yuxtapuestas, como en Susa.

Tales escritos satisfacían las necesidades de los reyes de informarse acerca de los pueblos bárbaros, sobre cuya tradición cultural trataban de llamar la atención sus representantes culturales. Sus autores son precisamente los únicos indígenas conocidos que pueden considerarse plenamente ejemplos de helenización. Antíoco I respetaba las tradiciones pero fomentaba la helenización de sus colaboradores entre las poblaciones locales, lo que da lugar a un panorama variado en el territorio del reino con respecto a la helenización. En general, los monarcas seléucidas respetaban los aspectos institucionales de las ciudades, que en cierto modo continuaban la situación de las ciudades griegas sometidas a potencias dominantes, como Atenas, Esparta o el Imperio persa (Spek, 1987: 57-58). Las ciudades babilonias fueron tratadas igual que las griegas.

Al desarrollarse las relaciones entre sociedades, consecuentemente éstas determinan transformaciones sociales dentro de las mismas y, de modo paralelo, cambios en las mentalidades. A las realidades políticas y sociales se acomodan igualmente las distintas corrientes intelectuales en que se concibe el mundo como auténtico escenario del ser humano, considerado asimismo desde una perspectiva global, al margen de que subsista un mundo marginal, que sólo se percibe como fuerza de trabajo o como territorio apto para el establecimiento de colonias dentro de la misma ecúmene. La percepción de lo no conocido permanece en el terreno de lo misterioso y peligroso, sólo accesible a la imaginación, con

frecuencia tendente a la fantasía. De hecho, para una buena parte de la sociedad griega entre los sectores dominantes, la nueva geografía había proporcionado un nuevo escenario de gran amplitud, donde extender las actividades económicas e intelectuales, al tiempo que se abría a los poderosos de los nuevos territorios incorporados. Los reyes, desde Alejandro, se preocuparon de conocer las realidades geográficas y etnográficas de los países bárbaros, con ánimo de fundamentar científicamente las actividades expansivas.

* * *

En Grecia, como ya vimos, Casandro restringe la democracia en Atenas (Shipley, 2000: 145), tras establecer una guarnición en Muniquia. Para ello se apoya en el nombramiento en 317 de Demetrio de Falero, joven peripatético producto del Liceo de Teofrasto, inspirado en las teorías de Platón, Aristóteles y Teofrasto mismo (Habicht, 1997: 58), relacionado por matrimonio con la familia de Conón y Timoteo, formalmente designado por el pueblo según el texto del decreto (Préaux, 1978: 416). Las obras de Demetrio de Falero aparecen citadas en Diógenes Laercio (V 80-81). Ambas escuelas orientaban ahora sus preocupaciones mayoritariamente hacia la ética popular, el *bíos praktikós*, con proyección política. Las escuelas platónica y aristotélica coincidían en sus posiciones contrarias a las democracias radicales, que pretendían la abolición de deudas y la redistribución de las tierras, y a los reformistas, considerados demagogos y tiranos. Las fuentes no parecen atribuirle un título oficial, aunque lo llaman *epimeletés*, *epistátes*, *prostátes*. Demetrio ayudó a Teofrasto a comprar una tierra en Ática a pesar de su condición no ciudadana. Posiblemente en esa concesión se basa su capacidad para disponer en su testamento de las propiedades que incluían el Liceo y el Museo en él contenido (Diógenes Laercio, V 39), por lo que se lo considera fundador formal de la escuela peripatética. De hecho, ésta parece haber reforzado su carácter como comunidad de *phíloi* (cf. Millett, 2007: 23, 27).

La medida más característica de Demetrio fue la promulgación de leyes suntuarias que trataban de frenar la ostentación de los más ricos y establecer un sistema censatario, al tiempo que intentaba asegurar los aprovisionamientos de la población con medidas evergéticas. Por otro

lado, lleva a la práctica las exigencias de abolir la *khoregía* y posiblemente otras liturgias que pesaban sobre los ricos, planteadas por Isócrates, Licurgo, Aristóteles y Teofrasto, argumentadas igualmente por el mismo Demetrio (*FGH* 228 F 25; Habicht, 1997: 56), al mismo tiempo que abolía la *misthophoría* en general, con inclusión del teórico y del *misthòs ekklesiastikós* y el *dikastikós*. La trascendencia de tales conflictos aparece en los *Caracteres* de Teofrasto (XXIII), sobre el personaje asustado por la posibilidad de ser considerado pro macedonio. Se ganó en cambio el apoyo de los ricos, que colaboraban con gusto a la erección de numerosas estatuas en su honor. En su época, según Ctesicles, recogido por Ateneo, hubo un censo, seguramente por motivos fiscales, en que se incluyen 21.000 ciudadanos, 10,000 metecos y 400.000 esclavos, resultado sin duda de la privación de la ciudadanía de la época de Antípatro en 322 (Plácido, 2012). La explicación de las cifras, consideradas exageradas, puede hallarse en que los dos primeros grupos se evalúan desde el punto de vista del censo militar, mientras que en los esclavos están comprendidos todos los privados de derechos, incluidos extranjeros no censados como metecos. Es posible, sin embargo, que estas cifras se deban, en cualquier caso, a una nueva modificación del censo realizada en 311, ya que Diodoro (XVIII 18, 4) habla de 9.000 ciudadanos para la época de Antípatro (Hiperides, fr. 29; Oliver, 2007: 86).

En cualquier caso, es probable que como esclavos se contabilicen los sometidos a formas de dependencia como las instauradas en el proceso de debilitamiento de los derechos de los ciudadanos, lo que abarcaría todo el espectro de la producción, agricultura, minas, artesanía, comercio, e incluso en la administración pública. Es preciso tener en cuenta que en el siglo IV, las alteraciones sociales impusieron la necesidad de establecer criterios diferenciadores como los que expuso Aristóteles en la *Política*, en una época en que se difundieron algunas ideas contrarias a la institución de la esclavitud, como las de Alcidamante, que reinterpretaban el pensamiento de algunos sofistas, o las de algunos cínicos o estoicos, que se referían a la igualdad de los hombres por naturaleza. Los cínicos, con su máximo representante Diógenes de Sinope, ostentaban la postura más radical en relación con la cultura dominante y con el poder regio junto al desprecio de la riqueza y de los ricos, que se definía en el concepto de autarquía personal, autosuficiencia frente al poder y rechazo de las convenciones sociales y vuelta a la naturaleza. Se declaraba "ciudadano del

mundo", *kosmopolítes*, y decía apreciar sobre todo la *parrhesía*, la "libertad de palabra". En el pensamiento estoico, griegos y bárbaros se equiparan como súbditos de un estado de vocación universalista establecido sobre comunidades dependientes. Para ellos, sólo el sabio es verdaderamente libre, capaz de alcanzar la virtud, que no es más que la capacidad de adecuación al papel de cada uno en la vida, la *oikeíosis*.

Estrabón (III 2, 9) atribuye a la época de Casandro una explotación intensiva de las minas de Laurio, con mucha mano de obra, lo que debió de durar por lo menos hasta fines del siglo. Se trataba de potenciar las obras cívicas y los proyectos militares. Casandro se presenta como teórico del sistema platónico del rey filósofo (Ateneo, XIV 620b) y Demetrio como ejemplo de gobernante platónico. En 307, como ya vimos, Antígono expulsaría la guarnición macedónica de Muniquia y reemplazaría la oligarquía por una democracia restaurada con la participación de su hijo Demetrio, dentro del proyecto de liberar a las ciudades griegas. De hecho, en Atenas fue recibido con entusiasmo por la multitud.

Siguiendo con la obra de Casandro, éste fundó algunas colonias de macedonios o griegos por sinecismo a fines del siglo IV, entre ellas Casandrea, Tesalónica, al fondo del golfo Termaico, para unir la ruta procedente del Danubio con la que se dirige del Adriático al Mar Negro, la ulterior vía Egnatia que se dirige a Bizancio. Tesalónica tuvo una Asamblea, *ekklesía*, pero su papel puramente pasivo resulta evidente, dado que sus decretos los votaba sólo el Consejo, lo mismo que ocurre en algunos casos en que aparecen como producidos por la ciudad, como puede pensarse en el caso de Pela. Las ciudades poseían en cambio cuerpos de magistrados municipales, como los estrategos de Casandrea y Filipos, lo que posiblemente indica asimismo la existencia de ejércitos ciudadanos. Las magistraturas continuaban formalmente las clásicas, pero sin duda limitadas por la nueva organización de las ciudades dependientes de los reyes.

En cuanto a Antígono, su final en la batalla de Ipso en 301 significó la consolidación de Lisímaco en Tracia, acompañada de una sustanciosa ampliación de sus territorios en la región de los estrechos que le abrieron las puertas de Asia Menor, y de Seleuco en Siria y Mesopotamia, con el control de todo el Oriente desde el Éufrates (Apiano, *Siria*, 55), desde donde señaló las nuevas vías con Seleucia y Apamea como puntos de referencia. Según Plinio (VI 63), bajo Seleuco I se sistematizaron las

vías de oriente hasta el Ganges y, en su época, todavía se contaban las distancias de acuerdo con esa organización. El nuevo estado en formación se caracterizó por el carácter heterogéneo de los pueblos que lo componían, tanto en el aspecto étnico como en el estructural, donde se incluye Armenia, los Zagor y el Caspio, habitados por poblaciones seminómadas que aportan contingentes militares y en cuyos territorios cabía una intensa labor colonizadora, recogida por Apiano (*Siria*, 57), aunque incluye muchas fundaciones posteriores (cf. Sherwin-White & Kuhrt, 1993: 17, 20).

Casandro se benefició sólo parcialmente de estos sucesos, aunque reforzó su presencia en Grecia, y Ptolomeo muy poco, ya que no fue incluido en los repartos y Seleuco se negaba a aceptar su penetración al sur de Siria. Éste se dedicó a la fundación de ciudades con nombres dinásticos y a fortalecer el apoyo social. La denominación de las ciudades con tales nombres podía indicar que se trataba de una nueva fundación, pero también que se intentaba asimilar a las poblaciones o que se quería mostrar la superioridad del conquistador. Frecuentemente en las ciudades se menciona la presencia del águila símbolo de Zeus. Luego sería Seleuco quien quedaría aislado ante los acuerdos de los demás, pues incluso Demetrio se unió a Ptolomeo en la política naval del Mediterráneo oriental, hasta que Seleuco se casó con Estratonice, la hija de Demetrio, que pasó a atacar Tiro y Sidón en tierras de Ptolomeo, mientras éste se aliaba con Lisímaco (Plutarco, *Demetrio*, 31, 5).

Para Demetrio, significó la posibilidad de recuperación tras la derrota de Ipso, sobre la base de la nueva alianza con Seleuco que se amplió inmediatamente a Ptolomeo, aunque resultó efímera a causa de los territorios de Siria. Sin embargo, todos tuvieron problemas con las ciudades fenicias. Seleuco reestructuró el territorio en pequeños distritos llamados hiparquías. Al frente de las ciudades estableció un *epistátes*, que tenía como misión fundamental el control de las poblaciones indígenas sirias en coordinación con los intereses regios que compartían los habitantes de las ciudades. A pesar de los nombres griegos, muchas de éstas tenían sólo una minoría entre una mayoría de población en la que no se reconocen formas de vida griega. Por medio de las guarniciones se garantizaba la protección de los griegos y la dominación de la realeza, con motivo de defender la ciudad frente a otros reyes dentro de los conflictos de la época. La helenización sólo fue patente al norte, pues, en general, se conservaron tradiciones culturales diferenciadas.

Demetrio se había presentado pronto como heredero de las ambiciones conquistadoras de Alejandro, acompañadas de aspectos formales que lo identificaban como monarca oriental. Los poderes de los reyes se definían de modo creciente por las lealtades de los ejércitos, lo que colaboraba a definir el personalismo de tales gobernantes. En la monarquía macedónica perduró la costumbre de que los reyes fueran designados por aclamación de los ejércitos, denominados "los macedonios", lo que no quiere decir que fueran elegidos por ellos, como había hecho Demetrio Poliorcetes en 294. Sin embargo, cuando en 287 recuperaron la independencia, los atenienses se referían al período como a una oligarquía. Los atenienses consiguieron que se retirara la guarnición del Museo, el santuario de las Musas situado en la colina del mismo nombre cercana al ágora, pero el control de Muniquia y El Pireo siguió en manos de los macedonios, que se mantenían allí durante la guerra de Cremonides y no se retiraron hasta 229, a la muerte de Demetrio II, aunque hay períodos intermedios en que la ocupación no está clara. La retirada estuvo propiciada por la intervención de Arato, que ofreció ciento cincuenta talentos al jefe de la guarnición por la entrega de El Pireo, Muniquia, Salamina y Sunio (Plutarco, *Arato*, 34, 6; Pausanias, II 8, 6). Algunos espacios, como Ramnunte, parecen haberse liberado de la ocupación desde 255 (Habicht, 2003: 53). Sin embargo, el acontecimiento de 229 fue celebrado por los atenienses como un hecho de especial relevancia, con celebración de festivales y premios a los protagonistas.

De hecho, la situación anterior se había modificado y habían cambiado las relaciones de Demetrio con los demócratas. Demetrio había llamado a los políticos oligárquicos y sus seguidores exiliados, según las reclamaciones de Teofrasto (Habicht, 1997: 90), que se había ausentado de Atenas en la época en que se pusieron restricciones a las escuelas. Entonces, en 287, los atenienses sólo podían defenderse si solicitaban la ayuda de Lisímaco o de Pirro, en el segundo caso con más éxito, por lo que lo trataban como benefactor y seguramente fue entonces cuando le erigieron la estatua que menciona Pausanias (I 11, 1). Dice Plutarco (*Pirro*, 12, 7) que, tras sacrificar en la Acrópolis en honor de la diosa, aconsejó a los atenienses no abrir las puertas a ningún rey.

La época posterior a Demetrio Poliorcetes se caracteriza por la penuria de recursos, que se tradujo en una fuerte dependencia de las acciones benéficas de los poderosos. Destacó la actividad del poeta Filípides, que atacó violentamente a Demetrio en 301 por su manipulación de la vida

religiosa y financió las celebraciones de 284/3, de Fedro de Esfeto, agonóteta de los festivales de 282/1, especialmente brillantes, o de Glaucón, hermano de Cremonides, vencedor de la carrera de cuatro caballos en Olimpia, que luego sería consejero de Ptolomeo II y a quien Ptolomeo III le erigiría una estatua en Olimpia. Ptolomeo II le rindió homenaje en la celebración conmemorativa de la victoria de Platea de 479 como campeón de la independencia y libertad de los griegos al estilo de los vencedores en las Guerras Médicas. La batalla de Platea volvía a erigirse en símbolo de la libertad frente al bárbaro, identificado ahora con los macedonios, a quienes se oponían las ciudades griegas apoyadas por los Ptolomeos (Wallace, 2010: 161). Así, los macedonios volvían a asimilarse a los bárbaros como había ocurrido en el decreto de Cremonides (*SIG*^{3} 434/5; Burstein, 1985: nº 56) en el momento de organizar la alianza que llevaría a la guerra contra Antígono Gonatas, cuando éste se había hecho con la realeza macedónica en 277 tras la invasión de los gálatas.

En la misma época, en 282/1 se duplicó el número de miembros de la caballería y se reorganizó y mejoró su administración, junto con otras medidas destinadas a fortalecer la defensa de la ciudad. De hecho, se introducen sistemas de financiación estatal para el mantenimiento de los caballos por medio de préstamos. Igualmente, desde la segunda mitad del siglo IV se organiza el sistema efébico, por el que destacamentos de jóvenes de 18 ó 19 años se encargan de los puertos y de las fortificaciones fronterizas, circunstancias que se conocen por el juramento conservado en una estela de Acarnas, así como por las listas datadas entre 333 y 329 (cf. Rhodes & Osborne, 2003: nº 88, pp. 440-449; 453-457). Varios benefactores y organizadores de la defensa fueron recompensados con una estatua. Demóstenes recibió tal honor de manera póstuma, igual que Demócares, Filípides y Calias de Esfeto en vida, todos identificados como defensores de la democracia y víctimas de la oligarquía, de Demetrio de Falero o de la segunda etapa de Demetrio Poliorcetes, entre 294 y 287. En esas fechas se sitúan los mayores excesos en su actuación y su identificación con la divinidad, hasta el punto de vivir en el Partenón y celebrar allí sus fiestas, entre las que el nuevo festival se dedicaba a Demetrio y Deméter, junto con Dioniso, por medio de la celebración de coros itifálicos (Ateneo, VI 235b-f) de Demócares y Duris de Samos. Las Dionisias cambiaron su nombre por el de Demetrias (Plutarco, *Demetrio*, 12, 2) y llegaron a proponer que la palabra de Demetrio

se considerara como un oráculo (13, 2). No sólo lo emparejaban con Deméter, sino que lo comparaban con Posidón y Afrodita. También su esposa Fial recibía culto como Afrodita, práctica que se difundió luego entre otras familias regias, con la generalización del título de *basílissa*. Su eficacia como divinidad era mayor que la de los lejanos olímpicos, pero sus apoyos quedaron reducidos entonces a los miembros de la oligarquía. Tras la reproducción del himno itifálico, Duris se refiere a lo que los atenienses esperaban de Demetrio, la paz con los beocios y la guerra a los etolios, cuyas incursiones constituían en estos momentos un motivo de preocupación general para las ciudades griegas, tras haberse apoderado de Delfos. Plutarco (*Demetrio*, 26) conserva unos versos de Filípides en que dice que Demetrio había transformado el Partenón en un albergue e introducido a las heteras junto a la diosa. La época coincide con la referida por Plutarco (41, 1), al describir su amor al lujo y su carácter inaccesible. Pronto comenzó la decadencia definitiva de Demetrio, entre su cautividad en manos de Seleuco en 285 y su muerte en 283. El proceso fue complejo, pues constantemente se alternaban las muestras de apoyo y lealtad con el abandono por parte de sus aliados.

En 292 Demetrio había ordenado la repatriación de los oligarcas exiliados. Demócares habría participado en la acusación de impiedad contra Teofrasto por su actitud colaboracionista, considerada contraria a las tradiciones patrias, al mismo tiempo que se manifestaba contra las escuelas filosóficas, dentro del ambiente de reacción contra el aristotelismo representado por Demetrio de Falero, en la misma línea que el poeta Alexis (Ateneo, XIII 610c). Por su parte, Menandro, que había obtenido el primer premio por la representación del *Díscolo* en las Leneas de 317/6 con Demetrio de Falero en el poder, se vio perseguido a la caída del régimen, en 307. Sin embargo, a éste, Demetrio Poliorcetes le facilitó la huida a Tebas, como deseaba, ya que temía más a los atenienses que al macedonio debido al cambio de régimen, *dià tèn metabolèn tês politeías* (Plutarco, *Demetrio*, 9, 3). También Teofrasto, discípulo de Aristóteles y posiblemente de Platón, abandonó Atenas en el mismo año. En cambio, poco más tarde, en 306, fue el momento en que se abrió en Atenas el Jardín de Epicuro, fuera de la ciudad, cerca de la puerta del Dípilo, después de haberse retirado a Calcis tras la Guerra Lamíaca. El Jardín era una especie de comuna de amigos que contribuían a los gastos, método que les permitió la residencia permanente en una ciudad que

veía alteradas las prácticas clásicas de las escuelas. El Jardín constituía en cierta medida la formación de una comunidad alternativa a la *pólis* (Pascual, 2011). Su consejo de abstenerse de toda *paideía* contenido en la *Carta a Pitocles* se interpreta como alejamiento de la cultura oficial de la ciudad (Engberg-Pedersen, 1993: 293), lo que resulta coherente con sus consejos de no participar en política ni ejercer la tiranía (Diógenes Laercio, X 6; 119), que definen al sabio como alejado de la participación política, pero integrado como ciudadano. Su hostilidad a Casandro favoreció su situación de entonces, en clara rivalidad con las escuelas de Platón y Aristóteles, de donde habían salido los colaboradores con el macedonio. Epicuro permaneció en Atenas hasta su muerte en 271/0.

La falta de adhesiones a los reyes macedónicos por parte de las tropas derivaba directamente de la derrota y por tanto rompía igualmente los apoyos que fueran capaces de hallar en el conjunto de la población. En cambio, más tarde, el nuevo rey de los macedonios, Antígono Gonatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, rey intelectual de pensamiento estoico, pretendía erigirse en monarca restaurador de las tradiciones macedónicas, entre otras cosas, con la construcción del palacio monumental de Vergina a principios del siglo III, como fundador de una nueva dinastía macedónica, los Antigónidas, apoyada en las aristocracias helenizadas, más que en la lealtad de los ejércitos. Ya anteriormente, al parecer, Casandro había construido un palacio concebido como una villa monumental, que serviría de modelo a otros palacios de Antioquía o Alejandría. Se caracterizó por no haber instaurado ningún tipo de culto y haber muerto de muerte natural en 239, tras cerca de cuarenta años de reinado. La estabilidad de Macedonia se mantuvo hasta la época de Filipo V. Tal estabilidad se atribuye al éxito en la defensa de las fronteras frente a ilirios y celtas y a las fortalezas establecidas en puntos clave de Grecia, como Calcis y el Acrocorinto. Según el análisis de las monedas de Atenas, durante esta etapa se intensificó la marcha de la economía, tras un largo período de escasa actividad, interrumpida o reducida en cambio en las etapas sucesivas (Lönnqvist, 1997: 128). En esos momentos predominaba la circulación de moneda de bronce.

Gonatas tuvo que hacer frente a la rebelión de Apolodoro en Casandrea en 279, que pretendió establecer una tiranía con el apoyo de mercenarios gálatas y el *dêmos* de la ciudad. El estado macedónico se diferenciaba de los imperios seléucida y lágida en su fundamento étnico,

mucho más homogéneo, heredero de la tradición helénica y de la población originaria de la región, con añadidos que corresponden sólo a los vecinos, como los tracios. Entre sus méritos destacaba la derrota de los gálatas en Lisimaquia en 277. Pela volvió a ser un centro cultural, a donde acudían personajes como Jerónimo de Cardia y Arato de Solos, que celebró las bodas del rey con un himno que aludía a la victoria sobre los gálatas con el apoyo del dios Pan. En la base estaba el haberse convertido en un importante centro comercial. La obra más importante de Arato fueron los *Fenómenos*, poema astronómico didáctico en que aparece Zeus como organizador del orden cósmico, reflejo de las monarquías como la de Antígono, en cuya corte Arato era bien acogido; tuvieron gran difusión, con versiones latinas como las de Germánico, Manilio o Avieno. Su impacto parece haber sido fuerte en toda la corriente dominante en el mundo intelectual que tendía a identificar los astros con la divinidad.

El territorio propio de la monarquía macedónica seguía siendo sustancialmente el anterior a la expansión, pero se había construido un Imperio tributario sobre poblaciones "libres", entre griegos organizados en ciudades y pueblos periféricos estructurados en tribus más o menos estables. El carácter de las ciudades como libres y autónomas se conservaba así, con sus limitaciones, en todos los reinos helenísticos.

Las Ligas

Entre tanto crece el prestigio de la Liga Etolia gracias a su resistencia ante los gálatas y al apoyo de la Anfictionía de Delfos, lo que les atrae la adhesión de atenienses, eubeos locrios opuntios y otros pueblos, además de extender la actividad de los piratas del Egeo, contra los que luego ofrece su protección. Los etolios usaban la lucha contra los gálatas como celtas para afirmar en cambio su propia helenidad. Según una dedicatoria del santuario de Atenea Itonia, citada por Plutarco (*Pirro*, 26, 10), las victorias del rey sobre Antígono y los gálatas se atribuían a la tradición guerrera de los Eácidas, de quien los monarcas molosos se consideraban descendientes a través de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, llamado Pirro de niño. El epigrama se halla recogido en la *Antología Palatina* (6, 130). Pirro utiliza también su ascendencia heroica en su lucha contra los cartagineses en Sicilia en la conquista de Érice, donde se comportaba como descendiente de Heracles (Plutarco, *Pirro*, 22, 7-8). Plutarco lo

describe en esta batalla como un héroe homérico (22, 11). Pirro, con la pretensión de liberar a las ciudades griegas del poder de Antígono, en 272, se dedicó a arrasar el territorio de Laconia (26, 22), con el pretexto de ayudar a Cleónimo, aspirante a la realeza. Por su parte, los atenienses habían recuperado con Antígono Gonatas su puesto en la Anfictionía desde 286 y la participación en los Juegos Píticos.

Bajo el mando de Breno, los gálatas habían llegado hasta Delfos, tras vencer en 280 a Ptolomeo Cerauno, hijo repudiado de Ptolomeo I Soter, pero habían sido derrotados por etolios, focidios y beocios. Desde entonces se celebraron las Soterias, como fiesta de la salvación protagonizada por los etolios. Por ello, se presentaron como los protectores indispensables de las víctimas de sus actividades. A partir de entonces se convirtieron en una potencia expansiva, contra la que se aliaron algunos peloponesios con la Confederación Aquea. La fortaleza de ésta, consolidada desde 251, en la época de Arato de Sición, se manifestó con la toma de Corinto, en el año 243, a costa de los macedonios, que estaban bajo el mando de Antígono Gonatas. Actuaba, según Plutarco (*Arato*, 16, 2), por el interés de toda Grecia en luchar contra la tiranía, representada por un "poder extranjero", *arkhèn... allóphylon* (16, 4). La ocupación del Acrocorinto significaba el control de todos los tráficos griegos (16, 5). De ahí ocuparon Corinto frente a Antígono y con el apoyo de los corintios que les abrieron las puertas y procedieron al arresto de los soldados del rey (22, 9). Arato propuso a los corintios la entrada en la Liga Aquea (23, 4). A continuación se sumaron los megarenses, trecenios y epidaurios (24, 3). Plutarco (*Filopemen*, 8, 1) dice que fue Arato el que, al reunir el *koinón katà póleis* la elevó en dignidad y fuerza, con una política helénica y humana (*politeusámenos Hellenikèn kaì philánthropon politeían*). El biógrafo parece destacar que lo verdaderamente griego era la organización por ciudades, aunque se tratara de una "comunidad" más amplia, que proporcionaba la fuerza y que aspiraba a ser de todo el Peloponeso. En *Vida de Arato* (24, 6) señalaba que la unión haría más fuertes las ciudades. En cuanto a las acciones concretas de Arato, éste se apoderó luego de Mégara y de Argos, esta última en 229. Pero Arato terminaría finalmente como consejero de Filipo V de Macedonia, cuya arbitrariedad en relación con los intelectuales, se muestra, según Polibio (V 26), en su comportamiento con Apeles. En efecto, todos dependían de una señal de la cabeza del rey, como si se tratara del Zeus homérico.

Así pues, las Ligas cobran un protagonismo que perdurará hasta la época de la intervención romana. La nueva época cuenta con su presencia en la escena de modo complementario con la de los grandes reinos. Ya en 267, con el apoyo de Ptolomeo II, se habían agrupado los espartanos, los aqueos y los atenienses para enfrentarse a Antígono Gonatas en la llamada guerra Cremonídea, por el nombre del ateniense que negoció la alianza, político relacionado con el estoico Zenón, originario de Citio, en Chipre, que se había establecido en Atenas desde los tiempos de Demetrio de Falero. Zenón se inspiraba en el cinismo del discípulo de Sócrates, Antístenes. Las relaciones de Zenón con Antígono resultan ambiguas, pues, apoyado por éste, se relaciona igualmente con Demócares y Cremonides (Engberg-Pedersen, 1993: 297), al margen de los rumores, recogidos por Diógenes Laercio (VII 13), de que tenía invertidos mil talentos en préstamos marítimos (Millett, 1991: 190). Igualmente ambigua se considera la figura de su discípulo Perseo de Citio, que se movía entre el estoicismo y las cortes monárquicas (Erskine, 2010: 179), situación especialmente criticada por los epicúreos. En general, la filosofía helenística tiende a convertir en paradigmática la figura de Sócrates.

Antígono se había dedicado a apoyar las tiranías que se iban instaurando en las ciudades griegas, lo que perpetuaba formas consideradas antidemocráticas, incluso entre poblaciones con los derechos cívicos muy menguados. Resultaba escandalosa la recuperación de formas de poder personal obsoletas. Por ello era Atenas la ciudad adecuada para asumir la iniciativa. En cualquier caso, el enemigo común estaba representado por el rey de Macedonia, cuya tendencia a controlar las ciudades griegas afectaba a todos. Los objetivos de la alianza se definen como la liberación de los griegos por las tropas unidas al modo como lo habían estado contra los persas, en lo que Antígono se identifica como déspota oriental (Habicht, 1997: 144). Por el decreto de Cremonides se sabe que Antígono contaba con el apoyo de los piratas que entonces operaban en el Egeo. La alianza fue derrotada en 262, en lo que algunos consideraron el final de las posibilidades de libertad de los griegos, sobre todo para los atenienses, que perdieron El Pireo y Muniquia. El texto reproducido por Apolodoro (*FGH* 244 F 44; Burstein, 1985: nº 57) señala que introdujeron una guarnición y suprimieron las magistraturas para confiarlo todo a una persona. El Pireo permanecería hasta 229 en manos de los macedonios, que mantuvieron una guarnición en la colina del Museo, a pesar de que

teóricamente el monarca había dado la libertad a los atenienses (Tracy, 2003: 58). Antígono eligió como regente a un nieto de Demetrio de Falero del mismo nombre, con el título de *thesmotétes*, lo que resultaba menos ofensivo que el de *epistátes* de su abuelo, pero violaba la tradición del nombramiento por elección del tesmóteta.

Según datos tardíos, tal vez procedentes de la *Crónica* de Apolodoro, el rey devolvió la libertad a los atenienses en 255, fecha que coincide con la introducción masiva de monedas de bronce macedonias en Atenas y la reducción de las acuñaciones propias (Lönnqvist, 1997: 137). Sin embargo, todavía en 229, la Asamblea ateniense declaraba su fidelidad a los reyes de Macedonia, que influían en la política interna de la ciudad, pues el monarca mantuvo el control hasta su muerte en 239, al margen de que le habían rendido honores divinos como rey (Kralli, 2003: 61). Es posible que el poder del soberano se hiciera entonces menos visible (Habicht, 1997: 152), pero funcionaba por encima de las instituciones democráticas que formalmente seguían existiendo. Lo cierto es que los atenienses se resistieron al intento de Arato de "liberarlos" del poder del rey (Plutarco, *Arato*, 34, 4-5), aunque acudieron a él a la muerte de Demetrio. Por otra parte, en el mismo año 262, a la muerte de Zenón, Antígono mandó que se le rindieran honores póstumos con una corona de oro debido a sus cualidades como instructor de la juventud (Diógenes Laercio, VII 10-12), a pesar de que el filósofo no mostraba simpatías por la monarquía y había rechazado una invitación del rey a su corte. La firmeza de sus ideas se consideró un arma defensiva en las realidades turbulentas de la época, al tiempo que se enfrentaba a las convenciones sociales que incluso afectaban a la *pólis* como institución básica de la vida en común. Como los cínicos, Zenón se consideraba "ciudadano del mundo", *kosmopolítes*.

La constatación del éxito de Antígono entre las oligarquías aparece en la celebración de las fiestas Antigonias. Sin embargo, el caso de Esparta durante la época de las reformas proyectadas por Agis IV y llevadas a cabo por Cleómenes III, entre 235 y 222, con la inspiración teórica del estoico Esfero, de Borístenes o del Bósforo, discípulo de Zenón de Citio y que luego fue llamado a la corte ptolemaica, y el apoyo de mercenarios, constituye el último intento de poner en práctica una política independiente, abortada por las oligarquías apoyadas por las intervenciones regias, antes de que entre algunos reyes se difundieran

formas de gobiernos censuradas como demagógicas. Cleómenes, como ya vimos, consiguió eliminar a los éforos y ampliar la ciudadanía con gentes de Laconia. Restableció las *syssítia* y la *agogé* como parte del programa de recuperación de la Esparta de Licurgo. Sin embargo, se negó a apoyar las reivindicaciones argivas y fue muy parco en la concesión de derechos a los hilotas, lo que ha servido para juzgar sus proyectos como más imperialistas que sociales (Texier, 1975: 6). A ello se une la vinculación que establece, según Plutarco (*Cleómenes*, 3, 6), entre sus planes de reformas y el conflicto con los aqueos. Tras la derrota, Antígono instauró gobernantes promacedonios e introdujo a Esparta en la nueva Liga helénica, dominada por Macedonia y la Confederación Aquea.

La nueva realidad

La formación de las nuevas realidades culturales se basa en gran parte en la adecuación de unas tradiciones a otras, como ocurre con el nacimiento y recuperación de cultos mistéricos en sus aspectos menos integrados en la vida de la ciudad clásica. El ejemplo mejor conocido es el celebrado en el santuario de los Cabiros en Samotracia, acogido al menos desde Filipo II, o el de la isla de Lemnos, especialmente atendido desde Filipo V. Junto a ello continuaban los contactos con Olimpia o Delfos. Hacia 280, Ptolomeo II edificó en Samotracia el Propilo que empleaba en su interior columnas corintias. El panorama religioso llegó a ser muy complejo, con la presencia de cultos de orígenes diversos integrados en mayor o menor grado en la vida ciudadana, con modos diferentes de asimilación de las tradiciones olímpicas y variedades de sincretismos. En ocasiones, en el mismo santuario coexisten tradiciones de diverso origen, como en el santuario de Zeus en Bactriana, en que el dios olímpico recibe ofrendas típicas de Mitra de parte de las poblaciones locales (Fox, 2010: 12). Por estos mecanismos, de adaptación, superposición y sustitución, se operan las mutaciones culturales que se traducen en el nacimiento de un nuevo mundo.

La fundación de colonias en los extremos de los territorios conquistados tuvo un efecto doble; por un lado, fueron fuente de descontento materializado en rebeliones desde los momentos mismos de la expedición, por ejemplo en la campaña de la India en Bactriana e inmediatamente después de la muerte de Alejandro; por otro, más tarde, entre los acuerdos

de Babilonia y los de Triparadiso hubo conflictos protagonizados por los diádocos, pero, de modo alternativo, fueron el germen de nuevas entidades, como el reino que aquí se fortalecería en menos de un siglo. Por otra parte, Triparadiso sólo puso en juego las fuerzas de los pretendientes, todos con ánimos más o menos totalizadores. Era el momento en que las estructuras monárquicas en formación se revelaban inútiles para la conservación del territorio conquistado, donde sólo prevalecía el de derecho derivado de la conquista misma, como argumentaba Filipo para conservar el dominio sobre Anfípolis ante las reclamaciones atenienses. Tal era la jurisprudencia dominante desde el inicio de la expansión macedónica y que se perpetuaría a lo largo de todo el período.

Dentro de los nuevos estados que se organizaban, desde la acción de Antígono se generalizó la práctica de ofrecer a las ciudades la libertad y la autonomía, como modo de asumir la tradición griega dentro de las nuevas formaciones estatales de tipo despótico, como uno de los rasgos característicos del mundo helenístico. Sin embargo, ninguno de los diádocos le dio la misma extensión y profundidad que Antígono, sin duda con la intención de fortalecer su posición con el apoyo de dichas ciudades, frente a la política de control por parte de Casandro. Con el reconocimiento de la autonomía de las ciudades se garantizaba su colaboración en la política exterior y en las acciones militares. De hecho, Plutarco (*Demetrio*, 8), seguramente a partir de Jerónimo de Cardia, alaba la actitud de Antígono y Demetrio de liberar a las ciudades griegas esclavizadas por Casandro y Ptolomeo (Billows, 1990: 204-205); y el mismo autor se refiere a la reputación que alcanzó en toda Grecia por estas acciones (*Dichos de reyes y emperadores. Antígono,* 16 = *Morales,* 182f). Los atenienses lo recibieron como benefactor y salvador, *euergéten kaì sotêra* (Plutarco, *Demetrio,* 9, 1). Al mismo tiempo, favoreció la recuperación de ciudades como Esmirna y el sinecismo de otras con la unificación de pequeñas localidades, como Teos y Lébedo, que formaron una nueva *pólis* libre y autónoma. En la inscripción fundacional del sinecismo se permite a las ciudades la importación de grano para asegurar su abastecimiento, pero Antígono hace constar que en general prefiere que cada ciudad se abastezca de sus propios recursos (Welles, 1966: nº 3-4). Por otra parte, estimulaba la exportación de los productos del campo, al permitirles a los campesinos proceder directamente sin necesidad de pasar por el ágora de las ciudades.

Se considera que éste es el modelo de la economía monopolística que dominaría entre los Lágidas y los Seléucidas, que ya Alejandro había aplicado en la imposición de tributos sobre las aldeas a través de las ciudades, como Priene (Tod, 1948: 185, 10 ss.). Se trataría de asegurar la permanencia de los campesinos en las tierras tributarias de las aldeas dependientes de cada ciudad, de que se nutrían los gastos reales, para lo que tomó otras medidas favorables a la producción agrícola por toda Asia Menor. Desde luego quería evitar también la necesidad de importar cereales de Egipto, el principal productor, igual que trató de impedir la importación de papiro, para lo que promovió su producción en Siria. En definitiva, toda la economía helenística trataba de garantizar el mantenimiento de las tropas, de la burocracia y del palacio, en procesos que sin duda favorecían el enriquecimiento de quienes invertían en ella, en las formas de distribución y sistemas de tributación. La base material de la burocracia era la producción agraria, a cuya rentabilidad se dedica de manera especial, y su complejidad aparece reflejada en la abundante correspondencia regia conservada. De ahí que se hable de una "burocracia agraria" (Orrieux, 1983: 25), además de otras actividades que producían fortunas al margen de la producción rural. Igualmente favoreció la recuperación de la Liga Jónica, con centro en Priene, y del Panjonio, con un festival que luego se dedicó a Alejandro, y tal vez la creación de otro "de los que comparten el santuario" de Atenea en Ilio. Lisímaco refundaría la ciudad con poblaciones de los alrededores (Estrabón, XIII 1, 26) a partir de una simple aldea.

Por otro lado, la Liga de los Isleños (*koinòn tôn Nesiotôn*), que existe al menos desde 306, formada por las Cícladas, instituyó un culto en honor de Antígono y Demetrio, compartido con el de Apolo en Delos y patrocinado por ellos. La isla fue el centro de la Liga, que funcionaba como un estado federal, gobernado por un *synédrion* y con *isopoliteía* entre los ciudadanos de las diferentes *póleis* y un ejército común que colaboraba con Antígono a través de una *symmakhía* (Diodoro, XIX 62, 9). Delos aparece como ciudad libre y democrática con sus leyes ancestrales, y desde entonces se convierte en centro de actividades mercantiles protegidas, donde se instalan los banqueros de diversas procedencias que afirman su poder en las islas con el apoyo religioso del santuario de Apolo, que recibe como tributo las rentas de los capitales circulantes. A ello se suman las donaciones procedentes de poderosos de todo el mundo

griego. La riqueza de la isla se refleja en el lujo de las casas conservadas. La Liga mantendría relaciones alternantes con los reinos y en 280-278 proclamaba un decreto (*SIG*³) por el que se reconocían los *Ptolemeîa* como festivales equivalentes a los Olímpicos, en correspondencia a los beneficios recibidos de parte del rey.

Así, con el nombramiento de Antígono como *basileús* en 306, cuando contaba sesenta y seis años, se iniciaba el camino que consolidaba los estados de amplio alcance territorial como gobiernos monárquicos. Con este nombramiento coincide la declaración de Antígono como *sotér* por parte de varias ciudades griegas, título vinculado a la difusión del culto al rey divinizado. Sus aspiraciones declaradas eran la conquista de la totalidad, *tà hóla*, la ecúmene. Tal proceso se apoya en la promoción de Antígono Monoftalmo y su hijo Demetrio Poliorcetes como objeto de honores divinos, como el representado por el himno que dedican a este último en 291, conservado en Ateneo (VI 253b-f), como único dios presente y verdadero, a diferencia de los dioses de piedra o de madera. En este aspecto, la figura de Demetrio se interpreta como símbolo de la transición entre el tirano y el monarca helenístico (Mari, 2003: 88). Hasta 301 el protagonismo de las acciones militares, destinadas a consolidar y proteger el reino, se halla en manos de Demetrio. En ese año se formó la alianza entre Ptolomeo, Casandro y Seleuco ante el crecimiento del poder de padre e hijo. Los controles sobre las tropas se complementan, entre las promesas y las ganancias, por un lado, y las represalias y las amenazas, por otro. En la inmediata expedición hacia Egipto, en la segunda mitad de 306, Antígono recurrió a la tortura de los posibles desertores cuando Ptolomeo envió mensajeros a intentar sobornarlos (Diodoro, XX 74, 5-75, 3). La negativa de los rodios a participar en el ataque contra Egipto, con el que mantenía muy buenas relaciones económicas, condujeron al asedio de la isla de Rodas, con el uso por parte de Demetrio de la maquinaria bélica, a la que los rodios ofrecieron una feroz resistencia durante más de un año, tras el que Demetrio buscó el acuerdo. A los esclavos que habían participado en la resistencia, los rodios les concedieron la libertad y la ciudadanía. Los rodios confirmaban de este modo su papel protagonista en el marco de los equilibrios entre potencias, lo que les servía para garantizar su independencia. Para conmemorar el éxito de la resistencia, los rodios erigieron la famosa estatua de Helio conocida como Coloso de Rodas, interpretado con frecuencia

como símbolo de las aspiraciones hegemónicas de la isla en la primera mitad del siglo III. Así se revelaba el problema básico de los mercenarios, fieles normalmente al mejor postor. Aunque, de hecho, la expedición fue un fracaso por este y otros motivos.

Por otra parte, en estos momentos críticos se plantea la posibilidad de subsistencia de ciudades neutrales como Rodas. Antígono, a pesar de que para él era fundamental la alianza de Rodas para controlar el mar, con quien sólo podía competir Ptolomeo, no podía permitir la continuidad del comercio con éste, de modo que, al no conseguir impedirlo a través de la negociación, Demetrio organizó, como ya vimos, un asedio en el que desplegó todas sus habilidades como Poliorcetes o "sitiador de ciudades". Si bien el asedio terminó en fracaso en 304, el compromiso al que llegaron al final, con la mediación de egipcios y etolios (Diodoro, XX 99, 3), o de los atenienses (Plutarco, *Demetrio*, 22, 8), obligaba a los rodios a permanecer como aliados de Antígono, sin luchar contra Ptolomeo, sin guarniciones y con libertad de comercio. Además del famoso Coloso de Rodas, debido a la ayuda recibida, los rodios erigieron estatuas en honor de Lisímaco y Casandro y votaron honores divinos a Ptolomeo bajo el título de Sotér, "salvador", mientras Antígono pretendía atraerse a los comerciantes rodios con la promesa de la libertad de los puertos de Siria, Fenicia, Cilicia y Panfilia (Polieno, IV 6, 16). Lisímaco, por su parte, recibiría culto en la ciudad de Priene hacia 286/5. En ese proceso todos acabaron accediendo a la realeza.

La nueva monarquía, a diferencia de la realeza macedónica o de las orientales, se caracterizaría por no contar con el control ni el apoyo de aristocracias constituidas a partir de tradiciones locales ni asentarse en pretensiones hereditarias como modo de legitimación. Ello permite a algunos autores hablar de monarquías absolutas de base carismática obtenidas gracias a la victoria, aunque en el caso de Antígono todavía funcionaba un *synédrion* formado por sus *phíloi*, con amplia esfera de competencias, al que consultaba en diferentes ocasiones para tomar distintos tipos de decisiones (cf. Billows, 1990: 244, 246-247); pero Plutarco (*Eumenes*, 12) le atribuye aspiraciones a la realeza universal. La novedad estribaba en que los *phíloi* no formaban parte de estirpes de carácter aristocrático, sino que se reclutaban entre sus colaboradores más directos en funciones militares o administrativas. Eran por ejemplo los encargados del tesoro que el rey llevaba siempre consigo, procedente

del botín, de los tributos y de aportaciones voluntarias de quienes consideraban que habían recibido alguna protección del rey, destinado al pago de mercenarios y repartos de recompensas. El sistema se basaba en la labor de los sátrapas, que encauzaban los ingresos procedentes del tributo hacia el rey, tal como se describe en el libro II del *Económico* pseudoaristotélico (1315b7-14; Billows, 1990: 289-290). El texto distingue los funcionamientos económicos de la época según el control directo del rey, de los sátrapas, de las ciudades o de los particulares. Los dos primeros representaban una continuación de los sistemas tributarios de las monarquías despóticas "orientales".

Volviendo al caso de Atenas, en 304, ante el peligro de ataque por parte de Casandro, que proyectaba apoderarse de Salamina y asediar la ciudad, los atenienses reclamaron la ayuda de Antígono y Demetrio (Plutarco, *Demetrio*, 23, 1). Éste, desde Áulide, liberó Eubea, Beocia y Etolia de la presencia de Casandro, entró triunfante en Atenas al final del año y, como vimos, derrotó a los macedonios en las Termópilas, con lo que se pasaron a su lado muchas tropas de éstos y la ciudad de Heraclea Traquinia (23, 2). Así, liberó a los griegos al sur de las Termópilas y entregó a los atenienses las plazas que habían caído en manos de Casandro (23, 3). Luego intervino en las luchas internas de la ciudad, en favor de Estratocles y favoreció el exilio de Demócares, que se había distanciado de Estratocles y había criticado a Demetrio (24, 11), circunstancia que aprovecha Plutarco (24, 12) para comentar cuán falaz era la libertad de que gozaban los atenienses por el hecho de haberse librado de la guarnición. Demócares intervendría luego, en 286, para favorecer las ayudas de Ptolomeo II Filadelfo, que continuó las buenas relaciones con Atenas inauguradas por su padre, mientras que a Estratocles atribuye Plutarco (11, 1-2) la iniciativa de los honores rendidos a los reyes. Al parecer el personaje era comparado a Cleón. Entre los honores recibidos, le asignaron como morada el opistódomo del Partenón (23, 5).

En cualquier caso, las relaciones de Demetrio con Atenas, según fuentes que para este período son muy incompletas, experimentaron múltiples oscilaciones. Tras la batalla de Ipso, en 301, la Asamblea votó que nunca aceptaría a un rey dentro de los muros de la ciudad (Plutarco, *Demetrio*, 30, 4), pero permitió que se le restituyeran la flota, los tesoros y a su esposa Didamia, hermana de Pirro, a la que había dejado en Atenas, y declaró su neutralidad ante los movimientos de los

enemigos de Demetrio, Casandro y Lisímaco, aunque los atenienses permanecieron en contacto con ellos. En estas medidas desempeñó un papel clave Fedro de Esfeto, potente magnate en la explotación de las minas que se identificaba con las posturas moderadas, que trató de mantener la neutralidad de Atenas en las luchas de los sucesores. Era hermano de Calias de Esfeto, pero sus actitudes diferían radicalmente, aunque ambos recibieron honores del *dêmos*. Los críticos momentos que vivió la ciudad en los años posteriores favorecieron el establecimiento de la tiranía por parte de Lácares, respaldado por Casandro y apoyado en el ejército de mercenarios, pero que había estado al frente del pueblo (Pausanias, I 25, 7). Entre los pocos datos conocidos de su gobierno, se sabe que no eliminó la Asamblea, que por cierto fue la que al final lo condenó, al parecer ilegalmente, "en una votación única" (Habicht, 1997: 83). También continuó la elección popular de los estrategos. Simbólicamente, fue uno de los pocos representantes del poder que no respetó el carácter de la Acrópolis como signo de la identidad ateniense, en general preservada a lo largo de las diferentes intervenciones (Hoff, 2003: 183). Lácares permaneció en el poder apoyado por Ptolomeo hasta que fue derrotado en 295 con la intervención de Demetrio, tras una revuelta de ciudadanos que se habían hecho fuertes en El Pireo, con un contingente de hoplitas bajo el mando del estratego Carias, que también utilizaba fuerzas extranjeras; y, como ya dijimos, fue finalmente condenado por la Asamblea tras la disolución de sus tropas. Demetrio, que volvió a entrar triunfalmente en Atenas, había conservado el control sobre varias ciudades de Grecia, Asia Menor y Fenicia. El nuevo régimen apoyado por Demetrio parece presentar caracteres claramente democráticos, aunque luego se transformó hasta llegar a considerarse oligárquico. Demetrio acompañó la restauración con la concreción de un reparto de víveres entre los atenienses, atenazados entonces por el hambre (Plutarco, *Demetrio*, 34, 5). Aceptó la concesión de El Pireo y Muniquia y estableció una guarnición en el Museo (34, 6-7), situado en la colina de las Musas, cercana a la Acrópolis.

Demetrio recibió también honores divinos por la liberación de Sición de la guarnición de Ptolomeo, ya en 303; hizo trasladar a la población a la parte alta y cambió el nombre por el de Demetríade (Plutarco, *Demetrio*, 25, 3; Diodoro, XX 102, 2-4). El mismo año liberó Corinto de las tropas de Casandro, con lo que en toda Grecia crecía la tendencia a

la divinización, de modo que, por iniciativa ateniense, votaron celebrar sacrificios anuales en honor de Atenea *Níke*, la Victoria, *Agathè Týkhe*, la Buena Fortuna, y los Salvadores, Antígono y Demetrio. En Corinto quedó una guarnición a petición de una parte de los corintios, mientras Demetrio continuaba sus campañas victoriosas por el Peloponeso. Antígono se convertía en el protector de las ciudades griegas, que se reunieron en 302 en Corinto durante los Juegos Ístmicos, fundaron la nueva Liga de Corinto y eligieron como dirigentes a Antígono y Demetrio. La política exterior común la llevaría el *synédrion*, pero las ciudades como tales se declaraban autónomas. Entretanto, en Asia, Antígono fortalecía las ciudades griegas bajo su influencia y planeaba celebrar un gran festival en la nueva capital, Antigonia del Orontes, que tuvo que cancelar ante las noticias que anunciaban la nueva guerra de los diádocos. La escalada de padre e hijo alarmó a los restantes diádocos, Ptolomeo, Casandro, Lisímaco y Seleuco, que formaron una alianza, circunstancial como las anteriores, ya que ahora sólo duraban hasta que uno era derrotado y dejaba de ser útil. Así se llega a la campaña de Ipso, entre 302 y 301, cuyo resultado se considera el final de una época caracterizada por el proceso dinámico de formación de las monarquías helenísticas. La alianza se va rompiendo a causa de las intenciones de cada uno de mejorar su situación. De este modo acaban definitivamente las pretensiones de conservar la unidad por parte de los sucesores de Alejandro. Las tropas de Antígono se pasaron a los vencedores de modo disperso. Demetrio también recibió parte de las tropas con el fin de atacar a Lisímaco. Se trataba en general de tropas relacionadas con las ciudades de Asia Menor, tanto las fundadas como la "liberadas".

A fines del siglo IV había crecido la población helenizada en las ciudades de nombre dinástico, pero subsistía la lengua indígena, como se vería posteriormente a propósito de la crisis del clasicismo y la difusión del cristianismo, que usó en muchas ocasiones las lenguas que sobrevivieron a la dominación grecorromana, como el arameo, que mostró una gran vitalidad y sobrevivió como lengua suprarregional. En zonas muy helenizadas, anteriores a la presencia de Alejandro, como Siria, Fenicia o Chipre, las lenguas indígenas subsisten en múltiples inscripciones. De hecho, los Seléucidas usan resúmenes en arameo y acadio en los documentos administrativos y en las construcciones se encuentran dedicatorias acadias al estilo de los reyes neobabilónicos y dentro de la

tradición babilónica. Cuando en 294 Seleuco toma Cilicia, las ciudades se amurallan y se helenizan, a pesar de estar habitadas por sirios; estas mismas ciudades controlaban el campo habitado también por sirios, pero éstos se hallaban en condición de tributarios.

Así pues, en muchos de los territorios conquistados desde Alejandro, subsistieron las lenguas indígenas, a veces más allá del final de los reinos, como es el caso de Egipto. Aquí los Lágidas favorecerían la permanencia con el uso de textos demóticos en la vida económica y a través de inscripciones bilingües. De hecho, tanto Diodoro (XVIII 14, 1) como Justino (XIII 6) elogian la actitud "humana" (*philanthrópos*) del primer Ptolomeo con las poblaciones indígenas. Estas prácticas favorecieron la integración en la burocracia de los egipcios que fueran capaces de aprender la lengua griega y que servirían de puente en las actividades administrativas derivadas de las relaciones entre el gobierno y las poblaciones. Algunos egipcios llegarían a desempeñar cargos de altura dentro del sistema, como es el caso de un epistratego de la Tebaida. Fue más frecuente la integración en los ejércitos, como modo de reclutamiento alternativo al mercenariado, con la consecuencia de que muchos egipcios se convirtieron en clerucos. Algunos llegaron incluso a identificarse como *kátoikoi*, "colonos", condición en principio reservada a los grecomacedonios. Sólo parecen permanecer como instituciones ajenas a las poblaciones locales los *politeúmata* en que se agrupaban por comunidades étnicas los griegos, cretenses, beocios, jonios, en las que sí cabían en cambio tracios, licios e incluso judíos, todos ellos con sus cultos y rituales específicos. El reino de Egipto fue el que más intensamente se convirtió en escenario de los ejemplos de integración cultural entre personas concretas, en matrimonios mixtos e incluso en variedad de manifestaciones culturales dentro de la misma familia (Thompson, 2006: 108).

Los dioses tradicionales aparecen en las nuevas circunstancias como impotentes para proteger a los ciudadanos en la situación crítica de los inicios del siglo III. En definitiva, la victoria se encuentra en manos de los jefes militares capaces de obtenerla (Will, 1975: 436), en la que apoyaban su derecho a la realeza. Se trata por tanto de uno de los síntomas de la crisis de la ciudad, en la vertiente religiosa, que sustituirá la religión cívica por las religiones de salvación propias de los estados despóticos, orientación que se propaga tanto en las religiones de origen oriental como en la misma religión olímpica. Así ocurre en la interpretación por parte de

Cleantes de Zeus como salvador. Otros monarcas fueron objeto de culto de carácter soteriológico en las ciudades del Egeo, como Rodas en honor de Ptolomeo, lo que se extendió por otras islas en honor de Lisímaco, Seleuco, Antíoco, dentro de las vicisitudes de las luchas de los diádocos y de las actitudes benefactoras de los protagonistas, identificados con divinidades políadas o con Alejandro divinizado.

En 282 murió Ptolomeo I y en 281 Seleuco Nicátor, asesinado por orden de Ptolomeo Cerauno; en el mismo año, había tenido lugar la batalla de Curopedio que significó el final de los Diádocos con sus aspiraciones a heredar el reino de Alejandro. La muerte de Lisímaco en la misma batalla parecía abrir las puertas para el control de Macedonia a Seleuco, pero éste se encontró con Ptolomeo Cerauno, que sería rey de Macedonia entre 281 y 280, hasta su muerte como consecuencia de la invasión céltica. Con ello se mostraba que Macedonia seguía apareciendo como un objetivo atractivo para todos los aspirantes a la sucesión del poder de Alejandro, los que combatían o establecían y deshacían alianzas matrimoniales como instrumentos para alcanzar el poder personal sobre los territorios conquistados. Además, cuando Antíoco se hizo cargo de la sucesión de su padre, en 280, de quien también heredó a su esposa Estratonice (Plutarco, *Demetrio*, 38, 10), se tuvo que ocupar de Asia Menor y de la situación violenta que se había creado en Siria, al tiempo que los gálatas se presentaban en los estrechos. El paso de los gálatas se vio favorecido por la actitud de Nicomedes de Bitinia y el apoyo de ciudades que temían la intervención de Antíoco I contra las democracias (Memnón, *FGH* 434 F 11, 1-7; Burstein, 1985: nº 16). Y, de hecho, fue este Nicomedes el que hizo uso de mercenarios gálatas.

Por otra parte, parece que fue Antíoco quien trasladó de Seleucia a Antioquía la capital, que recibe la denominación de *pólis* (*OGIS* 23), así como quien inauguró la costumbre de grabar la efigie del rey en las monedas, lo que iba unido a la centralización monetaria y la desaparición de las acuñaciones de las satrapías. Pero la situación crítica se agrava con los problemas financieros, dado que los fuertes gastos militares y burocráticos coinciden con un momento en que falla la recaudación de los tributos, y con la presencia de dinastas de origen iranio en Capadocia y Ponto, siempre hostiles a los Seléucidas. En efecto, era frecuente la conservación de monarquías religiosas de tipo oriental de carácter despótico.

Los Seléucidas organizaron un fondo para la lucha contra los gálatas que implicaba a las ciudades griegas, como Eritras, que se vio eximida como acto evergético del rey por los honores rendidos, que incluían oro como don de hospitalidad (*OGIS* 223; Burstein, 1985: nº 23). La presencia de los pueblos periféricos se acerca cada vez más al centro del reino, que pronto mostró una fuerte propensión a la disgregación. La tendencia centrífuga se manifiesta asimismo en varias ciudades del Mar Negro, como las de Bitinia. Esta región experimentó un cambio importante derivado de la expansión colonial a lo largo de los siglos III y II. Entonces sus habitantes presumían de *philóxenoi*, frente a la consideración previa de Jenofonte (*Anábasis*, VI 4, 2) que decía que en la región no se encontraba ninguna ciudad ni amiga ni helena. Más tarde los problemas de oriente, como la expansión de los partos bajo Arsaces, debilitarían el reino de modo significativo, lo que se agudizó en el reinado de Antíoco II. De origen nómada, los partos se habían expandido entre 241 y 235, después de haber rendido tributo a los persas y a los macedonios (Estrabón, XI 9, 1). Sólo Antíoco III conseguiría controlar el territorio al poder aprovechar los sistemas de explotación heredados de los Aqueménidas, basados en la utilización de las corrientes subterráneas de agua para el regadío (Polibio, X 28). Los partos, incluso, llegarían al Éufrates y entrarían en contacto con los romanos. La Arqueología muestra al respecto la existencia de asentamientos de los nómadas partos.

Sólo los hijos de los diádocos comenzaron a promover su propia divinización; ya Ptolomeo II proclamó la divinización de su padre, lo mismo que de su viuda, como *Theoì Sotêres*, "Dioses Salvadores", y estableció las fiestas Ptolemeas con juegos que imitaban las Olimpíadas y una procesión triunfal en Alejandría en 271/270, donde exhibían los tesoros particulares de la familia real y se ponían de relieve, según las descripciones, las maravillas urbanísticas de la ciudad (Ateneo, V 201b-f). El esplendor de la procesión destacaba por la presencia de elementos decorativos egipcios, que proporcionaban al espectáculo rasgos de brillante exotismo. Los atenienses enviaron una delegación encabezada por Calias, que ya había conseguido ayuda para Atenas de parte de los Lágidas. Luego estuvo al mando de una sección del ejército lágida en Halicarnaso, en 270/69. En una inscripción, los insulares ponían en la dinastía todas sus esperanzas. Ptolomeo II se casó con su propia hermana Arsínoe II, que, a su muerte en 270, recibió la divinización como *Philádelphos*, "que ama

a su hermano", y recibió culto en los santuarios indígenas en compañía de las divinidades egipcias, identificada con Isis, lo que abrió el camino para la divinización en vida del propio Ptolomeo II.

Éste, por instigación de Demetrio de Falero, habría hecho traducir la Biblia al griego, en la llamada versión de los Setenta, con destino a la Biblioteca, y habría consultado a los expertos sobre el concepto de la realeza en ella presente, como modo de justificar en la voluntad de dios las acciones regias, en lo que adaptaban la tradición de los reyes míticos, donde la victoria aparece como la superación de una prueba iniciática (Préaux, 1978: I 184). En este sentido, se conoce el texto de la llamada *Carta de Aristeas a Filócrates*, del siglo II, en que el autor, seguramente un judío alejandrino, apoya la traducción sobre la base de su eficacia en defensa de la institución real (Gómez Espelosín, 1999: 515-525), cargada de matices teocráticos de base judía. La obra pretende incluir la tradición judaica en la realidad helenística egipcia, representada en el ambiente griego del banquete. El hecho de haberse redactado en Alejandría seguramente explica la importancia atribuida al carácter dinástico de la monarquía, dado que la egipcia fue, de todas la helenísticas, la que consiguió perpetuarse en esta dirección. Por ello se insiste en la ventaja del monarca nacido de reyes y en la naturaleza hereditaria de las virtudes adecuadas al ejercicio del poder, con argumentos tomados de los que servían de sostén a las aristocracias griegas de época arcaica en contraposición a la tiranía. Se configura asimismo la imagen de Alejandría como cosmópolis en emporio universal (Estrabón, XVII 13; Dion Crisóstomo, XXXII 36; Hunter, 2010: 49-51) y la de los Ptolomeos como auténticos herederos de Alejandro (Estrabón, XVII 1, 8). En cualquier caso, el autor presenta aspiraciones historiográficas y pretende ser útil al lector "amante del saber", *philomathés*.

A pesar de los múltiples hebraísmos de la traducción de los Setenta, el texto testimonia la tendencia helenizante de la comunidad judía, aunque estuviera organizada en Alejandría en un *políteuma* separado. La helenización del judaísmo se destaca en algunos personajes como Aristobulo y, sobre todo, Filón, que interpretaba la tora en clave de filosofía griega. Aristobulo hacía lo mismo con el Bramanismo. De todos modos, la posición contraria a la traducción al griego de los textos religiosos permanecía muy fuerte entre los sacerdotes de las religiones orientales. Sin embargo, asimismo la traducción al griego del *Corpus Hermeticum*,

que contenía los oráculos atribuidos a Hermes Trismegistos, se difundió entre la población griega, con aportaciones que se consideraron en parte influidas por corrientes laicas de pensamiento, fenómeno presente también en los Setenta, según los puristas. Las actitudes contrarias a la traducción favorecían el desarrollo de corrientes partidarias de sociedades secretas y de conocimientos astrológicos, como en el caso de los caldeos. La práctica de celebrar con juegos cualquier acontecimiento digno de conmemoración se extendió como práctica propagandística por todos los estados, aparte de que se utilizaran los tradicionales con el mismo motivo, como cuando Delfos celebró la victoria sobre los gálatas con las Soterias.

En cualquier caso, los cultos reales de los Lágidas alcanzaron formas más homogéneas en sus tierras, con la definición de la *hierà oikía*, la "casa sagrada", mientras que los soberanos de los Seléucidas adquirían epítetos diferentes a lo largo de su variado territorio, Nicátor, Soter, Teo, Epífanes, sin carácter oficial. Seleuco I aludía a Apolo como fundador de la dinastía, de quien sería hijo el mismo Seleuco, como modo de justificar sus aspiraciones a la realeza, pero Antíoco I lo proclama dios a él mismo, como Seleuco Nicátor, que basaba su prestigio en la construcción de un estado que duraría casi dos siglos, pero que dejaría huellas hasta tiempos modernos, como estructura estatal siempre necesitada de la defensa militar (Grainger, 1990b: 138). A la muerte de Seleuco, Filetero de Pérgamo manda trasladar sus cenizas a Seleucia de Pieria, donde un santuario en su honor recibió el nombre de Nicatoreo (Apiano, *Siria*, 63). Aluden más a su divinidad los documentos de las ciudades que los de la corte. Con estos procedimientos trata de acentuar los aspectos dinásticos de la monarquía. Por ejemplo, hacia 280/278, la ciudad de Ilio le rinde honores en un decreto (*OGIS* 219; Burstein, 1985: nº 15) que se refiere a las plegarias que dedican sacerdotes y sacerdotisas a Antíoco y a Apolo fundador. El culto dinástico al rey y a su familia sólo se impuso en toda la corte a partir de Antíoco III (223-187), el último de los reyes de Siria que pretendió una política independiente y que buscó el apoyo popular, sólo seguida por Perseo de Macedonia. El poeta Simónides de Magnesia dedicó una obra épica a cantar las hazañas del rey y la batalla contra los gálatas (*FGH* 163 T 1; Burstein, 1985: nº 18). Antíoco tuvo problemas en Frigia y Lidia y decidió fundar una colonia con dos mil judíos de Babilonia y Mesopotamia que habían de trasladarse con sus posesiones a los lugares estratégicos para protegerse de las revueltas, según Josefo

(*Antigüedades judías*, XII 149). Decidió respetar sus leyes porque confiaba en su lealtad, según una carta enviada a Zeuxis, seguramente el que fue sátrapa de Babilonia hacia 220 y de Lidia alrededor de 201 (XII 148-153).

Por su parte, los Atálidas recibían igualmente culto en las ciudades, pero sólo se proclamaron dioses en vida a partir de Átalo III. En general, en el mundo helenístico confluyen las tradiciones orientales referidas al poder despótico con las tradiciones de la ciudad griega, para la que era fácil el paso de las divinidades antropomórficas a los humanos divinizados, sobre la base de los antiguos cultos heroicos, entre mortales y dioses, aunque tales confluencias no responden a un modelo único. Los fundamentos materiales del prestigio de la realeza yacían en la acumulación de riqueza, procedente mayoritariamente de los tributos impuestos sobre la población estable y los pueblos conquistados y territorios acumulados de modo más o menos ocasional, y formalmente en la ostentación que imitaba las cortes orientales. Se manifestaba en la suntuosa hospitalidad que practicaban con todos los visitantes, como émulos de los héroes de la épica, fenómeno paralelo a la recuperación de las *thóloi* como nuevos lugares de culto vinculados tanto a los reyes como a las oligarquías de las ciudades, con referencias a Aquiles o Agamenón (Alcock, 1997), vinculadas a nuevas identificaciones genealógicas y a nuevas lecturas de Homero. En los tiempos de la Tercera Guerra Macedónica, ante el creciente imperialismo de los romanos, entre los griegos se renovó la inclinación por reyes liberadores, como Perseo, que atrajo las simpatías incluso de parte de los rodios y la hostilidad de los oligarcas o los reyes que se apoyaban en ellos y se resistían a los movimientos populares, como Éumenes de Pérgamo. Entre las primeras medidas de Perseo estuvo la llamada a los refugiados políticos y la condonación de las deudas, medidas que se publicaron en todos los santuarios, como Delfos, Delos y el de Atenea Itonia en Beocia. También se aplicaron en la misma Macedonia. La posición de los rodios se agudizó con el apoyo de los romanos a la autonomía comercial de la isla de Delos. La situación agudizó las contradicciones internas de las ciudades, que se manifestaron en posiciones favorables o contrarias a la intervención romana.

La presencia de Roma

La intervención romana en el Mediterráneo oriental se produce en un contexto que muestra la continuidad de los conflictos y las guerras en el ámbito grecomacedónico.

Lisímaco hizo una refundación de la ciudad de Éfeso con el nombre de Arsínoe, dentro de una política colonial de los reyes que pretendía, no sólo establecer nuevos asentamientos con fines económicos o militares, sino afirmar su presencia familiar y personal en todo el territorio bajo su poder. Tras las campañas de Antígono Dosón en Arcadia en 223, en las que se apoderó de un número de ciudades que incorporó a la Liga Aquea, los aqueos ocupan Mantinea bajo el mando de Arato, venden como esclavos a sus habitantes y la fundan con un nuevo nombre, Antigonia, que revelaba la alianza con Antígono Dosón, criticada por Plutarco por razones morales. Precisamente, en la *Vida de Arato* (38, 7) había alabado la opción de Arato de apoyar a Cleómenes como griego frente al bárbaro Antígono y ahora (45, 6) se hace eco de las críticas a los aqueos, que no se habrían portado como griegos (*Hellenikôs*) al matar y esclavizar a los derrotados. Polibio (II 56-58) lo exculpa y considera que se trata de ultrajes de Filarco, al que parece seguir Plutarco (45, 9), quien se queja de que la ciudad perdiera así su nombre, *erateíne Mantíneia*, la "amable Mantinea" citada por Homero (*Ilíada*, II 607), en favor del impuesto por sus verdugos. Dosón es nombrado *hegemón* de todos los aliados con el objetivo de combatir a Esparta, con lo que recupera para los macedonios el Acrocorinto (38, 9). El cambio se habría producido por el temor a Cleómenes suscitado, entre otros, en los megalopolitanos (Polibio, II 47-50), que habrían pedido a Arato que acudiera a Dosón. Arato lo hizo cuando los sicionios se vieron sitiados por Cleómenes (Plutarco, *Arato*, 42, 3).

Esta alianza se había producido como reacción a la negativa ateniense a incorporarse a la Liga Aquea y a los ataques de Cleómenes, a quien Ptolomeo III había además transferido las ayudas que prestaba antes a la Liga. Polibio (VIII 106, 6-8) refleja la amargura de los aqueos después de haber colaborado a la liberación de Atenas de la dominación macedonia, cuando los atenienses recuperaron el control del Ática, quienes por eso erigieron un santuario al noroeste del ágora dedicado a Demos personificado y a las Gracias. En general, los avances de Cleómenes se

apoyaban en las aspiraciones de los pobres frente a los aqueos, definidos como defensores de los ricos. En 225, Cleómenes conseguía desmantelar la Liga al apoderarse de varias ciudades, como Argos y Corinto. Tanto en ésta como en Sición se habían despertado expectativas de reforma frente a la confederación (Plutarco, *Arato*, 40, 1), aunque la mayoría de los sicionios permaneció fiel (41, 1). Sin embargo, las esperadas reformas no se realizaron en ellas.

En 223 Cleómenes atacó y ocupó Megalópolis, que recibió la ayuda de Filopemen y luego la de Antígono (Plutarco, *Filopemen*, 5-6). En la batalla de Selasia, en 222, tanto Polibio (II 68, 1-2) como Plutarco destacan el comportamiento heroico de Filopemen. Plutarco lo caracteriza, en el período siguiente, como jefe militar empeñado en acciones en lugares como Creta y, a su vuelta, capaz de formar tropas entre ciudadanos que habían perdido la práctica guerrera (Plutarco, *Filopemen*, 7, 1-6). En gran medida responde al tipo de los protagonistas del mundo helenístico. Los atenienses en cambio fundaron en 223 un culto a Ptolomeo III, que, por otra parte, se presentaba como heredero de Heracles y de Dioniso (*OGIS* 54; Burstein, 1985: 99), dueño de todos los territorios hasta el Éufrates. La inscripción enumera una serie de conquistas de la Tercera Guerra Siria en Cilicia, Panfilia, Jonia, el Helesponto y Tracia, que los estudiosos consideran en general por lo menos exageradas (Gómez Espelosín, 1999: 525).

Entretanto, Antígono puso en marcha la organización de la Liga Helénica, en un intento de superponer el poder de la realeza a las diferentes organizaciones federales y crear un estado unificado presidido por el monarca, dedicado a luchar contra los enemigos comunes y a conservar la paz entre los miembros. De momento, a la llamada de Arato de Sición, había cumplido la misión de aniquilar el ejército de Cleómenes en Selasia, en la frontera septentrional de Laconia en el verano de 222, con lo que se ponía del lado de los opositores a las reformas de Cleómenes y estabilizaba las relaciones entre los macedonios, con la acogida de quien sería el sucesor de Antígono como Filipo V, y Arato (Plutarco, *Arato*, 46, 3), a través de la instalación de un gobernador en Esparta, donde se abolieron las reformas que se habían puesto en práctica. Según Plutarco (*Cleómenes*, 27, 4), en la victoria importó sobre todo la superioridad financiera y numérica de Antígono y sus aliados, como ya había dicho Polibio (II 65, 1-7). Como el cadáver del rey no apareció, entre el pueblo

subsistió durante mucho tiempo la esperanza de su retorno. Polibio (II 69, 10-11) dice que había embarcado para Alejandría, donde Ptolomeo le concedió medios para ayudar a los refugiados griegos (Plutarco, *Cleómenes*, 32, 5), lo que duró hasta la crisis sobrevenida a la muerte de Ptolomeo III. Plutarco (30, 1) y Polibio (II 70) coinciden en señalar que Antígono había respetado la constitución tradicional de los espartanos. Antígono Dosón moriría en 221 en el curso de una campaña contra los bárbaros. El nuevo rey de Egipto colaboró con los espartanos que redujeron a Cleómenes a un arresto domiciliario en un palacio de Alejandría. Su reacción sirvió para obtener la libertad, pero no el apoyo del pueblo (Plutarco, *Cleómenes*, 37, 8), aunque tras su muerte recibía honores como héroe en la capital egipcia (39, 4).

Por otro lado, la victoria de aqueos y macedonios debilitó notablemente la posición de los etolios en el Peloponeso, que sin embargo reaccionaron en la idea de que la muerte de Antígono dejaba a los aqueos sin apoyo (Plutarco, *Arato*, 47, 1) y que la derrota de Cleómenes debilitaba al Peloponeso en general (Polibio, IV 7, 6-7). Por ello, ante la nueva ofensiva de los etolios en el Peloponeso, Arato, derrotado en la batalla de Cafias, en Arcadia, en el año 220, mientras los etolios se dedicaban a recorrer el Peloponeso (Plutarco, *Arato*, 47, 5), tuvo que acudir al nuevo rey macedonio, Filipo V. La nueva alianza se había reunido en Corinto con la intención de recomponer la Liga Helénica (Polibio, IV 25-26, 2), donde se implicaba al santuario de Delfos, lo que le atribuía a la campaña un cierto carácter de cruzada. A veces recibe el nombre de Guerra Social. En cierto modo, éste fue el punto de partida del afianzamiento de Filipo V como cabeza de un estado capaz de ejercer un papel hegemónico entre los reinos y confederaciones, en los finales del siglo III. Las relaciones entre Arato y Filipo V entraron en crisis a propósito de Mesenia en el año 215, cuando se produjo la *metabolé* en el carácter del rey (VII 11-13), que pierde su actitud benévola con los griegos para transformarse en un tirano (cf. Gómez Espelosín, 1999: 573-587). Filipo había fomentado la discordia entre los estrategos y los dirigentes de las masas (Plutarco, *Arato*, 49, 3-5). Arato también se negó a participar en los ataques de Filipo V en el Adriático que darían lugar a la llamada Segunda Guerra Macedónica (51, 1), lo cual significó para el primero su definitiva caída en desgracia. El cambio, para Plutarco (51, 4) no fue más que la revelación de su auténtica naturaleza antes reprimida "por

el miedo" que sentía, mezclado con el respeto, ante Arato (52, 1), lo que lo llevó a envenenarlo. Fue enterrado en el interior de los muros a la manera de los héroes, con la aprobación del oráculo de Delfos (52, 3). Son los tiempos en los que algunos otros reyes helenísticos, como Antíoco III, comienzan a seguir una línea contraria a la que la oligarquía esperaba de ellos, la de contener las tensiones sociales de la crisis de la ciudad, para en cambio intentar apaciguar los ánimos a base de una serie de concesiones. Es en este contexto que las oligarquías vuelven la mirada hacia los romanos.

* * *

A finales del siglo III, la expansión marítima de los Atálidas ya creaba temores en las ciudades de las islas y de las costas de Asia Menor, sobre todo cuando emprendieron ataques, en colaboración con los romanos, sobre Lemnos y Eubea. Sólo en 133, cuando Átalo III legó el reino a Roma, se declaraba Pérgamo ciudad libre, *eleuthéra*. El rey trataba así de proteger la continuidad de la monarquía frente al ambiente conflictivo que se gestaba entonces en el país. Las circunstancias del hecho se muestran en que coincide con la revuelta de Aristónico, miembro de la familia real, que aspiraba a la corona y parece haber reunido en un proyecto utópico de inspiración estoica a las clases dependientes de la región. Había adoptado el nombre de Éumenes III. La información sobre Aristónico recogida por Estrabón (XIV 1, 38) parece proceder de Posidonio, un estoico preocupado por los problemas sociales relacionados con las transformaciones vinculadas a la expansión romana. Según Estrabón, Aristónico identificaba a sus seguidores como heliopolitas, habitantes de la ciudad del sol, reflejo de las utopías que se generalizaban entre los explotados de la época y que se plasmaron en las corrientes estoicas. Un ejemplo sería la representada por Jambulo (Diodoro Sículo, II 55-60). En su primer intento, Aristónico fue derrotado en batalla naval por los efesios, cerca de Cumas, y luego, dice Estrabón, se fortaleció con gentes del interior, pobres y esclavos, *apóroń te anthrópon kaì doúlon*. Según una inscripción de Pérgamo (*OGIS* 338; Gómez Espelosín, 1999: 640), concedía la ciudadanía a metecos, colonos macedonios y algunos libertos. Evidentemente, en la capital había llegado a alcanzar un lugar influyente en la política y fue capaz de apoderarse de

algunas ciudades del interior. Los romanos consiguieron derrotarlo con la colaboración de los reyes de Bitinia y Capadocia.

El estoicismo mostraba así la versatilidad que le permitió ofrecer diferentes caras en los sucesivos momentos históricos y en circunstancias variadas. En general, para los Atálidas no entraba en consideración la libertad de las *póleis* y Éumenes II, consideraba en 188 que la libertad de las ciudades que reclamaban los rodios minaría su propio poderío (Polibio, XXI 19). Al intervenir en la situación, Roma declararía *liberae et immunes* las que lo eran antes de la batalla de Magnesia de 190, pero las demás pasarían a ser tributarias de Pérgamo. El rey se convirtió además en el enemigo más violento de Perseo de Macedonia, lo que sirvió de móvil a los romanos para intervenir contra éste, en un momento de gran intensidad de las tendencias imperialistas del Senado romano. La derrota de Perseo por obra de Emilio Paulo en Pidna se consideró el fin de la época de dominio de la monarquía antigónida (Polibio, XXXI 25, 6). Los Atálidas basaban su imperialismo en el papel de defensores del helenismo desempeñado en la lucha contra los gálatas, lo que quedó reflejado en los monumentos del santuario de Atenea. De este modo se define el carácter étnico de los celtas entre los griegos, como contrapunto a la nueva afirmación de la helenidad. Al mismo tiempo, ejercían el monopolio regio sobre todas las actividades productivas que pudieran interesar al poder real, en Pérgamo o en el conjunto del territorio, incluidas la explotación de los bosques o las manufacturas textiles, trabajadas siempre por esclavos reales, lo que permite definir el sistema como modo de producción tributario. En relación con esto, como muestra del monopolio comercial se encuentra la acuñación de un patrón extraño a las prácticas de otros estados.

Entretanto, desde 229 la reina Teuta de los ilirios había aceptado las condiciones romanas para garantizar la independencia de varias ciudades, en Epidamno, Apolonia, Corcira, como amigos del pueblo romano. También los atenienses tomaron pronto partido por los romanos, tanto frente a los macedonios como frente a Antíoco.

En Grecia central se fortalece la posición de los etolios. En consecuencia, más tarde, éstos se propusieron afrontar la alianza de aqueos y macedonios, que se fortaleció en 224 con la presencia de Filipo V. La participación de Demetrio de Faros, que había actuado contra los protegidos de Roma en el Ilírico, favoreció la intervención romana.

Ante la fuerza macedónica y la presión cartaginesa, Roma encontró un aliado en la Liga Etolia, en 212, que, en su uso de la piratería, favorecía la recuperación del sistema esclavista clásico, potenciado por la presencia romana y su capacidad de consumo de mano de obra. En general, la esclavitud se relacionaba con la dominación extranjera. De este modo se presentaba en el terreno griego una potencia que se caracterizaba por poseer una organización política de signo marcadamente oligárquico, en medio de un mundo dominado por reinos despóticos. Las potencias más débiles en el momento, como el Egipto lágida y Pérgamo, o ciudades como Rodas, que conservaba su poderío naval apoyado en su papel de encrucijada de las relaciones comerciales del Egeo, comenzaron a ver en Roma el camino de la salvación frente a los reinos más fuertes. Sin embargo, la nueva potencia dirigió más bien su apoyo hacia Delos, donde en 167 abrieron el puerto que competiría con Rodas en los años sucesivos. Fue el inicio del final del poderío rodio, que declina de modo paralelo a la decadencia final del mundo helenístico. Alejandría ya había solicitado apoyo de Roma cuando, en 201, Átalo I y los rodios enviaron embajadas a Roma. Los romanos, acabada la guerra púnica, tenían los ejércitos disponibles, en circunstancias tales que el licenciamiento podía provocar problemas, que bien se manifestaron a lo largo del siglo II. Además, las circunstancias habían potenciado las ambiciones de los senadores en dirección al dominio imperialista. Poco después ante la amenaza de Filipo, se añadieron los atenienses e incluso el rey Nabis de Esparta, que se apoderó de Argos, cuyos dirigentes se habían unido a la Confederación Aquea, y proclamó la abolición de deudas y la redistribución de tierras. En el mismo sentido intervino en Mesenia con el plan de liberar a la población dependiente. Los romanos, sin embargo, tras la paz de Fénice de 205 con Filipo V, bajo el mando de Flaminino, reorientaron la alianza, con los aqueos, Atenas, Pérgamo y los etolios, para atacar a Nabis.

En 197, Argos se alinea con Macedonia, pero Filipo, ante las múltiples dificultadas debidas sobre todo a la presión romana, la puso a disposición de Nabis (Livio, XXXII 38, 2), con lo que evitaba que volviera a la alianza de los aqueos. Los argivos mismos no se mostraron hostiles (38, 5-6). Al mismo tiempo, Nabis llegaba a acuerdos con Flaminino para conseguir una tregua, que lo colocaba en una posición alternativa para los griegos, entre el despotismo macedónico y el imperialismo romano.

Sobre el ejercicio del poder personal, planteó las mismas reformas que en Esparta, con una sociedad en que existía una mayoría de dependientes de origen griego, los *gymnêtai*. Luego, Flaminino, tras reunir a los aliados en Corinto en 195 y de proclamar la libertad de las ciudades griegas, se orienta hacia la "liberación de Argos" a propuesta de las oligarquías de la Confederación Aquea, que definía a Nabis como tirano, lo que provocó la reacción de éste y de los etolios. Éstos pensaban que todos los argumentos de los romanos eran un pretexto para mantener su dominio. Entretanto, Éumenes II de Pérgamo hizo una dedicatoria a Atenea en 195, del botín derivado de la victoria obtenida con los romanos y otros aliados contra Nabis, en honor de los soldados y marineros que lucharon con él. En 182, los Anfictiones proclamarán como inviolable el santuario de Atenea Nicéforo en Pérgamo y reconocerán las Niceforias como un festival equivalente a las Píticas. En 167/6, el mismo Éumenes II envía una carta a la Liga Jónica para agradecerle el decreto en que lo reconocía como benefactor de los griegos (cf. *SIG*^{3} 505; 630; *OGIS* 763; Burstein, 1985: nº 86, 87, 88).

En relación con estas circunstancias, los discursos de Nabis y Flaminino en Livio (XXXIV 31-32) se consideran muy ilustrativos de las posturas realmente adoptadas y de su significación histórica (Texier, 1975: 78-81). Parece evidente que, en las acciones exteriores de Nabis, se trata, más que de imperialismo espartano, de impedir la presencia del imperialismo romano. El debate se centra sobre las acciones políticas de Nabis (32, 9), que Flaminino considera criminales. Más que al contrincante, cada uno de los discursos se dirige a su posible público, los pobres y la oligarquía, respectivamente. Roma no podía tolerar la existencia de un régimen tan contrario a su concepción del poder y de la sociedad. El panorama se completa con la intervención del estratego de los aqueos, Aristeno (XXXIV 33), que destaca quiénes serían los beneficiarios de la intervención romana. Nabis era más peligroso para ellos que para los romanos. El tratado de 195/4 con que concluyó el enfrentamiento redujo las fuerzas de Nabis a la ciudad de Esparta, lo que representó en definitiva un evidente recorte a sus pretensiones reformadoras.

Acabará con él Filopemen a la cabeza de la Liga Aquea con el apoyo de la Liga Etolia y de la flota romana. La agitación subsiguiente habida en Esparta tras la muerte de Nabis la solucionan con su incorporación en la Liga Aquea (Plutarco, *Filopemen*, 15, 4-6). Por ello adquirió prestigio entre los aqueos, pero también entre los "mejores", *toùs arístous*, de

Lacedemonia, que habían puesto en él sus esperanzas como "guardián de la libertad", *phýlaka tês eleutherías*. Los bienes confiscados a Nabis se convirtieron en propuesta de regalo para Filopemen, que hubiera aparecido así como mercenario en favor de las oligarquías, pero él se negó a dejarse corromper (15, 12). De hecho, intervino luego como privado, *idiótes*, para proteger Esparta de la intervención de Diófanes, nuevo estratego de la confederación, y de Flaminino, para hacerla volver pacíficamente a la misma (16, 3); actuaba así al margen de las entidades políticas de la época. Ya de nuevo como estratego, hizo retornar a Esparta a los exiliados e hizo matar a un número de espartanos entre ochenta y trescientos cincuenta, según las fuentes, recogidas por Plutarco (16, 4). Recuperó las tierras que habían repartido los tiranos y deportó o vendió a los que habían recibido la ciudadanía (16, 5-6). Plutarco mismo le reprocha la degradación a que sometió a los espartanos.

Tal protagonismo le atribuye Plutarco (12, 1-2) que considera que los ejércitos aqueos no combatían de igual modo bajo otros jefes, por lo que Filipo habría intentado asesinarlo, en la idea de que así los aqueos se someterían. En 183/2, recibirá honores divinos de la ciudad de Megalópolis (*SIG*³ 624; Burstein, 1985: nº 73). Para lo etolios resultaba más importante la eliminación de Nabis, como competidor en los apoyos griegos, con fines incompatibles con los propios, que la contención de los ejércitos romanos, a los que pensaban que se opondría Antíoco. Igualmente fue determinante la colaboración de Rodas, cuya acción frente a los piratas privó a Nabis de las bases navales y de la flota que se había fortalecido en contacto con los piratas, y de Pérgamo. Flaminino se presentaba como filoheleno y declaraba las ciudades griegas libres y autónomas, lo que significaba que eliminaba el poder de los reyes, sobre todo de los que se presentaban como liberadores del *dêmos* y de los oprimidos. Cuando los romanos orientaron sus ataques contra Antíoco, los rodios se pusieron claramente de su lado, con ánimo de recuperar parte del territorio de la Perea que había caído en manos de éste.

Tras la Segunda Guerra Macedónica, los rodios salían claramente fortalecidos. En su intervención en las conversaciones de paz de 189, con la participación de Éumenes, las propuestas de los rodios se orientaban a garantizar la libertad de las ciudades griegas de Asia. La única amenaza imperialista era desde ahora la romana, que ya cambiaba el sentido de sus intervenciones en un proceso que culminaría en la batalla de Accio.

Con ésta acabaría el mundo nacido tras la crisis de la ciudad clásica, en una realidad que en parte es su continuación y en parte el resultado de su destrucción.

Con el desarrollo del mundo helenístico se había producido una auténtica proliferación de las prácticas comunes en torno a los santuarios panhelénicos, signo de la consolidación de los estados territoriales y de la intensificación de las relaciones diplomáticas, con la participación de individuos originarios de las más diversas ciudades. En este contexto, los atenienses se aprovecharon de la situación y recuperaron el control con la fundación de una cleruquía en Delos, que funcionaba como "la comunidad de los atenienses residentes en Delos" (Habicht, 1997: 249-250). Sin embargo, desde 146, en los decretos se añadía la alusión a "los romanos presentes en Delos". Así se continuaba una práctica tradicional en la isla, en la que las diferentes comunidades conservaban su propia organización y se aprovechaban de las inmunidades concedidas por el santuario. La destrucción de Corinto por Mumio en 146 (Estrabón, X 5, 4) favoreció el desarrollo de la isla, que se convertiría en el centro del comercio de esclavos (XIV 5, 3) en sustitución de aquella ciudad.

En tales circunstancias, las revueltas de esclavos se extienden en el año 134 por Atenas, en las minas, y por Delos, en los mercados (Diodoro, XXXIV 2, 19). Antes, en el siglo III, se conoce la revuelta de los esclavos de Quíos que relata Ninfodoro de Siracusa (Ateneo, VI 265d-266e), en la que Drímaco se presenta como rey salvador ante los esclavos para encabezar el movimiento de retirada a las colinas. La cuestión terminó con un pacto por el que los esclavos se organizaron bajo la autoridad de Drímaco. A su muerte le erigieron un santuario en calidad de héroe. La revuelta se enmarcaba así en el mismo ambiente que consideraba a algunos reyes como salvadores de las clases oprimidas.

La presencia romana resulta a esas alturas totalmente insoslayable. Los habitantes de Oropo acudieron a Roma cuando los atenienses invadieron su territorio, pero también los atenienses buscaron la ayuda romana en los conflictos surgidos con Sición, miembro de la Liga Aquea. La embajada ateniense estaba compuesta por tres miembros de las escuelas filosóficas, platónicos, aristotélicos y estoicos, cuya presencia en Roma impresionó a la mayoría de los romanos, con reacciones contrarias como las de Catón y Polibio (XII 26c1-4). Como consecuencia, los romanos extendieron la autoridad del gobernador de Macedonia a buena parte de Grecia,

incluidos los territorios de la Liga Aquea, con la destrucción en 146 de la ciudad de Corinto. Para Polibio, que redactaba su obra como crónica directa, el final del proceso de unificación mediterránea se prolongaría hasta esta fecha. Ante la inseguridad de los cálculos, Polibio opta por el protagonismo de *Týkhe*, la Fortuna siempre imprevisible.

Las oligarquías atenienses se sintieron satisfechas, porque al parecer consideraban beneficiosa la destrucción de Corinto, para Atenas misma y para Delos. Así se inaugura una fase de buenas relaciones entre Roma y Atenas, que dedicó sacrificios a los dioses y al *dêmos* de los romanos. Tal ambiente favoreció el estrechamiento de las relaciones entre Atenas y Delos, lo que se refleja en la prosperidad evidente en ambos lugares. Sin embargo, las relaciones no debían de ser tan fluidas con Roma cuando, ante el movimiento antirromano encabezado por Mitrídates, en el año 88, la Asamblea ateniense envió una delegación encabezada por Atenión con el apoyo de la población, según Posidonio (*FGH* 87 F 36). Atenión fue elegido general hoplita en apoyo de quien se consideró liberador de los griegos frente a los romanos. En efecto, Mitrídates se había convertido en la fuerza aglutinadora de todas las tendencias que se oponían al dominio romano. Los recursos de Mitrídates se orientaban sobre todo hacia la integración de los pueblos de Oriente con inclusión de los griegos, por lo que favoreció cultos iranios como el de Ahura Mazda, Los habitantes de Delos, en cambio, prefirieron continuar fieles a Roma. La imagen de Mitrídates ofrecía una cara despótica junto a otra heroica, como representante de las tradiciones helénicas. En cualquier caso, consiguió extender su poder desde el Ponto por las regiones de Capadocia, Frigia y Paflagonia, motivo enarbolado por los romanos para justificar su intervención. La justa reivindicación de territorios ancestrales o la usurpación violenta son igualmente imágenes contrapuestas que se reflejan sobre todo en la obra *Sobre Mitrídates* de Apiano, incluida en su *Historia romana*. En general, la propaganda de Mitrídates se basaba en la inmensa ambición de riqueza de los romanos. La intervención de Sila acabó con las aspiraciones de Mitrídates y de los atenienses. Así, Roma establecía de manera firme su control sobre el Mediterráneo oriental.

CONCLUSIÓN

En el siglo IV, en Atenas y en toda Grecia, se manifiestan los síntomas del deterioro de los rasgos que habían permitido el establecimiento de una democracia con carácter social dentro de las limitaciones de las estructuras que contenían una importante cantidad de personas sometidas a relaciones de dependencia. De manera directa o indirecta, por influencia o por contraste, toda Grecia se vio afectada por el fenómeno, como había ocurrido con la Guerra del Peloponeso, que había implicado a todos los griegos, en palabras de Tucídides (I 1, 1). A partir de dicha guerra, los cambios afectaron a todos, vencedores y vencidos, para los que nada volvería a ser igual. La derrota de Atenas significó la derrota del *dêmos* en general, pero las oligarquías no encontraban el modo de consolidar su victoria, hasta que intervino una potencia fuerte, que afirmó su poder a base de aprovechar la dinámica de las fuerzas sociales que habían colaborado a la destrucción de la democracia. Filipo y Alejandro consiguieron importantes éxitos en esa vía, pero sólo potenciaron las ansias de poder personal que se tradujo en los conflictos entre sucesores que caracterizaron las décadas subsiguientes. El sustento de estos poderes se hallaba en el crecimiento del protagonismo de los ejércitos, pero las rivalidades condujeron con frecuencia a la búsqueda de apoyos populares que comenzaron a disgustar a las oligarquías, hasta que éstas encontraron la solución en la intervención romana, la potencia que entonces comenzaba su aventura imperialista, en la que el poder personal se vio anulado en el mismo proceso y se impuso la oligarquía senatorial, al menos hasta que el sistema político imperial romano restableció nuevas formas de poder personal, esta vez con poca competencia en frente.

BIBLIOGRAFÍA

Alcock, S.E. 1994. "Breaking up the Hellenistic World: Survey and Society", en I. Morris, ed., *Classical Greece. Ancient History and Modern Archaeology*, Cambridge: 171-190.

Alcock, S.E. 1997. "The Heroic Past in a Hellenistic Present", en P. Cartledge, P. Garnsey & E. Gruen, eds., *Hellenistic Constructs. Essays in Culture, History and Historiography*, Berkeley: 20-34.

Austin, M.M. 1981. *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest. A Selection of Ancient Sources in Translation*, Cambridge.

Azoulay, V. 2004. *Xénophon et les grâces du pouvoir. De la* charis *au charisme*, Paris.

Bayliss, A.J. 2011. *After Demosthenes. The Politics of Early Hellenistic Athens*, London.

Baynham, E. 2003. "Antipater and Athens", en Palagia & Tracy, eds.: 23-29.

Berthold, R.M. 1984. *Rhodes in the Hellenistic Age*, Ithaca.

Bertrand, J.-M. 1992a. *Inscriptions historiques grecques*, Paris.

Bertrand, J.-M. 1992b. *L'Hellénisme, 323-31 av. J.-C. Rois, cités et peuples*, Paris.

Bilde, P. ed. 1993. *Centre and Periphery in the Hellenistic World*, Aarhus.

Billows, R.A. 1990. *Antigonos the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State*, Berkeley.

Blázquez, J.M. 2010. "Arabia en la *Historia Natural* de Plinio el Viejo", en C. Fornis, J. Gallego, P. López Barja & M. Valdés, eds., *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*, Zaragoza: 1475-1492.

Borza, E.N. 1992. *In the Shadow of Olympus. The Emergency of Macedon*, Princeton.

Bosworth, A.B. 1996. *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph*, Oxford.

Bosworth, A.B. 2003. "Why did Athens Lose the Lamian War?", en Palagia & Tracy, eds.: 14-22.

Bosworth, A.B. 2006. "Alexander the Great and the Creation of the Hellenistic Age", en Bugh, ed.: 9-27.

Briant, P. 1982. *Rois, tributs et paysans*, Paris,

Brock, R. 2006. "Athens, Sparta and the Wider World", en Kinzl, ed.: 84-98.

Brogan, T.M. 2003. "Liberation Honors: Athenian Monuments from Antigonid Victories in their Immediate and Broader Contexts", en Palagia & Tracy, eds.: 194-205.

Brulé, P. & Descat, R. eds. 2004. *Le monde grec aux temps classiques, 2. Le IVe siècle*, Paris.

Brun, P. 2004. "La guerre et la paix", en Brulé & Descat, eds.: 1-99.

Buckler, J. 2003. *Aegean Greece in the Fourth Century BC*, Leiden.

Bugh, G.R. ed. 2006. *The Cambridge Companion to the Hellenistic World*, Cambridge.

Buraselis, K. 2010. "God and King as Synoikists: Divine Disposition and Monarchic Wishes combined in the Traditions of City Foundations for Alexander's in Hellenistic Times", en Foxhall, Gehrke & Luraghi, eds.: 265-274.

Burford, A. 1993. *Land and Labor in the Greek World*, Baltimore.

Burstein, S.M. 1985. *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, Cambridge.

Carney, E. 2010. "Being Royal and Female in the Early Hellenistic Period", en Erskine & Llewellyn-Jones eds.: 195-220.

Cartledge, P. 1987. *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Baltimore.

Cartledge, P., Millett, P. & von Reden, S. eds. 1998. Kosmos. *Essays in Order, Conflict and Community in Classical Athens*, Cambridge.

Cohen, E.E. 1992. *Athenian Economy and Society. A Banking Perspective*, Princeton.

Cohen, G.M. 1993. *The Hellenistic Settlements in Europe, the Islands and Asia Minor*, Berkeley.

Colledge, M. 1987. "Greek and non-Greek Interaction in the Art and Architecture of the Hellenistic East", en Kuhrt & Sherwin-White, eds.: 134-162.

Conde, J.L. 2008. *La lengua del Imperio. La retórica del imperialismo en Roma y la globalización*, Alcalá.

Davies, J.K. 2006. "Hellenistic Economies", en Bugh, ed.: 73-92.

Descat, R. 2004. "L'économie", en Brulé & Descat, eds.: 353-411.

Dillery, J. 1993. "Xenophon's *Poroi* and Athenian Imperialism", *Historia*, 42: 1-11.

Domínguez, A.J., Plácido, D., Gómez Espelosín, F.-J. & Gascó, F. 1999. *Historia del mundo clásico a través de sus textos, 1. Grecia*, Madrid.

Droysen, J.G. 1877-78. *Geschichte des Hellenismus*, 2ª ed., Gotha, 3 vols., en 2 partes.

Engberg-Pedersen, T. 1993. "The Relastionships between Intelectual and Political Centres in the Hellenistic World", en Bilde, ed.: 285-315.

Engen, D.T. 2005. "'Ancient Greenbacks': Athenian Owls, the Law of Nikophon, and the Greek Economy", *Historia*, 53: 259-381.

Errington, R.M. 1990. *A History of Macedonia* [1986], Berkeley.

Erskine, A. 2010. "Between Philosophy and the Court: the Life of Persaios of Kition", en Erskine & Llewellyn-Jones, eds.: 177-194.

Erskine, A. & Llewellyn-Jones, L. eds. 2010. *Creating a Hellenistic World*, Swansea.

Ferrucci, S. 2012. "Schiavi banchieri: identità e status nelle'Atene democratica", en A. Di Nardi & G.A. Lucchetta, eds., *Nuove e antiche schiavitù. Atti del convegno internazionale Chieti, Università "G. D'Annunzio", 4-6 marzo 2008*, Pescara: 98-109.

Fisher, N. 1998. "Gymnasia and Democratic Values of Leisure", en Cartledge, Millett & von Reden, eds.: 84-104.

Foucault, M. 2004. *Discurso y verdad en la antigua Grecia* [1983], Madrid.

Fornis, C. 2002. *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona.

Fornis, C. 2008. *Grecia exhausta. Ensayo sobre la guerra de Corinto*, Gotinga.

Fornis, C. & Plácido, D. 2008. "De la Guerra del Peloponeso a la Paz del Rey (I): prosopografía política ateniense", *Rivista Storica dell'Antichità*, 38: 45-87

Fornis, C. & Plácido, D. 2009. "De la guerra del Peloponeso a la paz del Rey (III): los factores económicos públicos y privados en Atenas", *Gerión*, 27/1: 147-160.

Fornis, C. & Plácido, D. 2010. "De la guerra del Peloponeso a la paz del Rey (II): los elementos de la ciudadanía ateniense", *Emérita*, 78: 53-65.

Fornis, C. & Plácido, D. 2011. "Evergetismo y relaciones clientelares en la sociedad ateniense del siglo IV a.C.", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 17/2: 19-47.

Fox, R.L. 2010. "The First Hellenistic Man", en Erskine & Llewellyn-Jones, eds.: 1-29.

Foxhall, L., Gehrke, H.-J. & Luraghi, N. eds. 2010. *Intentional History. Spinning Time in Ancient Greece*, Stuttgart.

Frösén, J. ed. 1997. *Early Hellenistic Athens. Symptoms of a Change*, Helsinki.

Fuks, A. 1984. *Social Conflict in Ancient Greece*, Leiden.

Gabba, E. 1991. "L'insularità nella rifessione antica", en F. Prontera, ed., *Geografia storica della Grecia antica*, Roma: 106-109.

Gallego, J. 2005. *Campesinos en la ciudad. Bases agrarias de la pólis griega y la infantería hoplítica*, Buenos Aires.

Georges, P. 1994. *Barbarian Asia and the Greek Experience. From the Archaic Period until the Age of Xenophon*, Baltimore.

Gómez, D. 2011. "La campaña egipcio-chipriota (387-373 a.C.): relaciones internacionales y mercenarios griegos en Oriente", *Gladius*, 31: 43-56.

Gómez Espelosín, F.-J. 1999. "El mundo helenístico", en Domínguez, Plácido, Gómez Espelosín & Gascó: 453-652.

Gould, J. 1980. "Law, Custom and Myth: Aspects of the Social Position of Women in Classical Athens", *Journal of Hellenic Studies*, 100: 38-59.

Goukowsky, P. 1975. "Alexandre et la conquête de l'Orient (336-323)", en Will, Mossé & Goukowsky: 245-333.

Goukowsky, P. 1978. *Essai sur la formation du mythe d'Alexandre*, Nancy.

Grainger, J.D. 1990a. *The Cities of Seleukid Syria*, Oxford.

Grainger, J.D. 1990b. *Seleukos Nikator. Constructing a Hellenistic Kingdom*, London.

Green, P. 1993. *Alexander to Actium. The Historical Evolution of the Hellenistic Age*, 2ª ed. Berkeley.

Green, P. 2003. "Occupation and co-Existence: The Impact of Macedon on Athens, 323-307", en Palagia & Tracy, eds.: 1-7.

Habicht, C. 1997. *Athens from Alexander to Antony*, 2ª ed. Harvard.

Habicht, C. 2003. "Athens after the Chremonidean War: Some Second Thoughts", en Palagia & Tracy, eds.: 52-55.

Hakkarainen, M. 1997. "Private Wealth in the Athenian Public Sphere during the Late Classical and the Early Hellenistic Period", en Frösén, J. ed.: 1-32.

Hammond, N.G.L. & Griffith, G.T. 1979. *A History of Macedonia, II: 550-336 BC*, Oxford.

Hammond, N.G.L. & Walbank, F.W. 1998. *A History of Macedonia, III: 336-167 BC*, Oxford.

Hannestad, L. 1993. "Greeks and Celts: the Creation of a Myth", en Bilde, ed.: 15-38.

Hansen, M.H. 1978. "*Nomos* and *Psephisma* in Fourth-Century Athens", *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 19: 315-330.

Hansen, M.H. 1979. "Did the Athenian *Ecclesia* Legislate?", *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 20: 27-53.

Hansen, M.H. 1981. "Initiative and Decision: the Separation of Powers in Fourth Century Athens", *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 22: 345-370.

Hansen, M.H. 1987. *The Athenian Assembly in the Age of Demosthenes*, Oxford.

Hansen, M.H. 1988. "Demography and Democracy, once again", *Zeitschrift fur Papyrologie und Epigraphik*, 75: 189-193.

Hansen, M.H. 1991. *The Athenian Democracy in the Age of Demosthenes: Structure, Principles and Ideology*, Oxford.

Hansen, M.H. 2006. *The Shotgun Method. The Demography of the Ancient Greek-State Culture*, London.

Hanson, V.D. 1995. *The Other Greeks. The Family Farm and the Agrarian Roots of Western Civilization*, New York.

Hanson, V.D. 2005. *A War like no Other. How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War*, London.

Harris, E.M. 1995. *Aeschines and Athenian Politics*, Oxford.

Hoff, R.v.d. 2003. "Tradition and Innovation: Portraits and Dedications on the Early Hellenistic Akropolis", en Palagia & Tracy, eds.: 173-185.

Hopkins, K. 1981. *Conquistadores y esclavos* [1978], Barcelona.

Horden, P. & Purcell, N. 2000. *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, Oxford.

Hornblower, S. 1982. *Mausolus*, Oxford.

Hunt, P. 2010. *War, Peace, and Alliance in Demosthenes' Athens*, Cambridge.

Hunter, R. 2010. "The Letter of Aristeas", en Erskine & Llewellyn-Jones, eds.: 47-60.

Invernizzi, A. 1993. "Seleucia on the Tigris: Centre and Periphery in Seleucid Asia", en Bilde, ed.: 230-250.

Kaul, F. 1993. "The Gundestrup Cauldron and the Periphery of the Hellenistica World", en Bilde, ed.: 39-52.

Kinzl, K.H. ed. 2006. *A Companion to Classical Greek World*, Oxford.

Klosko, G. 1986. *The Development of Plato's Political Theory*, New York.

Korhonen, T. 1997. "Self-Concept and Public Image of Philosophers and Philosophical Schools at the Beginning of the Hellenistic Period", en Frösén, ed.: 33-101.

Kralli, I. 2003. "The Date and Context of Divine Honours for Antigonos Gonatas –A Suggestion", en Palagia & Tracy, eds.: 61-66.

Kreissig, H. 1976. "L'esclavage dans les villes d'Orient pendant la période hellénis-

tique", en AA. VV., *Actes du colloque 1973 sur l'esclavage*, Paris: 237-255.

Krevans, N. & Sens, A. 2006. "Language and Litaratue", en Bugh, ed.: 186-207.

Kuhrt, A. 1987. "Berossus' *Babyloniaka* and the Seleucid Rule in Babylonia", en Kuhrt & Sherwin-White, eds.: 32-56.

Kuhrt, A. & Sherwin-White, S. eds. 1987. *Hellenism in the East. Interaction of Greek and non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander*, Berkeley.

Lambert, S. 2010: "Connecting with the Past in Lycourgean Athens: an Epigraphical Perspective", en Foxhall, Gehrke & Luraghi, eds.: 225-238.

Leiwo, M. 1997. "Religion, or other Reasons? Private Associations in Athens", en Frösén, ed.: 103-117.

Lévêque, P. & Vidal-Naquet, P. 1981. "Épaminondas pythagoricien ou le problème tactique de la droite et de la gauche", en P. Vidal-Naquet, *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, Paris: 95-114.

Lewis, D.M. 1994. "Sparta as Victor", *Cambridge Ancient History*², VI.2: 24-44.

Lewis, N. 1986. *Greeks in Ptolemaic Egypt. Case Studies in the Social History of Hellenistic World*, Oxford.

Llewellyn-Jones, L. & Winder, S. 2010. "A Key to Berenice's Lock? The Hathoric Model of Queenship in Early Ptolemaic Egypt", en Erskine & Llewellyn-Jones, eds.: 247-269.

Lloyd, A.B. 2010. "From Satrapy to Hellenistic Kingdom: the Case of Egypt", en Erskine & Llewellyn-Jones, eds.: 83-105.

Lönnqvist, K. 1997. "Studies on the Hellenistic Coinage of Athens: the Impact of Macedonia on the Athenian Money Market in the 3rd Century BC", en Frösén, ed.: 119-145.

Mactoux, M.-M. 1988. "Lois de Solon sur les esclaves et formation d'une société esclavagiste", en T. Yuge & M. Doi, eds., *Forms of Control and Subordination in Antiquity*, Leiden: 331-354.

Manville, P.B. 1990. *The Origins of Citizenship in Ancient Athens*, Princeton.

Mari, M. 2003. "Macedonians and anti-Macedonians in Early Hellenistic Athens: Reflections on *Asebeia*", en Palagia & Tracy, eds.: 82-92.

Marx, K. 1971. "Formas que preceden a la producción capitalista", en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* [1953], México, I: 433-447.

Microyannakis, E. 2003. "Aristotle and Alexander: on the Gradual Deterioration of their Relationship", en Palagia & Tracy, eds.: 37-39.

Mikalson, J.D. 2006. "Greek Religion: Continuity and Change in the Hellenistic Period", en Bugh, ed.: 208-222.

Millar, F. 1987. "The Problem of Hellenistic Syria", en Kuhrt & Sherwin-White, eds.: 110-133.

Millett, P. 1983. "Maritime Loans and the Structure of Credit in Fourth-Century Athens", en P. Garnsey, K. Hopkins & C.R. Whittaker, eds., *Trade in the Ancient Economy*, Berkeley: 36-52.

Millett, P. 1989. "Patronage and its Avoidance in Classical Athens", en A. Wallace-Hadrill, ed., *Patronage Ancient Society*, London: 15-47.

Millett, P. 1990. "Sale, Credit and Exchange in Athenian Law and Society", en P. Cartledge, P. Millett & S. Todd, eds., No-

mos. *Essays in Athenian Law, Politics and Society*, Cambridge: 167-194.

Millett, P. 1991. *Lending and Borrowing in Ancient Athens*, Cambridge.

Millett, P. 2002. "La economía", en R. Osborne, ed., *La Grecia clásica* [2000], Barcelona: 31-62.

Millett, P. 2007. *Theophrastus and his World*, Cambridge.

Mossé, C. 1972. "La vie économique d'Athènes au IV[e] siècle: crise ou renouveau?", *Praelectiones Patavinae, raccolte da F. Sartori*, Roma: 135-144.

Mossé, C. 1975. "Le IV[e] siècle (403-336)", en Will, Mossé & Goukowsky: 9-244.

Munn, M. 2000. *The School of History. Athens in the Age of Socrates*, Berkeley.

Musti, D. 1995. Demokratia. *Origini di un'idea*, Roma.

Ober, J. 1989. *Mass and Elite in Democratic Athens. Rhetoric, Ideology and the Power of the People*, Princeton.

Ober, J. 1996. *The Athenian Revolution. Essays on Ancient Greek Democracy and Political Theory*, Princeton.

Oliver, G.J. 2003. "Oligarchy at Athens after the Lamian War: Epigraphic Evidence for the Boule and the Ekklesia", en Palagia & Tracy, eds.: 40-51.

Oliver, G.J. 2006. "The Economic Realities", en Kinzl, ed.: 281-310.

Oliver, G.J. 2007. *War, Food and Politics in Early Hellenistic Athens*, Oxford.

Orrieux, C. 1983. *Les papyrus de Zenon. L'horizon d'un grec en Egypte au III[e] siècle avant J.C.*, Paris.

Osborne, R. 1985. Demos: *The Discovery of Classical Attika*, Cambridge.

Ostwald, M. 1986. *From Popular Sovereignty to Sovereignty of Law. Law, Society and Politics of Fifth Century Athens*, Berkeley.

Palagia, O. & Tracy, S.V. eds. 2003. *The Macedonians in Athens, 322-229 BC*, Oxford.

Pascual, J. 2011: "Epicuro y Atenas: la creación de una comunidad identitaria distinta de la *pólis*", *Studia Historica. Historia Antigua*, 29: 39-63.

Perlman, S. 1968. "Athenian Democracy and the Revival of Imperialistic Expansion at the Beginning of the Fourth Century", *Classical Philology*, 63: 257-267.

Plácido, D. 1980. "La ley ática de 375/4 y la política ateniense", *Memorias de Historia Antigua*, 4: 27-41.

Plácido, D. 1989. "Antifonte", en M.J. Hidalgo, ed., *La Historia en el contexto de las ciencias humanas y sociales*, Salamanca: 29-36.

Plácido, D. 1996. "La esclavitud de griegos cautivos durante el período de la crisis de la ciudad estado", en M.L. Sánchez León & G. López Nadal, eds., *Captius i esclaus a l'antiguitat i al món modern*, Napoli: 11-20.

Plácido, D. 1997. "Las posibilidades de la paz en la ciudad democrática", en *Chaire. Homenaje al profesor Fernando Gascó*, Sevilla: 133-137.

Plácido, D. 1999a. "La mujer en el *oîkos* y en la *pólis*: formas de dependencia económica y de esclavización", en F. Reduzzi & A. Storchi, eds., *Femmes-esclaves. Modèles d'interprétation anthropologique, économique, juridique*, Napoli: 13-19.

Plácido, D. 1999b. "Lisandro y los vencidos. El año 405", en Domínguez, Plácido, Gómez Espelosín & Gascó: 385-392.

Plácido, D. 2000a. "Les procédures de participation et d'exclusion dans la cité démocratique", en C. Fiévet, dir., *Invention et réinvention de la citoyenneté*, Pau: 29-34.

Plácido, D. 2000b. "*Paîdes* y *hebôntes*: los diferentes tratamientos de cautivos en las guerras entre ciudades", en M.M. Myro, J.M. Casillas, J. Alvar & D. Plácido, eds., *Las edades de la dependencia durante la Antigüedad*, Madrid: 91-99.

Plácido, D. 2001/2. "La *autonomía* de las ciudades griegas", *Veleia*, 18-19: 201-209.

Plácido, D. 2007. "Resistencia, sumisión e interiorización de la dependencia. La dependencia como protección", *Studia Historica. Historia Antigua*, 25: 163-170.

Plácido, D. 2008. "Las relaciones clientelares en la evolución de la democracia ateniense", *Circe de Clásicos y Modernos*, 12: 225-242.

Plácido, D. 2010. "Esquines de Esfeto: las contradicciones del socratismo", en L. Rossetti & A. Stavru, eds., *Socratica 2008. Studies in Ancient Socratic Literature*, Bari: 119-133.

Plácido, D. 2012. "Las formas de dependencia en Atenas en la transición hacia el Helenismo", en A. Pinzone, E. Caliri & R. Arcuri, eds., *Forme di dipendenza nelle società di transizione*, Mesina: 57-64.

Plácido, D. & Fornis, C. 2012. "La democracia tutelada. El papel de la oligarquía y del poder personal en la Atenas del siglo IV a.C.", *Incidenza dell'Antico*, 10: 79-107.

Préaux, C. 1978. *Le monde hellénistique. La Grèce et l'Orient (323-146 av. J.-C.)*, Paris.

Randesborg, K. 1993. "Greek Peripheries and Barbarian Centres: Economic Realities and Cultural Responses", en Bilde, ed.: 86-123.

Rhodes, P.J. 1998. "Enmity in Fourth-Century Athens", en Cartledge, Millett & von Reden, eds.: 144-161.

Rhodes, P.J. & Osborne, R. 2003. *Greek Historial Inscriptions, 404-323 BC*, Oxford.

Roisman, J. 2010. "The Silver Shields, Eumenes and their Historian", en Erskine & Llewellyn-Jones eds.: 61-81.

Romero, J.L. 2009. *Crisis históricas e interpretaciones historiográficas*, textos escogidos con prólogo de J. Gallego, Buenos Aires.

Rotroff, S.I. 2006. "Material Culture", en Bugh, ed.: 136-157.

Ryder, T.T.B. 1965. Koine Eirene. *General Peace and Local Independence in Ancient Greece*, Oxford.

Salles, J.-F. 1987. "The Arab-Persian Gulf under the Seleucids", en Kuhrt & Sherwin-White, eds.: 75-109.

Sancho, L. 1997. "La *polis* y el bien común: un aspecto de la polémica política en la Atenas de fines del siglo V", en D. Plácido, J. Alvar, J. M. Casillas & C. Fornis, eds., *Imágenes de la polis*, Madrid: 107-126.

Scafuro, A.C. 1994. "Witnessing and False Witnessing: Proving Citizenship and Kin Identity in Fourth-Century Athens", en A.L. Begehold & A.C. Scafuro, eds., *Athenian Identity and Civic Ideology*, London: 156-198.

Schaps, D.M. 1979. *Economic Rights of Women in Ancient Greece*, Edinburgh.

Schwenk, C.J. 1985. *Athens in the Age of Alexander. The Dated Laws & Decrees of "the Lykourgan Era" 338-322 BC*, Chicago.

Seager, R. 1966. "Lysias against the Corndealers", *Historia*, 15: 172-184.

Sealey, R. 1956. "Callistratos of Afidna and his Contemporaries", *Historia*, 5: 178-203.

Sharples, R.W. 2006. "Philosophy for Life", en Bugh, ed.: 223-240.

Sherwin-White, S. 1987. "Seleucid Babylonia: a Case-Study for the Installation and Development of Greek Rule", en Kuhrt & Sherwin-White, eds.: 1-31.

Sherwin-White, S. & Kuhrt, A. 1993. *From Samarkand to Sardis. A New Approach to the Seleucid Empire*, London.

Shipley, G.J. 1993. "Distance, Developmen, Decline? World-System Analysis and the 'Hellenistic' World", en Bilde, ed.: 271-284.

Shipley, G.J. 2000. *The Greek World after Alexander, 323-30 BC*, London.

Shipley, G.J. & Hansen, M.H. 2006. "The Polis and Federalism", en Bugh, ed.: 52-72.

Shipton, K. 2000. *Leasing and Lending. The Cash Economy in Fourth-Century BC Athens*, London.

Spek, R.J.v.d. 1987. "The Babylonian City", en Kuhrt & Sherwin-White, eds.: 57-74.

Spence, I.G. 1990. "Perikles and the Defence of Attica during the Peloponnesian War", *Journal of Hellenic Studies*, 110: 91-109.

Ste.-Croix, G.E.M. de, 1981. *The Class Struggle in the Ancient Greek World from the Archaic Age to the Arab Conquest*, London.

Stewart, A. 2006. "Hellenistic Art: Two Dozen Innovations", en Bugh, ed.: 158-185.

Stroud, S. 1974. "An Athenian Law on Silver Coinage", *Hesperia*, 43: 157-188.

Texier, J.-G. 1975. *Nabis*, Paris.

Thompson, D.J. 2006. "The Hellenistic Family", en Bugh, ed.: 93-112.

Tod, M.N. 1948. *A Selection of Greek Historical Inscriptions, II. From 403 to 323*, Oxford.

Tracy, S.V. 2003. "Antigonos Gonatas, King of Athens", en Palagia & Tracy, eds.: 56-60.

Tuplin, C. 1993. *The Failings of Empire. A Reading of Xenophon* Hellenica *2.3.11-7.5.27*, Stuttgart.

Valdés, M. 2002. *Política y religión en Atenas arcaica. La reorganización de la* pólis *en época de Solón. Una revisión de la documentación arqueológica, literaria y religiosa*, Oxford.

Valdés, M., Fornis, C. & Plácido, D. 2007. "El sacrificio de las *Semnai Theai* en Atenas: autoridad y silencio (*hesychia*) en el Areópago y revitalización del culto en el siglo IV", en S. Montero & M.C. Cardete, eds., *Religión y silencio. El silencio en las religiones antiguas. Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, anejo XIX: 107-132.

Walbank, F.W. 1981. *The Hellenistic World*, Glasgow.

Wallace, S. 2010. "The Significance of Plataia for Greek *Eleutheria* in the Early Hellenistic Period", en Erskine & Llewellyn-Jones eds.: 147-176.

Welles, C.B. 1966. *Royal Correspondence in the Hellenistic Period. A Study in Greek Epigraphy*, Roma.

Wescoat, B.D. 2003. "Athens and Macedonian Royalty on Samothrace: the Pentelic Connection", en Palagia & Tracy, eds.: 102-116.

Will, E. 1975. "Le monde hellénistique", en Will, Mossé & Goukowsky: 337-642.

Will, E. 1979. *Historie politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.)*, 2ª ed. Nancy.

Will, E., Mossé, C. & Goukowsky, P. 1975. *Le monde grec et l'Orient, II. Le IVe siècle et l'époque hellénistique*, Paris.

Wood, E.M. 2003. "La *pólis* y el ciudadano-campesino", en J. Gallego, ed., *El mundo rural en la Grecia antigua*, Madrid: 269-326.

Worthington, I. 2010. "Intentional Historia: Alexander, Demosthenes and Thebes", en Foxhall, Gehrke & Luraghi, eds.: 239-246.